HANNA HOLMGREN

La añoranza de Rose Cottage

ROMAN

CORAZONES DE ESCOCIA



FEUERWERKE VERLAG

El libro

Los recuerdos de su infancia son lo único que a Ellie le queda de su tierra, Escocia. Pero cuando el pintoresco cottage de su tía Rose está al borde de la ruina, vuelve a toda prisa a Fallbury—al pueblo pesquero justo junto a los acantilados. Decidida a salvar el bed & breakfast, Ellie se vuelca en el trabajo y la asaltan innumerables recuerdos. Uno de ellos lleva el nombre de Graham Flynt y ya le arrebató el corazón a Ellie como un vendaval …

La autora

Desde niña me gustaba anotar mis recuerdos de lugares y momentos maravillosos en un cuaderno de viaje y convertirlos en historias que perduraran. Con el tiempo, esas historias se transformaron en auténticas novelas y, finalmente, en mi mayor pasión.

Hoy, escribir para mí es una forma de pura relajación. Trae a mi despacho la luz del sol, los granos de arena y el sonido del mar, y alivia ese constante anhelo de viajar hasta la próxima aventura, que sigue siendo mi principal fuente de inspiración.

Desde que dejé atrás mi vida profesional anterior, me dedico por completo a escribir novelas románticas y reconfortantes.

Antes de empezar a leer

Cada historia hace su propio pequeño viaje.

Esta nació en alemán y ahora habla español, con una maleta llena de sol y un toque de brisa marina.

He hecho todo lo posible por conservar su alma, aunque algunas palabras aún susurren con acento.

Si notas algo que suena un poco raro, escríbeme a feedback@hannaholmgren.de — me encantará saberlo.

Feliz lectura — y que esta historia te lleve a un lugar hermoso.

La añoranza de Rose Cottage

Corazones de Escocia 1

Novela

Hanna Holmgren

Edición original: marzo de 2022
© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados
Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Germany
Diseño de la cubierta: Grit Bomhauer, grit-bomhauer.com
con material de © Adobe Stock - lovelyday12 | iweta0077 | travelwitness | Oscar | photosvac | Anastasiia Malinich | sakdam | S_E y © Depositphotos - Aquir014b

Corrección de estilo: Claudia Grundschok, Berlín
Traducción: encargada por FeuerWerke Verlag
Revisión editorial: a cargo de Ava Rubin

La trama y todos los personajes son ficticios. Cualquier coincidencia o parecido con otras personas reales es casual y no intencionado. Todos los textos e imágenes de este libro están protegidos por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin la autorización expresa del autor, del titular de los derechos y del editor.

Índice de capítulos

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 1

¡No! ¡No beses a ese idiota!

Mantente fuerte, chica. Solo gira la cabeza.

¡Venga!

Oh, no. Esa mirada empalagosa…

Estás perdida si lo besas.

¡No lo hagas! No lo necesitas, tú… oh.

Mierda.

¡Menudo imbécil!

Ellie cogió el mando a distancia, detuvo la película romántica y se recostó con un gemido. En el sofá, a su lado, Ben, de un año, dormía el sueño de los justos y no se enteraba del drama televisivo. Cuando sus deditos se estremecieron, Ellie no pudo evitar sonreír.

—No crezcas tan deprisa, pequeñajo. Entre mujeres y hombres es endiabladamente complicado—. Se subió la mantita sobre los hombros del niño y dio un respingo cuando alguien carraspeó a su espalda.

—¿Le estás dando ahora mismo consejos sentimentales a mi hijo? —susurró Mira —la mejor amiga de Ellie y madre de Ben— con una sonrisa, mientras se apoyaba en el marco de la puerta y cruzaba los brazos sobre el pecho.

Ellie frunció las cejas, sorprendida. —¿Tú? ¿Aquí? Si no son ni las nueve. ¿No ibas a volver loco al banquero buenorro con tu lencería roja de encaje?

Mira dejó caer el bolso, echó la chaqueta sobre el respaldo del sofá y se apretujó junto a Ellie. —Necesito tus consejos

sentimentales más que él —murmuró, metiendo la mano en el cuenco de galletas de la mesa baja—. Tiene mujer y dos hijas.

Ellie, que acababa de llevarse el vaso de agua a los labios, soltó una carcajada y escupió un poco. —¿Cómo?

—Debería empezar a replantearme mi tipo. —Mira se sacudió las migas de la camiseta y miró de reojo a Ben—. ¿Todo ha ido bien con el peque?

—Claro. Hemos horneado juntos, hemos hecho figuritas de plastilina y hemos disparado pompas de jabón en la bañera. Ha sido divertidísimo. Una velada redonda.— Sonrió, orgullosa, y acarició la espalda caliente del niño.

Mira la observó con escepticismo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Ahora mismo no sé si reír o llorar al oírte calificar con semejante euforia de planazo un viernes por la noche con mi hijo. —Le pasó a Ellie, sonriendo, el cuenco de galletas—. ¿Qué estás viendo, por cierto? —masculló poco después con la boca llena.

Ellie volvió a coger el mando y reanudó la película.

—Una peli romántica cualquiera. Él le pone los cuernos con su mejor amiga desde hace semanas, ella se acaba de enterar y aun así cae rendida ante su sonrisa encantadora. Nosotras, las mujeres, somos criaturas patéticas. ¿De verdad estamos tan hambrientas de reconocimiento que nos hacemos a un lado por completo por conseguirlo?

—¿Hoy te estás regodeando un poquito en la autocompasión?

Ellie alzó las cejas con picardía. —Tú piensa en tu lencería de encaje desatendida y cállate mejor.

Las amigas se echaron a reír, y Ben se estiró bajo la mantita, así que las dos procuraron bajar la voz.

—En realidad he puesto la peli solo porque transcurre en Aberdeen.

—¿Aberdeen? —Los ojos de Mira se agrandaron—. ¿Tu tierra?

—Casi. Potterton está al norte de Aberdeen. Pero se aproxima bastante. ¿Ves lo precioso que es aquello?

Mientras la cámara sobrevolaba las colinas de un verde intenso de Escocia, trepaba por dramáticos acantilados y se deslizaba por románticas calas, la mirada de Ellie se perdió en la inmensidad. Suspiró teatralmente. —Puede que sí me esté regodeando un poco en la autocompasión —admitió, cerrando los ojos—. Quiero decir, mírame: treinta y un años, recién separada, y me paso las noches en tu sofá, mientras googleo tallas de pañales y tés para dormir para niños pequeños. Es realmente patético. ¡Ni siquiera es mío el crío!

Mira le rodeó los hombros con el brazo y apoyó la cabeza en su hombro. —Cielo, se pasará. Date tiempo. En algún momento encontrarás un piso nuevo y entonces volverás a ver el mundo de otra manera. Hasta entonces, Ben y yo te estamos muy agradecidos por los pedidos de pañales y el té.

Ellie soltó un suspiro mientras en la tele el mar azotaba en oleaje furioso los acantilados escoceses, y una punzada de añoranza le ardía en el pecho. —Seguramente tienes razón. Ahora mismo todo se está recolocando y, a veces, no sé ni si me gusta.

Mira le dio un codazo cariñoso en las costillas. —Claro que te gusta. Eras muy infeliz con Steven.

—Ahora tampoco es que esté precisamente feliz —masculló Ellie.

—Estas cosas llevan su tiempo. Habéis sido pareja trece años, habéis crecido juntos. Es normal que ahora te sientas un poco vacía. Primero tienes que averiguar quién eres sin Steven. Y el primer gran amor no se olvida así como así, da igual cómo terminara.

El primer gran amor … Ellie contuvo el aliento cuando las palabras de Mira calaron en su conciencia. En ese mismo instante vibró el móvil sobre la mesa baja y el nombre de Steven se iluminó en la pantalla.

¿Sigues despierta? Estoy abajo y llevo tu correo.

Saludos, Steven

Le puso el móvil delante de las narices a Mira y negó con la cabeza. —Justo por esto necesito otro sitio y, sobre todo, una nueva dirección de empadronamiento. Para que no tenga excusa para venir a dejar el correo por casualidad a estas horas. Quiero decir… ¡es viernes!

Mira torció el gesto. —No deja pasar una.

—Ojalá aceptara de una vez que la relación se ha terminado. Como siga así, voy a sentirme como una delincuente solo por haber sido yo quien cortó. —Ellie puso los ojos en blanco y señaló la tele—. No quiero acabar así. Como esa de ahí, que con cada sonrisa de ese tipo se olvida de quién es. —Al decirlo, se levantó y cogió la chaqueta.

—¿De verdad vas a bajar? Puede echar el correo en el buzón.

—Como si no hubiera visto ya la luz de aquí dentro desde la calle. Conoces a Steven. —Se irguió—. Vuelvo enseguida.

Desde la escalera, Ellie ya distinguía a través de los cristales de la puerta la silueta de Steven. Estaba apoyado frente a los buzones, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Se las sacó a toda prisa cuando Ellie abrió. Aquella noche su figura desgarbada parecía aún más endeble, y una expresión insegura le cruzó el rostro pálido.

—Ellie… hola —la saludó con tanta torpeza que parecía que fueran extraños. A Ellie, de hecho, a veces ya se le hacía sentirlo así.

—Hola, Steven. Podías haber metido el correo en el buzón —se esforzó por sonar lo más indiferente posible.

Steven se encogió de hombros, desabrochó el botón central de la americana y sacó tres sobres del bolsillo interior. —Ah, pasaba por aquí y…

—¿Por aquí? Steven, vienes justo de la asesoría, ¿no? —La mirada de Ellie se deslizó, vacilante, por su traje—. ¿Cuántos de estos había

planchado en los últimos años?

—Sí, ya sé lo que estás pensando.

—Por ejemplo, que de Charlottenburg a casa no se pasa por Lichtenberg.

Él suspiró y se revolvió el pelo negro y corto. —Me has pillado, ¿eh?

Ella cogió los sobres, se los guardó en el bolsillo de la chaqueta y miró pensativa a su exnovio. No se odiaban. No había habido una ruptura sucia, ni rencor, nada de eso. Y, sin embargo, con los años se habían ido en direcciones completamente distintas. Como dos personas que, al iniciar un viaje, toman el mismo camino y, en un cruce más tarde, de pronto se pierden de vista.

—Solo quería ver cómo estabas —confesó entonces, balanceándose nervioso de un pie a otro.

—No puedes presentarte aquí tres veces por semana —dijo Ellie en voz baja—. Y menos un viernes a estas horas.

—Te encanta quedarte despierta los viernes hasta medianoche, al menos cuando al día siguiente puedes dormir hasta tarde. Te conozco —respondió, y sonrió con tanta suficiencia que Ellie dio automáticamente un paso atrás.

—Por favor, deja de hacerlo, Steven. Se acabó.

Enseguida la cogió del brazo y le aprisionó la mano con sus dedos fríos. —¿De verdad se ha acabado?

Cuando alzó la vista y miró a sus ojos azul agua, tragó con rigidez. Recordó a la mujer de la película y negó con la cabeza. —Así no puede ser—. Le retiró la mano, y su mirada se ensombreció. Cuando abrió la puerta de casa, él intentó de nuevo detenerla, pero Ellie no se volvió. —Buenas noches, Steven. Y gracias por las cartas. Por favor, mételas la próxima vez en el buzón. Dicho esto, entró en la escalera y dejó que la pesada puerta se cerrara de golpe tras de sí.

Al subir, oyó a Mira tararear en voz baja una canción en el cuarto del niño, seguramente mientras acostaba a Ben en la cuna. Ellie

colgó la chaqueta del perchero y se dejó caer en el sofá. Necesitaba con urgencia un piso nuevo. Un futuro propio. Una vida que ya no estuviera ligada a Steven. Una en la que no dependiera de él, ni siquiera por unas cartas ridículas. Si no, él nunca superaría la ruptura. Al fin y al cabo, había estado años ignorando con gran éxito sus problemas de pareja y luego se había mostrado terriblemente sorprendido cuando un día ella se lo echó en cara. Simplemente no encajaban. Y menos aún desde que él había rechazado el que en su día fue su sueño común de una casa propia a las afueras y había entrado en el bufete de su padre. Se alegraba por él. De verdad que sí. Pero Ellie aspiraba a otra cosa. A lo esencial. A la calma. A la satisfacción. A la naturaleza y la familia. Mientras a ella desde hacía muchos años cada vez le tiraba más salir de la ciudad, a Steven lo había atraído más hacia dentro. No era de extrañar que se hubieran perdido de vista.

A la mañana siguiente fue Ellie quien subió las persianas y dejó entrar el sol de verano en el piso antiguo berlinés de su amiga. Había pasado mucho rato despierta hasta que por fin cayó en un sueño inquieto. Poco después sonó la alarma del móvil y, de no ser porque le esperaba un turno de mañana en el hotel, habría estampado el maldito cacharro con fuerza contra el aparador del salón.

Se miró cansada en el espejo, alisó las finas arruguitas alrededor de los ojos y luego se recogió el largo pelo rubio en un moño suelto. No está nada mal, pensó, y se sonrió a sí misma con toda la confianza posible. Después volvió de puntillas a la cocina y se preparó un café. Cuando llevó la taza con el brebaje caliente a la boca, dio un sorbo y un dolor punzante le atravesó una muela, se estremeció.

—Maldita sea —murmuró, y se llevó una mano a la mejilla. Llevaba ya unas semanas volviendo ese dolor, y hacía tiempo que quería ocuparse de ello, pero entre todos sus otros dramas lo había ido

olvidando una y otra vez. Ellie cogió el teléfono y marcó el número de su padre.

—Cariño, ¿qué pasa? —la saludó con su voz cálida y ronca. De fondo podía oír el rumor del tráfico.

—Buenos días, papá. Hoy estás de guardia, ¿verdad?

—Ya voy de camino a la consulta, ¿por?

—Mi muela podría necesitar tu ayuda —ya sabes—. La que me lleva dando guerra un tiempo. Pero tengo que irme ya al hotel. ¿Estarás en la consulta a mediodía?

—Claro —dijo su padre, y ella oyó tintinear su llavero—. Pásate sin más, ¿sí? Ya tengo pacientes sentados aquí. Puede que sea un sábado movidito. Ármate de paciencia. Hasta luego, pequeña.

Antes de que Ellie pudiera responder, su padre ya había colgado. Negó con la cabeza, sonriendo, cogió la taza de café y se acercó a su chaqueta para revisar los sobres que le había traído Steven: una carta publicitaria del concesionario, un extracto bancario y… a Ellie se le cortó la respiración. ¡Una carta de Escocia!

Se quedó mirando, como hipnotizada, al remitente: Flynt-Farm, Hill Street, Fallbury. Le temblaron los dedos al acariciar la letra. Cerró los ojos e inspiró hondo. En cuestión de segundos la arrasaron los recuerdos. Recuerdos de su infancia, de los veranos en Escocia, de los vestidos de flores enormes de la tía Rose, del olor a tarta de manzana recién hecha, de los peldaños que crujían de Rose Cottage, de las carcajadas estruendosas de los huéspedes del bed-and-breakfast, de las ovejas de la Flynt-Farm y…

Graham…

El corazón se le desbocó cuando volvió a abrir los ojos y rasgó el sobre. Enseguida dirigió la mirada a la firma. No era Graham quien había escrito la carta. ¿Por qué iba a ser suya? Sería absurdo. Ellie soltó una risita torpe ante lo disparatado de su ocurrencia y negó con la cabeza.

Un saludo, Archie. Con eso quedaba firmada la carta. El padre de Graham. ¿Por qué Archie Flynt le escribía una carta? Eso solo podía

significar que algo no iba bien con la tía Rose. De niña, Ellie había pasado todos los veranos en casa de su tía, en su *Rose Cottage* del adormilado Fallbury. Tras mudarse a Alemania, había mantenido un contacto esporádico con la anciana de los acantilados. De vez en cuando llegaba una carta; en cualquier caso, una felicitación de Navidad anual, pero hacía meses que Ellie no sabía nada de la tía Rose. Su último envío había quedado sin respuesta.

En ese momento, la revelación la golpeó con dureza, como un cuchillo. Había estado tan absorta en sí misma y en la ruptura que no se había dado cuenta de lo escasas que se habían vuelto las noticias desde Escocia. ¿Podía ser que la tía Rose…?

¡No, ni siquiera debía pensarlo! Al instante, a Ellie se le retorció el estómago y se tensó, antes de intentar concentrarse en las palabras que bailaban ante sus ojos sobre el papel.

Querida Ellie,

perdona mi mensaje inesperado. Vi tu dirección colgada en un corcho del Cottage y he estado dándole muchas vueltas a si debía escribirte. Ahora creo que no me queda otra y que debo hacerte llegar las siguientes noticias. No quiero andarme por las ramas: se trata de Rosemary y del Cottage.

El bed-and-breakfast ha dejado atrás sus mejores tiempos. El año pasado, un fuerte temporal azotó Fallbury. El tejado del Cottage se lo llevó por delante y ahora el paso del tiempo está haciendo mella en el viejo caserón. Y tampoco hemos podido recibir huéspedes aquí arriba en los acantilados desde hace ya tiempo.

Rosemary me daría una bofetada por hablar tan claro, pero no solo me preocupa la casa, también la salud de tu tía abuela. Rose apenas sale ya de casa; los huéspedes hace mucho que dejaron de venir. Con cada mes que pasa, parece que ella se hiciera un poco mayor y que el Cottage estuviera un poco más ruinoso. Y lo último que haría sería pedir ayuda.

Sea como fuere, Ellie —soy consciente de que llevas mucho tiempo sin venir a Fallbury. Rose no habla de ti ni de tu familia; debe de ser uno de esos temas que guarda para sí como un tesoro bien custodiado. Pero he visto las cartas que os habéis escrito a lo largo de los años, y si hay alguien que haya dejado el corazón aquí arriba, en los acantilados, esa eres tú. Nunca olvidaré cómo te brillaban los ojos cuando tu mirada se perdía sobre el mar. Llevas dentro esa ansia escocesa de libertad.

¿Crees que podrías ayudar de algún modo a Rosemary y a Rose Cottage? Económicamente o con unas palabras que animen a tu tía abuela: cualquier ayuda, por pequeña que sea, sería bienvenida. Sería una verdadera lástima tener que ver cómo ambos se vienen abajo.

Un saludo, Archie

Las últimas palabras se le emborronaron a Ellie. Soltó el aire contenido mientras apretaba la carta contra el pecho y cerraba los ojos.

En su mente afloraron los contornos brumosos de Fallbury. El pequeño pueblo pesquero constaba de un puñado de casas de piedra tosca, con tejados de pizarra cuyas cumbres asomaban entre las brumas al amanecer. Calles angostas y sinuosas serpenteaban entre las colinas hasta el mar, donde olas espumosas azotaban paredes de acantilado escarpadas. Por encima del pueblo, entre prados verdes y praderas jugosas, se alzaba Rose Cottage. Pequeño y acogedor, con un encanto propio, coronaba las colinas. Tenía un aire indómito. Igual que su dueña.

Casi podía sentir la hierba cosquilleándole los tobillos. Como antaño, cuando corría por el jardín asilvestrado del bed-and-breakfast. El aroma de los manzanos le llenó la nariz, y los graznidos de las gaviotas que planeaban sobre el mar le retumbaban en los oídos. Cuando sintió una ráfaga de viento —tan real como si de

verdad le peinase el cabello—, Ellie dio un respingo y abrió los ojos de golpe.

Escocia.

Fallbury.

Rose Cottage.

No lo había olvidado.

Capítulo 2

—¿Y? ¿Qué te parece? Ellie había permanecido inquieta en el sillón de tratamiento mientras observaba a su padre leer la carta de Archie. Palabra por palabra. Y luego otra vez. Y otra.

Exactamente como había hecho ella durante toda la mañana. Apenas había podido concentrarse en su trabajo en la recepción. A cada rato se le iba la mirada al reloj de pulsera y a la aguja de las horas, que le prometía cada vez con más claridad la liberación del fin de la jornada. Cinco minutos antes de terminar el turno había salido del hotel y había echado a correr hacia la consulta de su padre. Una endodoncia después, estaba sentada frente a él, y la carta le temblaba en las manos igual que a ella aquella mañana.

Stewart Bell era un hombre bajito y rechoncho, cerca de los sesenta, al que nada sacaba de su calma con facilidad. Pero aquel sábado incluso él se había quedado visiblemente pálido.

—¿Tú y Rose… os escribís cartas?

—No me refiero a eso. ¿Qué te parece la petición de ayuda de Archie? ¿Y lo de Rose Cottage? Pero, sobre todo, ¿cómo está al parecer Rosemary? Yo no tenía ni idea. Negó con la cabeza y se mordió el labio inferior. Toda la mañana había estado por abofetearse por haber dejado que, precisamente en los últimos meses, se apagara el contacto con su tía abuela, a la que desde siempre había llamado tía Rose. Por lo visto, en ese tiempo sí la habría necesitado de verdad.

Stewart dejó caer la carta sobre los muslos y suspiró—. La verdad, no sé muy bien qué decir.

—¿No te preocupa?

—Sí. Claro. Pero… no he sabido nada de ella desde hace dieciocho años. A diferencia de ti, por lo que parece. No era un reproche, pero

sus palabras expresaban un asombro que Ellie no podía echarle en cara. Los temas de Fallbury y Rosemary habían quedado prácticamente borrados de sus vidas tras su precipitada marcha a Alemania. Siempre que había intentado hablar con su padre de la nostalgia por su hogar, él se había cerrado en banda. Y a su madre ni hacía falta preguntarle: con Rosemary estaba de uñas de todos modos. De niña Ellie no había podido entender qué problemas había habido entre sus padres y la tía Rose, y cuando fue lo bastante mayor como para buscar por su cuenta una solución, le habían cerrado todas las puertas en las narices. También Rosemary.

—No era un contacto estrecho. Solo de vez en cuando. Sobre cómo me iba aquí, sobre mi formación, mi trabajo. De sí misma y de Rose Cottage tía Rose escribía muy rara vez. Y siempre que le decía que podía ir a verla, ella lo zanjaba.

—¿Querías ir a verla?

—Ya no tengo trece años, papá.

Stewart asintió y le dio unas palmaditas en la rodilla.—Claro, cariño. Solo me sorprende.

Ellie le sujetó la mano a su padre.—Tú también lo echas de menos. Lo sé.

—¿Hm? Se rió, azorado, y se soltó de su mano.

—Fallbury. Las extensiones inmensas de Escocia…

Stewart negó con la cabeza.—Todo eso quedó muy atrás. Ahora este es nuestro hogar. Berlín es una ciudad preciosa.

—Pero no nuestra tierra —dijo Ellie en voz baja—. Si no le hubiera hecho caso a tía Rose. Si me le hubiera plantado y me hubiera ido sin más, en una de mis vacaciones, a Fallbury. Pero no quería enfadarla, ni decepcionarla, ni poner a prueba el frágil contacto que teníamos. Ya sabes cómo puede ser tía Rose.

—Oh, sí. Eso lo sé demasiado bien. Stewart se rió, y por su mirada ausente Ellie pudo darse cuenta de que ya no estaba con ella en su consulta dental de Berlín. Ellie volvió a coger la carta y volvió a pasar los dedos por aquella letra inclinada.

—¿Qué hago ahora con esto, papá?

Su padre se apoyó en un armario. —¿Y qué te gustaría hacer con ello?

—No puedo simplemente dejarlo ahí y hacer como si la carta no hubiera llegado nunca. Pero ¿qué puedo hacer yo desde aquí? Archie tiene razón: Rosemary nos cortaría la cabeza a todos si supiera que estamos planeando a sus espaldas alguna operación de rescate para ella y el cottage.

Mientras su padre escribía una breve nota en su historial en el ordenador, Ellie se levantó del sillón de tratamiento y guardó la carta de nuevo en el bolso. —Tengo que pensarlo, decidió, y Stewart se volvió de nuevo hacia ella.

—Yo también voy a dejar que todo esto se asiente primero. Quizá… quizá podamos echarle una mano de alguna manera.

Ellie sonrió y abrazó a su padre. —Gracias, papá. ¿Se lo cuentas a mamá?

Él asintió. —Creo que sí.

Fue hacia la puerta de la consulta y puso la mano en el picaporte. —Sé que entre nosotros todo es complicado. Pero la tía Rose es familia.

Stewart asintió. —Lo sé, pequeña.

Cuando Ellie se dio la vuelta, su padre la llamó de nuevo. —La carta iba dirigida a ti y… si me preguntas, las palabras de Archie son muy atinadas. Si hay alguien que dejó el corazón en ese sitio, eres tú. A veces pienso en aquellos veranos. En lo feliz que eras cuando te dejábamos allí. Allí fuera te convertiste en otra persona. En alguien mejor.—

—Papá—, dijo Ellie con la voz tomada y se tragó el nudo de la garganta.—

—No, de verdad. Y tienes toda la razón, pequeña.—

Cuando ella lo miró expectante, él sonrió con picardía.

—Ya no tienes trece años.—

Por la noche se sentó en el sofá con las piernas cruzadas, la carta a su lado. Una y otra vez, su mirada se deslizaba por el papel, por las palabras de Archie, que cada vez volvían a darle un vuelco al corazón. Le parecía casi irreal, después de tantos años, estar leyendo algo de Archie Flynt. Formaba parte de una época de la vida de Ellie de la que no hablaba a menudo. No porque no hubiera sido importante, sino porque muchos de sus recuerdos eran demasiado intensos. Tanto, que la más mínima alusión a aquel tiempo podía descolocarla en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando Ellie recogió sus cosas del piso de Steven, descubrió un pequeño tesoro en una vieja caja de la mudanza. Un álbum. Estaba al fondo, escondido bajo un montón de papeles. Nunca lo había sacado ni mirado desde que se mudó con Steven.

De pronto sintió el impulso de hurgar en la caja y sacarlo para hacer justo eso. Abrirlo y mirar dentro. Volver a sentir lo que tanto tiempo había intentado enterrar. Y revivir una vez más aquello que en más de una hora de calma anhelaba dolorosamente.

Ellie fue al trastero de Mira, donde se apilaban todas sus cajas de la mudanza, y fue revisándolas una a una hasta que encontró lo que buscaba: el álbum rosa. *Mis veranos en Rose Cottage* había escrito con su letra infantil.

Pasó los dedos por el rótulo y tragó saliva. Ellie recordaba perfectamente el día en que la tía Rose había puesto el álbum delante de ella sobre la mesa.

—Porque aquí vives tantas cosas—, había dicho simplemente, y la propia Ellie la había mirado interrogante. Por entonces, Rosemary Bell aún le imponía; la veía alta y adusta. No imaginaba cuánto acabaría queriendo a aquella mujer de los acantilados.

—Y para que no se te olvide—, añadió entonces Rosemary y sacó una vieja cámara del bolsillo de la falda. Rara vez había estado Ellie tan orgullosa de algo como de aquella cámara. Era uno de esos

aparatitos que ya casi no se usaban, al que había que ponerle un carrete y avanzar hasta la siguiente foto.

Riendo, Ellie se recostó en el marco de la puerta al recordarlo ahora. Había inmortalizado todos sus veranos en Fallbury con aquel cacharrito, y al final de sus vacaciones Rosemary siempre le daba un poco de dinero para que pudiera revelar las fotos en el pueblo. Después se sentaban siempre las dos bajo los manzanos detrás de la casa y las pegaban en el álbum. Foto a foto. Recuerdo a recuerdo.

Rosemary le había enviado el libro por correo sin añadir una sola palabra, años después de la mudanza de Ellie a Alemania. Cuando lo abrió ahora, tras tantos años, el corazón se le desbocó. Con las manos temblorosas pasó las páginas y echó un vistazo a las aventuras de su infancia. Allí estaba Rose Cottage en lo alto de las colinas, y se veía exactamente como lo recordaba. Pequeña y acogedora. Misteriosa y mágica.

En una foto, la tía Rose, con su vestido floreado, estaba junto a los fogones preparando mermelada; en otra, Graham y Ellie rebañaban los restos de masa en los cuencos. Algunas imágenes mostraban las fiestas del pueblo en Fallbury, que en verano convertían las calles en un mar resplandeciente de luces. En otras, en cambio, solo descubrió a Graham tumbado en la hierba y masticando unas briznas, como ella misma había hecho tantas veces.

De hecho, veía a Graham y a la tía Rose en casi todas sus fotos. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Aquellas dos personas eran la razón por la que entonces se había enamorado de Fallbury. De su aislamiento. De la vida en los acantilados.

Graham… A Ellie se le cortó la respiración cuando pasó el dedo por una foto en la que él la llevaba a caballito por la Flynt-Farm. Casi notó su agarre firme alrededor de sus tobillos. Cómo la había protegido siempre… Al final, sin embargo, su corazón acabó roto igualmente.

Cuando ese pensamiento se apoderó de ella, Ellie cerró el álbum a toda prisa. Un pequeño papelito resbaló hasta su regazo y, curiosa,

lo desplegó. Era un número de teléfono: ¡el número de teléfono de Rose Cottage!

Ellie contuvo el aliento. ¿Era una señal? ¿Debería llamar de verdad a Rosemary? ¿Así, sin más, después de tantos años? No habían vuelto a intercambiar palabra desde que ella se marchó. La tía Rose no quería visitas ni llamadas. Las cartas, esas cartas breves, habían sido lo único que le quedó a Ellie tras su mudanza.

Sacó el móvil del bolso y sostuvo el pequeño post-it amarillo a su lado.

—No me digas que estás pensando en llamar a Steven —dijo de repente Mira, y Ellie se sobresaltó.

—Madre mía, dos veces en dos días; deberíamos poner un timbre que toque una canción en cuanto alguien entre en el piso. Se rió, algo cortada, se apartó el pelo de la cara y volvió a esconder deprisa el álbum en la caja de la mudanza. Aún no estaba preparada para compartir esos recuerdos tan valiosos con nadie.

—Pues si no has oído los gritos de Ben en el rellano, quizá deberías ir al otorrino —le guiñó un ojo Mira y señaló con un gesto de cabeza la escena ante sus ojos—. Entonces, ¿Steven?

Ellie negó con la cabeza y se acercó al sofá, donde cogió la carta. —¿Para qué clase de desesperada me tomas? —le pasó la carta a su amiga sin decir más, y Mira recorrió las líneas a toda prisa.

—¿La tía con la que pasabas todos los veranos de tu infancia? —preguntó después, y Ellie asintió—. ¿Y ahora qué vas a hacer? —Mira se dejó caer a su lado en el sofá.

Ellie le contó la conversación con su padre, el álbum de la niñez y el número de teléfono que había aparecido como una señal misteriosa, directo a sus manos. —Quizá llame sin más a la tía Rose —concluyó, y sonrió, insegura.

—¿Por qué no? Puede que encontréis juntas una solución.

—No conoces a la tía Rose —suspiró Ellie.

—¿Tan difícil?

—Es muy suya. Mi madre la llamó una vez una ermitaña, y creo que da bastante en el clavo. Seguro que para todo tiene sus motivos, pero jamás se los contaría a nadie. La tía Rose vive en su propio mundito, y pobre del que se atreva a entrar allí sin pedir permiso.

Mira asintió. —Entiendo. ¿Y ahora dudas si una llamada o algo por el estilo sería una intromisión?

Ellie se cubrió la cara con las manos. —Para ella, seguro que sí. Además, ni siquiera sé qué decirle. ¿Le hago una transferencia? ¿Contrato a una empresa de reparaciones? Quiero decir, ¿qué se piensa que pretende Archie? Tengo completamente las manos atadas. Y más aún desde aquí.

Mira le dio un codazo suave. —Quizá no tenga que ser desde aquí.

Ellie alzó la vista. —No ha querido en todos estos años que la visite.

—¿Y nunca se te ha pasado por la cabeza ir de todos modos? ¿Ni un poquito?

Ellie bajó la mirada. En más de un momento de calma le había contado a Mira sus veranos en Escocia. La amiga, a la que de normal le costaba estar callada ni siquiera un par de minutos, siempre había escuchado sus descripciones con los ojos brillantes. Sabía lo que aquel lugar significaba para Ellie y lo que los recuerdos hacían con ella. Solo de un recuerdo no sabía nada. Ellie lo había enterrado siempre muy hondo, y había tenido un papel importante en su decisión de no volver jamás a Fallbury sin invitación. Ese recuerdo llevaba el nombre de Graham Flynt.

—Es que hace tanto que no nos hemos tenido enfrente.

—¿Cuándo, si no ahora? —preguntó Mira y le sonrió a Ellie con confianza—. Algún día quizá te arrepientas de no haber dado el paso.

Ellie cerró los ojos un instante. —Tienes razón —dijo luego, decidida, y cogió el teléfono y la nota adhesiva amarilla.

Mira sonrió, cruzó los dedos para desearle suerte y salió de puntillas del salón.

Ellie inspiró hondo.

Una vez.

Dos veces.

Otra más.

Luego marcó el número y escuchó el tono.

Sonó cinco veces, y Ellie ya estaba a punto de colgar cuando, de pronto, descolgaron al otro lado de la línea.

—Rosemary Bell —dijo una voz conocida, aunque mucho más ronca que la que Ellie había conocido hacía dieciocho años. Se le cayó el alma a los pies y se le crispó la mano en torno al teléfono.

—Tía Rose —susurró; carraspeó y se irguió—. Soy… Ellie.

Silencio al otro lado. Ni respiración, ni un susurro. Nada.

¿Seguía la llamada?

Ellie apartó el auricular de la oreja. La llamada seguía en curso.

—¿Ellie? —preguntó de pronto Rosemary, incrédula y en voz baja —. ¿Mi pequeña Ellie Bell?

Ellie tragó saliva al oír las lágrimas contenidas en cada palabra de su tía abuela.

—Sí, soy yo, tía Rose.

—Ay, niña, ¡qué alegría saber de ti! —exclamó Rosemary, y la tensión de todo el día se le cayó de los hombros a Ellie, arrastrando con ella los reparos y las inseguridades y dejándola casi eufórica—. ¿Cómo estás, niña? He… olvidado responder a tu última carta, creo —balbuceó tía Rose.

Ellie se recostó en el sofá. —Estoy bien. Llamo porque… bueno… tía Rose, Archie me ha escrito.

Al instante se esfumó la ligereza que, pese a la distancia, se había extendido entre las dos mujeres de forma tan familiar y reconfortante, y volvió el silencio tenso.

—¿Tía Rose? —preguntó Ellie con cautela.

—¿Ha hablado de Rose Cottage? La voz de Rosemary era ahora más firme. Ya no tan velada como hacía un instante. También un poco más áspera.

—Sí. Y de ti, que no estás muy bien.

—Paparruchas. Ellie casi podía verla, cómo la mujer pequeña y menuda echaba los hombros hacia atrás e intentaba aparentar al menos dos centímetros más. Rosemary Bell nunca había dejado que nadie le pasara por encima.

—Archie se preocupa, y la verdad, yo también.

—No hace falta, niña. Me las apaño bien.

—¿Y la casa? —preguntó Ellie.

—Es una casa vieja. Siempre hay algo que hacer.

Ellie tragó saliva, y cuando las siguientes palabras brotaron de sus labios con una naturalidad y una valentía que jamás habría imaginado, ella misma se sorprendió: —Sabes que mi corazón está tan atado a esa casa como el tuyo, tía Rose. Yo... yo podría pasar y echarle un vistazo. Quizá podamos reparar los daños de los que habla Archie para que pronto vuelva a latir la vida en la casa. Como antes, ¿te acuerdas?

Por un momento reinó el silencio en la línea, pero esta vez Ellie pudo oír la respiración tensa de su tía abuela.

—A veces aún lo veo delante de mí. Al señor Grisham llevándote sobre sus anchos hombros mientras bajaba las escaleras de dos en dos. Luego oigo tu risa burbujeante, tan clara como una campana, como si hubiera sido ayer —susurró de pronto tía Rose, y Ellie se llevó una mano al pecho. Una oleada de anhelo indescriptible la arrasó. Brotó tan de golpe y se llevó por delante todo lo que alguna vez había frenado a Ellie de regresar a Fallbury.

—Yo también lo recuerdo a menudo —admitió, tragándose el nudo ardiente de la garganta.

Rosemary suspiró. —Ahora soy una mujer vieja, Ellie... Todo ha cambiado.

—Y yo ya no soy una niña, tía Rose.

La voz de Rosemary se volvió más quebradiza. —¿Qué... qué crees que vas a lograr aquí? Rose Cottage ya no es en absoluto el lugar que ves en tus recuerdos, Ellen.

—Entonces hagamos que vuelva a ser ese lugar, juntas. Ellie temblaba. Y tía Rose guardó silencio. —Por favor —añadió en un susurro.

—¿Y cuándo podrías estar aquí? —preguntó Rosemary con vacilación, y una sonrisa de alivio cruzó el rostro de Ellie.

—En unos días, supongo. Tengo que arreglarlo en el trabajo y reservar un vuelo. Pero vendría lo antes posible.

—¿Y de verdad crees que podrías hacer aquí gran cosa? La voz de Rosemary Bell seguía siendo áspera, pero Ellie no pasó por alto el temblor que contenía.

—Merece la pena intentarlo.

Volvió a reinar el silencio durante un buen rato. Ellie habría querido abrumar a su tía con argumentos, pero se obligó a esperar con paciencia y se limitó a pasear arriba y abajo frente al sofá.

—Bueno... si tú lo dices —respondió por fin Rose, y Ellie echó la cabeza hacia atrás, triunfante, mientras un grito mudo de júbilo se le escapaba de los labios.

Cuando terminaron la conversación, a Ellie le temblaba todo el cuerpo. El alivio y la expectación la recorrían, pero cuando en algún momento tomó conciencia de lo que acababa de hacer y decidirse a ello, todo quedó en silencio dentro de ella. Volvería. De vuelta a Fallbury. Al lugar de su infancia.

Quizá de verdad había llegado el momento. Ahora, cuando de todos modos no sabía adónde la llevaría su camino y toda su vida se estaba reordenando. Ningún lugar del mundo la había hecho sentirse más cerca de sí misma que el pequeño pueblo pesquero de Fallbury.

Un lugar que enseñó a volar a todos sus sueños.

Sonriendo, Ellie cerró los ojos cuando un rostro apareció en sus recuerdos. Pecas danzaban sobre su piel y rizos castaños ondeaban al viento. Su corazón dio un vuelco.

También volvería a él.

Capítulo 3

ESTIMADA señora Bell:

Muchas gracias por su reserva en EasyWings. A continuación encontrará toda la información sobre su billete electrónico y los datos de su viaje. Tenga siempre el billete preparado en su teléfono móvil para mostrarlo. Recomendamos guardar además el enlace.

Le desea un viaje agradable

el equipo de EasyWings

Christine Bell alzó la vista del papel que tenía en la mano, incrédula. —¿Vuelas a Escocia? ¿Por… Dios mío… ocho semanas enteras? —preguntó, mientras parecía esforzarse por mantener un gesto impasible— —Hay tantos destinos de vacaciones preciosos en el mundo, y a ti siempre te tira Escocia—. La mujer alta, de pelo corto y rubio y mirada severa, se irguió.

Ellie echó una mirada de reojo a su padre. Siempre había salido a él. El pelo rubio lo había heredado de su madre, pero el hambre de vida, y también de libertad, de su padre. Cuántas veces la había llamado su madre una soñadora. Antes y ahora. El correo electrónico en las manos de Christine Bell era la mejor prueba de que nada había cambiado.

—Mamá, no vuelo a Escocia de vacaciones. Ellie volvió a parpadear mirando a su padre, y Stewart le asintió con ánimo. —No sé si papá te ha hablado de la carta…

En ese momento a la madre de Ellie pareció encajarle todo, y abrió mucho los ojos. —Vuelves a Fallbury —susurró con la voz tensa, y el papel se le escapó de los dedos y planeó hasta el suelo.

—Tía Rose necesita ayuda. Hemos hablado por teléfono y… sí, al principio fue un poco raro, pero a los pocos segundos fue como si todos esos años de distancia entre nosotras no hubieran existido. Siempre quise volver algún día a Fallbury, volver a ver ese lugar tan especial de mi infancia. Entonces no pude despedirme; todo fue tan deprisa.

La respiración de Christine se aceleró y se llevó una mano al pecho. —¿Acaso piensas… quedarte allí?

—¿Qué? —Ellie soltó una risa—. No. Voy a ayudar a tía Rose con el cottage, y luego volveré. Además, mi jefe solo me ha concedido ocho semanas sin sueldo. No te preocupes.

Ellie sabía que su madre no tenía el menor sentido de la libertad y la amplitud que ofrecía Escocia, y también sabía que el miedo a perder algún día a su hija en la lejanía siempre había dormido en su subconsciente. También ahora la delataban su mirada nerviosa y la voz tensa. Christine Bell podía parecer dura y fría a muchos, pero en realidad era extraordinariamente vulnerable y siempre había intentado allanar a su única hija los caminos hacia un futuro exitoso. Incluso si eso significaba quitarle su hogar. La madre de Ellie no había escatimado en gastos ni esfuerzos cuando se trató de la formación escolar y profesional de Ellie; se había asegurado de que la familia pudiera vivir en un barrio acomodado de Berlín y de que Ellie recibiera impulso mediante numerosas actividades extraescolares. Lo hacía con la mejor intención, y hoy incluso Ellie era capaz de verlo así. Alemania, y sobre todo las múltiples posibilidades de una gran ciudad, le habían abierto puertas muy distintas a las que habrían sido posibles en el campo escocés. Y, aun así, nunca dejó de anhelar precisamente eso: su hogar. Ellie suspiró.

—¿Qué pretendes hacer allí? Rosemary es una mujer mayor. Aunque conviertas el cottage en un hotel de lujo, al final no habrá nadie que pueda llevarlo con éxito. Allí, en mitad de la nada, las cosas no se vuelven más fáciles cuando una envejece.

Stewart puso los ojos en blanco y Ellie esbozó una sonrisa. —La verdad es que aún no sé qué quiero hacer allí. Pero sí puedo

hacerme una idea de la situación sobre el terreno. Echarle una mano a tía Rose tampoco hará daño. Seguro que le viene bien; parece que ya no anda muy allá. ¡Y además el trabajo en un hotel me lo conozco bastante!

—Un bed-and-breakfast es más bien una pensión. ¿Y quién se supone que va a pagar eso? Sin huéspedes, no hay ingresos. ¿De dónde va a salir el dinero para reformas o incluso para una rehabilitación? ¡Tú y tus castillos en el aire!

Ellie tragó saliva. Sabía que iba a ser un tema delicado. —Tengo dinero, lo sabéis. La herencia de la abuela Margot… No la he tocado ni una sola vez hasta ahora.

Christine miró a su marido negando con la cabeza. —¿Has oído eso? Ahora encima quiere sacrificar sus ahorros por semejante castillo en el aire.

—Cariño, te estás alterando por gusto. Ellie ya es mayorcita. Déjala decidir por sí misma.

Ellie le dedicó a su padre una sonrisa agradecida.

—¿Y tu propio futuro? ¿Qué pasa con un piso nuevo? ¿Con todo el mobiliario que tienes que volver a comprar? ¿Con qué piensas pagar eso entonces?

—Ya lo veré cuando llegue el momento. ¡A estas alturas ni siquiera tengo un piso a la vista! Ma, no lo dramatices. No es la primera vez que vuelvo a Escocia.

—Pero a Fallbury, y ya sabemos todos lo que eso significa. —Resopló.— Pues si me preguntas a mí, no me hace ninguna gracia la idea.

Ellie se puso en pie y cogió el correo electrónico impreso. —Ma, no necesito pedirte permiso ni tampoco preguntarte tu opinión. Estoy aquí para compartir con vosotros lo que está pasando ahora en mi vida y para avisaros de que mi vuelo sale el viernes —o sea, pasado mañana—. ¿Podríais recoger el correo de vez en cuando en casa de Mira? Steven lo mete allí regularmente en el buzón.

—Pues a mí me gustaría saber qué dice Steven de tus planes tan espontáneos. —Christine se cruzó de brazos sobre el pecho.

Ellie frunció el entrecejo y apretó los labios. Su madre y su exnovio eran uña y carne, ambos orientados a la carrera y ambos adoraban el vértigo de la gran ciudad. Que Ellie lo hubiera dejado seguía siendo algo que Christine no lograba entender.

—Vale, ya está bien. Tengo que ocuparme de un par de cosas y, sobre todo, hacer la maleta. —Ellie enderezó la espalda. Con un beso breve y seco se despidió de su madre y, acompañada de su padre, se dirigió a la puerta de la calle.

—No te preocupes, nosotros nos ocupamos del correo —dijo él, guiñándole un ojo. Al poco, rebuscó en el perchero en uno de los bolsillos de su chaqueta y le tendió a Ellie un sobre doblado.

—¿Qué es esto? —Le dio vueltas al sobre en la mano, pero no encontró ninguna inscripción.

—Un detallito para Rosemary y para el cottage.

Entonces Ellie echó un vistazo dentro y vio un fajo de billetes. —Gracias, Pa. —Lo abrazó con fuerza y él la besó en la mejilla. Su barba le raspó la piel. Sonrió sin poder evitarlo. De niña, en momentos así, se echaba hacia atrás entre risitas y él la perseguía por todo el jardín hasta atraparla y alzarla por los aires.

—Dile a Ma que me pondré en contacto en cuanto haya aterrizado. Y que, por favor, no se preocupe tanto. Estoy bien. Por primera vez desde la ruptura vuelvo a tener una meta en mente por la que puedo esforzarme. Ya no me siento tan perdida, ¿sabes?

Stewart asintió y se apoyó en el marco de la puerta. —Estás haciendo lo correcto, pequeña. A veces hay que ir de cabeza contra la pared.

—De quién habré sacado yo eso. —Sonrió y volvió a abrazar a su padre.— Te quiero —le susurró al oído y, de pronto, notó un nudo en la garganta.

—Yo también te quiero. —Se separó de ella y le dio un empujoncito para que cruzara el umbral.— Y ahora, vete. Estos

dramas de despedida no van nada conmigo.

Riendo, Ellie alzó la mano en un último saludo, por ahora.

A primera hora del viernes por la mañana llegó al aeropuerto con el equipaje y con Mira. Cuando cruzó el vestíbulo con su amiga al lado y el pequeño Ben en brazos, se le encogió el estómago. A partir de ahí todo había ido sin respiro. Había pasado exactamente una semana desde que Steven le había llevado la carta de Archie, y los acontecimientos se habían precipitado. Si alguien le hubiera vaticinado que solo siete días después estaría de camino a Fallbury, se habría partido de risa.

—El peque te va a echar de menos —dijo Mira, observando a su hijo, que jugueteaba curioso con la melena larga de Ellie.

—Yo también voy a echar de menos a este pequeño trasto —dijo, y le plantó un beso en la mejilla al gordito, que soltó una risita. Desde que compartían piso, había pasado mucho tiempo con el hijo de Mira. Antes, Ellie soñaba con tener su propia familia, quería hijos, una casa, un gran jardín: la felicidad absoluta a sus ojos. Pero su relación se fue al traste y, desde entonces, aquel tema se le había ido alejando cada vez más. Ojalá algún día sintiera la misma dicha que Mira cuando miraba el rostro radiante de su hijo.

Se detuvieron delante del mostrador de facturación y Ellie le devolvió el niño a Mira. *De verdad voy a hacerlo*, pensó en ese instante, con el corazón desbocado. *Viajo de vuelta a Fallbury.* El nombre del adormilado pueblo pesquero le recorrió el cuerpo: cálido y embriagador a la vez. Ahora, en este mismo momento, cuando de verdad estaba a punto de partir, empezó a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Pero no le quedó mucho tiempo para ello, porque Mira abrió los ojos de par en par y exclamó: —¡Ellie, mira!

Ellie se dio la vuelta y descubrió a sus padres acercándose a toda prisa. Su padre tenía el pelo de punta, como si hubiese saltado de la cama directo al coche. Su madre, en cambio, iba hecha un pincel.

—¿Qué hacéis aquí? —gritó Ellie, y sintió un cálido cosquilleo en el estómago. No le había gustado nada la despedida dura y fría de su madre. Pero el tema de Escocia siempre había sido un punto delicado entre ellas. Al verlos correr hacia ella, Ellie sintió cuánto había anhelado en realidad una despedida así. No quería afrontar todo aquello sola, sino hacer partícipes a los suyos: ilusionarse con ellos, tener miedo, alegrarse, trazar planes y soñar sueños.

—Tu madre me ha sacado de la cama a rastras —bromeó su padre, y Ellie vio el delator brillo húmedo en sus ojos mientras observaba cómo madre e hija se fundían en un abrazo.

—Queríamos desearte buen viaje —dijo Christine, y sacó de su bolso una tableta de chocolate. Chocolate blanco con relleno de coco. La favorita de Ellie.

—Gracias, mamá.

Christine parecía esforzarse por mostrar una sonrisa confiada, pero no terminaba de conseguirlo. Ellie no se lo tuvo en cuenta. Estaba allí. Eso era lo que importaba.

—Debería facturar el equipaje antes de que acabe perdiendo el vuelo —indicó hacia el mostrador y se puso en marcha despacio.

—¿Lo llevas todo? Ellie, ¿has cogido la tarjeta del seguro médico? Por si pasa algo, digo —Christine le arreglaba la ropa a Ellie, como si necesitara dejar bien presentable a su hija antes de soltarla al mundo.

La señora del mostrador de facturación sonrió. Probablemente ella también tenía una madre así.

—Claro que la llevo —le aseguró Ellie, y su padre se abrió paso hasta ponerse a su lado.

—¿Y el cargador del móvil? Tienes que avisar sin falta.

Ellie se rió. Su padre no era en absoluto mejor cuando se trataba de mandar de viaje a su niña.

—Lo tengo todo, de verdad. No es la primera vez que me voy de viaje.

—Pero por primera vez del todo sola —dijo Christine Bell, preocupada.

—Y por tanto tiempo —añadió Stewart.

Mira sonrió con picardía. —Ellie se apañará. ¿Verdad, Ben? ¿Tú qué dices?

El pequeño había empezado a quejarse, y ahora los quejidos se habían convertido en gritos. Seguramente la terminal del aeropuerto le resultaba demasiado ruidosa, algo que Ellie podía entender muy bien. Mientras Mira intentaba calmar a su hijo, este ya se desató del todo, y Ellie puso una mueca. Los alaridos le hicieron daño en los oídos.

—Si aún tienes tiempo para un café… —empezó Christine, y Ellie negó con la cabeza.

—En realidad tengo que ir ya al control de pasaportes.

—¿Y de verdad lo llevas todo?

Ellie puso los ojos en blanco y soltó un quejido. —¡Sí! ¡De verdad! ¿Os lo creéis ya, por fin? Y si no, me lo enviáis. La dirección os la sabéis.

Atrajo a sus padres a la vez y ellos la apretaron tan fuerte contra sí que tuvo que luchar literalmente para liberarse de su cerrojo. Mira, en cambio, fue más sencilla. Mientras Ben tiraba del pelo largo de Ellie, su amiga le plantó un beso en la mejilla y le deseó una época emocionante. Pero aún en pleno abrazo, de pronto se pegó a la oreja de Ellie y le susurró: —Me voy con Ben a Düsseldorf. Este mismo domingo. Mi padre por fin quiere conocerlo.

Ellie se soltó del abrazo de Mira. —¿Cómo? ¿Desde cuándo lo sabes? ¿Por qué no has dicho nada? Las complicadas relaciones familiares de Mira no eran ningún secreto.

—No quería sacarte de tu curso —su amiga sonrió—. Además, fue una decisión impulsiva. Te lo digo ahora solo porque allí probablemente no voy a tener cobertura. Pero cuando estemos las dos de vuelta, me cuentas hasta el último detalle de Escocia, ¿vale?

Y tras tu llegada también hablamos por teléfono al menos una vez más, ¿sí?

Ellie tragó. Ahora sí que se le encogió el corazón. La ilusión por aquel viaje se mezclaba con una especie de nervios que, de repente, la descolocaron. ¿No estaba dejando atrás en Alemania todo lo que amaba y era sagrado para ella?

—Vale, cuídate mucho, ¿sí? —articuló Ellie con esfuerzo y volvió a estrechar a Mira entre sus brazos. Sin su amiga, Ellie se habría perdido en los últimos meses. Ella y el pequeño berreón la habían ayudado a atravesar más de una hora difícil de su vida.

—Te quiero. Y ahora, venga, tira. Ve a salvar el mundo. O… bueno. Al menos ese cottage —dijo Mira, la apartó y sonrió de oreja a oreja.

Ellie les hizo un gesto de despedida a sus seres queridos antes de dirigirse al mostrador y entregar sus papeles. En menos de dos minutos dejó atrás los controles y se encontró en una zona a la que su familia ya no tenía acceso. Se volvió por última vez hacia sus padres y su amiga. Agitando la mano como una loca, Mira estaba en el vestíbulo con Ben. Christine y Stewart Bell, en cambio, se aferraban el uno al otro tan rígidos como si Ellie estuviera yéndose a la guerra.

Qué loco, pensó Ellie. *Y un poco tierno. Hasta papá parece preocupado y también un poco como si le hubiera gustado estar en mi lugar.*

Ellie respiró hondo. Fuera lo que fuese lo que había pasado entre sus padres y la tía Rose aquel día de hacía dieciocho años, había llevado a su padre a romper con su tierra, aunque su añoranza por ella, al menos ante Ellie, le costara disimularla. Aun así, en Alemania se había construido una vida nueva, y quería a su mujer. Para Christine jamás habría otro hogar que este de aquí. Y todos necesitaban un lugar en el que su corazón se sintiera por fin en casa y a salvo. Su padre había elegido el amor y se había adaptado a su nueva vida. No se arrepentía de nada, de eso Ellie estaba segura, pero también sabía que la morriña era un sentimiento que no se podía expulsar del corazón así como así.

Cuando una bola ardiente le subió a la garganta, se llamó a la cordura. *¡Ni se te ocurra ponerte a llorar ahora!*

Soltó una risita nerviosa y por fin se puso en marcha, directamente hacia el embarque.

Capítulo 4

UNAS buenas cinco horas más tarde, el avión aterrizó en Aberdeen.

Aunque Ellie en los últimos años se había bajado del avión en ese mismo lugar más de una vez, aquel día se le expandió en el pecho una sensación distinta, casi desconocida. Una mezcla de ilusión, nervios, euforia y también miedo a lo que pudiera venir. Se dio prisa en recoger sus maletas en la cinta, cambió algo de dinero y salió decidida de las terminales del aeropuerto.

Una brisa fresca dio la bienvenida a Ellie en Escocia cuando cruzó la puerta y cerró un instante los ojos. Una llovizna ligera le erizó la piel de los brazos, y aguardó adrede un momento —disfrutó del frío, del viento áspero y del aire limpio— antes de sacar de la mochila una chaqueta de tela hecha un guiñapo y echársela por encima. Una sonrisa cómoda le curvó los labios. Jamás había logrado hacer migas con esos días de verano calurosos y secos que a veces sufría en Berlín. El calor le aplastaba el ánimo. En cambio, disfrutaba del frío otoñal, y no le sorprendió que el aire fresco sobre la piel y el viento en el pelo le dieran en ese instante una agradable sensación de hogar. Sonriendo, se apartó del rostro un mechón rebelde cuando una voz amable la sacó de sus pensamientos.

—¿Necesita usted un taxi, señora?

—Oh, sí... —se le escapó, y su mirada se desvió a la derecha, donde un hombrecito rechoncho se abalanzó de inmediato sobre sus dos maletas. Mientras Ellie se deslizaba al asiento trasero, el taxista guardó su equipaje en el maletero y luego ocupó el asiento del conductor. Sus miradas se cruzaron en el retrovisor.

—Soy Lou, ¿adónde puedo llevarla?

—A Fallbury, por favor —dijo Ellie, y el nombre del pueblo pesquero sonó en su boca tan familiar como si no se hubiera ido

nunca. Estaba a punto de empezar a darle a Lou unas breves indicaciones para llegar a la aldea somnolienta al borde de los acantilados cuando él hizo un gesto con la mano y arrancó el coche.

—¿Qué trae a una joven como usted a este rinconcito tan apacible? Por cierto, mi prima tercera vive allí con su cuarto marido. Vaya historia rara. El marido número uno murió de un infarto fulminante. Al número dos lo atacó una vaca cuando fue a sacarla del prado. ¡De verdad! Y del marido número tres no se supo nada durante seis semanas hasta que apareció varado veinte millas al norte, en la costa. ¡Un accidente de pesca! Ya hacemos apuestas sobre qué destino le tocará al marido número cuatro. El tipo, un bicharraco de lo más curioso, soltó una carcajada desde lo más hondo, se atragantó y golpeó el volante con tanta fuerza que Ellie temió que el taxi acabara en la cuneta en cualquier momento.

Lou pareció captar su mirada preocupada. —Los pulmones, ¿sabe? Para ellos es una bendición que ya no me permitan fumar durante mis rutas. Antes era de lo más normal. Nos pasábamos el día fumando: nosotros, los conductores, y también los pasajeros. En fin, ya oye en qué ha quedado la cosa. —Tosió de nuevo, y Ellie se volvió sonriendo. Cada vez que regresaba a su tierra y el primer escocés se cruzaba en su camino, notaba cuánto había echado de menos esa forma de ser. Los alemanes podían ser bastante ceñudos y quejicas, mientras que los escoceses siempre tenían un comentario socarrón en los labios. Lou, el taxista, apenas tomaba aire entre arrebato y arrebato. Hablaba con Ellie como si fueran viejos conocidos, bromeaba y soltaba risitas pícaras, mientras que en Alemania Ellie ya podía darse con un canto en los dientes si alguien se tomaba la molestia de alzar la vista. Eran dos mundos completamente distintos.

—¿Qué me dijo que adónde exactamente quería ir? —retomó Lou la conversación tras su ataque de tos ronco.

—Fallbury —repitió Ellie, y el conductor negó con la cabeza.

—No, no. ¿Adónde exactamente? ¿Va a alguna pensión? ¿Está de vacaciones por aquí?

Ellie estaba a punto de responder cuando se le atragantaron las palabras. Sí, ¿y qué se suponía que debía contestar?

—Me esperan en Rose Cottage. —Las palabras le resultaron extrañas al salirle de los labios y, sin embargo, describían mejor que nada su situación.

—¿Con la vieja Rosemary? Pensaba que ya lo había cerrado hace tiempo. —Lou tomó la siguiente curva demasiado deprisa, y Ellie se vio pegada al asiento.

—Rosemary es mi tía abuela —gritó desde el asiento trasero—. Quiero echarle una mano con el cottage. En origen yo también soy de aquí. Bueno... no de Fallbury, sino de Potterton. Es solo que... en fin, llevaba bastante tiempo sin ver a la tía Rose.

Perdida en sus pensamientos, Ellie dejó que la vista se le escapara por la ventana. Hasta Lou parecía concederle ese momento para que pudiera respirar hondo y dejar que el paisaje la empapara. Hacía rato que habían dejado atrás Aberdeen, y la inmensidad de Escocia parecía darle la bienvenida a Ellie con los brazos abiertos. Nubes indómitas danzaban en el cielo, y a lo lejos se fraguaba una pequeña tormenta. En Escocia nunca se sabía cómo iba a evolucionar el tiempo. Con mala suerte, en tan solo veinticuatro horas se vivían las estaciones de todo un año. Era una locura y, a la vez, una maravilla.

Cuanto más se acercaban a la región costera, más familiar se le hacía a Ellie el entorno. De pronto, notó un tirón en el estómago, provocado por esa ya conocida mezcla de nervios, incertidumbre e ilusión.

—Aquí fuera la gente aún se echa una mano —retomó Lou tras su pausa y, por el retrovisor, lanzó una mirada de soslayo a Ellie—. ¿Dónde vive usted ahora, cuando no está precisamente devolviéndoles la vida a viejos B&B?

—En Alemania —respondió Ellie, mientras Lou se afanaba en descifrar las señales de tráfico. A juzgar por el gesto contraído de su cara, debía de haberse olvidado las gafas.

Fallbury quedaba muy lejos, justo en la costa. Solo la gente que sabía bien lo que iba a encontrarse se aventuraba hasta aquel lugar. En la soledad uno siempre se veía obligado a enfrentarse a sí mismo, y Ellie sabía lo agotador y, al mismo tiempo, embriagador que podía ser. Allí afuera se había encontrado y, años después, se había vuelto a perder. Un lugar como Fallbury era mágico y un poquito peligroso. No te soltaba cuando se había hecho un hueco en tu corazón.

A sacudidas por un nuevo ataque de tos, Lou estuvo a punto de pasarse el desvío. La señal torcida, con letras carcomidas por el tiempo, apenas dejaba adivinar el nombre de la calle, Hill Street. Ellie se puso rígida en el asiento. Antes, el trayecto desde la carretera principal hasta el Rose Cottage siempre le parecía largo; sin embargo, aquel día lo sintió demasiado corto. Apenas tuvo ocasión de procesar todos los recuerdos que la asaltaban a cada metro que avanzaban hacia los acantilados.

—Ya hemos llegado—Lou aparcó el taxi justo delante de la casa y le indicó el importe del viaje.

Ella no se movió. Se quedó mirando, como hipnotizada, el acogedor cottage que tenía justo delante de las narices.

Ahí está, pensó, y el corazón se le desbocó. *Exactamente como lo recordaba. Solo un poco más pequeño, aunque quizá sea porque yo he crecido.*

Un letrero metálico con la inscripción *Rose Cottage* se mecía al viento. Antes colgaba otro cartel justo debajo, uno que llamaba de inmediato la atención de los posibles huéspedes. Era rojo con letras amarillas, y o bien el apartado *libre* estaba visible o el de *ocupado* corrido encima.

Un pequeño muro de piedra —de como mucho cincuenta centímetros de alto— rodeaba la propiedad. La verja de hierro de la entrada estaba de par en par y tan invadida por las malas hierbas que Ellie se preguntó si siquiera podría volver a cerrarse. Todo el jardín delantero estaba frondoso. Por todas partes había zarzas, y flores silvestres relucían en los más diversos colores. Ellie recordaba

unas cuantas losas resquebrajadas que marcaban el camino desde la puerta de la verja hasta la de la casa, pero ya no se distinguían.

—¿Señora?

Ellie dio un respingo. —¿Sí?

—Puede pagar, ¿no? —Lou alzó con escepticismo una de sus pobladas cejas.

—Oh, por supuesto. Un momento. —Con las manos temblorosas, Ellie rebuscó en el bolso el cambio justo, pero no lo encontró y acabó sacando unas libras escocesas en billetes del monedero.

—No tengo cambio —faroleó Lou, mientras alargaba la mano hacia los billetes con un punto de codicia. Ellie ya conocía ese truco, pero ahora tenía otras preocupaciones. En ese mismo instante se abrió la puerta blanca del cottage y una anciana menuda salió, con paso vacilante, al jardín asilvestrado. Entre tanta maleza parecía francamente perdida. Su pelo corto, antes castaño, estaba ya canoso, sobre todo en las sienes y en la raíz. Llevaba una triste rebeca, demasiado grande para ella, y se rodeaba el torso con los brazos.

—Rosemary! —gritó Lou desde el coche, saludando a la tía abuela de Ellie. Ella respondió con un asentimiento indiferente.

—En serio, no puedo cambiar… —empezó de nuevo Lou, que parecía estar esperando a que Ellie por fin se bajara.

—Quédese con el cambio —dijo ella, y abrió la puerta del coche.

Lou fue al maletero y dejó el equipaje de Ellie entre las hierbas del borde del camino. Antes de que ella pudiera dar un paso hacia el jardín delantero, el tipo raro ya había desaparecido. Una enorme nube de polvo se perdió tras él en la lejanía.

Torpe, la mirada de Ellie se deslizó hacia la tía Rose. No se había movido ni un milímetro desde que había salido de la casa.

Ellie no se sentía menos desvalida. Casi le parecía cursi estar ahora frente a su antes tan cercana tía abuela, sostenerle la mirada y temblar de pies a cabeza. Como si ahora —como en una película—

debiera sonar música dramática, levantarse un viento antinatural y una de las dos romper a llorar. En realidad, no pasó nada de eso; en cambio, casi a la vez se pusieron en marcha y avanzaron despacio la una hacia la otra. Se examinaron con curiosidad, como si intentaran averiguar si en aquella envoltura cambiada seguía escondida el alma de siempre.

Los años no habían pasado en vano por Rosemary Bell; había envejecido y el rostro se lo surcaban las arrugas. También caminaba más despacio y ya no con la despreocupación de dieciocho años atrás. Su mirada, en cambio… Ellie recordaba bien los ojos de la tía Rose. Siempre habían parecido fríos y distantes. Como todo en aquella mujer menuda. Los ojos de Rosemary se habían vuelto más pálidos con los años, pero no habían perdido su agudeza. Solo si uno se tomaba la molestia podía descubrir en ellos un centelleo. El brío impetuoso, el calor bien guardado y escondido.

—Ellie —dijo Rose de pronto con voz quebrada, y Ellie se quedó inmóvil. Rosemary sonaba mayor, ¿o era la situación la que hacía temblar su voz?

—Tía Rose —susurró Ellie—, y sintió cómo la presión en el pecho crecía hasta lo indecible. Apenas podía respirar. Le habría encantado echar a correr y echarse en brazos de su tía, como hacía años atrás, pero de pronto ya no sabía adónde mirar ni cómo comportarse, qué podía hacer o qué era mejor evitar. Cuántas veces se había aferrado de niña a los dobladillos de los viejos vestidos floreados y de colores de Rosemary. De tanto usarlos, sus colores brillantes hacía tiempo que se habían apagado, pero a Ellie eso no le importaba lo más mínimo. El recuerdo del olor de aquellos vestidos la asaltó de improviso, como caído del cielo. Era la fragancia discreta de violetas. Y a veces, pensaba Ellie entonces, también olía simplemente a aire fresco. A libertad. A infinito.

Mientras todos esos pensamientos arremetían contra Ellie, fue Rosemary quien se atrevió a dar un paso más hacia ella y abrió los brazos en invitación. Ellie ya no dudó, echó a andar a paso vivo hacia ella y rodeó con sus brazos el cuerpo menudo de la anciana.

Ahora le sacaba a Rosemary más de una cabeza. Si antes siempre había tenido que mirarla hacia arriba, hoy la miraba hacia abajo.

—Qué mujer joven tan guapa te has hecho —susurró Rosemary entre sus brazos. Ellie cerró los ojos y respiró hondo.

Las violetas.

Seguían ahí.

—Es bonito volver a estar aquí.

—Lo es, hija mía. Casi no puedo creer que de verdad estés aquí. Su tía se separó del abrazo, y el hielo entre ellas desapareció como si el calor de sus corazones lo hubiera derretido. Enseguida Rosemary le cogió la mano a Ellie y la arrastró por el jardín de entrada. ¡Ven! ¡Vamos!

Ellie echó una mirada por encima del hombro. El equipaje seguía delante de la casa, pero tendría que esperar. ¿Quién iba a robarlo aquí fuera?

Mientras seguía a Rose por el jardín, Ellie sentía el corazón en la garganta. Su mirada resbaló por la fachada de piedra del cottage. Algunas de las enredaderas trepadoras cubrían buena parte de los ventanales con cuarterones; otras se enroscaban a su alrededor con elegancia. Era como si, tras un largo viaje, Ellie por fin volviera a casa. Quería llorar, reír, gritar, bailar, todo a la vez si podía; así de desbocados bullían los sentimientos en su interior mientras se acercaba a la casa. En las ventanas colgaban jardineras de madera ajadas por la intemperie. En la mayoría solo quedaban restos de plantas secas, pero en el recuerdo de Ellie en ellas florecía la vida entera.

Cuando Rose subió los dos pequeños peldaños y abrió la puerta principal, que crujió, a Ellie le golpeó enseguida la nariz el aroma a tarta de manzana y mermelada de arándanos. No era de extrañar: la puerta de entrada daba directamente a la cocina, pequeña y oscura. La madre de Ellie siempre se había burlado de ello. Decía que no soportaría tener el recibidor en la cocina, mientras que Ellie siempre había pensado que difícilmente podía haber un lugar en el que un

invitado se sintiera más bienvenido que en una cocina que olía a tarta y a mermelada.

—Mi tarta favorita —dijo, y tía Rose sonrió con complicidad. Quizá ella también se acordaba de los veranos de hacía tantos años, en los que se plantaban juntas detrás de la casa y saqueaban los manzanos. Después pasaban el resto del día en la cocina con su botín, preparando tartas, compota o mermelada, hasta acabar oliendo a manzana ellas mismas. Ellie había sido tan pequeña que Rose le había acercado un banquillo para que pudiera alcanzar la encimera. Al ver ahora ese mismo banquillo cubierto de polvo en un rincón, se le encogió el corazón. Pero no tuvo mucho tiempo para la melancolía. Estaba demasiado emocionada y curiosa por ver cómo se había transformado Rose Cottage con los años.

Justo al lado de la cocina estaba la gran mesa redonda en el rincón, en medio de un amplio mirador. Antes los huéspedes se sentaban en esa mesa, y más de un tipo pintoresco había desayunado con ellas mientras contaba sus viajes y aventuras por el mundo. A Ellie siempre la habían fascinado tanto los relatos como las personas en sí. Venían de todas partes para pasar unos días en aquel lugar tan especial, que tanto significaba para Rosemary y para Ellie: gente joven, gente mayor, enamorados y, a veces, también personas enfrentadas. Rara vez había niños, pero a Ellie no le importaba. Podía escuchar durante horas las historias de los adultos. Con algunas de ellas su madre probablemente la habría echado de la habitación, pero tía Rose se lo tomaba con más calma. Ella misma era demasiado curiosa y quería compartir las vivencias de los extraños con ellas.

Justo enfrente de la zona de comedor y detrás de la vieja escalera de peldaños gastados, bajo la cual Ellie solía jugar al escondite, estaba el cuarto de Rose. Que Ellie recordara, nunca había entrado en esa estancia. Era el único lugar de la casa que permanecía cerrado para cualquiera salvo para la propia tía Rose. ¿Cuántas veces se había agazapado Ellie de niña ante esa puerta y había mirado por la cerradura?

—¿Quieres ver tu habitación? —preguntó tía Rose en voz baja, y Ellie soltó un suspiro de alivio. Los recuerdos la abrumaban y, aun así, asintió con entusiasmo mientras Rose la guiaba a través del arco de ladrillo hacia el salón. Nada había cambiado. La chimenea, el sofá, los sillones… todo seguía en su sitio, como si nunca se hubiera ido.

Su habitación quedaba tras otro pasillo estrecho. Antes le había parecido enorme. Su propio reino secreto en medio de aquella casa preciosa llena de sueños. Pero ahora, al entrar, le recordó más bien a un trastero oscuro. El aire estaba cargado. Las contraventanas debían de estar cerradas, y era tan estrecho aquel cuartito que Ellie apenas podía avanzar y retroceder metro y medio.

Tía Rose se dio cuenta de su mirada escéptica. —¿Ya no te gusta? Ya, ya. Hace mucho que no entra nadie aquí. Está un poco polvoriento. Habría que ventilar. Si hace falta, puedes quedarte con una de las habitaciones de la planta de arriba. De alguna forma seguro que lo arreglamos.

Ellie hizo un gesto de negación. ¿Una de las habitaciones de huéspedes? No, de ninguna manera. Al fin y al cabo, no había venido a pasar unas vacaciones, sino a poner otra vez en marcha el bed-and-breakfast. Ocupar una de las habitaciones de los huéspedes ya sería el colmo.

—Con un poco de aire fresco y un plumero tengo más que suficiente —dijo, y le sonrió a Rosemary para tranquilizarla.

—Bien, bien —murmuró su tía—. ¿Quieres meter primero tus maletas dentro?

—¿Y la planta de invitados y los desperfectos? El abrupto final de la visita sorprendió a Ellie, pero aún más el gesto de repente tan sombrío de la tía Rose.

—No puedes esperar para ver el desaguisado, ¿eh? —preguntó con aspereza, y por un momento Ellie no supo cómo tomarse esas palabras. Pero así era la tía Rose: en un momento, maternal y cálida; al siguiente, distante y dura. No en vano vivía allí fuera sola

y, abajo en Fallbury, tenía la fama correspondiente. Sin embargo, Ellie no se amilanó.

—Tienes razón, lo veremos más tarde. Ni siquiera esperó una reacción, sino que cruzó con paso decidido el salón y la cocina hacia el jardín delantero para coger su equipaje. Ellie podía explicarse con facilidad las palabras mordaces de Rosemary. Durante todos estos años su tía había vivido sola aquí fuera, cuidando del cottage y del jardín, llevando el bed-and-breakfast y atendiendo a los huéspedes. Era los ojos y los oídos de todo Rose Cottage, y ahora tanto su salud como los daños en la casa le fastidiaban los planes. De pronto tenía que aceptar ayuda que ni siquiera había pedido. ¡Todo un reto para alguien como Rosemary Bell!

Ellie iba absorta en sus pensamientos mientras avanzaba por el jardín delantero y su mirada se deslizaba por toda la maleza. Eso era, sin duda, algo que tenía que abordar cuanto antes. Lo silvestre y la naturaleza eran una cosa, pero una selva a medias en el jardín probablemente espantaría a los huéspedes. ¿Quién quería empezar las vacaciones con bichos en los tobillos y arañazos sangrantes en las pantorrillas? Por no hablar de los tropiezos que el matorral escondía, sobre todo para la tía Rose.

También había que arreglar, y con urgencia, la cancela que se atascaba, el buzón volcado y el cartel del bed-and-breakfast que faltaba. Ellie se agachó hacia el buzón para averiguar qué lo había llevado a esa postura tan retorcida y si Rosemary podía siquiera acceder a su correo. Entonces, de pronto, alguien le habló.

—¡No me lo puedo creer!

Ellie se irguió despacio y se dio la vuelta. Delante de ella había un hombre alto y musculoso. Tenía el pelo castaño oscuro, rizado, y ese cálido color de ojos ambarino que a Ellie le había sido tan familiar. Llevaba unos vaqueros abombados y una camisa de cuadros, y en sus labios brillaba una amplia sonrisa que hacía cobrar vida a los hoyuelos de sus mejillas. Sobre los hombros cargaba un fardo de paja.

Debió de mirarlo con tal sobresalto que él dejó caer la paca de heno al suelo y se puso las manos en las caderas.

—¿Ellie Bell? ¿La pequeña Ellie Bell?

En ese momento, el corazón le dio un vuelco. —Graham —susurró.

Él sonrió.

Y dentro de Ellie se desató una tormenta olvidada desde hacía mucho.

Capítulo 5

– Fallbury, 24 años antes –

El coche traqueteó.

—¡Agárrate, pequeña!

Ellie apoyó la mano en el tirador de la puerta, pero apenas podía rodearlo. Se le resbalaron los dedos y, en la siguiente curva, se fue de lado como una pajita doblada.

—Conduce un poco más despacio, Stew.

—Aunque fuera arrastrándome por estas carreteras, seguiría dando botes. Así son las cosas por aquí. El padre de Ellie se echó a reír. A ella le encantaba cuando él reía. Le hacía un gorgorito raro en la garganta y casi siempre a ella se le escapaba la risa con él. Solo su madre no reía. Últimamente casi no lo hacía.

¿Estaría enfadada con alguien? ¿Incluso con la propia Ellie, porque a veces se metía en la cocina y probaba la sopa del puchero aunque no debía? Frunció el gesto al pensarlo.

—Ya casi estamos. Te hace ilusión, ¿verdad, pequeña?

¿Le hacía ilusión a Ellie? La niña aún no lo tenía muy claro. No recordaba a la mujer a la que iban a ver. Su padre le había contado que era amable, que vivía sola y llevaba un bed-and-breakfast. A Ellie no le gustaban los bed-and-breakfasts. En las últimas vacaciones también habían dormido en uno y era pequeño y sofocante, olía raro y su edredón tenía unas manchas extrañas.

—¿Qué se supone que puede ilusionar a un niño aquí en medio? ¿A tu edad te habría gustado pasar el verano en esta desolación? La

madre de Ellie la miró un segundo de reojo por el retrovisor. Tenía en la frente esas arruguitas raras que últimamente llevaba muy a menudo. Aparecieron más o menos cuando dejó de reírse.

—Sorprendentemente, sí. Era ya mayor cuando vine por primera vez, pero los veranos en el campo fueron los más bonitos de mi vida. Ellie puede darse con un canto en los dientes por poder vivirlo. Y nosotros, porque Rosemary la acoja este tiempo.

—Ya veremos. Christine Bell se cruzó de brazos y resopló.

Como un oso enfadado, pensó Ellie, y soltó una risita.

—Sí, ya lo veremos de verdad. Entonces su padre también dejó de reír y la risita de Ellie se apagó.

Curiosa, volvió a mirar por la ventana. No veía más que pradera. Pradera verde, interminable, y briznas de hierba que se doblaban al viento como su pelo en plena tormenta. De vez en cuando divisaba una colina. Y, a veces, incluso el mar. Le gustaba el mar. Sobre todo cuando venía hacia ella con bramidos y, en el momento justo, intentaba saltar para que la ola no la pillara. Aunque, en realidad, ese era el mejor instante: cuando el agua le corría alrededor de los pies y le hacía cosquillas. Pero eso no se lo decía a nadie. Era su pequeño secreto. Ese mar que zumba y brama no quería compartirlo con nadie.

—Ya hemos llegado—dijo su padre de pronto y detuvo el coche. Ellie volvió a mirar de reojo por la ventana. ¿Era allí? ¿La casa de aquella desconocida? Ellie solo veía una valla de madera y, a lo lejos, un granero.

—Aquí, Ellie. Se volvió hacia su madre y siguió con la mirada la dirección que le marcaba.

En efecto. Allí estaba. Una casa de piedra. Se alzaba en mitad de un jardín lleno de flores. De algún modo, Ellie se lo había imaginado de otra manera.

—¿Ya puedes leer lo que pone en el cartel? Christine se giró hacia su hija, que intentaba con esfuerzo descifrar letra a letra el letrero

de hojalata. Colgaba justo a la entrada del jardín y se movía con el viento, lo que no lo ponía precisamente fácil.

—R… Ros… Rosa …

—No, Rose. Con una E al final —la corrigió enseguida su madre.

—Deja a la niña. Acaba de aprenderlo —la defendió su padre. A él no le parecía grave que Ellie confundiera las letras. Le pasaba constantemente, pero su papá decía que algún día ya aprendería qué letra iba en cada sitio.

—¿Que se lo aprenda mal?

—¡Tiene seis, casi siete, años! Su padre puso los ojos en blanco y Ellie dejó de escuchar a sus padres. Ese era su truco más reciente. Siempre que hablaban así, cerraba los ojos y se soñaba en un lugar lejísimos. Tan lejos que no oía a su mamá regañar a su papá. Y donde no veía cómo a los dos se les borraba la sonrisa.

—¿Vienes, Ellie?

—¿Eh?

—¡A bajarse, cariño! Su padre abrió la puerta, echó su asiento hacia delante y dejó que Ellie saliera trepando. Y así, de pronto, se encontró delante de aquella casa de piedra que parecía tan extraña, como si acabara de caerse de la página de uno de sus cuentos y hubiera ido a dar a la pradera de golpe. Directa entre las flores. Eso explicaría por qué crecían tan salvajes, tan coloridas y tan grandes. Crecían en todas direcciones, y Ellie podía olerlas incluso desde fuera del jardín. ¿Cómo sería estar en medio? Soltó una risita al imaginarse a sí misma como una abeja que iba de flor en flor. Zumbando y revoloteando.

—Por fin estáis aquí—dijo una mujer y salió disparada por la puerta blanca de la casa. Si no se hubiera movido, Ellie la habría pasado por alto sin más en el gran jardín. En su vestido había tantas flores como en el suelo. Solo que no tan coloridas.

—Perdona, Rosemary. En Potterton nos hemos quedado atascados. Ahora vamos con el tiempo justo—. El padre de Ellie echó un vistazo a su gran reloj de pulsera.

—Ellie, cariño, ¿te acuerdas de la tía Rose? Ya la has visto una vez, hace unos años—. Christine se agachó delante de Ellie y le cogió sus pequeñas manos. Ellie se esforzó por recordar.

Tía Rose… En algún sitio había oído ese nombre antes, seguro; no solo en los últimos días, cuando sus padres le habían hablado de ella, pero a esa mujer no la había visto nunca. Y con lo enfadada que miraba, a Ellie no le parecía nada mal.

—Si parece un chico —dijo Rosemary alzando las cejas oscuras—.

—Tenía chicle en el pelo. Hemos tenido que cortárselo —explicó Mamá y le alborotó a Ellie el pelo corto. Derek, de su clase, le había pegado la cosa esa en la cabeza porque ella no quería darle su rotulador negro. Al cortarle el pelo, su madre había llorado más que ella, pero al menos a Ellie ya le gustaba el pelo corto. Ahora el viento le hacía cosquillas en la nuca, el sol le trepaba por la piel, y eso le gustaba.

—Ya volverá a crecer —dijo la tía Rose, poniéndose las manos en las caderas—. Tengo invitados sentados a la mesa.

En ese momento Ellie oyó un ruido raro. Justo detrás de ella. Un susurro y unas risitas. Se dio la vuelta y dejó plantados a los adultos, que estaban tan metidos en la conversación que ni se dieron cuenta.

Ellie volvió a descubrir la valla de madera que había visto poco antes por la ventanilla del coche. Por todas partes había balas de paja y montones de heno. No paraba de susurrar y crujir.

¿Habría ratones? Ellie entornó los ojos. No le daban miedo los ratones, al menos no si no la mordisqueaban. Es que algunos parecían pensar que una era un trozo de pan seco. ¡Eso dolía de verdad! El ratón de su amiga Bertha le había dado un mordisquito en el dedo, y Ellie había gritado como una posesa.

—Buuuuh —sonó de repente desde un montón de heno a su izquierda. Se quedó pensativa y se puso a mirar la paja fijamente. Los ratones no podían hacer esos ruidos, ¿no? Ellie cerró las manos en pequeños puños. Quizá así ayudaba. A ella o al ratón, no lo tenía muy claro.

—¡Buuuuh!

Ahí estaba. Otra vez.

—¿Hola? —susurró ahora con mucha valentía. Su padre siempre decía que había que afrontar los miedos. Ellie no tenía ni idea de lo que significaba exactamente, pero estaba segura de que no quería decir que ahora debía salir corriendo. Aunque le habría encantado hacerlo.

A su hola no respondió nadie, y eso hizo que Ellie se envalentonara aún más.

—¿Eres un ratón?

Se oyó un crujido antes de que alguien estallara en carcajadas. ¡Eso seguro que no era un ratón!

—¡Cree que soy un ratón! —gritó alguien.

Y otro contestó: —¡Sí, un ratón que habla!

Luego se echaron a reír los dos, pero Ellie seguía sin ver quiénes eran. Aunque sonaba sospechosamente a chicos tontos.

Con la esperanza de parecer un poco más alta, Ellie se irguió. La gente siempre la encontraba demasiado pequeña, aunque ella no se sentía pequeña, y cuando lo decía, todos se reían. Algunas personas eran de verdad raras.

—Soy Ellie Bell, de Potterton —dijo con voz firme.

—¿Bell? —De repente asomó una cabeza por encima de la bala de paja. Pelo castaño y pecas en la nariz: el chico tenía una pinta para morirse de risa—. ¿Eres de Rosemary?

—Gray, ¿pero qué haces? Se supone que no debía vernos —dijo un segundo chico. Pelo rojo. También pecas. ¿Es que aquí todos tenían pecas? Ellie también tenía, pero solo dos. Justo en medio de la nariz. Y todas las noches, antes de que se durmiera, su madre le daba un beso en cada una.

—Es una Bell.

—¿Y qué?

Ellie observó a los chicos. ¿Qué narices estaban parloteando ahí con la paja en el pelo?

—¿Te refieres a mi tía Rose? —los interrumpió, y se quedaron mirándola con la boca abierta.

—¿Tu tía? ¿Eres pariente suya? Eso explica unas cuantas cosas.

Ellie negó con la cabeza. —Sois raros.

Enseguida se echaron a reír otra vez, y como a Ellie ya le parecía de lo más tonto, se dio la vuelta y volvió directa con sus padres. Seguían en el mismo sitio, sin haberse movido ni un milímetro.

—Ah, ahí estás. Ellie, ven un momento —Christine le tendió una mano a su hija. Estaba caliente, era grande y suave. A Ellie le gustaba agarrarla. ¿O era su madre quien la sujetaba a ella? Bueno, fuera como fuese, probablemente se sujetaban la una a la otra.

—Te vas a quedar unos días con la tía Rose. Ya hemos hablado de ello, te acuerdas, ¿verdad?

Ellie lo pensó y lo recordó vagamente. —Porque papi tiene que ir a Londres y tú le acompañas. Y porque allí estorbo.

Su madre, Christine, puso una cara rara.

—No estorbas en ninguna parte, cariño. Es solo… bueno. Londres es aburrido para una niña pequeña como tú. Y no tenemos tiempo para enseñártelo todo. No te iba a gustar.

Ellie no lo creyó, pero no dijo nada.

—Mira, Ellie, a la tía Rose le vendría bien un poco de ayuda. Sé una chica mayor y échale una mano, ¿sí? ¿Lo haces por mí?

Por su papi Ellie haría lo que fuera, sobre todo cuando él le sonreía de esa manera en que las cejas parecían bailar, como si se alegraran con él. A veces intentaba distinguir si bailaban juntas o una contra la otra. No era nada fácil de ver. Pegaban unos botes de locos cuando él se reía. *Ojalá las mías hagan eso también cuando sea mayor*, pensaba entonces Ellie. Al fin y al cabo quedaba muy bonito, y ella creía que no hacía ningún daño tener buen aspecto.

Esa tía Rose, en cambio, no tenía nada de amable, y sus cejas tampoco bailaban. En realidad no bailaba nada en su cara. A Ellie le parecía que su tía abuela la miraba igual que ella había mirado a la araña que había trepado por el techo de su cuarto el otro día. Ellie había querido deshacerse de ella a toda costa antes de que pudiera atacarla. La araña era grande, tenía demasiadas patas y aún más pelos. ¡Era asquerosa!

—Volveremos antes de lo que crees, ¿vale?

Aquello volvía a ser una mentira, pero tampoco esta vez dijo nada Ellie. Cuando su padre la alzó y la hizo girar por el aire, quiso reír. Normalmente siempre se reía cuando él hacía eso y le hacía cosquillas fortísimo en la tripa. Pero aquel día no le cosquilleaba la tripa. Le ardía la garganta y, de algún modo, ya no le apetecía reír.

Su madre la apretó fuerte contra sí y la besó en las mejillas y también en las manos. Luego sonrió. Pero sonrió con esas arrugas en la frente, y quedaba de lo más raro.

De pronto, todo fue muy deprisa. Los padres de Ellie subieron al coche, su padre tocó el claxon una vez. Luego las ruedas patinaron, levantaron tierra en el aire y, en medio de esa nube de polvo, desaparecieron. Como si se hubieran hecho humo. Así, sin más. En ese instante, Ellie se sintió de repente tan pequeña como todos decían siempre que era.

—Venga, niña. Le enseñaré su habitación y le explicaré lo que tiene que hacer para que las dos salgamos adelante este verano.

Ellie no tenía ni idea de a qué se refería esa señora Rose —o comoquiera que quisiera que la llamaran—. Pero pensó en su padre y en sus palabras de que debía ser valiente y enfrentarse a sus miedos, y por eso intentó ignorar el ardor de su garganta. Se mordió el labio inferior, que empezó a temblar, y al mismo tiempo entró con la mujer en la casa de piedra.

Sin embargo, delante de la puerta blanca, esta volvió a girarse hacia Ellie. Su mirada no tenía nada de amable, y de pronto a Ellie le

dio pena la araña de la que había querido librarse a toda costa el otro día.

—Lo mejor es que no digas nada. Ahora bien, si alguien te pregunta algo, entonces conteste.

Ellie asintió.

Y así transcurrió todo el día. Tía Rose decía algo que Ellie no entendía, y ella asentía, porque así seguían adelante. Las reglas más importantes eran que no debía molestar a los huéspedes, no tocar nada en la casa, no gritar ni correr, no ponerse en medio y, bajo ningún concepto, entrar en el cuarto de tía Rose. Era la última habitación, junto a la escalera. Le había enseñado la puerta. Al fondo estaba oscuro, y Ellie se preguntó por qué iba a ir allí, con lo tétrico que parecía. ¡Quién sabía lo que se escondía detrás!

Menos tétricos eran los señores mayores y simpáticos que, a mediodía, se sentaron a la mesa grande y redonda de la cocina. Hablaban tan alto entre ellos que Ellie estaba segura de que sus padres oirían la risa del hombre de barba blanca hasta Londres. ¿Por qué tenía que estar ella siempre en silencio? La carcajada atronadora de los desconocidos era tan fuerte que Ellie la sentía en el cuerpo. Vibraba un poco, y le habría encantado reírse con ellos. Pero tía Rose había dicho que debía estarse callada, así que apretó los labios y se tragó la risita.

—¿Lo ha entendido todo?, preguntó tía Rose más tarde, después de seguir y seguir y seguir hablando. Ellie estaba sentada en la cama de su nuevo cuarto. Un cuarto bonito. Algo oscuro quizá, pero tenía tres lamparitas, y cuando las encendía, había luz suficiente. Cada una iluminaba una esquina diferente de la estancia. En casa solo tenía una lámpara, y estaba segurísima de que había cosas de las que nunca se podía tener demasiadas. Las lámparas eran una de esas cosas.

—Sí, respondió Ellie obediente a la pregunta de tía Rose.

—Bah, no me mire como un perro apaleado. Si se porta bien, lo sacaremos adelante. Y entonces tía Rose intentó algo que resultó

realmente raro. Alzó a la vez las comisuras de la boca y las cejas. Ellie creyó que intentaba sonreír, pero eso tenía que practicarlo de verdad. ¡Daba miedo!

Cuando tía Rose volvió con los hombres ruidosos y risueños, Ellie deshizo su bolsa. No había traído tantas cosas, lo que ojalá significara que no tendría que quedarse mucho tiempo. Contó despacio las camisetas. Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Seis. Su madre siempre decía que había que ponerse una camiseta limpia cada día para ir presentable. ¡Lo cual querría decir que volverían en seis días! Eso sí que hizo sonreír a Ellie, pero aún le ardía la garganta, y por eso la sonrisa dolía. En las mejillas. Y en algún lugar del pecho.

La habitación pequeña no tenía juguetes, ni peluches, ni una casita de muñecas. Nada. Solo unos cuantos libros viejos sin dibujos. Ellie se preguntó con qué iba a jugar si tenía que quedarse allí dentro y estarse quieta. Justo estaba subiendo a un taburete para mirar la balda de arriba de la estantería cuando llamaron en el cristal de la ventana. ¡Por poco tropieza! Menudo ruido habría podido hacer...

En el último segundo, Ellie se agarró a la estantería y miró de reojo hacia la ventana. Pero delante no había nadie. Simplemente habían llamado. Qué siniestra era aquella casa de piedra. Sobre todo la habitación del otro extremo del pasillo. ¡La de la puerta oscura!

—¡Eh, Ellie!

Ah, pensó aliviada. *Solo era el chico de los rizos castaños y las pecas*. Surgió de la nada delante de la ventana de Ellie y le dedicó una sonrisa. Y ese chico sabía sonreír de verdad. Tenía gracia, y sus ojos color miel se le encendían de pura emoción.

—¿Cómo te llamas? —gritó ella de vuelta y trepó a su cama, que estaba justo debajo de la ventana.

—Graham. Pero mis amigos me llaman Gray.

—Graham —susurró Ellie en voz bajita para sí. Sonaba como miel templada al pronunciarlo. Era suave. Muy suave. Le gustaba aquel

nombre, mucho más que Gray.

—¿Puedo llamarte Graham?

Él sonrió todavía más. —Claro. Luego se quedó allí plantado mirándola, con aquel brillo en los ojos y esas pequeñas hendiduras en las mejillas que le salían siempre que sonreía. ¡Ellie no había visto nunca nada igual! Era un poco como las cejas danzarinas de su padre. Ahora ella también tenía que sonreír. ¡Sin que le escociera la garganta!

—¿Sales? —preguntó Graham, y Ellie no supo qué contestar. La tía Rose no había dicho nada sobre salir.

—Tengo que ir a pedir permiso.

Graham asintió y, tan rápido como había aparecido su cabeza en la ventana, volvió a desaparecer.

Ellie pasó por encima de su bolsa abierta, que aún estaba en medio de la habitación, y salió sigilosamente. La casa se había quedado en silencio, pero en la cocina sonaban tintineos y golpes de cacharros. Su tía estaba allí, con su vestido floreado, que le quedaba enorme.

Ahí cabría yo dentro y también Graham, pensó Ellie, acercándose despacio. Pero cuando ya estaba a su espalda, de pronto no le salió palabra. La tía Rose fregaba los platos y tarareaba bajito para sí. Su madre también lo hacía a veces, pero sus canciones sonaban más alegres.

—¿Tía Rose? —susurró Ellie, sin atreverse a hablar más alto. ¿Y si se enfadaba y volvía a mirarla como si fuera una araña asquerosa?

Ellie esperó con paciencia, pero la reacción que anhelaba no llegó.

—¿Tía Rose? —lo intentó de nuevo, un poco más alto. Pero solo un poquito. Por desgracia, justo en ese momento se le resbaló una olla de las manos a su tía y cayó con estrépito en el fregadero.

Ellie parpadeó mirando hacia la puerta de entrada. A través de la pequeña ventana cuadrada pudo ver a Graham junto a la verja del

jardín y, de pronto, sin pensarlo, agarró el largo vestido de la tía Rose y le dio un tironcito.

La tía Rose dio un brinco hacia un lado. —¡Madre mía, qué susto me has dado! —Se llevó la mano al pecho y resopló—. ¿Qué pasa, Ellen?

A Ellie no le gustaba que la llamaran por su nombre completo. Seguramente porque su madre solo lo usaba cuando había hecho algo malo.

—Fuera hay un chico que pregunta si puedo salir.

La tía Rose alzó las cejas. —¿Un chico?

—Graham.

—Ah. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. El pequeño Flynt. Por mí, ve. Pero no se te ocurra caerte por los acantilados. Y tampoco andes correteando por la carretera principal, ¿me oyes? Así que quédate por los alrededores. Tus padres me echarán una bronca de campeonato si no te devuelvo entera.

¿De una pieza? ¿Qué quería decir con eso ahora?

—Tú cuídate, que eso ya sabes hacerlo, ¿verdad?

Ellie asintió con ganas. En Potterton nunca le permitían salir a la calle ni jugar con amigas sin que su madre estuviera presente y la vigilara. Decía siempre que en cualquier parte podía pasar algo. La mayoría de las veces justo donde menos te lo esperabas. A lo mejor en Fallbury con la rara de la tía Rose no era para tanto.

—¡Gracias! —exclamó Ellie, entusiasmada, y rodeó con los brazos el vientre blando de la mujer, que se quedó rígida. ¡Casi como un tronco viejo! Pero luego le puso la mano en la espalda y le dio unas palmaditas, con cuidado.

—Está bien —murmuró, y Ellie salió disparada de la casa, bajó los escalones y se metió de lleno en el jardín lleno de flores. Graham seguía junto a la verja. Cuando la vio, volvieron a aparecerle las pequeñas hendiduras en las mejillas.

—No solo pareces un chico, también corres como uno.

—¿Corren las niñas de otra manera? —preguntó, mientras corría despacio a su lado, sin tener ni idea de adónde iban.

—Un poco, sí —dijo Graham, y señaló a lo lejos—. ¿Ves el granero de allí atrás?

Ellie asintió.

—Ahí vivo.

—¿En el granero?

Graham se echó a reír. —No, no en el granero. Detrás hay una casita. Y luego hay otro granero. Y también hay establos.

—¿Para qué?

—Para las vacas y las ovejas.

Así que era eso. —¿Para qué las tenéis?

Graham tomó carrerilla, saltó a la verja de madera y se columpió sobre el camino. Adelante y atrás. Parecía divertido, y Ellie decidió que ella también tenía que probarlo alguna vez.

—Vendemos su lana. Y la leche. Y… —De pronto dejó de hablar, bajó de la verja y la miró—. Ya está. Solo lana y leche.

Ellie se encogió de hombros. —¿Con eso uno se hace rico?

Entonces volvió a reír. —No, no lo creo.

—Entonces ¿por qué lo hacéis? —El padre de Ellie decía siempre que la gente tenía que trabajar para ganar dinero, y que el dinero hacía falta para poder comprarse lo que uno quería.

—Porque es bonito —dijo Graham, guiñándole un ojo—. Así podemos vivir aquí fuera y no tenemos que mudarnos a la ciudad.

Ellie contempló la amplia llanura, los muchos prados, los pastos a lo lejos y el mar, que rugía bajo los acantilados. Tenía que estar muy cerca, como si la llamara. Sonrió.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Graham.

—El mar me llama —se le escapó, y se llevó la mano a la boca. No había querido contarlo. Su madre decía siempre que había que pensar antes de hablar. Acababa de olvidarlo, y ahora temía que el

simpático chico Graham se echara a reír en cualquier momento. Pero no se rió. La miró, con esos ojos grandes y las muchas pecas en la nariz. Muchas más de las que ella tendría nunca. Si alguien se las besara todas, como mamá le besaba las suyas cada noche, seguro que tardaría mucho. Seguro que para entonces ya habría terminado la noche.

—Yo también oigo siempre que el mar me llama —dijo Graham ahora más bajo, metiendo las manos en los bolsillos—. No sabía que otros también podían. Luego le sonrió a Ellie, y ella volvió a pensar en la miel cálida y suave.

En ese momento un chico y una chica echaron a correr hacia ellos. Era el chico que Ellie había descubierto antes con Graham en el heno. Unos cuantos tallos seguían delatadores enredados en su pelo.

—Gray, ¿qué haces con la ratoncita parlante? —El pelirrojo se rió, pero no sonó nada amable.

La chica a su lado tenía el mismo pelo rojo fuego. Le caía rizado sobre los hombros y allí saltaba con cada movimiento, como si estuviera saltando a la comba.

—Ellie, estos son Victor e Isla. Son mellizos y amigos míos —los presentó Graham, como si ya fuese también amigo de Ellie. A ella le gustó. Se sentía muy bien, y en el acto se hizo un pelín más grande. Al parecer, los otros no se dieron cuenta, porque ese Victor seguía sonriendo con malicia, e Isla jugaba con sus rizos sin ni siquiera mirar a Ellie. Torpemente tanteó su pelo corto y de repente se sintió realmente tonta.

—¿Ahora es tu amiga o qué? —preguntó Victor y escupió al suelo.

Ellie puso una mueca de asco y retrocedió un paso, aunque no sin esperar en silencio la respuesta de Graham. Pero no llegó, y de repente volvió el escozor en su garganta.

—Ahora va a echarse a llorar —dijo Isla, mirándola fijamente.

Ellie echó un vistazo por encima del hombro. A lo lejos veía Rose Cottage. No estaba tan lejos, podría echar a correr y…

—¿Y qué tiene de malo que sea mi amiga?

Ellie sorbió por la nariz y contuvo el aliento mientras miraba de reojo hacia Graham.

—Es un bebé. —Victor asestó una patada fuerte a la bonita verja en la que Graham se había estado columpiando antes.

Las manos pequeñas de Ellie se cerraron en puños, que ahora plantó en las caderas. Podría ser diminuta y llevar el pelo demasiado corto para una niña, pero un bebé no era en absoluto.

—¡Ya tengo seis y tres cuartos!

Todos se rieron. Isla, la de los rizos rojos. Victor, el de los ojos crueles. Y también Graham. Pero él fue el primero en dejar de reír. Luego mordisqueó su labio y dijo: —Dejadla en paz. Es maja.

—Si quiere formar parte, primero tendrá que demostrarlo.

Ellie estaba segura de que en cualquier momento saldrían rayos de los ojos de Isla, de lo fruncida que la miraba. Su mirada iba y venía entre Graham e Isla. Fuera lo que fuera a lo que se refería, no parecía gustarle al chico de los rizos graciosos. Frunció tanto el ceño que su cara amable de repente pareció realmente enfadada. Hasta las marcas en sus mejillas desaparecieron.

—¡Jamás! Sacudió la cabeza con fuerza.

—¿Por qué no? Isla también tuvo que hacerlo. Victor obtuvo un asentimiento de su hermana, que acto seguido se cruzó de brazos sobre el pecho y dijo: —Cierto, ¡así que ella también tiene que hacerlo!

—¡No! Es que es demasiado... Graham enmudeció.

—… ¿joven? Victor volvió a reír, y Graham puso mala cara. Luego, de pronto, soltó un suspiro y dejó caer los hombros. Ellie ya lo había visto un par de veces en su padre, Stewart, cuando sus padres volvían a discutir y él ya no tenía ganas de seguir.

Ellie era una chica lista. Sabía perfectamente de qué hablaban los gemelos pelirrojos: ¡se trataba de una prueba de valor! Eso existía incluso en Potterton cuando alguien nuevo llegaba a clase. En cuanto los nuevos la superaban, pasaban a formar parte del grupo. Y Ellie no deseaba nada más que pertenecer de verdad, aquí fuera, en este lugar solitario sobre los acantilados, al que pertenecía su extraña tía Rose en aquella casa de piedra tan misteriosa. Ya no era ningún bebé, y quizá pudiera demostrarlo con la prueba de valor.

—Lo hago —dijo sin rodeos y se plantó delante de los tres.

—Ellie, no sabes ni siquiera qué es —dijo Graham, pero Ellie se encogió de hombros sin más.

—Si Isla lo consiguió, yo también. Al poco se arrepintió de sus palabras, rebosantes de valor y seguridad en sí misma, porque la pelirroja la miró aún con más enfado.

Tengo que aprender pero ya a pensar antes, se prometió Ellie en secreto y apretó los dientes. Pero como nadie respondió y hasta Victor se limitó a mirarla boquiabierto, como si hubiera dicho algo completamente absurdo, insistió: —¡Venga, soltadlo ya! ¿Qué es? Puedo hacerlo. Da igual lo que sea.

—Pero, Ellie... —empezó Graham otra vez, queriendo decirle algo que de nuevo no terminó. Ellie empezaba a impacientarse.

—Caminar hacia los acantilados con los ojos vendados sin caerte. ¡Eso es!

—¡Victor! —le espetó Graham a su amigo, pero este solo se encogió de hombros.

—¿Dónde? —preguntó Ellie, e Isla dio un paso hacia ella.

—Ahí delante. Detrás de la colina. Allí cae en picado. Si te caes, te haces papilla.

Ellie tragó saliva. En realidad no quería saberlo con tanto detalle. Pero, por otra parte, ¿qué tenía de difícil caminar hacia los acantilados y pararse en el momento justo? El mar siempre se podía oír. ¡Incluso con los ojos vendados! Cómo arremetía con su rumor

hacia la tierra y rompía. Ellie estaba convencidísima de que no podía pasársele por alto.

—¡Toma! Coge esto. Pero no lo ensucies. Isla le tendió un pañuelo azul oscuro que había sacado de su pequeño bolso como por arte de magia. A Ellie la gente con bolso le parecía rara. Como si no pudieran ir a ninguna parte sin cargar con todas esas cosas sin importancia.

Graham fue el primero en ponerse en marcha y echar a correr hacia los acantilados. Y de repente a Ellie le entró un cosquilleo de verdad. Estaba nerviosa. Muy nerviosa. Pero no precisamente por la prueba de valor, sino porque por fin iba a ver el mar. ¡Por primera vez desde que llegó a Fallbury! A cada paso que daba el pequeño grupo, el silencio entre los cuatro crecía y el mar sonaba más fuerte. Ellie sintió una brisa fresca en la cara y respiró muy hondo. El mar la llamaba. Lo oía perfectamente. Como si dijera: *Qué bien que estés aquí, Ellie.* Al imaginarlo se le escapó una sonrisa y parpadeó hacia arriba, hacia Graham. Si él de verdad podía oír las llamadas, quizá habría entendido algo parecido. Pero Graham no sonreía. Esta vez no. Y tampoco miró hacia Ellie.

—Alto: sales desde aquí. Victor se detuvo y, con el zapato, arañó una línea en el suelo seco. Más bien era una curva, de lo torcida y chapucera que quedó, pero Ellie no dijo nada. Estaba demasiado ocupada poniéndose de puntillas para intentar echar un vistazo por encima del acantilado. Quería ver el mar por fin, pero aún estaba demasiado lejos. O era demasiado pequeña. O ambas cosas. Aun así, se ató el pañuelo a la cabeza. Bueno, al menos lo intentó. Le costaba hacer el nudo, así que Graham tuvo que ayudarla y los pelirrojos volvieron a tener de qué reírse.

Ellie dejó que Graham la llevara hasta la línea curva y respiró con decisión. Luego se estiró todo lo que pudo y empezó a avanzar lentamente hacia los acantilados.

Un pie delante del otro.

Un paso.

Dos pasos.

Tres pasos.

Se detuvo. Escuchó. El viento le soplaba en la cara y olía el agua, las algas y la playa, que tenía que estar en alguna parte bajo ella.

—¿Falta mucho? —gritó por encima del hombro hacia atrás.

—No vamos a decir nada. Eso tienes que averiguarlo tú sola. Si no, sería hacer trampa. Era Victor. Ellie oyó el tono ponzoñoso en su voz. A ella no le caía bien aquel chico y tenía la sensación de que incluso le haría un poquito de gracia que no se diera cuenta de dónde acababa el acantilado y se despeñara sin más. Ser su amiga no le importaba tanto, pero quería ser amiga de Graham, así que siguió adelante.

A cada paso iba más despacio. Intentaba sentir qué había bajo las suelas. A veces era blando como la arena. O tierra. En otros puntos sonaba a hierba seca. Luego se volvía pedregoso y hasta le pinchaba bajo los pies.

Trató de recordar desde dónde había echado a correr y se preguntó dónde estaría ahora, pero ninguna de las dos cosas se le daba bien. ¿Y el mar? Sí, sonaba más fuerte, pero no le decía dónde estaba exactamente: si justo debajo o aún un poco más allá. Cuando de pronto Ellie sintió un cosquilleo desagradable en el estómago, se volvió a parar. En realidad, le habría gustado volver a preguntar cuánto faltaba, pero seguramente no se lo dirían de todas formas. Cuando se echó a andar de nuevo, arrastraba más los pies por el suelo de lo que caminaba de verdad. Ay, cómo le reñiría su madre si pudiera verla. *¡Levanta los pies, Ellen!*, decía siempre. Pero arrastrar los pies le parecía ahora a Ellie la solución perfecta. Así no podía pasarse el punto donde se cortaba la roca. ¿O no?

Isla había dicho que, si caía volando hacia abajo, se quedaría hecha papilla. Esa imagen se le apareció de golpe a Ellie. Cómo resbalaba, salía disparada por el aire, su pelo corto ondeaba al viento, el paño se le arrancaba de los ojos y los abría de par en par para ver las olas bajo ella. ¿Sería rápido? ¿La gente caía rápido? ¿O

sería de otra manera? Como en las películas, cuando suena la música y las personas se mueven cada vez más despacio. A lo mejor no sería tan terrible como decía Isla. Ellie era buena nadadora. Si se precipitaba al mar, simplemente nadaría hasta la orilla. Pero ¿contaría entonces como superada la prueba de valor? Los pensamientos en su cabeza empezaron de repente a traquetear. Iban dando tumbos, como si viajara en un tren viejo sobre vías rotas, y, de pronto, Ellie tuvo un poco de miedo. Le hormigueaban los pies y las piernas le parecían chicle demasiado mascado, a punto de deshacerse.

Se volvió aún más lenta, avanzando a tientas y arrastrando los pies. Seguía notando las piedras bajo los pies. Baches. Hierba. Arena. Todo seguía ahí. Y cuando Ellie pensó de pronto que el acantilado de verdad iba a terminar, se asustó tanto que casi se cayó hacia atrás, pero debió de ser solo un agujero en la tierra. Con nuevos bríos se irguió de nuevo y respiró despacio, inspirando y espirando. Que los demás vieran su miedo era lo último que quería ahora.

—¡Cuidado, Ellie!

Graham. Sonaba tan lejos. En la cabeza de Ellie el tren volvió a ponerse en marcha. ¿Había llegado ya a la misma orilla del acantilado? En algún sitio tenía que acabarse. Y la voz de Graham le llegaba ya solo arrastrada por el viento. Sus palabras temblaban un poco. Igual que las piernas de Ellie. ¿Podría sentir él su miedo, como a veces oía los llamados del mar?

Ellie se detuvo y se dio la vuelta. —¡Estoy teniendo mucho cuidado! —les gritó a los otros, y sonó solo la mitad de segura de lo que le habría gustado. Nadie respondió. ¿Seguían allí? ¿Por qué no se reían? ¿O le gritaban algo? ¿Podía ser que se hubieran ido sin más?

¿Graham? ¿Dónde estaba Graham?

De pronto algo se le encogió en el pecho. Como si alguien apretara su cuerpecito como un tubo de pasta de dientes vacío. Apretaba tanto que apenas podía respirar. Ellie volvió a girarse hacia el mar. El

viento silbaba ahora a su alrededor. Se había hecho más fuerte. ¡Y más frío! La piel de gallina le recorrió los brazos y las piernas, y se le quedó la boca completamente seca. Tosió. Y en ese mismo momento cedió el suelo bajo su pie izquierdo y resbaló.

Fue tan rápido que no le dio tiempo a reaccionar. Hacía un instante aún estaba arriba, en el viento, y pocos segundos después colgaba de las rocas. Ellie no podía ver nada, pero el dolor en la pierna sí que lo sentía con toda claridad. Con sus últimas fuerzas, sus dedos se aferraron al borde rocoso.

—¡Ellie!

Gritos.

Pisadas.

¿Dónde estaban? ¿Dónde estaba Graham?

—¡Espera! Voy a subirte. No te muevas, ¿vale? Ahí estaba. Su voz, tan rápida y acelerada como su corazón desbocado.

La pierna de Ellie le dolía horrores. Ardía, y seguro que también sangraba. A lo mejor se le había roto el pantalón y tía Rose le reñiría. Igual que después su madre. A Ellie empezaron a temblarle las manos. La roca era dura. Afilada. Le abría la piel.

Si suelto ahora, ¿me quedaré hecha papilla?

Fue Graham quien por fin le arrancó el paño de los ojos. —¡No mires hacia abajo bajo ningún concepto! —le gritó justo en el momento en que su mirada se le iba sola hacia el mar. Ahí estaba. Como las fauces de un monstruo, esperándola con avidez. Ellie ya no sabía cómo había acabado en esa postura tan rara, pero estaba colgada de la pared rocosa y solo tenía un saliente estrecho bajo los pies. Tan estrecho que se caería enseguida si tan solo respiraba demasiado fuerte. Al menos, así lo sentía.

No quería llorar y, aun así, las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Estaba enfadada. Consigo misma. Con los pelirrojos. Con Graham. Con el mar, que no la había llamado. Con sus padres, que ya no estaban. Y con la tía Rose, que la había dejado marcharse sin

más. Sí, Ellie estaba terriblemente rabiosa. Con todo y con todos. Pero, sobre todo, por estar llorando como un bebé.

—Mierda. —Isla y Victor aparecieron detrás de Graham, que se había tumbado en el suelo.—¡Victor, sujétame las piernas! —gritó Graham a su amigo. Ellie no alcanzaba a distinguir gran cosa; demasiadas lágrimas le nublaban los ojos.

—¡Isla! ¡Isla, ¿adónde vas?! —Victor volvió a desaparecer, y Graham dio un salto de pronto.

—¡Vic! ¡Vuelve! ¡Tienes que ayudarme!

Ellie ya no oía a Victor. Gritaba algo desde lejos, pero las fauces del monstruo bajo ella eran más ruidosas. A Ellie le parecía cada vez más siniestro. ¡Como si de verdad quisiera engullirla! Se aferró aún más a la roca, y se le rompió una uña. Ardía como el fuego. —Grahaaaaam —volvió a sollozar. No se le ocurría nada mejor que ponerse a llorar.

—Ellie, lo vamos a conseguir. —La cara de Graham volvió a aparecer muy cerca, sobre ella.

—Escúchame, pequeña. ¿Me escuchas?

En realidad Ellie no escuchaba. Rugía bajo ella. Dentro de ella. Encima de ella. Hasta le zumbaban los oídos. Tan fuerte, que solo le daban más ganas de llorar. Y escocía. Le ardía y le pinchaba por todas partes. En las manos. En las piernas. En la tripa.

¿Dónde está mi mamá? ¡Quiero ir con mi mamá!

—Tienes que darme la mano, ¿vale? En cuanto te lo diga, me la das y te agarras muy fuerte a mi brazo, tan fuerte como puedas. Entonces te tiro hacia arriba. No puedes soltarte. Bajo ningún concepto. ¿De acuerdo?

Ellie no sabía si había asentido o si tiritaba tanto que la cabeza se le bamboleaba de forma rara.

—Dilo, Ellie. Dime qué tienes que hacer. —Graham estiró el brazo hacia ella.

—No soltarme. No soltarme bajo ningún concepto —repitió sus palabras, y él intentó sonreír. Ellie lo vio borroso, pero aún le faltaban esas pequeñas hendiduras en las mejillas. No era una sonrisa de verdad.

Su mano estaba ya casi a su alcance. Solo tenía que cogerla. Bastaba con estirarse y agarrarse. Pero Ellie no sabía cómo. Graham pareció darse cuenta.—¿Con qué escribes en el colegio? ¿Con qué mano?

—Con la derecha —respondió Ellie con voz ronca. Carraspeó un poco, como aquella vez en el campamento de verano, cuando se había pasado toda la noche sentada junto al fuego cantando y al día siguiente cogió el peor catarro de su vida.

—Vale, entonces dame tu mano derecha. Voy a contar hasta tres. A la de tres, agarras, ¿vale?

Ellie asintió, aunque no sabía si Graham lo había visto. Pero él empezó a contar.

—Uno, dos… ¡tres! —Y, a la de tres, cerró los ojos, soltó la roca con la mano derecha y se agarró al brazo de Graham. Él la aferró y le apretó los dedos tan fuerte que le dolió. ¡Pero la sujetó! Cuando empezó a tirar, Ellie se impulsó con los pies desde el estrecho saliente para ayudarle. No fue tan rápido como había caído. Pero tampoco tardó mucho más en que Graham la izara por encima del borde del acantilado y cayera boca arriba sobre la hierba, jadeando.

Ellie se apartó de la roca y se miró las manos. Las tenía despellejadas y ensangrentadas. También el pantalón estaba roto y el vaquero azul, manchado de rojo. Flexionó la rodilla y vio un arañazo sangrante en la piel. No parecía muy grave, pero aun así le daba miedo y, para colmo, empezó a doler un poco más. Ellie se tragó las lágrimas. No quería volver a llorar.

—¿Dón… dónde están Victor e Isla? —preguntó, para distraerse. En el fondo, no le interesaba mucho. Graham estaba allí, ¡y hasta la había salvado!

—Que se queden donde amargan los pepinos —rezongó Graham, se incorporó de nuevo y se sacudió las manos para limpiárselas.

—¿Y eso dónde es?

—¿Hm?

—Lo de los pepinos. ¿Dónde amargan los pepinos? —preguntó Ellie, muy curiosa, porque nunca lo había oído y de verdad quería saberlo. Pero a Graham le entró de pronto un ataque de risa tan sonoro que ella no pudo evitar echarse a reír también. Se rió tanto que le dolió la tripa y las lágrimas se le escaparon de los ojos. Pero esta vez no eran lágrimas de bebé, de vergüenza. Se sentían ligeras. Tan ligeras como los rayos del sol, que le cosquilleaban la piel y la calentaban hasta ponerla nerviosa de gusto. Y tan ligeras como el viento, que le revolvía el pelo y se llevaba consigo todos los miedos, la rabia, los nervios y el susto.

Y Ellie, de repente, se alegró muchísimo de que Isla y Victor estuvieran donde amargan los pepinos. Fuera donde fuese eso.

Capítulo 6

—¡No me lo puedo creer! Graham se acercó a Ellie, la tomó en brazos y la alzó en el aire, como si siguiera siendo la pluma de antaño. Fue todo tan rápido que ella ni pudo reaccionar.

—¡Estás más pesada! Graham rió y la volvió a dejar en el suelo.

Ellie se apartó del rostro un mechón de pelo con timidez. Así que ahí estaba. Graham Flynt. Sin más, como si ella nunca se hubiese ido y como si los años de silencio no hubieran alzado una distancia insalvable entre ellos.

—Sigues aquí—susurró.

—¿Dónde si no? Los hoyuelos de Graham seguían ahí, y su sonrisa tampoco había cambiado.

—En New York, London, Glasgow. Había muchos sitios a los que querías ir.—Ellie sonrió de medio lado y bajó la mirada.

—¿Aún te acuerdas? Metió las manos en los bolsillos, y Ellie se balanceó, nerviosa, de un pie al otro.

—¡Ellen! ¿Dónde te metes? La tía Rose sacó a Ellie de su torbellino de emociones al aparecer en la puerta del cottage con las manos en las caderas. Los labios se le apretaron en una fina línea, pero cuando vio primero a Graham y luego a Ellie, una sonrisa casi divertida se le asomó a las comisuras. ¡Qué poco habitual! —Ay, Gray. Dile a tu padre, por favor, que la bomba de agua de detrás de la casa se ha vuelto a atascar.

¿Gray? Ellie frunció el ceño. ¿La tía Rose le llamaba Gray?

—Claro, Rosemary. Seguro que se pasa esta misma tarde, en cuanto hayan atendido a las ovejas.

La mirada de Ellie iba y venía entre Graham y la tía Rose. ¿Qué se había perdido? Por lo visto, un buen montón.

—Ellen, mete tus maletas dentro, ¿sí? Así podremos echar un vistazo a la desgracia de la segunda planta. Me parece que no nos libramos. Las últimas palabras las había musitado Rosemary tan bajito que Ellie sólo pudo intuir su contenido. Y, dicho esto, la tía Rose desapareció de nuevo en el cottage.

—Bueno… me voy yendo. Señaló las maletas, que, solitarias y abandonadas, se quedaban atrás entre las malas hierbas. Tenían un poco el mismo aspecto que Ellie sentía en ese momento: perdidas en el caos.

—¿Te quedas más tiempo? —preguntó aún, mientras cogía el haz de heno.

—Ocho semanas.

Por poco se le cae el heno. —Vaya, ¿ocho semanas? Entonces nos veremos otra vez.

—Eso creo.

De pronto, a Ellie empezó a darle un calor tremendo en aquel fresco viento campestre escocés que le alborotaba el pelo hasta hacerlo danzar.

—Me encantaría. Graham no esperó respuesta, sino que cruzó la estrecha carretera de grava y se encaminó directamente al granero de la Flynt-Farm. Ellie se quedó allí clavada, mirándole alejarse. Dieciocho años…

Y, de repente, fue como si no hubiera pasado ni un solo día.

—Un momento, recapitulemos: ¿tienes un pretendiente escocés buenorro del que nunca me has dicho ni mu? Ellie podía ver casi la indignación en la cara de Mira.

—No es mi pretendiente. Éramos niños. Y no tenía ni la más remota idea de que siguiera aquí. Quiero decir, ¿qué edad tiene ahora? ¿Treinta y cuatro? Él iba a comerse el mundo, no quedarse atascado aquí en Fallbury. Cerró los ojos y suspiró. Le dolía la espalda. El colchón de la camita en la que estaba sentada era duro,

algo que antes ni había notado. De verdad se estaba haciendo mayor.

—A ver, ayer Fallbury aún era el paraíso en la tierra para ti.

—Lo sigue siendo. Sólo digo que… ¿qué hace él aquí, a todo esto? Quiero ocuparme de la tía Rose y del Cottage y no andar removiendo historias del pasado. O algo así.

—¿O algo así? ¿Y qué significa exactamente *o algo así*?

—¡Mira!

—Vale, vale, ya me calmo. Pero me lo pones difícil, ¿lo sabes, no? Te pasas años hablándome de Escocia, pero nunca de ese tío. Me he ganado que me des algún detalle. Se echó a reír, y Ellie no pudo evitar sonreír mientras negaba con la cabeza.

—Lo siento, es que no quería…

—Ya lo sé. Prométeme que me pondrás al día y te perdono.

—¿Que te cuente qué? Por un momento a Ellie se le cortó la respiración.

—Que me hables de él.

—Ah, ya. Ella exhaló aliviada, y el latido se le volvió a calmar.

—¿Y qué pensabas tú? La voz de Mira sonó tan pícara como, probablemente, sonreía en ese momento, y Ellie decidió que era exactamente el momento adecuado para dar por terminada la ronda de preguntas, por ahora.

—No dejes que te pisoteen ahí, Ellie —dijo Mira a modo de despedida, y con el calor que fluía por el teléfono junto con sus palabras, Ellie sintió por un instante una especie de morriña de su amiga y de la calma antes del torbellino emocional al que la había lanzado el encuentro con Graham.

—No lo haré —prometió ella, pero sus palabras sonaron mucho más inseguras de lo que debían—. Y tú no dejes que tu padre te fastidie. Lárgate si allí se te hace insufrible. Y dale a Ben, por favor, un beso de mi parte.

—Claro, cielo. Cuídate.

—Tú también. Cuando Ellie colgó, le temblaba la mano con la que aún sostenía el móvil. ¿Por qué no había podido evitar mencionar a Graham? Todos esos años anteriores lo había logrado de maravilla. Claro que entonces no existía el peligro de que, de pronto, pudiera volver a plantarse delante de ella.

Ellie no había esperado volver a sentir hoy esa montaña rusa de emociones en su presencia. Desde su reencuentro, él no dejaba de rondarle la cabeza. Por supuesto, antes también lo había hecho de vez en cuando, pero durante años se había prohibido dejarse llevar por pensamientos desbordados sobre los viejos tiempos. Y albergar la esperanza de poder revivirlos algún día ni se le había pasado por la cabeza. Apartar a Graham y su historia era algo en lo que realmente estaba entrenada. Pero ahora que, dieciocho años después, se había plantado ante ese hombre atractivo —con la sonrisa aún traviesa en los labios—, no solo sintió regresar una familiaridad abrumadora, sino también el dolor en su corazón. Un dolor que había nacido el día en que tuvo que dejar Escocia.

Pero ahora he vuelto, y esos pocos minutos a su lado se sintieron tan cálidos y seguros como ya no debería ser, añadió Ellie para sus adentros y se cubrió el rostro con las manos. Seguramente eso era lo que la tenía tan revuelta. Había conseguido con éxito construirse una vida sin Graham Flynt —o al menos se lo había repetido—, y entonces él le sonrió una vez y todos los recuerdos de entonces la arrollaron como una ola. De repente volvió a tener seis años y tres cuartos, estaba tumbada riendo junto a Graham en la hierba, y el mundo se sentía tan terriblemente ligero como hacía mucho que no se sentía.

Nada había cambiado. El hogar no era solo un lugar. Una casa. Un rincón en este mundo. El hogar eran personas que se sentían como volver a casa.

Después de fracasar estrepitosamente al intentar meter todas sus cosas en el estrecho armario empotrado, salió al jardín. La voz de la tía Rose llegaba desde la parte trasera del cottage hasta la fachada. Cuando Ellie, después de su encuentro tan agitado con Graham, había vuelto a la casa, se había encontrado a la tía Rose sentada en el sillón. La cabeza se le había vencido sobre el pecho y dormía tranquila y profundamente, de modo que Ellie decidió retirarse a su habitación y poner a Mira al corriente de las últimas novedades. Así que aún no habían conseguido ver la segunda planta del bed-and-breakfast. Ahora, sin embargo, al oír la voz de la tía Rose desde el jardín, quiso recuperar lo perdido. No obstante, Rosemary Bell no estaba sola en el jardín.

—Señor Flynt—.. Ellie sonrió al hombre, ya canoso, y le tendió la mano a modo de saludo. Archie estaba junto a Rosemary ante un viejo pozo que emergía de la tierra entre matas de hierba y malas hierbas.

—¡Ellie! ¡De verdad has venido! Una sonrisa radiante se le dibujó en el rostro y abrió los brazos—. Por favor, llámame de una vez Archie, ¿cuántos años llevo diciéndotelo, hija?

Ellie rió a modo de disculpa y disfrutó del cálido abrazo del padre de Graham, a quien recordaba como un hombre fuerte y seguro de sí mismo. Hoy no parecía menos fuerte, pero sí más cálido. Más suave. Como si con los años hubiera encontrado la paz.

—Gracias por tu carta —le susurró Ellie al oído, y Archie se separó de ella para mirarla.

—Madre mía, qué guapa te has puesto. Rose, ¿por qué no has dicho que venía?

—Como para volver a contarte nada —gruñó ella, y Ellie sonrió divertida.

—Solo queremos lo mejor para ti, Rose —dijo Archie con dulzura, pero Rosemary ya se había dado la vuelta y aparentaba estar ocupadísima, aunque en realidad solo arrancaba un poco de hierba junto al pozo.

Ellie asintió a Archie para indicarle que todo estaba bien. El mal humor de Rose era seguramente el menor de los males, y Ellie estaba segura de que con el tiempo se disiparía.

Archie la miró otra vez, sonrió y negó con la cabeza, como si no pudiera creer en lo que se había convertido la niña de antaño. Archie Flynt era un hombre maravilloso, y Ellie siempre lo había admirado. Cuando por las noches volvía de los pastos a la granja, no eran pocas las veces que se sentaban los tres alrededor de un fuego y se contaban historias de miedo de trols peludos y brujas malditas que merodeaban de noche por las colinas de Escocia. Algunas eran tan inquietantes que Ellie después ya no se atrevía a volver sola al cottage. Entonces Archie la subía a sus anchos hombros y, mientras la llevaba hasta la cancela del jardín, cantaba canciones alegres hasta que Ellie, de tanto reír, perdía todo miedo.

—¿Está todo bien con el pozo?—preguntó Ellie a su tía abuela, para espantarle el mal humor e integrarla de nuevo en la conversación.

—Ese trasto viejo está siempre atascado. Rosemary se pasó la mano por el pelo corto y puso cara de pocos amigos.

—No hay motivo para preocuparse, Rose. Lo bombearé el fin de semana. No es más que el barro. Siempre el barro. Así es con los cacharros viejos. Como con nosotros los humanos, ¿verdad? Al final uno se oxida. El padre de Graham se echó a reír, y a Ellie le resultó tan familiar que a la vez la asustó y la conmovió profundamente.

—¿Puedo ayudar de alguna manera?, se ofreció.

—Tenemos otros frentes —respondió la tía Rose, alzando la mirada hacia la parte trasera del cottage, en dirección a la planta de los huéspedes—. Para entonces, Ellie temía lo peor.

El sol ya estaba a punto de ponerse; ya no alcanzaba a llegar hasta ellos al jardín asilvestrado, más allá de los acantilados. Ellie recordó cómo de niña se sentaba a menudo abajo, junto al mar, y observaba cómo los rayos cálidos hacían brillar el agua. Un mar de miles de pequeños diamantes que avanzaban hacia ella. Una

sensación mágica. A veces hasta se escabullía muy temprano del cottage, bajaba por la estrecha escalera de madera de los acantilados y esperaba sobre una de las grandes rocas a que saliera el sol. Era menos deslumbrante o mágico, pero a su manera solía ser aún más misterioso. En Fallbury el sol salía justo detrás de las rocas. Iba trepando poco a poco por ellas y, de pronto —como salido de la nada—, se plantaba como una inmensa bola de fuego en el cielo sobre las colinas y los campos. Por la humedad y el aire fresco, a esa hora del día a menudo se formaba niebla. Reptaba por los prados, se enroscaba alrededor de los árboles y lo envolvía todo, todo lo que no podía huir de ella. Pero ¿quién o qué habría querido huir? Ellie adoraba aquel espectáculo. La luz roja de la mañana, que se filtraba en suaves haces a través de la niebla…

—¿Ellie?

Archie se dio cuenta de su expresión perpleja.

—Sigues siendo la pequeña soñadora, ¿a que sí? Se rió y le dio unas palmadas cariñosas en el hombro. El corazón de Ellie dio un brinco.

—Vamos, Ellie. Acabemos con esto —murmuró la tía Rose, y cojeó de vuelta a la casa sin decir una palabra más.

Ellie se despidió del padre de Graham y la siguió en silencio. Rosemary Bell nunca había sido una mujer de muchas palabras. Una cualidad que Ellie tanto admiraba como apreciaba.

Mientras la tía Rose arrastraba ahora los pies por los peldaños hacia la primera planta, estos crujían de forma alarmante bajo cada uno de sus pasos. La pintura, antaño blanca, se había desconchado ya en varios puntos de la barandilla, y era evidente que necesitaba con urgencia una nueva mano de pintura. *Probablemente ese sea nuestro menor problema*, pensó Ellie, y su sospecha se confirmó en el momento en que puso el primer pie en la planta de los huéspedes.

Viejos restos de papel pintado se despegaban de las paredes, como si no pudieran esperar a ser sustituidos. Manchas de agua

habían arruinado el bonito suelo de madera, y olía a humedad y a cerrado.

—Madre mía —murmuró Ellie, y la tía Rose se apoyó contra la pared con un gemido. Parecía costarle mantenerse en pie.

—El periodo de lluvias del otoño pasado fue el peor en muchos años. En Escocia llueve a menudo, eso seguro que aún lo recuerdas. Pero aquel otoño el cielo abrió las compuertas y se vació directamente sobre Fallbury. Durante días. Qué digo: semanas. Además hubo temporales y tormentas. Un roble viejo que estaba detrás de la casa cayó sobre el tejado. Se rompió una ventana y se causó un buen destrozo. El padre de Graham hizo todo lo posible —cambió la ventana, retiró suciedad y escombros, cubrió el tejado de forma provisional—. Pero ya lo ves: no ha bastado.

A Ellie se le encogió el estómago de una manera desagradable. No había contado con semejante magnitud de destrucción. Su mirada se deslizó por el suelo sucio, las paredes húmedas y los restos de papel pintado. Había pensado en muebles raídos y, en el peor de los casos, en un pequeño daño en el tejado. Que la parte superior del cottage se hubiera vuelto prácticamente completamente ruinosa ni se le había pasado por la cabeza. Aquí habría que sanear y reformar todo.

—Es horrible —murmuró, porque de verdad no sabía qué decir. Aquel lugar precioso de su infancia, que guardaba tantos recuerdos, se desmoronaba ante sus ojos, y si no hacían algo de inmediato, la planta de arriba, y con ella todo Rose Cottage, no tendría salvación. Probablemente ya se había formado moho. Al menos olía tan a humedad y a cerrado que Ellie habría preferido taparse la nariz con la camiseta y mandar a la tía Rose abajo de inmediato. Que Rosemary padeciera problemas de salud si llevaba tres cuartos de año viviendo en una casa que se le caía encima ya no le extrañaba.

—¿Hay moho? ¿Lo sabes?

—He dejado de buscarlo. A decir verdad, llevo meses sin subir aquí arriba.

Ellie se creyó a su tía abuela al instante. —¿Qué hay de las habitaciones de invitados? ¿También están tan dañadas?

Las dos mujeres estaban en la zona común, que ofrecía a los huéspedes del cottage un pequeño grupo de asientos y un par de estanterías con libros. Desde allí salían dos puertas hacia los aseos y cuartos de lavado, y otro pasillo llevaba directamente a las tres habitaciones de invitados.

—Allí, en principio, todo está en orden. Las camas están vencidas y habría que cambiar los colchones, pero eso es minucia comparado con lo demás. A la tía Rose la situación le resultaba visiblemente incómoda. Una y otra vez se tironeaba torpemente del vestido, como si estuviera buscando pelusas.

Ellie se tragó el susto y fue hacia ella. —Alguien tendrá que encargarse de esto, lo sabes, ¿verdad?

—No quiero a ningún extraño trasteando en Rose Cottage—, gruñó su tía.

Ellie no esperaba otra cosa. Traer a unos manitas siempre había sido un problema. Cada piedra de la casa se había colocado bajo la atenta mirada de Rosemary. Si algo no funcionaba, se apañaba y aprendía lo necesario para arreglarlo. Grifos que goteaban, patas de sillas rotas, camas que crujían, plagas de ratones o incluso cortes de luz: la tía Rose lo tenía todo bajo control. Y pobre del que se le pusiera por medio. —Yo le he dado vida a la casa y yo la mantengo —, solía decir con ese gesto hosco y obstinado que mantenía a la gente a raya y la espantaba por igual.

Por muy pintoresco que le pareciera el comportamiento de su tía, Ellie también podía entenderlo. Este lugar formaba parte de Rosemary como su propia vida. Lo había dado todo por el cottage, por su sueño de dirigirlo y sacarlo adelante. Ahora se venía abajo, y, por su edad y su salud, ya no era capaz de salvarlo. Por primera vez, se le escapaba de las manos. Para alguien como la tía Rose, aquello sí que era el fin del mundo.

—Tía Rose, aquí arriba no basta con dar una mano de pintura, airear un poco o, peor aún, secar las paredes con pañuelos. Quiero decir, podría intentarlo, pero desde luego no nos llevaría a ninguna parte.

La sonrisa que esperaba no llegó, y Rosemary mantuvo la mirada baja. —¿Y quién va a pagar eso…?—susurró, y Ellie irguió los hombros. Si hacía un momento se había sentido impotente, al menos en eso sí podía ayudar de verdad a la tía Rose.

—Tengo algo de dinero, no te preocupes por eso.

—Pero, niña…

Ellie levantó las manos en son de paz. —Y papá también me ha dado algo para ti.

Por primera vez desde que habían subido, Rosemary la miró de nuevo. —¿Stewart te ha dado dinero para Rose Cottage?— La mirada dura de la anciana se suavizó, casi se volvió dulce. Por un breve instante Ellie pudo ver en ella una vulnerabilidad que hasta entonces le había pasado inadvertida. ¿Era por el dinero? ¿Por su impotencia? ¿O por su padre, con quien Rosemary había tenido antes un vínculo estrecho y con quien llevaba muchos años sin contacto?

—No sé si puedo aceptar eso—, añadió entonces, y Ellie tomó la mano delicada de la mujer menuda y se la apretó con cariño. —Para eso está la familia, y por eso mismo estoy aquí, ¿no?

Rosemary se esforzó por sonreír, pero le salió fatal. Ellie vio cómo buscaba montar su defensa, cómo en el fondo no quería nada de aquello, pero ¿qué otra opción tenía?

—Dices que Archie ya ha empezado—, retomó Ellie el tema. —¿Qué ha hecho exactamente en el tejado?— Al mismo tiempo se dirigió a las puertas de los cuartos de lavado y aseo.

—Ha cubierto el tejado. A medias, con una lona. Pero al menos ya no entra agua—. Rosemary señaló con un gesto de cabeza hacia arriba, y Ellie siguió su mirada. El daño se veía tan claro como la propia lona. Y esa tampoco iba a aguantar para siempre.

Tras asegurarse de que en los baños no la esperaba otro susto mayor, volvió a cerrar las puertas. El problema principal era, y seguía siendo, la sala de estar.

—Por aquí no puede pasar ningún huésped…—, murmuró Ellie muy bajito para sí, pero Rosemary lo oyó y resopló. En cuestión de segundos, el ambiente dio un vuelco.

—¡Tampoco va a pasar nadie!

—Rose…

—Me voy a acostar. Hay comida en la nevera. Coge lo que quieras si te entra hambre, Ellen. Buenas noches.

Se apoyó en la pared mientras empezaba a bajar la escalera. Se le contrajo la cara de dolor, y peleaba a cada paso. Ellie corrió hacia ella e iba a cogerla del brazo cuando Rosemary se la sacudió, furiosa. —¡Todavía no soy un caso para cuidados!—, le espetó su tía, y Ellie dio un paso atrás. Las palabras que más le habría gustado contestar se le quedaron atragantadas. En su lugar, cayó en la cuenta de que ni siquiera la reparación del tejado y la reforma de la sala de estar solucionarían otro problema: el pésimo estado de salud de su tía Rose. Ellie no solo tenía que levantar el cottage, sino también organizar ayuda para Rosemary. Necesitaba a alguien que atendiera sus limitaciones físicas y averiguara en qué estado estaba realmente. Se le encogió el corazón al pensar en lo ágil que había sido Rosemary y en cómo ahora se deslizaba por la casa como la sombra de lo que fue. A eso se sumaban los cambios de humor. Ellie estaba acostumbrada a eso en su tía y, aun así, tras tantos años, al parecer le resultaba todavía más difícil mantener el equilibrio. ¿Había pasado demasiado tiempo? ¿Se habían distanciado en cierto modo? Ellie negó con la cabeza. No, no podía ser. Encontraría una buena solución, para Rose Cottage y para su tía abuela, porque tenía muy claro algo: la tía Rose le había permitido venir a Fallbury. ¡Por fin! Para su tía, seguramente era la mayor admisión posible de su situación actual, y Ellie lo valoraba mucho.

Cuando la puerta del cuarto de Rosemary se cerró de golpe —demasiado fuerte, demasiado brusca—, Ellie dio un respingo. Había

sido un día largo para todos, y los cambios siempre cansan. Pero también podían ofrecer la posibilidad de un nuevo comienzo.

Capítulo 7

Tras una noche en vela, Ellie se puso en camino a pie a la mañana siguiente hacia Fallbury. Rose Cottage y la Flynt-Farm quedaban algo a las afueras, en las colinas. Desde la planta alta del cottage se distinguían a lo lejos algunas casas, pero no había un sendero directo que bajara al pueblo. Antes, Ellie siempre cruzaba los prados detrás de la casa, se dejaba rodar colina abajo entre risas, saltaba charcos de barro y arena y terminaba con pinta de llevar semanas a la intemperie. Entonces no le importaba. Pero en su primera salida a Fallbury quería llegar un poco más presentable, por lo que volvió a la Cliffside Road para ir por la carretera principal hasta el pueblo.

Sin embargo, se había imaginado la caminata más fácil. A ambos lados de la carretera, los prados y campos le llegaban a la cadera, así que tenía que ir directamente por el asfalto. Menos mal que a esas horas tempranas no había apenas tráfico. Si el viento venía de cara, Ellie alcanzaba a oír cómo le traía los llamados de las olas. Tenía que bajar a la playa en cuanto terminara sus recados en el pueblo.

Mientras avanzaba sola por la carretera, sus pensamientos volvieron a Rose. No había visto a su tía ni por la noche ni por la mañana. Rosemary se había quedado sin más en su cuarto y había dejado a Ellie sola con el escaso contenido del frigorífico. Quienquiera que se encargara normalmente de la compra, llevaba ya un tiempo sin hacerlo. Aparte de un par de frutas en conserva y latas viejas, queso duro, un trocito de mantequilla y pan reseco, Ellie no encontraba nada que le quitara el hambre. Así que decidió ir primero a comprar y de paso aprovechar para echar un vistazo a Fallbury. En los últimos años, sin duda, habrían cambiado muchísimas cosas en el pueblo pesquero.

A pesar de lo largo que era el trayecto por la carretera principal, Ellie no podía negar lo bonito que era al mismo tiempo. Una vez coronada la cima de la colina, se avanzaba con la vista directa a las casas de piedra, las pocas calles y el mar embravecido. Aquel amanecer el cielo estaba nublado. No había sol brillando sobre el agua, pero tampoco hacía falta. Ellie se abrazó a sí misma e inspiró el aire marino. Justo así respiraría un náufrago el oxígeno precioso al alcanzar la superficie. ¿Cómo había podido estar tanto tiempo lejos de este lugar?

Con un cosquilleo agradable en el estómago, Ellie torció, pasados unos treinta minutos, hacia la acera de la Harbour Street. Esta bajaba directamente hasta la playa de cantos. También allí reinaba la calma aquella mañana; apenas había gente. A lo lejos, Ellie vio a un perro corretear entre las olas y a su dueño sentado sobre una roca. Más atrás se distinguía, entre la niebla matinal, el faro de Fallbury. Al igual que el viejo puerto. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Ellie.

Volver a casa. ¡Así se sentía!

El supermercado quedaba en el extremo más alejado del pueblo, pero a ella no le importaba. Disfrutaba cada metro que podía recorrer, incapaz de apartar la vista del agua, de las olas rugientes y de los prados y colinas verdes que lo rodeaban. Las nubes, indómitas, dibujaban en el cielo formas de lo más variopintas y, bajo ellas, Ellie alcanzaba a adivinar mar adentro unas cuantas velas y barcos de pesca. Lo absorbía todo como una esponja reseca. Ese aislamiento, la placidez, la calma y lo primigenio de la vida rural escocesa: cuánto lo había echado de menos. Cuando una gaviota chillona pasó en picado sobre su cabeza, no pudo evitar reír. Sí, también extrañaba esos sonidos. Ya de niña le encantaba ver volar a las gaviotas. Así quería ser siempre: libre, desinhibida, salvaje y llena de vida. Y eso que había animales mucho más pacíficos que las gaviotas. Al menos las de Fallbury le habían dejado claro, hace ya muchos años, qué opinaban de sus ingenuos intentos de hacerse amiga de ellas. Como prueba de aquel fracaso, Ellie aún llevaba hoy una cicatriz alargada en el antebrazo derecho.

—¡Cuidado! —gritó alguien de pronto detrás de ella, y una bicicleta traqueteante rebotó por la acera irregular a su lado. Su conductor —un hombre mayor, encorvado y con un sombrero de marinero lleno de agujeros— le hizo un gesto con la mano mientras pasaba zumbando, riéndose. En Alemania, por quedarse embobada en medio de la acera, Ellie solía esperarse más bien tacos que gestos amables, pero el carácter de los escoceses era más cordial. Aunque se habían adaptado a una vida y un clima duros, eran cálidos y generosos. Nunca se había topado con nadie que no quisiera devolverle el saludo o que le negara su ayuda. Al contrario. Desde el primer día, en Fallbury la habían recibido con los brazos abiertos en todas partes. Eso tampoco había cambiado.

Con una sonrisa en los labios, siguió su camino, pasó junto al faro y se dirigió al pequeño puerto. Los barcos repicaban y golpeaban en sus amarres, como si se alegraran de la vuelta de Ellie tanto como ella se alegraba de verlos. Se preguntó si aún habría pescadores en las cabinas durmiendo la resaca de la noche anterior. Justo detrás de ella estaba el famoso *Fallburys Lighthouse Inn*, un pub escocés donde prácticamente todas las noches del año reinaba un ambiente de lo más animado. Hasta entonces Ellie nunca había tenido edad para entrar por su cuenta, pero recordaba bien las noches templadas de verano que había pasado sentada con Graham sobre los toneles del puerto, escuchando la música del pub. Habían visto más de una vez a pescadores que se habían pasado con los pintas y luego buscaban tambaleándose el camino de vuelta a sus cabinas. Si Ellie hubiera estado sola, probablemente aquellos hombres cantando a voz en grito le habrían dado respeto, pero con Graham a su lado siempre resultaban encuentros divertidos. Él tenía una manera de tratar con ellos que hacía que cada cruce se volviera distendido y ligero. Al final de esos días, a menudo les dolía la tripa de tanto reír.

A esas horas tempranas de la mañana, las puertas del pub seguían cerradas. Ellie suspiró. Le habría encantado echar un vistazo dentro, pero en su lugar se apresuró a tomar la siguiente curva que hacía la Harbour Street, y ahora tocaba volver a subir la colina. Recordaba el supermercado como una tiendecita acogedora, así que se quedó de

piedra al encontrarse ante una entrada al menos el doble de grande que conducía a una sala de ventas aún mayor.

—Buenos días.— Una dependienta de la edad de Ellie acababa de sacar una cesta con flores y las estaba colocando en una estantería. En su placa azul figuraba el nombre *Grace*, y, a modo de saludo, le regaló a Ellie una sonrisa radiante. Su espesa melena castaña rojiza estaba recogida en la nuca en un moño suelto, y sus ojos brillaban. Aquella amabilidad conmovió a Ellie. Mientras observaba cómo la joven colocaba rosas de seto en los colores más vivos, pensó en las pobres flores mustias de los tiestos de Rosemary. Sería un buen comienzo devolverles la vida. ¡En algún sitio tenía que empezar Ellie!

—Es la rosa escocesa de seto —le explicó también la dependienta al notar la mirada interesada de Ellie—. En junio y julio se muestra en todo su esplendor y florece en ese suave tono rosado. Cautiva cualquier jardín.

Ellie cogió una maceta más pequeña.—Entonces, para una jardinera quizá no sean lo más adecuado —murmuró más para sí misma.

—No, desde luego que no. Pero tenemos geranios blancos, rojos y lilas en el almacén. Seguro que quedan de maravilla en tus jardineras.

Ellie asintió con entusiasmo justo cuando la amable dependienta echó a andar. Aun así, no pudo renunciar a la rosa de seto; al fin y al cabo, también quería poner a punto el jardín de Rose Cottage. Corrió a por un carrito, metió cuatro macetas y, cuando Grace trajo los geranios, el carro se llenó en un abrir y cerrar de ojos. Riéndose, se ofreció a dejárselo en caja mientras Ellie, con un segundo carrito, iba reuniendo comida. Poco a poco el supermercado se fue llenando de clientes mientras Ellie se abría paso por los pasillos. Al carrito fueron a parar tanto algunos productos básicos como alguna que otra tableta de chocolate. Si tía Rose seguía retirándose tan temprano a su cuarto cada noche, como muy tarde en una semana Ellie iba a necesitar algo para los nervios.

Rose Cottage, por muy pequeño y acogedor que en realidad fuese, podía resultar increíblemente grande y silencioso. Sencillamente no estaba hecho para que lo habitaran solo una o dos personas. No era de extrañar que ahora pareciera casi sufrir. ¡Echaba de menos a sus huéspedes!

Cuando llegó a la caja, a Ellie la sorprendió el alto importe de la compra. ¿No había venido solo a por cuatro cosas?

—Son exactamente 148 libras.

Ellie rebuscó en el bolso la cartera, pero solo encontró las llaves, el móvil y un paquete de pañuelos.—Ay, no —soltó, empezando a sudar.

—¿Hay algún problema? —preguntó Grace con amabilidad, y Ellie lanzó una mirada insegura a la cola de clientes que empezaba a formarse poco a poco detrás de ella.

—Ayer mismo llegué de Alemania y tuve que pagar al taxista. Después, por lo visto, guardé la cartera en cualquier sitio menos de vuelta en el bolso. Debe de haberse quedado en el cottage.

—¿Vives en el Cliffside Cottage?

Ellie negó con la cabeza.—En el Rose Cottage. Arriba, en las colinas.

—¿Con la vieja Rosemary? —La sorpresa en la voz de la mujer era inconfundible. Aunque Ellie aún no había pagado ni un céntimo, Grace la ayudó a volver a meter la comida y las flores en el carrito—. ¿Cómo está? Hace mucho que no la vemos por Fallbury. —La dependienta se inclinó hacia Ellie y se tapó la boca con la mano—. Ya se decía que ni siquiera seguía con vida.

De golpe, Ellie se sintió incómoda.

—Sí, está todo bien —aseguró con voz firme—. Mira, lo dejo todo aquí y voy a por el dinero. Luego vuelvo y pago la compra.

Sin esperar respuesta, Ellie empujó los carritos tras la línea de cajas y salió disparada hacia la puerta. Adiós a la compra sorpresa, y, de todos modos, no habría podido cargar con todas las plantas de

una sola vez. Probablemente se pasaría el resto del día yendo y viniendo entre Rose Cottage y Fallbury, a no ser que de pronto ocurriera un milagro.

En ese momento chocó contra un torso duro y dio un traspié hacia atrás. —Oh, perdone, yo… ¿Graham?

—¿Qué haces aquí tan temprano por la mañana? —preguntó, y la apartó a un lado, probablemente para que no tropezara con más clientes.

—Mejor no preguntes—Ellie hizo un gesto de desdén con la mano y dejó caer los hombros.

—Pero ya lo he hecho—la observó con curiosidad.

Sin entrar en detalles innecesarios, Ellie le expuso su plan de compra y el resultado. Desde el primer momento de su pequeña y atropellada perorata, él no pudo reprimir una sonrisa, aunque escuchó sus palabras sin interrumpirla.

—Mi coche está en la puerta. Puedo llevarte. A ti y a tus muchas flores.

—Oh, no hace falta. Ellie volvió a desentenderse con un gesto. ¿Desde cuándo hacía esos aspavientos todo el rato? En Alemania no había necesitado mucho ese tipo de gestos.

—Bueno, si es así… —Graham cuadró los hombros—. Han dado lluvia. Quizá deberías comprarte también un paraguas. Solo digo… El camino se hace largo, ¿sabes? Sobre todo si hay que recorrerlo más de una vez. Luego se dio la vuelta, con una sonrisa, y dejó a Ellie plantada.

—¡Oh, ehm, Graham! —le gritó, y se quedó mirando sus pies, mientras por el rabillo del ojo veía que Graham se había detenido.

—¿Sí, Ellie?

—¿Podrías… Quiero decir, sería… Vamos, si de todos modos…

—Te llevo encantado.

Y entonces se plantó en la caja, pagó toda su compra y fue hacia ella con los carros hasta arriba. A Ellie le ardieron las mejillas. —En

cuanto estemos en el cottage, te devuelvo el dinero.

La pick-up color óxido de Graham estaba aparcada en el parking detrás del supermercado. Después de abrir el portón de la caja, Ellie le fue pasando una maceta tras otra.

—No te preocupes. Lo cargo sin más al presupuesto.

No reaccionó al gesto de asombro de Ellie; se limitó a devolver en silencio los carros vacíos. Solo cuando se subieron y condujeron por las calles de Fallbury, la puso al tanto. —Papá y yo nos aseguramos de que tu tía tenga comida en la mesa con regularidad. Uno de los dos se encarga de la compra. Si no te hubiese encontrado hoy por casualidad en el súper, me habría ocupado de que su nevera quedara bien llena después.

Ellie apenas podía creer lo que le contaba. ¿Graham Flynt hacía la compra para la tía Rose? —¿Desde cuándo lo hacéis?

—Oh, desde hace un tiempo. No le gusta bajar al pueblo. Pero eso ya lo sabes. La miró de reojo.

¡Y tanto que lo sabía! Pero también recordaba perfectamente lo mucho que le costaba a la tía Rose aceptar ayuda, y ya no digamos pedirla. ¿Cuán grande tenía que ser su apuro para cargar a Graham y a su padre, Archie, con esa tarea?

Graham pareció leerle el pensamiento. —No nos importa. Total, vamos y venimos varias veces al día entre Fallbury y la granja. Siempre hay uno de nosotros en ruta. Y nosotros también tenemos que comer. Así que es una minucia llevarle algo.

No lo era, y Graham también lo sabía. Pero Ellie no dijo otra cosa que: —Gracias.

—¿Por qué exactamente? —preguntó Graham, y metió el coche por la Hill Street, que llevaba a la granja y al cottage.

—Por cuidar de ella. Tu padre vigila la casa, el pozo. Tú haces la compra por ella. Quiero decir, de verdad que no es lo normal. Sin vosotros, aquí fuera ya estaría perdida.

Graham aparcó delante de Rose Cottage, pero no se bajó. En su lugar se inclinó hacia Ellie y esperó con paciencia hasta que por fin ella sostuvo su mirada. —No lo has olvidado, ¿verdad? ¿Mi promesa? Sus ojos brillaron, y Ellie tragó saliva.

Aguantó su mirada un segundo más antes de guiñarle, por fin, y bajarse del coche. El corazón de Ellie latía tan deprisa que amenazaba con saltarle del pecho.

Capítulo 8

– Fallbury, veintidós años antes –

—¿Puedo ir? Por favor, tía Rose. Por favor, por favor, por favor. Ellie tiraba una y otra vez del dobladillo del vestido floreado. Llevaba toda la mañana en la cocina con su tía horneando tarta de manzana, pero ahora tenía algo más importante que el delicioso pastel rondándole la cabeza. Y se juró que solo soltaría el dobladillo para picar un poco de la masa templada. Nada más. Al menos no antes de que tía Rose por fin le contestara.

—Eres demasiado pequeña para eso.

—No lo soy. Graham va a venir.

—Es verdad, señora Bell. Yo cuidaré bien de Ellie. Graham estaba sentado a la gran mesa del comedor y rebañaba uno de los cuencos de masa. Un pegote le había quedado en la punta de la nariz, y Ellie soltó una risita. Ojalá le dejara algo a ella. Con su madre nunca le permitían probar la masa; siempre decía que podía ponerse mala. Menos mal que no sabía cuántas veces había limpiado Ellie los cuencos en casa de tía Rose sin ponerse enferma.

—Deje que los niños vayan. Seguro que va a ser divertidísimo. Si quiere, Rosemary, les echo un ojo a los dos. Esta noche estaré en el puerto de todos modos. Tengo que terminar de una vez el barco para zarpar mañana como estaba previsto.

—¿Mañana ya? Tía Rose dejó la fuente de batir y se volvió hacia el señor Grisham. Él venía cada verano a Fallbury para pescar en las calas que rodeaban el pequeño pueblo pesquero y vender su captura en el mercado. Tía Rose siempre decía que el mercado era lo único

que aún interesaba a los turistas de Fallbury. Ellie y Graham solo habían estado una vez en el mercado de pescado. Antes incluso de que saliera el sol, numerosos pescadores de los alrededores se habían reunido para preparar su captura para la venta. Olía tan horriblemente mal que Graham tuvo que llevarla a casa antes de que los primeros rayos de sol convirtieran el mar en una alfombra de diamantes. Desde entonces, Ellie no volvió a comer pescado.

—El verano está casi terminado, Rose. Aprovecharé los últimos días para ver qué puedo pescar en el norte. Luego me vuelvo a casa.

El señor Grisham tenía una hijita y una mujer que a Ellie le parecía especialmente guapa. Él la llamaba su hada, y en parte lo parecía. Tenía el pelo rubio y largo y unos ojos azules enormes. A Ellie le parecía que encajaría de maravilla en las revistas que su madre siempre hojeaba.

—Seguro que su hija ya le está esperando. Ellie le sonrió al señor Grisham.

—Ellie, pequeña, ven un momento conmigo.

Ellie soltó por fin el dobladillo y se acercó a la mesa del comedor. Cuando el señor Grisham se dio unas palmadas en los muslos, ella trepó a su regazo. Lo hacía desde el primer verano que había pasado en Fallbury, pero poco a poco el sitio en las piernas del señor Grisham se le iba quedando pequeño. Pronto quizá ya no le cupiera.

—¿Sabes que te pareces mucho a mi pequeña Lilien?

Ellie hizo una mueca. Vaya mentira. Ella había visto las fotos, y la hija del señor Grisham era tan guapa como su mujer. Una pequeña hada, por así decirlo. Ella, en cambio, seguía siendo la niña a la que todos tomaban por un chico. Aunque ya tenía el pelo a la altura de los hombros, siempre lo llevaba despeinado de tanto jugar y corretear al aire libre. Además, los pantalones de Ellie siempre tenían agujeros, las rodillas, raspones, y sus camisetas acumulaban manchas que parecían surgir de la nada. Sencillamente, no le preocupaban esas cosas. Cuando se desataba por la playa con Graham, construía castillos de arena o jugaba al escondite bajo los

acantilados, le daba igual mancharse. Con su madre siempre tenía que ir arreglada y llevar vestidos. También le gustaban, pero en Fallbury prefería con mucho sus vaqueros dados de sí y sus zapatos agujereados. ¡Nada era más cómodo que unos zapatos con agujeros!

—¿Sabes, pequeña? —empezó el señor Grisham—. Cuando estás aquí, no echo tanto de menos a mi Lilien. Sobre todo cuando te ríes con ese gorgojeo tan alegre. Apenas dijo las últimas palabras, empezó a hacerle cosquillas a Ellie, que se retorció riéndose en su regazo. Se contagió Graham, que alargó la mano por encima del cuenco de masa y también le hizo cosquillas a Ellie. El alboroto hizo que tía Rose aguzara el oído, y alzó las manos.

—Vale, vale. Largo, id al festejo —dijo de pronto, y todos se quedaron inmóviles, como si alguien hubiera pausado una película.

Ellie se deslizó del regazo del señor Grisham y corrió hacia tía Rose. —¿De verdad? ¿De verdad puedo?—

—¡Con una condición! Tía Rose alzó la batidora de mano. —Graham, tú eres responsable de ella. Si a Ellen le pasa algo, te vas a enterar, ¿hemos entendido?

Graham asintió y sonrió de oreja a oreja. Hoyuelos se llamaban las hendiduras de sus mejillas, eso ya lo sabía Ellie. El señor Grisham se lo había contado. Y a ella los hoyuelos de Graham le parecían tan bonitos como el primer verano.

—Puede apostar lo que quiera, señora —dijo Graham y saltó de la silla. Ellie abrió mucho los ojos y se quedó mirándole.

—¿Qué ha dicho ahora mismo? —preguntó tía Rose, muy asombrada. El color de la cara de Graham cambió como la piel de un camaleón, del que Ellie había visto una foto en el colegio. Primero se quedó completamente blanco y, de repente, rojo como un tomate.

—Yo… Lo que quería decir… —balbuceó, y Ellie vio que empezaba a sudar. Mientras tanto, el señor Grisham rompió a reír a carcajadas, se levantó y dejó su plato en el fregadero.

—Debería hacerlo de verdad, Rose. Con estas palabras le dio a la tía de Ellie una palmada en el culo; ella soltó un gritito de susto y se le cayó la batidora.

Graham echó a correr hacia Ellie, le cogió la mano y juntos aprovecharon la ocasión para salir del cottage a carcajadas.

El tercer fin de semana de agosto de cada año tenía lugar en Fallbury la fiesta del puerto. En esos dos días, el apacible pueblo pesquero se transformaba en un lugar lleno de colores, sonidos preciosos y olores deliciosos. Hasta entonces Ellie solo conocía todo aquello por los relatos de Graham. Sobre todo del punto culminante de la fiesta —los fuegos artificiales sobre el mar— le había hablado con pelos y señales. Al menos, Ellie siempre había podido observarlos desde su habitación en el cottage y disfrutar de la lluvia dorada y centelleante que se derramaba sobre la bahía hacia el mar. Pero sería algo muy distinto sentarse bajo esa lluvia dorada, en medio de toda aquella gente alegre que cantaba.

En los dos últimos años, después de la fiesta, Graham se había escabullido hasta el cottage, había llamado a la ventana de Ellie y le había pasado una bretzel caliente por la rendija, que ella mordisqueaba a solas en la oscuridad mientras escuchaba los sonidos amortiguados que subían desde las calles de Fallbury. En secreto había esperado que tía Rose por fin le permitiera ir esta vez también, aunque, en realidad, no contaba con ello. Y ni siquiera se lo creyó en el momento en que los padres de Graham aparcaron el coche en una calle lateral del pueblo y todos se bajaron juntos.

La señora Flynt, la madre de Graham, le apartó los rizos alborotados de la cara y le dio un beso en la mejilla. —Pasadlo muy bien, ¿vale? —Graham asintió y, por un instante, la señora Flynt apretó a su hijo contra sí, como Ellie recordaba de su propia madre. Ella no sentía morriña cuando estaba en Fallbury. Pero en momentos como aquel pensaba en sus propios padres y, a veces, echaba de menos que no pudieran estar con ella y compartir todas las cosas emocionantes. Aunque Ellie, claro, sabía que bajo la mirada estricta

de su madre tendría pocas posibilidades de vivir aventuras de verdad…

—Ellie, cariño —dijo ahora la señora Flynt, abriendo los brazos. Ellie no tuvo que pensárselo y se dejó caer en ellos. Le caía realmente bien la señora Flynt. Nunca reñía, no soltaba palabrotas, su voz era suave y cálida, y sus ojos brillaban siempre que miraba a alguien. La primera vez que se habían encontrado, la señora Flynt había pillado a Ellie y a Graham saqueando las reservas de chucherías de la despensa. Tenían chocolate pegado en las comisuras de los labios y en los dedos cuando la madre de Graham apareció de pronto en la puerta. Ellie había esperado una bronca monumental, pero la señora Flynt se echó a reír y preguntó, ni corta ni perezosa, si Ellie podía apartarse un poco para que ella también pillara algo de chocolate. Así era la madre de Graham.

—Va a ser emocionante; disfrútalo, pequeña, ¿sí? Y pégate bien a Graham; él te lo enseñará todo.

—Lo haré, señora Flynt —respondió Ellie casi obediente, y la madre de Graham sonrió con picardía.

—Cielito, llámame Brenda.

— Lo intentaré, seño…, ay, Brenda Flynt, quiero decir, solo Brenda.

Sonriendo, la madre de Graham le acarició la mejilla. No, Ellie no podía echar de menos su casa en Fallbury, porque a esas alturas sentía que una parte de ella pertenecía justo a aquel lugar. Tía Rose, el señor Grisham, el señor y la señora Flynt: todos habían sido tan amables con ella desde el primer día que cada uno se había convertido en parte de su familia. Si a Ellie le apetecía comer mermelada rica, tía Rose la cocinaba con ella. Si sentía miedo en la oscuridad, el señor Flynt la subía a sus hombros. Si quería reír hasta que le doliera la tripa, el señor Grisham le contaba unos cuantos chistes. Y cuando en más de una ocasión echaba de menos el calor de su madre, la señora Flynt la rodeaba con sus brazos y la colmaba de su propia calidez materna. Y Graham… sí, Graham tenía un poco de todo, lo cual era casi mejor.

Cuando Ellie se volvió hacia él, lo vio de pie con su padre detrás del coche.

—Toma. —el señor Flynt le estaba metiendo a su hijo unas libras en la mano—. Cómprate algo bonito para ti y para tu amiguita. Luego le despeinó los rizos castaños, se cogió del brazo con su mujer y ambos se marcharon, perdiéndose en la oscuridad.

Graham guardó el dinero y le dedicó una sonrisa.—¿Lista?

—¡Y tanto! —gritó Ellie.

Y entonces Graham hizo lo que a ella más le gustaba. Le dio la espalda, flexionó un poco las rodillas y gritó: —¡Súbete!

Desde la espalda de Graham el mundo siempre parecía un poco mágico. Como si Ellie flotara a través de él. La gente bromeaba a menudo con lo pequeña que era, y muchos la tomaban por mucho más joven de lo que en realidad era. ¡Pero ya tenía ocho y tres cuartos y no era en absoluto una niña pequeña! Es que tenía ese aspecto: pequeña y menuda. Y eso no le gustaba nada. Salvo cuando iba a lomos de Graham. Cuando él la llevaba a caballito, a Ellie le encantaba ser tan pequeña y ligera. Diera igual cuántos veranos pasaran, él la seguiría llevando así, de eso estaba segura. Como si fuera ligera como una pluma.

El buen humor de Graham era contagioso. A voz en grito cantaba una canción que Ellie ya había oído en la tele. Iba de una chica. Su chica. —My girl, my girl, my giiiiirl—, bramó Graham mientras llevaba a Ellie por las calles, y a ella le dolían las mejillas de tanto sonreír. Mientras ella se aferraba a sus hombros y, a veces, también a su cuello, él le rodeaba los tobillos con los brazos. No la soltaría jamás. Seguro que no.

—Agárrate bien, ¿vale? Enseguida se va a llenar esto.

Ellie aún no podía imaginárselo; al fin y al cabo no había nadie más en la callejuela oscura. Pero en cuanto la dejaron atrás, se quedó sin palabras. Tanta gente junta, no lo había visto nunca. Fluían por las calles bien iluminadas. Cantaban y bailaban. Reían y daban alaridos. En cada esquina había un pequeño escenario donde

tocaban música. Algunas bandas tocaban música moderna. Canciones que Ellie conocía de la radio. Otras tocaban folclore escocés, y fue junto a uno de esos escenarios cuando Graham la dejó deslizarse de su espalda. —Esos te gustan mucho, ¿a que sí?

Seguía sonriendo, y se le calentaron un poco las mejillas. ¡Que se hubiese acordado de algo así!

A su alrededor bailaba gente riendo, como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Sí, como si hubieran nacido justamente para eso. Parecían tan libres y salvajes y maravillosos que Ellie se dejó contagiar y buscó la mano de Graham.

—¡No sé bailar!— Se rió, pero Ellie vio que también se había puesto un poco rojo, y ella rió asimismo porque le gustaba ruborizarse a la vez que él.

—Hazlo como los demás—, le gritó por encima del ruido.

—Pero yo...

Pero Ellie ya no oyó más. Sus pies querían saltar, brincar, correr. Se dejó arrastrar por los ritmos escoceses. Seguía sujetando la mano de Graham. La apretó con suavidad. Tenían la piel caliente y húmeda. Pero nada de eso le molestaba. Graham no la soltó y observaba cada uno de sus movimientos, con los ojos brillándole entre todas aquellas chispas de color. Y entonces él, sin más, empezó. Al principio resultaba bastante gracioso, un poco como si su cuerpo fuera rígido como la madera. Saltaba a la pata coja, pero luego incorporó la otra pierna. De pronto alzó los brazos, y en un instante Ellie y Graham giraban el uno alrededor del otro. Cantaban, bailaban y reían. Daban alaridos y palmoteaban con la multitud. Personas desconocidas se cogían de las manos, bailaban en corro o giraban unos alrededor de otros.

Solo cuando los rizos de Graham se le pegaban al rostro enrojecido y el pelo rubio de Ellie caía, alocado y desordenado, sobre su frente, cuando apenas podían tomar aire de tanta risa y las piernas empezaban a flojearles, entonces dejaron de bailar y se abrieron paso hasta un lado entre la gente.

Graham compró una Coca-Cola helada, que compartieron con dos pajitas. Además trajo bretzels calientes y blanditos, y a Ellie le pareció que nunca se había sentido tan mayor como esa noche. Una sensación muy especial. En Potterton los chicos como Graham no se juntaban con ella. Él era casi tres años mayor, y seguro que todos allí pensaban que era su hermanita, a la que tenía que llevar a todas partes a rastras. Pero él no la trataba así. Para él, ella siempre había sido simplemente Ellie. No la hacía sentirse como aquello que, en secreto, la asustaba. Su madre siempre decía que llegaría el día en que Graham sería demasiado mayor para ella, y Ellie no entendía qué quería decir con eso. Entre ellos siempre había tres años, sin más. ¿Por qué iba a ser peor algún día? Aquella noche, en cualquier caso, se sentía grande e importante. ¡Como una dama!

Cuando terminaron los bretzels y la Coca-Cola, pasearon uno junto al otro por la fiesta. Además de los escenarios para los músicos, había puestos en la playa. ¡Todo lo que había para ver! Bolsos de ganchillo, cuadros pintados a mano, collares y pulseras, libros y hasta ropa a la venta. Una y otra vez Graham tenía que tirar del brazo de Ellie y devolverla al camino cuando, embobada, perdía el paso y corría el riesgo de perderse entre la multitud.

Cuando más tarde se sentaron en el viejo muro del puerto y dejaron las piernas colgando sobre el agua, la mirada de Ellie se quedó prendida del mar, mientras al fondo aún alcanzaba a oír los suaves acordes de la música. En secreto se soñaba de vuelta ante el escenario donde los pies de Graham y los suyos no habían podido estarse quietos. Hasta entonces, ese había sido su momento favorito de la noche.

—¿Estás soñando?—, la sacó Graham de sus pensamientos de repente, y ella sonrió con ternura. No era tan raro en ella. Sus pensamientos echaban a andar solos y, a veces, no podía evitarlo y tenía que seguirlos.

—Mi madre dice que soy una soñadora, y creo que no lo dice precisamente como un halago.

Graham se quedó pensativo un momento. Luego negó con la cabeza con decisión. —A ver, mi padre siempre dice que una persona sin sueños es un alma perdida. No sé muy bien cómo lo dice. Pero un poco sí. Sin sueños uno está solo, creo.—

Ellie asintió con timidez e intentó comprender las palabras de Graham, que le zumbaban por la cabeza como locas.

—¿Y qué sueños tienes?, preguntó al cabo de un rato.

—Mmm… Quiero ser un buen granjero. Como mi padre. Quizá el mejor de todo Fallbury.

—Eso no tienes que soñarlo, lo serás igual. Ellie estaba convencida de ello. A Graham le encantaba salir con su padre a los prados, cuidar de las ovejas y las vacas y hacerse cargo de la granja.

—Entonces sueño con tener un barco pesquero. Pero uno de verdad grande. Tan grande que pueda salir al mar y pasar allí todo el verano.

—¿Tú solo? —preguntó Ellie, asustada.

—No, quizá con mi mujer.

Ellie se echó a reír y pensó en Isla, la hermana de Victor. A Graham no le gustaba, pero a Isla sí le gustaba él, de eso Ellie estaba segurísima. No jugaban a menudo con ellos, pero siempre que coincidían, Isla no dejaba de mirar a Graham. Se reía con una risita rara y, a veces, se ponía roja o jugueteaba con los dedos. Quedaba de lo más ridículo, y Ellie tenía que contenerse cada vez para no soltar una carcajada.

—¿Por qué sonríes así? —le preguntó Graham de repente.

—Isla y Graham sentados en el bote —empezó a cantar Ellie—, primero viene el amor, luego viene el…

—¡Eh! Graham la empujó indignado, de modo que ella cayó hacia atrás y aterrizó, entre risas, en la arena pedregosa. Se rió tanto que le dolió la tripa y se quedó sin aliento. Graham tampoco pudo ya contener la sonrisa.

—¿Y tú con quién te vas a casar cuando seas mayor? Ahora había dejado de reír y ayudó a Ellie a volver a trepar al muro, a su lado.

—Quizá con señor Grisham —dijo con gesto serio. De hecho, ya lo había pensado, pero no se lo había contado a nadie. El señor Grisham era un hombre amable, y estaba constantemente en el mar. ¡A Ellie le encantaba el mar!

—¡Pero si es demasiado mayor para ti!

—No si yo también soy mayor. Entonces ya no pasa nada. Al menos eso creía. Su padre siempre decía: Donde cae el amor, solo hay que dejarle sitio para el aterrizaje. Y cuando decía algo así, le guiñaba un ojo y se reía tanto que Ellie acababa riéndose también. Sí, necesitaba un hombre que supiera reír como su padre. Y el señor Grisham se le parecía un poco. Quizá por eso le gustaba tanto.

—Eh, niños, el fuego artificial va a empezar ya. ¿Queréis verlo desde el barco?

—¡¿Lo ves?! —gritó Ellie, porque quien les había hecho la pregunta no era otro que el señor Grisham. Emocionada, saltó del muro y echó a correr.

—¡Ellie! Graham no la siguió. Solo gritó su nombre, de modo que ella se detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Vienes?

Estalló algo sobre sus cabezas, y el cielo nocturno se transformó de pronto en un mar de diamantes que se desbordaban sobre la bahía. Ellie vio cómo cada uno de ellos se reflejaba en los ojos de Graham y los hacía brillar. Le tendió la mano. Entonces él también saltó del muro y echó a correr. Cuando la sujetó por el brazo, se detuvo.

—Oye, Ellie, si al final el señor Grisham te parece demasiado viejo, yo sigo aquí.

—¿Por qué? Le sonrió. Bajo la lluvia dorada parecía un mago.

—Bueno…— Graham hizo una mueca, como si de repente no se encontrara bien, y al mismo tiempo empezó a botar de un pie al

otro. —Yo vivo aquí. el señor Grisham solo viene una vez al año.

—Pero tú también eres mayor.

—Pues espero, y ya está, hasta que deje de ser tan grave. Si lo dices tú misma: algún día deja de ser un problema que uno sea más joven y el otro más mayor.

Ellie le dio un codazo en el costado, y su expresión seria se relajó.

—¿Y si te aburres? ¿Mientras esperas? —soltó una risita.

—No me aburriré. Ya me buscaré algo que hacer. ¡Prometido!

—¿De verdad? —preguntó Ellie, y Graham asintió.

—Puedes darlo por hecho.

Luego los dos rompieron a reír, mientras Graham se agachaba delante de ella, Ellie se subía a su espalda y él echaba a correr con ella hacia el barco del señor Grisham.

Capítulo 9

La primera semana en Escocia pasó para Ellie tan deprisa como el ventarrón de la costa que barría el mar. En la casa y el jardín había tantas tareas, grandes y pequeñas, que apenas sabía por dónde empezar. Lo más importante habría sido llamar a alguien para que echara un vistazo a los daños del piso de arriba, pero Rosemary llevaba días evitándola. Tenían el tiempo pisándoles los talones, y Ellie no podía quedarse en Escocia para siempre. Si quería conseguir algo, tendría que hacerlo pronto. Pero aquí, en pleno campo, era fácil apartar la seriedad de las cosas. Ellie lo llamaba la magia del mar. El rumor suave de las olas conseguía, de inmediato, arrastrar la prisa de la vida de la gente. Como si viniera, se llevara por un momento las preocupaciones y les regalara a todos un respiro. Ellie lo disfrutaba muchísimo, pero a Rose Cottage y a tía Rose, al final, no iba a ayudarles.

Con la ayuda de Graham había dejado como nueva la escalera de madera detrás del cottage, de modo que ahora podía, en apenas unos pasos, sentarse junto al mar y escuchar su llamada. A veces se quedaba allí hasta bien entrada la noche, escuchaba música, leía un libro a la luz de una linterna o simplemente observaba a las gaviotas, que perseguían a su presa incluso de noche.

Fue precisamente una de esas tardes, cuando el viento le alborotaba el pelo y la arena le raspaba la piel, cuando Ellie habló por teléfono por primera vez, desde que había vuelto a Fallbury, con su padre. Sin embargo, sus relatos no tranquilizaron a Stewart Bell.

—Quizá esta idea era demasiado ambiciosa, pequeña. Demasiado espontánea. Demasiado soñadora, ¿sabes?

—¡Papá! Si apenas llevo una semana aquí. Dale un poco de tiempo a tía Rose y a mí. Ya sabes cómo es. Primero tenemos que volver a encontrarnos. No es tan fácil dejar atrás todos estos años como si

no hubieran existido. De alguna manera nos… Ellie se detuvo. Prefería no terminar aquel pensamiento y menos aún decirlo en voz alta. Si era sincera consigo misma, tenía que admitir que la breve alegría del reencuentro el día de su llegada no había durado mucho. Rosemary había pasado rápido y sin contemplaciones a su dura actitud defensiva. De niña, Ellie sencillamente no le hacía caso; lo apartaba con su propia ligereza y chispa como quien limpia una mancha de mermelada del vestido. Seguía ahí, pero ya no merecía comentario. Ahora que hacía tiempo que no era una niña, le costaba más. Le daba demasiadas vueltas a todo. A su vida en Alemania, al pasado en Escocia y, sobre todo, a dónde estaba ella misma en ese momento. ¿Adónde pertenecía realmente?

—Rosemary es de armas tomar. Si no quiere, no quiere—suspiró Stewart. —¿No habría pedido ayuda ella misma si de verdad la quisiera?

Ellie puso los ojos en blanco. —¿Lo ha hecho alguna vez?

—No eres responsable de salvarla.

—Deja de decir eso. Ya te estás poniendo como mamá. ¡Pensaba que estabas de mi parte!

—Lo estoy. Pero te marchaste tan precipitadamente que tu madre y yo apenas ahora tenemos tiempo para comprender de verdad lo que significa para ti este regreso. Y, por lo que a mí respecta, tengo miedo por ti.

—¿Qué? Ellie se rió, insegura. —¿Miedo?

—Sabes que lo que estás viviendo ahora no es la vida real, ¿verdad? Eres consciente de que pronto volverás aquí. Es un mundo completamente distinto en el que estás metida ahora. Pero aquí está tu casa, tu trabajo, tu familia. Aquí tienes un pasado.

—En Fallbury también, papá—dijo Ellie en voz baja, temiendo que las olas que rompían contra los acantilados se hubieran tragado sus palabras, pero su padre la había entendido perfectamente.

—¿Y qué hay de tu futuro en Berlín? ¿De la búsqueda de piso? ¿De todo lo que querías construir ahora que lo de Steven se ha ido al

traste?

Ellie cerró los ojos. Sabía adónde iba a parar. Su padre temía que se perdiera en Fallbury. No era un miedo infundado. Ya le había pasado una vez. Le había entregado a ese lugar su corazón y su alma, y ambos quedaron hechos pedazos cuando tuvo que dejar Escocia. Pero esta vez era distinto. Ya no era una niña y ahora era responsable de sí misma.

—No tienes por qué preocuparte. Me ocuparé de tía Rose y del cottage, y luego volveré.

—No me refiero a eso—Sonaba realmente preocupado.

—¿Entonces?

—¿Cuándo vas a ocuparte de ti misma? ¿Y dejar de huir? Quiero decir…

—Está bien, ya sé a qué te refieres. Ellie apretó los labios. ¿Por qué tenía que sacar el tema justo ahora? ¿Ahora que ni siquiera estaban en el mismo país?

—¿De verdad no has encontrado piso hasta ahora, para ese nuevo comienzo que tanto deseabas? El mercado de la vivienda en Berlín está fatal, eso lo sabemos todos. Pero ¿después de tanto tiempo? ¿Nunca se te presentó una oportunidad?

Ellie encogió los dedos de los pies en la arena. Los pequeños granos afilados le cortaban la piel sensible.

—Ahora mismo me estoy poniendo en orden, papá.

—¿Pero durante cuánto tiempo…?

Ellie saltó de la roca. El agua le salpicó hasta los tobillos. —¿Por qué tengo que saber siempre las respuestas a todo? ¿Por qué tengo que saber quién soy y adónde quiero ir en la vida? ¿Por qué no puedo averiguarlo primero? Quizá no quiera nada de eso. Quizá… quizá ya no me guste la vida de antes y esté buscando una alternativa. Algo que me haga más feliz que la rutina monótona con Steven.

—¿En Escocia?

—¡Da igual dónde!

Un suspiro al otro lado de la línea. Ellie bajó la mirada y contuvo el aliento. Así no se había imaginado esa conversación. La separación había sido un choque para sus padres. Para su madre, que deseaba para Ellie la vida de cuento por excelencia, incluso más que para su padre. Pero, por lo visto, a él también le daba vueltas al asunto.

Cuando se fue de Escocia, no sabía cómo iba a apañárselas sin Graham Flynt. Y en Alemania, pocos años después, apareció Steven. ¿De verdad había tenido alguna vez la oportunidad de averiguar quién era ella misma, sin toda esa gente que le mostraba quién debía ser? Ellie estaba harta de tener que justificar cada uno de sus pasos. De cumplir expectativas que no quería satisfacer. No se trataba de poder. ¡Se trataba de querer!

—Si crees que ya no soy una niña pequeña, entonces no me trates como tal —dijo ahora en voz apagada a su teléfono.

—Nunca lo he hecho, y lo sabes—Stewart se notaba dolido.

Ellie rara vez discutía con él. En realidad, nunca. Salvo por un par de discusiones sin contenido, no había habido nada que se interpusiera entre ambos. Hasta ahora.

—Solo quiero que no te olvides de ti, Ellie. Mientras estás ahí fuera e intentas salvar la vida de otros, piensa, de vez en cuando, también en salvarte a ti misma. No te pido nada más.

Ellie se tragó el nudo de la garganta. —Pienso en ello. Lo prometo —articuló. Y cuando su padre se despidió de ella poco después, dejó caer la cabeza entre los brazos y dejó que las lágrimas corrieran sin freno.

En un mediodía frío de su segunda semana en Fallbury, Ellie estaba sentada en la cocina con una revista de accesorios para el hogar. La tía Rose se había retirado —como cada día anterior— a su habitación durante un par de horas. En los últimos días el tiempo había sido frío y lluvioso, lo que, al parecer, había hecho que le dolieran las articulaciones. Cojeaba y se apoyaba donde podía, se volvía más

torpe y aún más lenta y, a juzgar por su expresión, tenía fuertes dolores.

—Eso pasará—solía decir aun así, cuando Ellie no conseguía ocultar su preocupación.

—¿Te lo has hecho mirar alguna vez?

—¿Qué me voy a mirar? Eso es la edad, Ellie. Y con eso el tema quedaba zanjado para la terca anciana. Pero Ellie se daba cuenta de que las pausas de la tarde se alargaban, que la tía Rose tardaba más en levantarse por la mañana y se metía antes en la cama por la noche. Eso no solo hacía crecer su preocupación, sino que empezaba a desesperarla en lo que atañía a Rose Cottage. Poco a poco se preguntaba si Rosemary quizá no quería en realidad que Ellie la ayudara. ¿O estaba de verdad tan delicada de salud que ya no podía? ¿Y cómo iba a ser el futuro de Rose Cottage en esas condiciones? ¿Qué podía hacer Rosemary aún por el bed-and-breakfast? ¿Cómo iba a mantener el negocio en marcha?

Tan absorta estaba en sus pensamientos que dio un respingo cuando llamaron a la puerta. A través de las cortinas vio a Archie Flynt delante, que le hacía señas con la mano. Con paso ligero, para no despertar a Rose, le abrió.

—Archie, hola.— Ellie le invitó a pasar, pero él se quedó en la puerta.—Rosemary se acaba de acostar.

Él desestimó con un gesto.—Lo sé, lo sé. Tampoco quería ir a verla a ella. ¿Tienes un momento?—

—¿Le pasa algo a Graham?—preguntó Ellie, asustada, y Archie le dedicó una sonrisa tranquilizadora.—No, no te preocupes.

Avergonzada, apartó la mirada y cogió la chaqueta del perchero. Solo cuando cerraron tras ellos la verja del jardín, Archie soltó por fin lo que llevaba dentro.

—Ellie, estoy realmente preocupado. Por Rosemary. Por la casa—dijo Archie. El otoño está a la vuelta de la esquina. Luego, el invierno. No sé si la casa aguantará el tiempo en este estado. Por no hablar de Rosemary.

Ellie suspiró.—Lo sé. Es difícil llegar hasta ella.

—Cuando te escribí, de verdad pensé que nadie más que su pequeña Ellie Bell podría conseguir que se dejara ayudar. Pero ya estás aquí, pasan los días y no ocurre nada. Es para volverse loco. ¿Por lo menos habéis hablado de ir al médico?

Ellie se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Era un día frío de agosto, pero Archie, al parecer, no tenía frío. Llevaba una de esas camisas de franela que parecía compartir con Graham. Incluso llevaba las mangas remangadas. Paseaban uno junto al otro por la Flynt-Farm en dirección a los pastos situados justo al borde de los acantilados exteriores. El verde intenso resplandecía. El rododendro florecía por todas partes. La naturaleza rebosaba vida a gritos.

—Si pudiera, me subiría al tejado y lo arreglaría. Pero ya no soy ningún chaval y no puedo arriesgarme a romperme el cuello en una caída. ¿Quién se ocuparía de la granja? Graham solo no puede con todo.

—¡Archie, jamás te pediría algo así! Hacéis tanto por la tía Rose. Pero ella se niega a meter a un profesional en la casa. Tengo las manos atadas.

—Pues entonces tendremos que sacarla de la casa antes de que venga el profesional.

—¿Cómo?— Ellie soltó una risita incrédula, pero Archie le guiñó un ojo con picardía.

—Lo digo en serio. Si alguien puede sacarla de esa casa, eres tú. Ronny es un buen y viejo amigo mío y, desde tiempos inmemoriales, se encarga de todos los arreglos grandes y pequeños en Fallbury. Es un manitas nato y seguro que puede decirnos qué daños ha causado la tormenta en la casa y cómo arreglarlos. Pero para eso necesito tu ayuda.

Ellie se detuvo. El viento le echó el pelo a la cara y se lo apartó detrás de las orejas. Alrededor de los ojos de Archie le relucían esas arrugas de risa. Tenía un sinfín de ellas.

—¿Cuándo podría venir?

—En cuanto le llame.

—Vale, entonces tendré que ingeniármelas.— La idea del padre de Graham le gustó, aunque aún no tenía ni la más mínima idea de cómo llevarla a la práctica. ¿Sacar a su tía del cottage sin que sospechara nada? Era una tarea titánica. Sobre todo porque no solo tendría que salir de la casa, sino alejarse del todo de allí, para que ese Ronny tuviera calma y tiempo de evaluar los daños.

—Había pensado que, mientras tanto, la llevases al pueblo y fueses con ella al médico.— Ahora le tocó a Archie mirar, cohibido, sus propios pies, que rascaban la tierra.

—Eso no va a funcionar en la vida.

—Con Graham o conmigo no iría. Y aquí fuera no tiene a nadie más.

—Sabes que llevo años sin venir, ¿no? No es precisamente que seamos uña y carne. Es mi tía, y la quiero. Y seguro que ella también me quiere. A su manera, rara y particular.— Rieron. Una risa suave, tranquila.—¿Pero confianza? No sé si aquí podemos hablar de confianza. Apenas habla conmigo. Hasta ahora no he averiguado en qué punto estamos. Los años no han pasado en balde. Eso es lo que deseaba y quizá también me repetía, pero la verdad es que ya nada es como en los veranos de mi infancia.

Por primera vez, Ellie lo dijo en voz alta, y la revelación la golpeó con dureza, sin piedad. Se irguió, y el padre de Graham le puso una mano en la espalda. Ellie pudo sentir el calor a través de la ropa.

—Lo sé. Pero quizá seas su última oportunidad.

Ellie tragó. Tenía razón. ¿Y si, en realidad, la actitud a la defensiva de la tía Rose era un silencioso grito de auxilio? ¿Y si eso era todo lo que podía dar y mostrar para hacerles ver lo mal que estaba? Y quizá ahora le tocara a Ellie simplemente atender a ello. Saltar todos los obstáculos. Incluso contra la voluntad de Rosemary. ¿Qué podría pasar? En el peor de los casos, Rose se negaría a la revisión del médico y Rose Cottage viviría sus últimos días sobre la faz de la

tierra. Pero esa era, al mismo tiempo, la situación actual. Si no hacían nada, eso ocurriría seguro.

—¿Hay algún médico en el pueblo? ¿Quizá incluso alguien con quien Rosemary haya estado en tratamiento alguna vez?

—Si es así, de eso tiene que hacer años. No baja a Fallbury desde hace muchísimo. Pero allí conozco a una médica realmente buena. Toma, te apunto la dirección.— Archie sacó de su bolsillo un lápiz roto y un papel, garabateó algo y se lo pasó a Ellie.

Dr. Erin Baxter

Gordon Street 24 A

—Gracias. ¿Cuándo nos ponemos con ello?

—Cuanto antes, diría yo. Pero quizá deberías hablar primero con la doctora y pedir una cita. Ronny es flexible.

Ellie asintió, pero enseguida se le ocurrió el siguiente problema.

—Pero ¿cómo se supone que voy a ir con Rosemary de aquí a Fallbury?

Sonriendo, Archie sacó una llave del bolsillo. —Graham me ha contado tu desastrosa excursión de compras. Necesitas con urgencia un coche mientras estés aquí. Tenemos otro pick-up en la granja. Voy a aprovechar para ponerlo al día. Tenía que haberlo hecho hace tiempo.— Le dio la llave a Ellie, que lo miró incrédula.— Coge tú el pick-up color óxido. Está aparcado delante del granero.

Ella negó con la cabeza. —Pero yo…

—Nada de peros, Ellie. Estamos todos en el mismo barco, ¿no?

—No conocéis mis dotes al volante —dijo, y esbozó una sonrisa nerviosa mientras guardaba la llave en el bolsillo de la chaqueta.

—Brenda conducía como si la persiguiera el diablo. Cada vez era una pequeña aventura. Creo que estoy curado de espantos.— En un

arranque de sentimentalismo, gratitud y emoción, Ellie abrazó al padre de Graham, que le devolvió el gesto y la apretó contra sí.

—Es un placer tenerte de vuelta con nosotros. Nos has hecho falta. A todos.

—Gracias, Archie.

Para entonces ya habían llegado al pastizal más alejado para el ganado. Los animales, de pie o echados bajo el cielo indómito, comían a gusto la hierba tierna. Qué vida tan hermosa podían llevar allí afuera.

—Estoy seguro de que lo sacaremos adelante. Pero ahora tengo que ocuparme primero de mis criaturas. Rellenar el bebedero y repartir unas golosinas. Ya sabes cómo es.

Ellie se rió al ver los ojos radiantes de Archie, porque sabía que decía exactamente lo que pensaba. Los animales eran como sus hijos. Siempre se había preguntado si todos los granjeros eran así, aunque en el fondo estaba segura de que no era el caso. Otra cosa más que le gustaba de Graham y de su padre.

En ese momento recordó cuando le preguntó a Graham si como granjero se haría rico. Antes, de verdad había pensado que ese era el objetivo en la vida: el dinero y la riqueza. Graham lo negó. Pero hoy Ellie estaba segura de que él era más rico que mucha gente en este mundo. Más rico de lo que él mismo sabía.

Cuando emprendió el camino de vuelta al cottage, sus pensamientos ya giraban en torno a esa médica de Fallbury y al plan secreto.

—¿Ellie? —la llamó Archie por detrás. Ella ya había andado varios metros, y su voz luchaba contra el viento.

—¿Sí?

—A veces solo se trata de saber en el corazón dónde perteneces. Da igual cuánto tiempo hayas estado fuera.

Ella le sonrió con gratitud y sintió cómo cada una de sus palabras le acariciaba el alma con la levedad de una pluma.

Capítulo 10

Aún aquella misma tarde, mientras Rosemary preparaba su té y andaba liada por la casa, Ellie se puso en camino hacia la consulta de la doctora Baxter. Se sentía como una ladrona cuando cruzó hasta la Flynt-Farm y se subió sin más al pick-up, como si fuera suyo. Ellie no había conducido nunca un todoterreno así, y se notó enseguida en cómo traqueteó por las calles, como si estuvieran llenas de baches. Apenas diez minutos después —tras aparcar el coche en la Gordon Street— estaba empapada en sudor, como si hubiera ido corriendo todo el camino. Eso sí, había llegado de una pieza y podía aprovechar para hacer un par de recados después.

La consulta de la doctora Baxter estaba en una casita de piedra a las afueras de Fallbury. Apenas había coches aparcados frente al edificio, y Ellie temió no encontrar a nadie. Pero ya en el recibidor oyó la tos profunda y gutural de un paciente. La alivió. Al menos su plan a escondidas no sería en balde.

El mostrador de recepción estaba desatendido, pero una pequeña campanilla invitaba a Ellie a anunciarse con un tintineo. Le pareció algo anticuado. Como en un bar o una taberna. En Berlín no había visto nunca algo así.

Salvo por la tos en la sala contigua, reinaba el silencio en las estancias pintadas de blanco de la consulta, que resultaban francamente frías. ¿Podría Rosemary sentirse a gusto aquí? A Ellie la asaltó una mala corazonada.

—¿Hola?—gritó al ver que ni al tercer tintineo nadie acudía. Detrás de ella, un pasillo estrecho conducía a un hueco abierto, donde supuso que estaría la sala de espera. Al lado había una puerta cerrada. No parecía haber más estancias. Al menos no a la vista. Nada que ver con su médica en Berlín, que tenía tres salas de espera por las que una iba avanzando según te iban llamando.

Curiosa, Ellie se inclinó sobre el mostrador en busca de algo que le indicara cuándo volvería alguien. Pero, aparte de un caos de hojas sueltas, historiales y agendas, no vio nada útil.

—¿Pero qué se cree?

Ellie dio un respingo ante la voz áspera. De la nada había aparecido detrás de ella una mujer bajita y fornida. Llevaba el pelo corto y rubio, una bata que le tiraba del pecho y unas gafas sobre la nariz demasiado redondas y demasiado grandes para su cara. Un delicado bordado a la altura del pecho revelaba que era la doctora Erin Baxter. Ellie tragó saliva. Empezaba bien.

—Yo... Perdone, solo quería...

—¡Husmear! ¡Eso es lo que quería! —como un duende gruñón y testarudo pasó resoplando junto a Ellie y se colocó tras el mostrador.

—¿Cómo dice?

—Sus padres no le habrán enseñado a no hurgar en cosas ajenas.

A Ellie se le quedó la boca abierta. No estaba en absoluto acostumbrada a tanta hostilidad por parte de los habitantes de Fallbury. Y desde luego no tenía por qué permitir que le hablaran así.

—He hecho sonar la campanilla tres veces. No ha venido nadie. Solo quería...

—Ah, ahórrese eso. ¿Con quién estoy hablando, siquiera? —de un empujoncito, la doctora Baxter volvió a subirse las gafas, que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz de tanto resoplar y gruñir.

—Ya me lo imaginaba —una voz inesperadamente familiar hizo que Ellie se diera la vuelta—. Señora, ¿qué tal en el Rose Cottage?

—¿Lou? —Ellie no daba crédito a sus ojos. Como para confirmarlo, el taxista tosió y, acto seguido, le dedicó una sonrisa.

Al instante se relajó un poco.

—Erin, es la chica que vive con la vieja Rosemary. ¿Te acuerdas?

Lou pasó detrás del mostrador y rodeó con un brazo los hombros de la médica. Esta se quitó por completo las gafas de la nariz y examinó a Ellie con atención. Su mirada recorrió milímetro a milímetro el rostro de Ellie hasta detenerse en sus ojos. Y, de pronto, sonrió. ¡La fiera podía sonreír de oreja a oreja!

—Entonces, ¿es usted Ellen Bell? —abrió los brazos y se abalanzó decidida hacia Ellie, que apenas sabía lo que estaba pasando. Tropezó hacia atrás con un paragüero. Pero ya no pudo esquivar el abrazo.

—Eso parece —murmuró Ellie, y devolvió el gesto de confianza repentino con cierta timidez.

—Ya le he hablado de mi prima tercera. Esa que manda al otro barrio a todos sus hombres —Lou se echó a reír y encadenó otra tanda de tos.

—¡Louis! —regañó la mujer menuda al tipo raro y le dio unas palmaditas en el brazo a Ellie—. No le haga caso. Está un poco chiflado. ¿Qué puedo hacer por usted, hija? Todo el pueblo habla de usted.

—¿Ah, sí? —A Ellie volvió a subirle el calor, y se desabotonó la chaqueta de lana.

—Pues claro. Estamos todos muy preocupados por su tía. Ya no baja a vernos en absoluto. Ya nos temíamos lo peor. —No era la primera vez que Ellie lo oía. Aun así, esbozó una sonrisa valiente y procuró mantener la cabeza fría.

—Si se quiere, estoy aquí precisamente por eso.

—¿Le pasa algo a la vieja Rosemary? —saltó Lou, que enseguida sufrió otro ataque, y la doctora Baxter lo empujó a una silla y le dio un vaso de agua.

—No, no. Quiero decir, no lo sé. ¿Sabe usted por casualidad con qué médico estuvo alguna vez en tratamiento?

—Cariño, desde hace treinta y siete años soy la única médica aquí en el pueblo. ¿A quién cree usted que veía su tía? —La doctora Baxter le regaló una sonrisa cálida, casi de abuela.

—¿Con usted? ¿De verdad?

—Oh, sí. Pero de eso hace ya muchos años. He intentado una y otra vez localizarla. Una vez incluso me acerqué al cottage, pero es una mujer realmente terca. No se me convierta en una cascarrabias.

Por dentro, Ellie tuvo que reírse ante aquella advertencia, pues había sido la propia médica la que acababa de comportarse como un gnomo enfadado.

—Mi tía Rose es un poco especial, pero desde luego no es una cascarrabias. Le cuestan muchísimo los cambios, y ahora mismo está cambiando mucho en su apacible vida ahí arriba, en el cottage.

Asentimiento comprensivo de la doctora Baxter y de Lou.

—Aun así me preocupo por ella y me encantaría que pudiera hacerle un chequeo. ¿Tendría usted tiempo para eso?

La doctora Baxter hizo un gesto de desdén con la mano. —Para Rosemary Bell siempre tengo tiempo. Pásese mañana por la mañana. A partir de las diez estoy aquí—dijo la doctora Baxter.

¿Ya mañana? Ellie ni siquiera sabía cómo decirle a su tía Rose que saliera del cottage. Y no digamos llevarla al médico.

—No sé si voy a poder organizarlo tan deprisa.

—Porque no quiere salir de su propiedad, ¿verdad? —La médica miró a Ellie con fijeza y volvió a colocarse las gafas en la nariz. Luego hizo como si hojease expedientes y añadió con toda naturalidad—: Mencione simplemente que en el puerto se ha topado con cierto Angus Bellham. Eso la sacará de casa seguro. —Con una sonrisa pícara, se dio la vuelta.

¿Angus Bellham? Ellie no había oído ese nombre en su vida.

—Ay, Erin, sigues siendo la brujilla de antes. —Lou sonrió, y Ellie los miró alternativamente.

—¿Quién es?

En ese momento sonó el teléfono, y la doctora Baxter se encogió de hombros en señal de disculpa.

—Inténtelo. Va a funcionar. —Luego alzó la mano a modo de despedida y cogió el auricular—. Hasta mañana —susurró.

La mirada de Ellie buscó la de Lou, pero él también alzó las manos y negó con la cabeza, desentendiéndose. Con un suspiro, salió hacia el coche.

Solo ya arriba en la Cliffside Road se dio cuenta de que se había olvidado de hacer la compra.

Esa noche fue Ellie quien evitó a Rose. No tenía ni idea de cómo iba a lograr que su tía bajara con ella al pueblo al día siguiente. Sin embargo, ya había avisado a Archie, y a las diez en punto quería venir el albañil para ver la planta de invitados. Ya casi no le quedaba otra que meter a Rosemary en el coche e irse con ella. Engañar a su tía le dejaba a Ellie una honda sensación de desasosiego. Sabía lo que aquello le hacía, y temía poner en riesgo con esa jugada los frágiles lazos de confianza que se tendían entre ellas.

—Hoy estás muy callada, Ellen —dijo tía Rose cuando, a última hora de la tarde, estaba en la cocina cortando verdura. El viento silbaba tan fuerte alrededor de la casa que uno olvidaba con facilidad que en realidad era pleno verano.

—Bah, ha sido simplemente un día largo. Quizá salga a dar un paseo.

Tía Rose sabía que a Ellie le gustaba pasar las tardes abajo, junto al mar, y por eso no se extrañó demasiado cuando ella se levantó y cogió la chaqueta.

—¿Eres tan amable de llevarle a Archie y a su hijo la fuente con pan? Había prometido guardarles unas rebanadas. —Con eso, le tendió a Ellie el cuenco tapado.

Ellie asintió y luego salió del cottage. Por primera vez en horas tuvo la sensación de poder respirar a fondo. Así no podía seguir. Tenía que ser por fin sincera y decir lo que pensaba hacer.

Absorta, empujó la cancela de la Flynt-Farm, cuando de pronto alguien le dio un golpecito en el hombro. Ellie se sobresaltó tanto que se le escurrió de las manos la fuente con el pan.

Graham dio un salto ágil hacia delante y la atrapó en el último momento.

—No está nada mal. —Ellie asintió con aprobación y sonrió cuando él le tendió la fuente con la mirada chispeante.

—Estás muy asustadiza. ¿Es por la mercancía de valor que llevas encima? Quiero decir, el pan de Rosemary es el mejor del pueblo. Pero por eso no te asaltaría nadie. Y menos aquí fuera.

Casi sin darse cuenta, echaron a andar juntos, y Graham cerró la cancela tras ellos antes de poner rumbo a la casa de la granja.

—No fue por el pan —dijo Ellie al cabo de un rato, y Graham soltó una carcajada.

—Ah, menos mal que lo dices. Ya estaba de veras preocupado.

—No, quiero decir, estaba simplemente en mis pensamientos. Y pensé que aún estarías fuera en los prados.

Le devolvió el pan, y Graham levantó un momento el paño para aspirar el aroma fresco y cerrar los ojos con gusto. —Menos mal que no lo estoy. Mi padre, si no, se lo zamparía todo delante de mis narices.— Como Ellie no respondió, prosiguió sin más. —¿Te apetece un chocolate caliente?

Ellie alzó la vista hacia él, y el recuerdo cálido y reconfortante de los chocolates calientes de Graham le recorrió el cuerpo; al instante le hormigueó de la cabeza a los pies. Recordaba vívidamente cómo en más de una noche fría de verano se había escabullido hasta la Flynt-Farm, donde Graham la esperaba en el pajar. A su lado, un termo con chocolate caliente, hecho con demasiado cacao en polvo y muy poca leche. Era una masa pegajosa y espesa, tan dulce que, en teoría, se les tendrían que haber caído los dientes del susto. Pero era increíblemente rico y reconfortante. En esas noches rara vez pegaban ojo. En lugar de eso, se tumbaban bajo una manta enorme y mullida, sorbían de dos tazas de hojalata del padre de Graham y

miraban las estrellas desde el pajar. Si la luna brillaba lo suficiente como para iluminar las pocas nubes, a veces jugaban también a adivinar formas en ellas. Y cuando fuera llovía a cántaros, escuchaban el tamborileo de las gotas en el tejado y se inventaban historias locas y divertidas.

—Un chocolate caliente estaría genial.

Ellie siguió a Graham por la entrada. El crepúsculo caía poco a poco sobre ellos y ninguno dijo una palabra hasta que se sentaron en la cocina y Graham puso dos tazas de cacao sobre la mesa. A Ellie por lo general no le gustaba el silencio entre dos personas y siempre se sentía impelida a decir algo. Pero con Graham aquella calma no le resultaba incómoda. Cuando eran pequeños, siempre intentaban adivinar lo que pensaba el otro y entonces se quedaban mucho, muchísimo rato en silencio, mientras yacían en la hierba masticando briznas. Era un poco como adivinar sueños y, aunque probablemente fuera más bien casualidad, sus ocurrencias encajaban con bastante frecuencia con los pensamientos del otro. Bueno... quizá también porque se ocupaban de que encajaran. ¿Quién podía saberlo?

—¿Quieres hablar de ello? De lo que te tiene tan pensativa? —preguntó Graham en un momento dado, mientras removía su taza.

Desde que había llegado a Escocia, se trataban como si siguieran siendo los mejores amigos que se confiaban sus miedos, preocupaciones y pesares más profundos. Y, sin embargo, había cambiado tanto. Los dos habían cambiado. Se habían hecho adultos y nunca habían tenido la oportunidad de conocer la versión adulta de Ellie y Graham. ¡Era absurdo! Graham Flynt pertenecía a su pasado. No podía negar al chico de entonces cuando le miraba a los ojos. Seguía ahí, igual que el cálido y agradable cosquilleo en su estómago en cuanto estaba cerca de él. Pero los tiempos habían cambiado, y Ellie temía que aquella familiaridad entre ellos no fuese más que un recuerdo nostálgico del pasado.

Pero ¿entonces se sentiría tan real?

Ellie alzó la vista y suspiró. —Hay varias cosas que me rondan la cabeza. Antes, por ejemplo, eran la tía Rose y mi plan para sacarla de casa y llevarla al pueblo, a la médica. Tarea titánica, ya me entiendes.— Se echó a reír y Graham la acompañó. Su risa era cálida y tan vibrante que Ellie pudo sentirla en su propio cuerpo.

—No voy a negarlo. Espero que se te haya ocurrido algo bueno.

—Estoy en ello.

Tras dar un sorbo al cacao, Graham se recostó en el banco de madera. Posó la mirada en ella, y Ellie se puso nerviosa al instante.

—Y... ¿qué más es lo que te tiene tan pensativa? ¿Un hombre?

—¿Cómo?

—Bueno, mi padre siempre decía que los culpables de que las mujeres guapas se queden dándole vueltas somos los hombres. Le darías la razón.

Ellie tragó. ¿Acababa de llamarla guapa?

—La verdad es que eso ya lo he superado.

—Ah, entonces hay alguien.— No cejó, y Ellie cedió.

—Hubo. Hubo alguien. Mi exnovio Steven, pero llevamos ya bastante tiempo separados. Simplemente no encajábamos, ¿sabes?

Asintió. —¿Pero aún te ronda por la cabeza?

—No. No él directamente. Solo fue una época difícil. Antes de venir aquí, estaba justo en proceso de poner mi vida en orden. Lo único es que no tenía muy claro por dónde empezar. Entonces llegó la carta de tu padre, y ya estaba aquí. Y no me quejo. Al contrario. En los últimos meses me he vuelto muy gruñona. Estaba descontenta con todo y, aun así, apenas tenía motivación para cambiar nada. Aquí todo es distinto. Más ligero. No sé cómo explicarlo. En Fallbury puedo volver a respirar.— Ellie se interrumpió, negó con la cabeza y soltó una risita. —Perdona.— Las palabras habían querido fluir de sus labios con tanta facilidad y ligereza que no había podido frenarlas.

—No tienes que disculparte. Siempre nos lo hemos contado todo.— Graham le dedicó una sonrisa comprensiva, y el corazón de Ellie dio un brinco.

Carraspeó y cambió de tema. —¿Y tú? Quiero decir, ¿te has casado? ¿Van a salir ahora mismo de detrás de los armarios pequeños Grahams?— Sonrió ante la idea. Sería un padre estupendo, de eso no tenía dudas. Se habían cruzado mil veces en los últimos días y, aun así, era la primera vez que de verdad hablaban. Que hablaban de sí mismos.

—Si fuera así, creo que me preocuparía.— Graham le guiñó un ojo y, al instante, Ellie se perdió en los hoyuelos de su mejilla y en el calor de su mirada. Y no había nada que en aquel momento la descolocase más. Bajó la vista.

—En la granja siempre hay mucho que hacer, y pocas mujeres lo entienden. La mayoría quiere salir ahí fuera, a ese mundo que no es más que prisas y estrés. Yo incluso lo intenté. Hace siete años me fui unos meses a Birmingham. Quería estudiar. Sentía que tenía que ponerme al día. Y mírame ahora: treinta y cuatro años y de nuevo en casa con papá.— Sus ojos brillaron divertidos y dio un sorbo a su chocolate caliente.

—Yo vivo en una de esas grandes ciudades. Berlín. Y créeme, no te has perdido nada. A menudo percibo la vida allí como superficial. Son lugares como este los que le hacen a uno ver quién es y qué quiere de verdad. Pero para eso también hay que estar preparado.— Cuando alzó la vista, Graham la miraba tan hondo a los ojos que a Ellie se le cortó la respiración. —Yo... yo no quiero quejarme si todos se van. Al menos aquí nos queda la tranquilidad—, añadió rápido.

—Tienes razón. Aunque a veces echo de menos a los turistas del cottage. Siempre era tan divertido sentarnos por las noches con ellos a la mesa y jugar a las cartas. ¿Te acuerdas del viejo Grisham y ese truco con los ojos?

—Dios mío. Era capaz de pegarme unos sustos de muerte. Hasta he llegado a soñar con ello.

Graham se echó a reír. —¿No querías casarte con él?

Ellie se tapó la cara con una sonrisa. —Ni lo menciones. Era una niña pequeña y confundida.

—¿Y qué eres hoy?— La ligereza había desaparecido de las palabras de Graham, y en su mirada flotaban hacia ella una suave seriedad y pura curiosidad.

—Supongo que hoy soy una mujer adulta y confundida.— Alzó el vaso, como si quisiera brindar con Graham, pero él no se movió. Solo su mirada permaneció clavada en ella.

—¿Y qué es lo que quieres?

—¿Hm?—preguntó Ellie, sorprendida.

—¿Qué quieres hacer con tu vida? ¿Por qué has vuelto? Justo ahora, cuando tu relación se ha roto?

—No creo que una cosa tenga que ver con la otra—dijo Ellie en voz baja y notó cómo se le aflojaban las rodillas.

—¿Y si sí?

Apenas se atrevía a mirarlo. Ese era el Graham que ella conocía. Esa manera suya, tenaz, directa y a la vez suave, de llevar a la gente a enfrentarse consigo misma, a ser honesta y mirar la verdad a la cara. Ese rasgo se lo había llevado de la infancia a la vida adulta. Una cualidad que rara vez se encuentra. Una que Ellie siempre había amado y maldecido a partes iguales.

Intentó leer entre líneas, quiso averiguar qué era lo que él quería saber en realidad y de qué estaban hablando de verdad. ¿Seguía tratándose del aquí y ahora? ¿O del entonces? Un tiempo que Ellie había enterrado muy hondo dentro de sí. Un tiempo que le había dado la mayor alegría y el dolor más profundo. Al que volvía con un ojo llorando y otro riendo, y que a la vez apartaba y añoraba.

—Sabes que entonces no me habría ido si no hubiera tenido que hacerlo. Era una niña.

—Lo sé, sí— susurró él, bajando la mirada. —Los dos éramos niños. Y, aun así, aquí estamos hoy. En esta mesa. Tú y yo. Como si

no hubiera pasado el tiempo.

Lentamente, muy lentamente, Ellie alzó la vista. Las mejillas de Graham estaban tan enrojecidas como sentía las suyas. Los pliegues de preocupación de su frente habían desaparecido, y una sonrisa tímida le curvaba los labios. Vio cómo él soltaba la mano derecha del vaso de cacao y la deslizaba despacio por la mesa en su dirección.

Ellie se puso en pie de golpe. —Debería irme.— La silla volcó con estrépito sobre el suelo de madera.

—Ellie, quédate. Si ni siquiera te lo has terminado.

Pero ella ya iba camino de la puerta. Con el corazón desbocado en el pecho, que apenas la dejaba respirar.

¿Qué habría debido decirle? Graham no había sido la razón por la que había regresado a Fallbury. Y, aunque lo hubiera sido, jamás habría sido la única razón. No después de lo que ocurrió entonces. ¡Cómo terminó!

Pero ¿era eso exactamente lo que él quería oír? ¿Que había estado esperándole todos esos años? ¿Ese único momento, para poder volver a estar con él?

Había tenido una buena vida. Sin Graham Flynt. Sin su instinto protector. Sin su risa fuerte y franca. Sin sus rizos castaños y los hoyuelos profundos de sus mejillas. Sí, también sin sus miradas suaves y los sentimientos delicados que él despertó en ella cuando apenas sabía lo que significaban.

Ellie se había construido una buena vida en Berlín. Había tenido todo lo que quería. Un buen trabajo, un piso estupendo. Una relación que, al menos al principio, funcionaba bien. Lo había tenido todo.

Todo, salvo a Graham Flynt.

Todo, salvo su hogar.

Y ahora había regresado a ese lugar que la acercaba a sí misma más que cualquier otro del mundo. Había vuelto y había llegado. A Fallbury. Y a Graham.

Y de pronto ya no sabía dónde pertenecía.

Capítulo 11

– Fallbury, veintiún años antes –

—¿Cuándo vamos a llegar de una vez? —Ellie se inclinó desde el asiento trasero hacia sus padres. La Cliffside Road le parecía esta vez especialmente larga. Sentía como si llevaran una eternidad y tres días conduciendo a lo largo de la costa, y a Ellie se le había metido en la cabeza la terrible idea de que Fallbury podía haber desaparecido de repente. Puff. Disuelta en el aire. Solo pensarlo le provocó un amago de pánico y empezó a removerse, nerviosa, en el asiento.

—Ellie, ¿quieres estarte quieta? ¡Y vuelve a abrocharte el cinturón! —le regañó su madre.

—¿Pero por qué está tardando tanto hoy?

Christine Bell se giró hacia su hija, entornó los ojos y la miró con seriedad—No está tardando más que otras veces. Es que eres muy impaciente. Eso lo has sacado de tu padre.

Stewart Bell sonrió. Ellie pudo verlo incluso desde el asiento trasero.

—Anda, abróchate, cariño. No vaya a ser que salgas volando por la ventanilla de la emoción —su padre imitó el zumbido de una abeja y Ellie se echó a reír. Tanto, que tuvo que sujetarse la tripa y, por un momento, hasta se le olvidó lo nerviosa que estaba. Pero entonces tomaron la última curva y, de repente, allí estaba. A un lado de la carretera. Como si alguien lo hubiera cogido y dejado en mitad de la nada.

Ellie bajó la ventanilla—¡Graham! ¡Holaaaa! ¡Graham! —gritó una y otra vez. Cuando el chico la vio, dio saltos de alegría y le hizo señas con la mano.

—¡Ahí está Graham! ¿Lo veis? ¿Papá, lo ves?

El padre de Ellie se echó a reír y su madre negó con la cabeza, aunque no pudo evitar una sonrisa.

Al pasar junto a Graham y girar hacia la Hill Street, él echó a correr detrás del coche y el padre de Ellie condujo tan despacio que el chico tuvo posibilidad de seguirles el ritmo. Entonces ya no hubo forma de mantener a Ellie pegada al asiento. Se incorporó y se asomó por la ventanilla hasta la cintura.

—¡Tienes el pelo larguísimo! —gritó Graham con una sonrisa.

Ese verano, de verdad lo llevaba largo. Ellie ya no parecía un chico en absoluto. Unos rizos rubios y suaves le caían casi hasta media espalda y el aire en movimiento se los arrojaba ahora directamente a la cara.

—¿Y qué llevas en la boca? —le gritó ella de vuelta.

—¡Un aparato! —berreó Graham, abriendo tanto la boca que Ellie casi pudo verle hasta los pies. Pero enseguida se quedó sin aliento y fue quedándose atrás poco a poco.

—¡Ellen Bell! —Christine tiró de la camiseta de su hija y la empujó de nuevo al asiento trasero—. ¿Se te ha ido el santo al cielo?

Ellie intentó poner su mejor cara de inocente, pero no consiguió borrarse la amplia sonrisa de la cara. Cuando se detuvieron delante del cottage, saltó del coche antes de que su padre hubiera tirado siquiera del freno de mano. Su madre refunfuñó algo a su espalda —que si no tenía modales y que cada verano iba a peor—, pero a Ellie en ese momento le importó un comino.

—¡Tía Rose, ya estoy aquí! —gritó, subiendo a toda prisa los peldaños hasta el cottage. Pero la cocina y el salón estaban vacíos.

—¡Por aquí atrás! ¡Entre los manzanos! —oyó la voz ya tan familiar y salió disparada otra vez. De un salto pasó de la puerta al jardín,

rodeó la casa y se encontró a su tía subida a una escalera desvencijada en mitad de un manzano.

—He vuelto —repitió, esta vez completamente sin aliento, apoyando las manos en los muslos.

—Sí, ya te veo, hija —rió su tía. Rosemary Bell reía pocas veces, pero cuando lo hacía, de repente se le iluminaba toda la cara y parecía la persona más amable y cariñosa del mundo. En cuanto bajó de la escalera, Ellie se le echó a los brazos, hundió la cara en el delantal sucio y los puñitos en las infinitas holguras del vestido floreado. Tía Rose le dio unas palmadas en la espalda, algo rígida.

—Bueno, bueno. Hoy estamos un poco sensibleras, ¿eh? —Ellie no sabía qué significaba exactamente, pero escuchó la sonrisa en las palabras de Rosemary y todo lo demás le dio absolutamente igual.

En ese instante, sus padres aparecieron por la esquina de la casa —. Ah, aquí estás. No vuelvas a salir corriendo así, Ellie —su madre era la única que no reía.

Bueno, no del todo. Porque en ese mismo momento también se borró la sonrisa de la cara de tía Rose y apartó la mano de la espalda de Ellie.

—Ve y lleva ya tu maleta a la casa. ¿Lo haces? Su expresión, de pronto más seria, no admitía réplica, así que Ellie pasó junto a su padre con la cabeza gacha; él aún le susurró que la maleta la estaría esperando junto al borde de la carretera. Los adultos siempre tenían que mantener todas esas conversaciones serias cuando Ellie venía a Fallbury. Ya estaba acostumbrada y, en realidad, no le importaba, pero aquel día le había estropeado la alegría, y eso no le gustaba nada. Por el tono de su madre, Ellie podía oír que no le caía bien la tía Rose. Sí, en el fondo Ellie estaba incluso segura de que no le gustaba nada todo este lugar de los acantilados. Siempre que Ellie contaba sus aventuras del verano, solo su padre escuchaba emocionado y le hacía una pregunta tras otra, mientras su madre solo asentía de vez en cuando, tejía a ratos o leía un libro. Y siempre ponía esa cara tan rara cuando iban a casa de la tía Rose. Quizá, pensó Ellie, no le gustaba Rose Cottage porque se le quedaban los

tacones largos atascados continuamente en los innumerables agujeros de ratón. Y cuando cruzaba el jardín, sus caros trajes se enganchaban muy a menudo en los rosales, que dejaban pequeños agujeros feos en sus chaquetas. Un poco Ellie podía entender el mal humor de su madre. Si ella misma se arreglara tanto, también le fastidiaría algo así. Pero en Fallbury, y menos aún en Rose Cottage, en realidad nadie se arreglaba.

En los escalones frente a la casa estaba sentado Graham, que le sonrió con ese alambre en la boca. Parecía bastante tontorrón.

—Ven, te ayudo con eso.

Llevó la maleta al cuarto de Ellie. Su propio cuarto aquí en la casa. No podía imaginar un lugar más bonito para el verano.

Con un suspiro, se dejó caer sobre la cama. —Qué boooonito.

Graham se echó a reír. —Esta noche los gemelos celebran su cumpleaños. Tú también estás invitada.

Ellie se incorporó de golpe. —¿Quién, yo?

—No, la bola de pelusa de debajo de tu cama.

—La tía Rose jamás me dejará ir.

—Sí te dejará. Ya le he preguntado. Puedo pasar a recogerte. A las seis.

—¿De verdad?—En un salto, Ellie se lanzó a los brazos de Graham y él la hizo girar una vez por el aire.

—Madre mía, cada vez pesas más.

Lo dijo con cariño, pero a Ellie sus palabras le sonaron tristes. No quería empezar a pesar, y él no debía dejar nunca de hacerla girar o de llevarla a caballito por el mundo. Por primera vez en su vida deseó poder quedarse pequeña.

—No pongas esa cara. Con ese morrito no te llevo. —Soltando una risita, salió corriendo por la puerta.

—¡Nunca te irías sin mí! —le gritó Ellie detrás. Quiso que sonara un poco en broma. Y también un poquito en serio.

—No lo haría. Cierto —oyó la voz de Graham desde la puerta de entrada hasta su cuarto.

Sonrió de oreja a oreja. Por fin estaba de vuelta. Ahora sí que podía empezar el verano de verdad.

Ellie estuvo toda la tarde terriblemente nerviosa porque Isla y Victor la habían invitado a su cumpleaños. Los dos cumplían catorce. Seguro que Ellie era la más pequeña de la fiesta, y en el fondo esperaba que a nadie le diera corte que hubiera una de diez. Bueno, a ella misma le daría corte ver a una de ocho, en su cumpleaños, y esa idea le parecía una bobada.

—¿Qué cara es esa? ¿No deberías ir cambiándote ya? —La tía Rose estaba en el salón y la miraba interrogante. Desde hacía horas, Ellie estaba hundida en los cojines blandos del gran sofá y zapeaba de un canal a otro. Solo había cuatro canales, y las imágenes eran tan borrosas que tenía que adivinar qué estaban poniendo.

—No tengo nada que ponerme. Nada que se vea lo bastante bien para una fiesta. —Sacó el labio inferior y suspiró.

—Ah, conque eso es. —La tía Rose salió del salón, y al poco volvió con una percha en la mano, de la que colgaba un vestido rosa con pequeñas flores blancas.

—¡Oooh…! —Ellie se puso en pie, asombrada. —¿De dónde has sacado eso?

—Graham me habló de esta fiesta hace ya dos semanas. Y como estaba segura de que no ibas a presentarte aquí con vestidos, lo he… cosido.

Ellie casi no podía creer lo que la tía Rose le decía. Con cuidado, dejó que sus manos se deslizaran por la tela suave. Era ligerísima al tacto.

—¿Para mí? —susurró, y la tía Rose asintió.

—¿Te gusta?

—¡Ya lo creo! ¿Puedo probármelo? —Antes de que Rosemary Bell pudiera decir nada, Ellie ya le había quitado la percha de la mano. En un abrir y cerrar de ojos, saltó fuera de su ropa y se metió en el vestido. De mangas le quedaba algo ancho, pero por lo demás se veía realmente genial. Ellie estaba segurísima de no haber tenido nunca un vestido tan bonito, aunque su armario en Potterton estuviera lleno de vestidos. Sin pensárselo más, echó a correr por la casa en busca de un espejo grande y, casi sin darse cuenta, fue directa a la puerta del cuarto de la tía Rose.

—¡Para! —gritó esta detrás de ella, y Ellie se quedó clavada en el sitio.

—¿Tienes un espejo? Quiero verme. Entera. De arriba abajo.

Rosemary suspiró y entrelazó las manos. —Voy a por uno. Te quedas justo aquí.

Y Ellie obedeció. Cuando la tía Rose volvió al pasillo con un gran espejo de pie, ella dio vueltas y bailó delante de él sin parar, incapaz de creer lo guapísima que estaba.

—No te pongas las zapatillas viejas. Coge esas de ahí, las tenían en la tienda. —Rose asintió con la cabeza hacia un pequeño par de zapatos de charol negros que había en el hueco bajo la escalera.

—¿Las has comprado para mí? —Ellie abrió mucho los ojos.

—Bah… estaban de oferta —murmuró tía Rose, y Ellie la abrazó con ímpetu. Le gustaban los vestidos elegantes. No en Fallbury, pero en Potterton sí. Sin embargo, este vestido era especialmente elegante porque encajaba a la perfección con Fallbury. La hacía parecer más alta y mayor, y a Ellie eso le venía de perlas para la fiesta de la tarde.

—¿Quieres que también te haga el pelo? —se ofreció al final incluso tía Rose, y a Ellie le dolían las mejillas de lo mucho que sonreía. Y ya estaba sentada en el sofá del salón, y tía Rose le cepillaba el largo pelo rubio, recogía unos mechones y los retorcía juntos en la nuca, mientras el resto seguía cayendo en suaves ondas por su espalda.

—¿Te acuerdas de que hace tres años llevabas el pelo tan corto que todos pensaban que eras un chico?

Ellie asintió con entusiasmo y acto seguido se recordó a sí misma que debía quedarse quieta.

—¿Te gusta más el pelo largo, tía Rose? ¿Porque ahora parezco una chica de verdad? Se volvió hacia la anciana, que bajó los brazos.

—Creo que siempre estás guapa cuando te sientes a gusto. Ahora mismo parece que te sientes muy a gusto, porque estás guapísima, Ellie.

Ellie volvió a darse la vuelta radiante y, cuando tía Rose terminó, casi parecía una princesita. No paraba de girar delante del espejo que se apoyaba en la pared del pasillo. Si su madre pudiera verla ahora, seguro que le parecería muy mona. Ahora Ellie solo tenía que procurar no engancharse en los rosales. ¡Sería una catástrofe! No era de extrañar que su madre siempre frunciera tanto el ceño. ¡En cuántas cosas había que fijarse si una quería estar guapa!

A las siete en punto llamaron a la puerta, y Ellie salió disparada tan deprisa que casi tropezó con sus propios pies. Apenas abrió la puerta de casa de par en par, dos ojos enormes color miel se quedaron mirándola fijamente.

—¿Ellie? —preguntó Graham, incrédulo.

¿Le gustaría cómo iba? A Ellie se le encendieron un poco las mejillas, porque Graham no apartaba la mirada de ella y, a la vez, parecía muy tímido. ¿Graham y tímido? ¡Eso no pegaba nada! A lo mejor le parecía que estaba horrorosa y por eso la miraba tan espantado.

Ellie vaciló un instante, pero decidió girar sobre sí misma. El vestido voló alrededor de sus piernas. —¿Te gusta?

—¡Estás que te sales!

—¡Graham! —tía Rose apareció detrás de Ellie y le puso las manos en los frágiles hombros.

Graham carraspeó y se disculpó. —Guapa, quería decir que estás guapísima—se corrigió luego.

Entonces Ellie sonrió, y las mejillas se le encendieron aún más. —Tú también.

Se miraron un momento y, de pronto, a Ellie le nació en la barriga una sensación rarísima. Le hormigueaba, y por primera vez apartó la mirada de Graham, porque el cosquilleo iba a más cuanto más lo miraba. Era casi un poco inquietante.

—Muy bien, tortolitos. Ellie, llévate la chaqueta. Graham, ¿os llevan vuestros padres?

Él asintió, y tía Rose le dio una palmada en el trasero. —Pasadlo bien.

Luego echaron a correr, hasta que Ellie recordó de nuevo que tenía que andarse con ojo con los rosales. Llegó sin agujeros en el vestido hasta el coche de los padres de Graham, y su padre le hizo un cumplido por lo guapa que iba.

Cuando llegaron a Fallbury, a Ellie aún le ardían las mejillas. ¡Estaba terriblemente nerviosa!

Isla y Victor vivían en una de las casas más grandes y bonitas de todo Fallbury. En su jardín la hierba crecía tan recta que parecía que alguien hubiera cogido unas tijeras de manicura y hubiera cortado brizna a brizna. Ellie tenía un poco de miedo de tocar algo o romperlo, por lo que pasó casi todo el tiempo al lado de Graham intentando no moverse de manera brusca. La última vez, en el cumpleaños de su abuela, tropezó con la olla de la sopa y, de repente, todo el suelo de la cocina se llenó de albóndigas. Los perros se pusieron contentísimos. El resto de los invitados, no tanto.

Los padres de los gemelos habían preparado un bufé. Así que no se sentaron a la mesa para comer, sino que iban y venían y se servían lo que les apetecía en cada momento. Había minihamburguesas y tartas, pinchitos de queso y alitas de pollo. Todas esas cosas que se cogen con la mano y con las que es

facilísimo pringarse. Estar guapa era, de verdad, agotador. Durante la primera mitad de la fiesta, Ellie prácticamente se limitó a no mancharse. Del ponche rojo y dulce con tanta fruta prefirió no beber nada, porque fijo que habría acabado en el vestido bonito. Y, para colmo, se confirmó su temor de ser la más pequeña. No había muchos niños en el cumpleaños, pero todos los que estaban allí tenían la edad de Isla, Victor y Graham. Cada vez que Ellie decía algo, los demás la miraban rarísimo, y al final se rindió y se calló. Con más razón se sintió aliviada cuando los padres de los gemelos se retiraron a la planta de arriba y pusieron música para bailar.

—¡Baila conmigo! —pidió Ellie a Graham y le cogió de la mano. Pero él se quedó quieto y negó con la cabeza.

—Porfa, porfa, porfa —suplicó, pero él solo torció el gesto. Vaya aguafiestas. Así que Ellie decidió bailar sola, aunque al poco le pareció bastante tonto y lo dejó.

En algún momento tuvo que ir al baño. Era como en un restaurante: primero venía un lavabo y luego un cuartito individual con un váter. A Ellie aquello le pareció un poco raro, pero todo en esa casa era de algún modo raro. Se dio prisa y, cuando volvió al lavabo, Isla estaba delante del espejo. Su pelo rojo fuego era largo y espeso, y relucía de verdad bajo la lámpara. Llevaba una falda —un poco demasiado corta y un poco demasiado ajustada— que la madre de Ellie jamás le habría permitido ponerse. Pero le quedaba muy bien. La blusa de Isla era de mil colores, y llevaba medias que le llegaban hasta las rodillas. En conjunto, pensó Ellie, la chica tenía un aspecto un tanto extraño, pero, claro, no se lo dijo. La observó a escondidas en el espejo mientras se lavaba las manos y luego se las secaba. No le gustaba ese silencio entre ellas, aunque siempre había sido así. Pero era el cumpleaños de Isla, y la había invitado; así que Ellie consideró que, de algún modo, era su obligación decir algo y no seguir callada.

—Gracias por invitarme.

Isla se encogió de hombros. —No fue idea mía.

—¿Cómo dice? —Ellie se quedó en el marco de la puerta.

—Graham no habría venido si no la hubiéramos invitado. No nos quedaba otra, ¿no?

Ellie tragó saliva. Las palabras de Isla le ardieron en la piel. Rara vez había sentido algo tan desagradable. Sin responder, salió del lavabo y volvió al salón. Alguien había apagado la luz grande. Solo brillaban las guirnaldas de mariposas del techo. Estaba oscuro, y Ellie buscó a Graham, pero no lo encontró por ninguna parte. Ya no estaba en la orilla ni tampoco junto a los canapés de queso, donde habría sido más probable que estuviera. No fue hasta que la música se calló y la luz volvió a inundar la habitación cuando reparó en él. Estaba con otros dos chicos en medio de los niños que bailaban y se reía. Le relucía el aparato de dientes.

De repente, Ellie se sintió completamente sola. Tenía tantas ganas de aquella fiesta, su primera fiesta con chicos mayores. En su casa, en Potterton, habría sido de verdad guay. Pero aquí, en Fallbury, no se sentía guay. Incluso se sentía un poco mal.

—Vamos a jugar a algo —gritó Isla, que había venido de la cocina al salón. Sostenía una botella en la mano.

—¡Jo, no ese juego de chicas! —protestaron los chicos, y Ellie se estiró desde la esquina de la habitación para intentar ver qué tramaban.

—Es una fiesta. Claro que jugamos. —Isla no dio pie a discusión y, como si todos supieran lo que tenían que hacer, se reunieron en un círculo en el suelo. También los chicos. Ellie quiso acercarse y sentarse con ellos, pero, más rápido de lo que pudo reaccionar, ya no quedaba hueco, y no quería meterse a empujones entre medias. Así que se quedó a un lado.

Graham fue el único al que se le ocurrió que ella no estaba participando. —Ellie, ven, participa.

Ante eso recorrió las filas un bufido de fastidio, y Ellie negó con la cabeza por respuesta. Tras las palabras de Isla en el cuarto de baño, entendía cada vez mejor las miradas y reacciones de los demás. Nadie la quería allí. Les daba vergüenza. Justo como había temido.

Y, total, ni siquiera sabía cómo iba el juego. Así que no era tan terrible no participar. O eso se dijo a sí misma.

Isla puso la botella vacía en medio. Antes de hacerla girar, dijo que quien señalara la botella tenía que salir corriendo de la casa y tocar al timbre de los vecinos sin parar. Le tocó a un chico de pelo corto y oscuro, porque, tras girarla, el cuello de la botella apuntó hacia él. Salió corriendo como un loco, pasó junto a Ellie y se marchó de la casa. Todos lo siguieron y se agolparon en el porche para ver el espectáculo.

Ellie alzó las cejas y cruzó los brazos sobre el pecho. ¿Qué tenía eso de divertido? Cuando el chico volvió completamente sin aliento, todos soltaron risitas, y Ellie bajó la mirada. O sea, que era infantil. Hm. Esas bromas del timbre las hacían en Potterton constantemente, pero ninguno de sus amigos había montado jamás tanto revuelo por eso.

Observó en silencio cómo seguía todo. Ahora el chico era el siguiente que podía pensar una prueba antes de girar la botella. Eligió un concurso de comer canapés de queso. Quien hubiera engullido más canapés en treinta segundos sería el ganador y podría después girar la botella. La mirada de Ellie fue a parar a Graham, que justo en ese momento la miró a ella. Sonrió de oreja a oreja, porque pensaba lo mismo que ella. Si la botella lo señalaba, sería el vencedor. Nadie le ganaba comiendo canapés de queso.

Por desgracia, señaló a una chica que se negó porque, según ella, el queso le sentaba fatal.

Ellie se dio una palmada en la frente.

En el siguiente intento le tocó a Victor. Los dos chicos fueron al bufé e Isla cronometró. Luego se atiborraron de esos bocaditos de queso como locos. Fue realmente asqueroso y, cuando pasaron los treinta segundos, tenían migas de queso pegadas por toda la cara. Al final, Victor se impuso y ahora le tocaba pensar una prueba. Tardó bastante.

—Ya lo tengo —gritó por fin y sonrió—. ¡Al que señale la botella le toca besar a mi hermana!

—¡Qué asco das! —chilló Isla enseguida, pero sonreía. Ellie no había manera de descifrar a esa chica.

Cuando Victor hizo girar la botella, todos contuvieron el aliento. Ellie también, porque estaba increíblemente intrigada por saber quién sería la pobre víctima. Ella jamás habría besado a Isla, ni aunque hubiera sido un chico.

Y, de repente, todos se pusieron a chillar.

Ellie se levantó para ver qué había pasado. Ahí estaba la dichosa botella, que, para colmo, señalaba a Graham. Él se lo tomó con calma, no montó ningún numerito y se acercó a Isla. Ella le hizo ojitos con esas pestañas larguísimas y jugueteó con uno de sus mechones gruesos y brillantes.

Ellie tragó saliva. Estaba segura de que Graham no lo haría. Él no besaba a las chicas. Pero, cuando de pronto le cogió la mano a Isla, casi se quedó sin aire.

No iría a…

¡Y tanto que lo haría!

Ellie no pudo ni parpadear cuando él se inclinó hacia Isla y posó sus labios sobre los de ella.

La besó.

Graham besó a Isla.

Y de pronto le pellizcó el estómago a Ellie de una forma muy desagradable. Le entraron náuseas y el corazón le latía tan deprisa que parecía que iba a saltarle del pecho y hacerse mil pedazos. Se levantó y empezó a pasear inquieta de un lado a otro. ¿Habría comido algo en mal estado? Esperaba no tener que vomitar ahora. Se sentía tan fatal que ni siquiera podía respirar bien. Y cuando vio que los labios de Graham seguían sobre los de Isla, todo fue a peor. ¿Por qué no se apartaba de ella? Todos daban gritos y aplaudían. Ellie se sujetó el vientre.

Los chicos silbaban y coreaban una y otra vez el nombre de Graham, mientras las chicas saltaban excitadas y chillaban. Todo le centelleaba delante de los ojos a Ellie, y por dentro se sentía a la vez demasiado llena y demasiado vacía. Le apretaba, le pinchaba y también le desgarraba un poco. Sí, algo se le estaba rompiendo por dentro. ¡De ahí tenía que venir ese dolor!

—A ver, ¿qué está pasando aquí? El señor Kennedy, el padre de los gemelos, bajó la escalera a toda prisa. Graham dio un salto hacia atrás y se pasó la mano por los labios. Luego le lanzó una mirada a Ellie. Tenía pintalabios pegado en la boca. Quedaba ridículo. Hacía juego con ese estúpido aparato.

Por lo visto, al señor Kennedy no le hacía ninguna gracia el juego de la botella y dio por terminada la fiesta en el acto. Entre protestas, los demás se despidieron, mientras Isla se quedaba sentada en un rincón llorando a moco tendido. Ellie no sentía ninguna pena. Ella se lo había buscado. ¡Ojalá no hubiera empezado ese juego de idiotas!

Graham llamó a sus padres y luego se llevó a Ellie al porche para esperar allí con ella.

Por primera vez, Ellie no sabía qué decirle. Y tampoco quería mirarle. A él, que aún llevaba restos de Isla pegados en la cara.

—¿Estás enfadada o qué? Graham intentó mirarla, pero Ellie se volvió. Ni siquiera sabía bien por qué lo hacía, pero quería que se diera cuenta de lo enfadada que estaba.

—Eso es de parvulario, Ellie.

—Pfff —hizo, cruzándose de brazos.

—¿Es que he hecho algo mal?

Encima va y pregunta eso. En realidad, tendría que saberlo. Isla ni le gustaba y siempre se burlaba de ella.

—¿Es por Isla? ¡Si solo era un juego!

Ellie no reaccionó. Graham tiró de su brazo. —Venga ya, Ellie.

Ella se mantuvo firme y se mordió el labio.

—No seas una cría.

—¿¿Una cría?? —le estalló—. ¿Te parece que soy una cría? Todos ahí dentro hoy también han pensado que soy una cría.

—Eso es una tontería, y lo sabes.

A lo lejos aparecieron las luces de un coche, y Ellie rogó por dentro que fueran los padres de Graham. Quería irse de aquella fiesta, del porche, de Graham —y, sobre todo, de sus restos de Isla.

Durante todo el trayecto no dijo ni una palabra. Estaba demasiado ocupada controlando el escozor de la garganta. Era casi como si se fuera a ahogar.

—Buenas noches, Ellie —le desearon los padres de Graham, y ella les hizo un gesto con la mano antes de echar a correr hacia la casa. El propio Graham ya no le dijo nada más. Y eso le pareció tan tonto como sus intentos de hablar con ella. Nunca habían discutido. Ni una sola vez. Y Ellie estaba segura de que ni siquiera la caída de la bici de la primavera pasada le había dolido tanto como lo que sentía ahora en el pecho. Entonces le sangró la rodilla. Esta vez no sangraba nada. Pero, aun así, se sentía un poco igual.

A medianoche, llamaron a su ventana. Ellie dio un respingo y estuvo a punto de gritar a la tía Rose cuando, a la luz de la luna, reconoció esos rizos oscuros.

—¿Graham? —susurró y salió de debajo de la manta—. ¿Qué haces ahí fuera? Él estaba subido a la pequeña pila de leña que había apilado hacía ya bastante para poder llegar a su ventana.

—Tengo algo para ti.

—¿El qué?

—¡Toma! Le tendió la mano. En la palma había un colgante de plata con forma de flor.

—¿Qué es? —susurró Ellie.

—Es un amuleto. Un cardo. Dicen que hace mucho les salvó la vida a unos guerreros escoceses. Sus atacantes pisaron las flores y

los alaridos despertaron a los guerreros dormidos. Así que de verdad trae suerte.

Ellie cogió el pequeño colgante y lo hizo girar entre los dedos. —Gracias. Ahora tuvo que sonreír. Nunca habían discutido, pero Graham tampoco le había regalado nunca nada. Y mucho menos algo tan especialmente bonito.

—Tengo que volverme antes de que mamá note que ya no estoy en la cama. Oye, Ellie, siento haber sido tan tonto antes. Mejor hacemos nuestras propias fiestas, ¿vale? Saltó de la pila de leña y le dedicó a Ellie una última mirada brillante. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras la esquina de la casa.

Esa noche, el colgante se quedó en la mano de Ellie y, mientras pensaba en dónde podría engancharlo para no perderlo jamás, se quedó profundamente dormida.

Capítulo 12

—Bueno, ¿qué tienes ahí? —Tía Rose se sentó con su taza de té junto a Ellie en el sofá.

Desde que había regresado de ver a Graham, se escondía bajo una gruesa manta de patchwork y escuchaba el viento que arreciaba contra la casa. En la mano hacía girar el colgante de cardo y ahora se lo pasó a su tía.

—Me lo regaló Graham. Debía de tener diez u once años.

Rosemary examinó la joya detenidamente. —Un cardo —dijo, y se lo devolvió a Ellie—. Siempre fue un seductor. No ha cambiado hasta hoy.

Ellie sonrió absorta. Qué razón tenía su tía. Había encontrado el colgante en el armario, en medio de su escondite secreto, donde antes había reunido las conchas o piedras más bonitas. O talismanes como aquel. ¿Cómo había podido dejarlo allí entonces? Con los años había caído en el olvido. Ahora, sin embargo, Ellie lo metió en el bolsillo del pantalón y suspiró.

—¿Puedes acompañarme mañana al pueblo?

Tía Rose la miró sorprendida y alzó una ceja. Luego soltó una risa breve y despectiva, pero no respondió.

Ellie se irguió y reunió todo su valor. —En el supermercado aún tienen unas plantas bonitas para el jardín. Y artículos de decoración para la casa. Me vendría bien alguien que me ayude a meterlo todo en el coche. Archie me deja el pick-up.

—¿Me pides que te ayude a cargar? ¿Has visto lo que tardo en recoger una cuchara que se ha caído del fregadero al suelo? ¿Pretendes que volvamos ya en invierno?

Ellie sonrió, incómoda. Tenía que admitir que había sido una excusa de lo más tonta. Tocaba intentarlo de nuevo.

—En el puerto hay… —se interrumpió y carraspeó. Nunca se le había dado bien mentir—. Hay unos puestecitos. Tienen cosas monísimas. Quizá encontremos algo bonito para… para el nuevo comienzo de Rose Cottage. Quiero decir, es tu casa, y debería estar decorada de manera que te guste.

Cuando tía Rose entornó los ojos y escrutó a Ellie con recelo, ella bajó la mirada.

—¿Puestos, eh?

—Sí, me he fijado hoy cuando he estado allí. Gente muy maja. ¿Te acuerdas de cuando antes venían los pescadores y nos contaban sus viajes? Hoy he hablado con uno de ellos. Vende… ehm… bueno, cosas de pesca.

En su fuero interno, Ellie se dio una palmada en la frente. Cosas de pesca. Estupendo.

—Quiero decir, redes y esas cosas. Quedarían bonitas en los baños de arriba. Si las adorno con conchas, por ejemplo. Las conchas más bonitas las encontramos detrás del puerto, justo al lado del pub, dijo… el señor Bellham.

Ya estaba dicho. Había pronunciado el nombre del hombre misterioso. Y se sentía fatal. Era una mentirosa. Una mentirosa completamente desesperada. Y ni siquiera se atrevía a levantar la vista.

Tía Rose permanecía petrificada junto a Ellie en el sofá. La taza de té tintineó contra el platillo. ¿Le temblaba?

Ellie tragó saliva e intentó recomponerse. A lo mejor su tía ni siquiera había oído el nombre y simplemente se extrañaba de su comportamiento raro. Hasta a un niño le habría quedado claro que acababa de contar un cuento.

—¿Cómo has dicho que se llamaba ese pescador?

Ellie dio un respingo. *Quizá debería haber averiguado primero qué clase de tipo es antes de usarlo en su entramado de mentiras,* pensó, y maldijo a Archie por su plan retorcido y a la doctora Baxter por usar el nombre como cebo.

—No estoy segura de haberlo entendido bien. Bellham, creo.

—Angus —susurró tía Rose, y Ellie contuvo el aliento.

—¿Lo… lo conoces?

Maldita sea, ¡deja de enredar más la historia!, se reprochó a sí misma. Mientras tanto, había vuelto a sacar el cardo del bolsillo y jugueteaba nerviosa con él bajo la manta. Las manos le sudaban ya tanto que el colgante, a ese paso, dejaría de ser plateado para volverse negro.

Durante un buen rato reinó el silencio en Rose Cottage. Tan silencioso que Ellie oía su propia respiración y los latidos del corazón con la misma claridad, y aquello le sacaba de quicio.

—Creo que me voy a la cama. ¿Te llevarías mi taza a la cocina? Con esfuerzo, Rosemary Bell se puso en pie y cruzó la casa arrastrando los pies. Ellie se quedó clavada en la silla y se arrepintió hasta la médula de cada una de sus palabras mentirosas. Por lo visto, ese tal Angus Bellham no era un don nadie.

—Ay, Ellie... ¿Cuándo querías salir mañana?

Ellie no se lo podía creer. —Pensaba sobre las nueve y media. Tenía la boca reseca.

Rosemary asintió. —Bien, bien. Tendré que poner el despertador.

Luego se fue, y Ellie casi no podía creer lo que acababa de pasar. ¿Cómo era posible? ¿Iba de verdad la tía Rose a bajar al pueblo con ella?

Contuvo la alegría todo lo que pudo mientras se retorcía bajo las sábanas como un pez globo puesto de éxtasis. Por primera vez parecía que en Fallbury algo iba según lo previsto.

A la mañana siguiente, Ellie apenas podía dar crédito. Cuando salió del cuarto de baño, Rose estaba ya vestida sentada a la mesa de la cocina. Pasaba las páginas de una revista y se esforzaba por parecer totalmente indiferente. Pero llevaba el pelo llamativamente bien peinado, y no vestía, como de costumbre, uno de sus vestidos de flores enormes y desvaídos, sino una falda oscura y una blusa.

—Te has arreglado de verdad —la saludó Ellie con una sonrisa y picó un trocito de la tarta de manzana que había en la encimera.

—Qué va. La tía Rose restó importancia con un gesto, pero a Ellie no le pasó desapercibida la tímida sonrisa en sus pálidos labios.

Después de que Ellie acercara el pick-up y ayudara a la tía Rose a subir, se pusieron en marcha. Se le hizo un nudo en el estómago cuando giraron hacia la Cliffside Road. Lo había conseguido. Rosemary iba sentada a su lado, las manos bien plegadas sobre el regazo. Su mirada se deslizaba en silencio por el paisaje que corría tras la ventanilla.

El nombre de aquel hombre había obrado milagros. Y por mucho que Ellie se alegrara, sabía que la decepción sería grande cuando Rosemary se enterara de lo que de verdad pensaban hacer en Fallbury.

Mientras por fin maniobraba el coche en un hueco libre de la Gordon Street, empezó a torcerse todo. —Pero el puerto está todavía a un buen trecho. La tía Rose no se volvió hacia ella al hablar. Su voz carecía de tono.

—Lo sé —respondió Ellie en voz baja y apagó el motor con las manos temblorosas. En la casita justo delante del coche se abrió la puerta y la Dra. Baxter salió a la acera. Debía de haber estado esperando. Tenía los ojos muy abiertos, a partes iguales por la alegría y la sorpresa.

Ellie ayudó a su tía a bajar del coche, y de pronto Rose reconoció quién se acercaba a ellas. Tras un saludo breve y áspero, se volvió hacia Ellie. —¿Qué está pasando aquí?

—¡Por favor, no te enfades conmigo!

Ellie no pudo seguir, porque entonces tomó las riendas la Dra. Baxter, y deseó haber podido explicarle a su tía lo que había urdido a escondidas con Archie y la médica. Al mismo tiempo, sin embargo, algo parecido al alivio se coló en su pesado corazón cuando dejó a Rosemary en manos de la doctora, que la condujo a la consulta con firmeza y seguridad.

—¡Ellen! —gritó Rosemary. —¡Ellen Bell, ten por seguro que esto tendrá consecuencias!

La médica del pueblo habló con Rose con delicadeza hasta que sus réplicas fueron apagándose. Cuando la puerta de la consulta se cerró tras ellas, Ellie se dejó caer de rodillas, desesperada.

La breve alegría de pez globo de la víspera por el plan que había salido bien se había esfumado. Era, sin duda alguna, la peor persona del mundo. ¿Por qué no había intentado al menos decir la verdad? El remordimiento la roía. Pero también sabía que no habría habido una segunda oportunidad si Rosemary hubiera rechazado la propuesta. Y la habría rechazado. Sin pestañear.

Después de que Rosemary desapareciera en las consultas para el reconocimiento, Ellie esperó impaciente en el coche alguna señal de vida. Primero había pensado en seguirlas. Pero la barrera sería seguramente mucho más baja para la tía Rose si Ellie no estuviera rondándola como una carcelera.

Casi dos horas pasaron hasta que por fin hubo movimiento en la casa frente a la que estaba aparcado el pick-up. La Dra. Baxter salió y le hizo señas a Ellie para que se acercara. Preocupada, Ellie saltó del coche y echó a correr hacia la médica. —¿Dónde está la tía Rose? ¿Está bien? —La médica, de piernas cortas, le dio unas palmaditas suaves en el brazo a Ellie y sonrió. —Todo en orden. Venga.

Ellie la siguió al interior de la consulta con el corazón desbocado. Rosemary estaba sentada en la sala de espera y sorbía de un vaso de agua.

—Tía Rose, yo… —empezó Ellie, pero su tía levantó la mano en un gesto de rechazo y Ellie enmudeció.

La doctora Baxter las condujo al mismo tiempo con amabilidad y firmeza al gabinete y le pidió que tomara asiento en una silla, mientras ella se sentaba al escritorio.

—¿Cómo ha ido?

La médica seguía sonriendo. Ni siquiera parecía forzada, lo que al menos tranquilizó un poco a Ellie.

—Bien. Realmente bien. Esperaba algo peor—respondió la médica. Tanto de los resultados como del comportamiento de la señora Bell.

—¿Se ha resistido mucho?

—Cariño, si se hubiera resistido, probablemente ahora tendríamos aquí a la policía y tendríamos que rendir cuentas por ello.

Ellie tragó saliva. ¿En qué estaba pensando?

—Rosemary ha discutido un poco, pero yo venía preparada para problemas mayores. Al final, ha entrado en razón rápidamente y se ha dejado hacer las pruebas. Le he sacado sangre, que enviaré luego al laboratorio. Sin embargo, no espero tener los resultados hasta la semana que viene. Todas las demás pruebas —tensión arterial, palpación del abdomen, del sistema locomotor y demás— no han arrojado por ahora resultados preocupantes.

Ellie soltó el aire con tensión.—Pero sus dolores… Camina fatal.

La doctora Baxter se recolocó las gafas y entrelazó las manos.—Rosemary Bell tiene sesenta y siete años. Es normal que una se quede un poco agarrotada. Mire, le he hecho radiografías de las rodillas y de las articulaciones del pie. —Encendió una luz y sujetó las radiografías en la pantalla iluminada.—¿Ve esto de aquí? Ahí, y también ahí, se aprecia una artrosis grave. Ellie no veía nada, pero aun así asintió.—Además padece gota. Estoy a la espera de un valor en sangre, pero de entrada doy por hecho que podremos controlarlo con medicación.

—¿Quiere decir que pronto se encontrará mejor?

La médica se quitó las gafas.—Mejor estará en el sentido de que los síntomas remitirán, pero las enfermedades seguirán ahí. Lo importante sería que volviera a moverse más. Con sesenta y siete no es edad de quedarse en la mecedora. Al menos hoy en día ya no. Yo tengo sesenta y cinco y me niego rotundamente a que, a partir de hoy, no se me permita salir de casa. —Sonrió, pero luego su mirada se volvió más incisiva.—Lo que más le falta a su tía es ánimo. Para su estado psicológico sería enormemente importante que volviera a relacionarse más. Necesita una ocupación. Algo que le haga volver a sentir alegría. Para eso no hay medicación que valga; tiene que quererlo ella misma.

Ellie se recostó y se rindió por dentro. Devolverle a la tía Rose las ganas de vivir le parecía una meta casi inalcanzable. Sobre todo, porque ni siquiera sabía quién se las había quitado alguna vez. ¿No había sido Rosemary siempre un poco amargada?

—Solo la conozco como una solitaria. ¿Cómo se supone que la convierta en una reina de la fiesta?

La médica se echó a reír.—Eso no tiene que hacerlo. Pero una merienda de café con una buena amiga o un paseo largo al sol, a veces, obran milagros. —La doctora Baxter le tendió a Ellie un papel. —Para el dolor le he recetado estas pastillas. Debería poder conseguirlas en la farmacia al final de la Harbour Street. Si no, las pedirán y las tendrá en pocos días. Con respecto a los análisis de sangre, me pondré en contacto la semana que viene. Y lo demás ya no está en mi mano. Pero no haría ningún daño que la señora Bell se pasara por aquí más a menudo para mantener la artrosis y la gota bajo control. —Lo dijo como si hablara del tiempo. Si supiera lo difícil que le había resultado a Ellie traerle a Rosemary.

Ellie se levantó y le dio la mano a la médica a modo de despedida. —Muchas gracias, doctora.

—Se lo debe agradecer a usted misma. Lo que ha conseguido hoy ha sido importante y está bien. Estoy segura de que su empeño dará sus frutos.

—Ya lo veremos —murmuró Ellie, con dudas.

—¿Lo ha mencionado?

Ellie sabía perfectamente a quién se refería la doctora.

—No sé quién es, pero nombrarlo ha sido la única manera de meter a la tía Rose en este coche esta mañana. Y probablemente no me perdone jamás esta mentira.

Con compasión, la doctora Baxter le dio unas palmaditas en la espalda a Ellie y abrió la puerta. La tía Rose se incorporó en silencio. Rechazó la mano que Ellie le ofrecía para ayudarla; en su lugar, fue tras ella arrastrando los pies. El aire se podía cortar con un cuchillo. Así que se había hecho casi dos mil kilómetros desde Alemania hasta Fallbury solo para fastidiarla del todo con su tía después de tantos años.

Bien hecho, Ellie.

De camino de vuelta a Rose Cottage, Ellie estuvo a punto de buscar al menos tres veces la conversación con tía Rose para disculparse por su comportamiento horrible. Pero, por lo menos el doble de veces, fue la propia tía Rose quien la interrumpió y le pidió silencio. Cuando aparcó el pick-up delante del granero de la Flynt-Farm, decidió concederle a tía Rose su frustración por el momento. A ella misma probablemente le pasaría algo parecido. Quizá todo se viera de otra manera cuando los ánimos se hubieran calmado un poco.

Con dolor, tía Rose se apeó del coche a duras penas. En las manos agarrotadas sostenía la bolsa con los medicamentos que Ellie había comprado en la farmacia antes de volver.

—¡Ah, por fin estáis aquí! Ya me estaba preocupando —Archie salió a paso rápido del granero hacia ellas—. ¡Rosemary, buenas tardes!

Rosemary ni siquiera se volvió hacia él, sino que, terca, cojeó de regreso al cottage.

—¿Qué pasa? ¿Malas noticias?

Ellie dio un portazo a la puerta del pick-up y se apoyó en ella. —No, por suerte solo artrosis y gota. Podría haber sido peor. Le han recetado pastillas para el dolor.

—¿Y entonces por qué está tan de mal humor?

—Porque me odia —Ellie dejó caer los hombros, y Archie la miró con compasión. Aquel gesto se lo conocía de Graham. Era cálido y reconfortante y, al mismo tiempo, tan serio como si fuera a darle una patada en el culo en cualquier momento si seguía recreándose en la autocompasión.

—No lo creo. No, de verdad que no.

—Tuve que mentirle para sacarla de casa. Tendrías que haberle visto la cara cuando se dio cuenta de adónde íbamos de verdad.

Archie asintió con comprensión. —Cenemos todos juntos esta noche.

—¿Los tres?

Él sonrió. —Los cuatro, claro. Graham vuelve de los prados hacia las seis. Luego nos ponemos un poco presentables y os preparamos algo rico.

Ellie cruzó los brazos bajo el pecho con una sonrisa. —¿Queréis cocinar para nosotras?

—¿Es que piensas que no sabemos? —Archie abrió los ojos, fingidamente ofendido, y Ellie negó con la cabeza a modo de disculpa. Su risa era contagiosa, pero se le pasó de golpe cuando vio a Rose, a lo lejos, subir los peldaños del cottage.

—Creo que, por desgracia, tendremos que aplazarlo. No va a dejarse ver en lo que queda de día. Ni de broma consigo llevarla a vuestra granja. Ya no se fía de mí, diga lo que le diga.

Archie alzó una ceja. —¿Qué le has contado exactamente para que esté tan desconfiada?

Ellie le contó su primera conversación con la doctora Baxter y que esta le había propuesto el nombre de Angus Bellham como cebo. —Y eso mismo hice. Si no, no habría venido.

—Hm —fue lo único que dijo Archie, y su frente se cubrió de honda preocupación.

—¿Le conoces? ¿A ese Angus Bellham? Quiero decir, ¿qué clase de tipo es? En algún momento debió de significar mucho para ella.

Archie se lo pensó un momento. —El nombre no me suena ajeno. Pero debe de ser de hace muchísimo. Ahora mismo no se me ocurre nada más.

—Vale, qué pena. Podría haberse resuelto al menos este enigma.

—No le des tantas vueltas, Ellie. Rose se olvidará de eso en cuanto oiga mis novedades —ahora sonrió, y solo en ese momento a Ellie se le vino a la cabeza un tal Ronny, que aquella mañana había inspeccionado el cottage.

—¡Mierda! —Se llevó la mano a la frente—. Lo había olvidado por completo. El manitas, cierto. ¿Qué ha salido de eso?

—Os lo cuento esta noche —Archie se dio la vuelta y regresó despacio al granero.

—No va a venir, Archie. Lo decía en serio.

—Por eso vamos nosotros a vuestra casa. A las siete. No le digas nada, para que no pueda escaparse —y acto seguido desapareció.

Como era de esperar, Rosemary pasó el resto del día en su habitación. A mediodía, Ellie llamó suavemente a su puerta y dejó delante una taza de té, que su tía metió dentro en algún momento. Por lo demás, no se dejó ver.

Para aprovechar el tiempo y distraerse del remordimiento, Ellie investigó con el móvil quién se encargaba de la red telefónica y del Internet asociado en la zona. Dio con una empresa con sede en la siguiente ciudad grande, Peterhead, situada a unas diez millas al norte de Fallbury. El teléfono del pasillo funcionaba, sí, pero ya urgía que esta casita tuviera una conexión wifi. Como muy tarde, cuando llegaran los primeros huéspedes, sería imprescindible. De paso, se le ocurrió otro punto: había que crear sí o sí una página web para el

cottage. Mejor ayer que hoy. Quizá Graham conocía a alguien que pudiera ayudarles. No debía parecer algo hecho por aficionados. Rose Cottage tenía que brillar. Ahora más que nunca.

Mientras Ellie le daba vueltas, se le ocurrían más y más cosas que había que hacer, y rebuscó en un cajón de la cocina papel y bolígrafo para apuntar sin orden ni concierto lo que se le venía a la cabeza:

- Renovar la planta de huéspedes

- Reequipar los dormitorios de huéspedes

- activar el wifi

- crear página web para Rose Cottage

- revisar la contabilidad de los últimos años

- poner el jardín al día

- hacer publicidad de Rose Cottage (¿folletos? ¿radio?)

- conseguir un letrero nuevo para la entrada

- redactar un plan de organización (¿limpieza? ¿contabilidad? ¿atención a los huéspedes?)

- conseguir un portátil

- hablar sobre la nueva dirección del cottage

Muy pronto se dio cuenta de que no podía abordar ni un solo punto sin la ayuda de la tía Rose. Para todo iba a necesitar su consentimiento y, a menudo, también documentación o experiencia. Y de eso Ellie podía irse olvidando: Rosemary no le daría ninguna información por ahora. Aun así, no pensaba dejarse amedrentar y añadió a su lista, subrayado dos y tres veces:

- reconciliarme con la tía Rose

Poco después de las siete llamaron a la puerta. Archie alzó con una sonrisa una olla grande. —¿Scotch Broth?—preguntó, y a Ellie se le hizo la boca agua al instante. No probaba esa sopa escocesa de cebada desde hacía incontables años, pero solo el olor que le llegaba de la olla le hizo rugir el estómago.

—Ellie. —Graham le asintió con la cabeza. Desde que ella había huido de su chocolate caliente y de sus manos aún más calientes, no se habían vuelto a ver. Ella también asintió antes de apartarse, cortada, e invitar a ambos a pasar.

—¡Tía Rose, Archie y Graham están aquí! —Ellie miró tensa hacia la puerta cerrada del dormitorio, pero no se oyó nada.

—Sentaos ya. Hay bebidas en la nevera. Coged lo que necesitéis, por favor. Vuelvo enseguida.

Mientras los hombres tomaban asiento en la mesa redonda del comedor, Ellie corrió hacia la puerta de Rosemary.

—Tía Rose, Archie ha cocinado para nosotros.

—No tengo hambre —gruñeron desde detrás de la puerta.

Ellie soltó un suspiro. —Lo sé. No tienes que comer nada si no quieres. Pero Archie dice que tiene noticias importantes para nosotros. Deberías escucharlas.

Silencio. Hasta que, de pronto, la puerta se abrió un resquicio y dos ojos llenos de furia la taladraron. —¿Más mentiras, o qué?

Ellie tragó. —¿Podemos dejar eso para luego? Sería importante que salieras y lo escucharas. Va sobre Rose Cottage.

Un instante se quedaron las dos mujeres frente a frente en silencio, hasta que Rosemary por fin abrió del todo la puerta y salió. Ellie habría jurado que su tía había encogido unos centímetros más aquel día. Se la veía pequeña y perdida, y como si hubiera envejecido al menos diez años. Cuando Ellie fue tras ella, tuvo que obligarse a no echarse a llorar. Se sentía terriblemente mal. A Archie y Graham, claro, tampoco les pasó inadvertido el estado de Rosemary, y cuando Ellie le lanzó a Graham una mirada elocuente, él la siguió hasta la encimera de la cocina.

—Tenemos que idear algo —susurró.

—Papá me ha contado lo que ha pasado. Ha sido una faena, pero escucha primero lo que tiene que decir y luego ya veremos.

Ellie bajó la mirada, y Graham le colocó de inmediato un dedo bajo la barbilla para alzarle la cabeza con suavidad. El contacto le recorrió el cuerpo como un rayo.

—No te preocupes, ya sacaremos adelante la casa. La voz de Graham no fue más que un susurro, y al momento pareció caer en la cuenta de lo que había hecho por puro instinto. Bajó la mano de inmediato y dio un paso atrás. Ellie respiró hondo e intentó mantener la cabeza fría.

Con manos temblorosas empezó a servir la sopa caliente en cuencos, y el rico aroma pareció despertar de pronto también el hambre de tía Rose. Aún no habían empezado a comer cuando ella reclamó su ración. Ellie se contuvo una sonrisa. Había sido de verdad una buena idea de Archie.

—Rose, voy a decirte ahora algo que al principio no te va a gustar. Pero por favor escúchame primero, ¿de acuerdo? Tu opinión va a cambiar, seguro. El padre de Graham le asintió con confianza, mientras Rose dejaba caer la cuchara y fruncía el ceño.

—Mientras Ellie estaba contigo… mientras estabais en Fallbury, vino un amigo mío por aquí. Ronny O'Donald. Seguro que le conoces. Es el artesano más conocido del pueblo. Un manitas para todo.

—¿Ah, sí?—apretó Rose entre dientes, y a Ellie se le hizo un nudo en el estómago. Pero cuando la mirada de Graham se cruzó con la suya y él le sonrió animándola, aquella flojera dio paso a un cosquilleo demasiado familiar, y volvió a concentrarse en su cuenco de sopa.

—Ha echado un vistazo a la planta de invitados.

Cuando tía Rose empezó a despotricar, Archie le puso una mano en el antebrazo y cortó su refunfuño de raíz. —Solo miró. Nada más. Y ha resultado que hemos tenido una maldita suerte.

—¿Nosotros?—preguntó Rosemary visiblemente confundida.

—La humedad es solo superficial. Ninguna pared está tan dañada como para tener que reemplazarla. Es decir, si reparamos el tejado, dejamos secar las paredes y eliminamos las manchas de moho, solo habrá que poner un papel pintado bonito, y ahí arriba volverá a haber marcha. El padre de Graham sonrió de oreja a oreja, y a Ellie se le quitó un peso enorme de encima. Rose Cottage no estaba perdido. Era de verdad la mejor noticia en mucho tiempo.

En Rosemary parecía librarse una batalla. El disgusto por haber sido engañada otra vez ese día se enfrentaba al alivio de que su querido cottage no estaba tan gravemente dañado como al principio temían.

—¿Solo secar y papel nuevo, dices?

—Y el tejado, Rose. Pero después… Archie chasqueó los dedos, como si fuera pan comido y cosa de un momento. —Ronny se encargaría. Podría empezar a finales de semana. Mientras repara el tejado, pondrá deshumidificadores ahí arriba. Con un poco de suerte le quitarán al moho el sustrato y también se secará sin más. Después podremos renovar.

Ellie se recostó y entrelazó las manos en el regazo. La sonrisa apenas se le borraba de la cara. Todo el tiempo Archie hablaba de lo que *ellos* podían hacer. Como si todos estuvieran metidos en ese pequeño embrollo sobre sus cabezas. Sí, como si Rose Cottage fuera el bebé de todos, al que intentaban salvar con el alma. Como si el corazón de cada uno estuviera en esas cuatro paredes.

—¿Podría volver a vivir alguien ahí arriba?—se cercioró Rosemary con timidez.

Ellie, Graham y Archie asintieron a la vez con tanto entusiasmo que ni siquiera Rosemary pudo contener la sonrisa que se le escapó a los labios.

—No tengo que cerrarlo para siempre—susurró, y Ellie no dudó en pasarle los brazos por los hombros a su tía, conmovida por el alivio y la alegría en el rostro de la anciana. Y, para su sorpresa, Rosemary

no rechazó la cercanía, sino que atrajo a Ellie hacia sí, como si fuera precisamente ella quien debía compartir ese momento.

—¿Lo has oído, Ellie? ¡Rose Cottage puede seguir viviendo!

—Lo he oído, tía Rose. Y cuando Ellie miró por encima del hombro de Rosemary hacia Archie, susurró en un hilo de voz: —Gracias.

Esta noticia había deshecho el nudo. El resto de la velada transcurrió tan relajada que a Ellie le pareció casi demasiado armoniosa. Tía Rose parecía haber olvidado por el momento, o al menos aparcado, el rencor de la mañana. Incluso bebió del vino que habían traído, bromeó con Archie y se metió con Graham como si siguiera siendo el niño pequeño de rizos salvajes. Y a veces simplemente le cogía la mano a Ellie, se la apretaba con suavidad o le acariciaba el dorso. Esos gestos tan familiares le calentaron el corazón a Ellie.

Hasta bien entrada la noche celebraron las maravillosas noticias sobre Rose Cottage, hasta que a todos les dolía la barriga de tanto reír y comer. Finalmente, Archie y Graham se levantaron de la mesa para ponerse en marcha. Mientras Rosemary recogía la vajilla, el padre de Graham se acercó a ella y le susurró algo al oído. Al ver Ellie lo dulces que eran el uno con el otro, sintió una gratitud infinita por lo cariñosamente que Archie cuidaba de su tía.

—Fue una velada preciosa —dijo Graham, mientras ella se dirigía con paso lento junto a él hacia la puerta.

—Sí, la verdad es que sí. —Ellie se apoyó en el marco de la puerta. A su espalda, Rosemary soltó una carcajada, mientras Archie reía entre dientes con picardía.

—Oye, Ellie, siento si ayer di la impresión de ser demasiado insistente. No era mi intención. —Con gesto de culpa bajó la mirada, y el corazón de Ellie dio un latido más—. Es solo que… mírate. Te has convertido en esta mujer preciosa. Aún no puedo creer que de verdad estés aquí. Después de todos esos años en los que pensé que no volvería a verte. —Se le volvió vidriosa la mirada.

—Graham… —susurró Ellie, y se interrumpió—. Eso es solo el vino.

Pero Graham dio un paso más y le cogió la mano. —Gracias al vino me atrevo a decirlo.

Tiritando, Ellie alzó la vista hacia él. Respiraba entrecortadamente.

Graham llevó su mano, junto con la de ella, a la altura de su corazón. —¿Lo sientes? Ahí dentro.

¡Y tanto que lo sentía! Su corazón golpeaba contra la caja torácica. Rápido y desbocado. Igual que el de ella.

Cuando alzó la mirada, se perdió en su mirada cálida. En su refugio. En su cercanía. Y en todos esos sentimientos no dichos que ya años atrás la habían arrojado a un torbellino de emociones.

Un torbellino de emociones…

Con ese pensamiento, Ellie se echó un poco atrás y retiró su mano de debajo de la suya. —No puedo… —susurró con la voz quebrada.

—¿Por… por ese Steven?

Alzó la vista y negó con fuerza.

—¿Entonces por qué?

Ellie tenía un nudo ardiéndole en la garganta que frenaba todas las palabras que querían salir al mundo. Palabras de amor, de esperanza, de miedo y, sobre todo, de dolor. Recordaba con tanta viveza aquel dolor punzante que sintió cuando tuvo que dejar Escocia. ¡Cuando tuvo que dejar a Graham! Entonces. Y hoy no sería distinto. Se iría. En pocas semanas volvería a Berlín. A su vida nueva, a su viejo trabajo y a un futuro incierto.

También vio ahora dolor en los ojos de Graham, y eso casi le rompió el corazón. Quería explicárselo con tantas ganas, pero no encontró palabras.

Graham bajó lentamente los peldaños. La mirada de Ellie se posó en él. Quería salir corriendo, saltarle a la espalda, rodearle el cuello con los brazos y hundir el rostro en sus rizos abundantes.

—Ellie. —Al sentir la mano de Archie en la espalda, dio un respingo. Solo entonces pudo apartar la mirada de Graham—. Gracias por la velada tan bonita.

—Te doy las gracias yo. Sin vosotros estaríamos perdidos aquí fuera.

Archie sonrió. Tenía la mirada cansada y vidriosa, pero las mejillas le ardían sonrosadas. —En realidad, los que estaríamos perdidos sin vosotros somos mi hijo y yo. Duerme bien, mi niña. Besó a Ellie en la frente y siguió a su hijo hacia el jardín.

Ellie cerró la puerta principal y se encontró a Rosemary todavía de pie en el fregadero, secando un plato que estaba ya más que seco.

—Archie es un tío bastante majo, ¿eh? —dijo Ellie, un poco torpe, y se recostó contra la encimera.

Rosemary suspiró y guardó el plato en el armario. —Lo es. Luego dejó el paño a un lado y apagó la luz—. Pero también es un hombre cargado de lastres. Buenas noches, Ellie.

Capítulo 13

– Fallbury, 20 años antes –

—¿Cuántas tablas más tenemos que clavar en las ventanas, tía Rose?

—Las que hagan falta para que todas las ventanas queden protegidas.

—Pero ya me duelen los brazos.

—A mí también, pero la borrasca no tardará en llegar. Ya sopla más fuerte el viento. ¿Ves esas nubes allí, en el horizonte, Ellie? Tienen un color rarísimo. Una mezcla de azul, gris y amarillo. La cosa se pone fea cuando el cielo se ve así.

Ellie le pasó a su tía la siguiente tabla, se puso de puntillas y miró a lo lejos. Ya había vivido unas cuantas tormentas en Fallbury, pero nunca antes la gente había estado tan inquieta como ese verano.

Cuando terminaron de clavar tablas también en la última ventana de la planta baja, Rosemary Bell bajó de la escalera y contempló su trabajo

—Lo hemos hecho muy bien, niña. Voy arriba a ayudar al señor Grisham y a la pareja joven que llegó anoche. Están apañándose con las ventanas de arriba.

—¿Puedo ir a ver a Graham?—preguntó Ellie, que no había dejado de volver la cabeza hacia la Flynt-Farm. Una y otra vez, pero Graham no aparecía por ninguna parte. Llevaba ya una semana de vuelta en Fallbury y solo lo había visto el día que llegó.

—Tengo mucho que hacer, en la granja y eso —había dicho él. Había pegado un buen estirón. Ese verano, Graham le parecía a Ellie casi un gigante. Como si las piernas se le hubieran disparado hacia arriba y el resto del cuerpo no acabara de seguirles el ritmo. Quedaba un poco raro.

—Ahora tengo catorce años, Ellie. Todo un hombre. Los hombres de los Flynt ayudan en la granja, ya lo sabes —le había contestado cuando ella hizo un puchero descarado.

Ellie sabía que tenía razón, pero aun así le fastidiaba. Todos los veranos anteriores los había pasado con ella, día tras día. Ahora hasta las ovejas lo veían más que ella, y esa idea no le gustaba nada.

—Seguro que en la granja de los Flynt tienen trabajo de sobra. Allí solo estorbarías —respondió la tía Rose mientras plegaba la escalera.

—No estorbo. De verdad que no. Estoy atenta, me aparto y tampoco hablo tanto. Solo quiero saber dónde se ha metido Graham, ¿vale? Luego vuelvo.

La tía Rose volvió a mirar aquellas extrañas formaciones de nubes en el cielo. Para entonces el viento era ya tan fuerte que le levantaba una y otra vez la falda, que la envolvía como una enorme tienda de campaña.

—Pero solo un momento, ¿eh? Vas, compruebas que todo esté bien y regresas enseguida. No quiero que andes por ahí correteando con este tiempo.

Riéndose, Ellie echó a correr. El viento le gustaba, incluso cuando soplaba tan salvaje como ese día. Le hacía bailar el pelo, y aquello le cosquilleaba de una forma deliciosa en la piel. Mientras subía dando saltitos por la entrada de la Flynt-Farm y canturreaba, oía la tormenta desatada y las olas rompiendo al pie de los acantilados. Aquel estruendo se tragaba incluso su propia voz. Imposible saber si Graham y sus padres estaban en los prados o en la casa. Pero cuando llamó a la puerta y nadie abrió, pudo descartar al menos la casa de la granja.

—¿Graham?

Ni en la casa ni en el granero se movía nada. Solo cuando siguió más allá, dejando atrás el granero y la vivienda, oyó la voz del señor Flynt.

—¡Hacia mí! ¡Por aquí! ¡Brenda, cuidado, se te acercan demasiado!

—No, no. Solo están un poco nerviosas. Graham, ve un poco más a la derecha, venga, hijo.

Allí estaban. Graham y sus padres estaban en un prado intentando meter el ganado en los establos y los graneros antes de que aquellas nubes de colores llegaran hasta ellos. No podía tardar mucho. El cielo se iba tiñendo cada vez más. Cuando las nubes empezaron a tronar de forma amenazante, Ellie echó a correr hacia el prado.

—¿Puedo ayudar?

—Ellie, ¿qué haces aquí? —Graham le lanzó una mirada poco amable. Tan poco amable que ella se detuvo al instante. Antes siempre se alegraba de verla. Ahora parecía incluso un poco enfadado.

—¡Quiero ayudar! —gritó Ellie por encima del viento, que ya era tan fuerte que tenía que inclinar el cuerpo contra las rachas. En el horizonte relampagueó por primera vez.—¿Lo habéis visto? —preguntó, excitada, pero nadie le hizo caso. Así que no esperó respuesta, se lanzó en medio del prado y se metió en el rebaño de ovejas. Justo donde estaba Graham. Quería demostrarle que ya no era la niña del primer verano. Podía ayudar a meter a los animales dentro y, si Graham veía lo responsable que podía ser, seguro que la llevaría más a menudo a la granja y podrían verse con más frecuencia. Matar dos pájaros de un tiro, como decía su papá.

—Pequeña, mejor vuelve a casa. Esto se va a poner enseguida muy desagradable aquí fuera. —La señora Flynt estaba en el extremo del prado, justo al borde de los acantilados, e intentaba arrear a los animales hacia el granero. Ellie lo había visto muchas veces y, por lo general, aquello era bastante sencillo. Pero aquel día los animales estaban completamente alterados.

—¿Qué les pasa? —le preguntó a Graham, que ayudaba a su madre.

—Están asustadas. Los animales notan el tiempo antes que nosotros.

—Tienen que ir hacia tu padre, ¿verdad? —Ellie echó a correr hacia el rebaño.

—¡Ellie! —le gritó Graham—. ¡Cuidado, te vas a hacer daño!

Ella le lanzó por encima del hombro una mirada tozuda. Siempre actuaba como si siguiera siendo la niña del primer verano de la que tenía que estar pendiente a todas horas. ¡Y eso ya podía hacerlo sola!

—¡Vamos! ¡Tschhhhh! ¡Tschhhh! —gritó, avanzando con los brazos abiertos hacia los animales. Pero no hicieron en absoluto lo que Ellie quería. Al contrario: echaron a correr en la dirección opuesta.

—Ellen, deja que nos ocupemos nosotros, ¿vale? Baja del prado. Tenemos que ocuparnos de esto ahora en serio.

—Pero yo... —la chica intentó convencer al señor Flynt, pero él la interrumpió.

—Graham, llévala de vuelta a la casa.

—Papá, me necesitáis aquí fuera. No lo lograréis antes de que llegue la tormenta. En ese momento tronó tan fuerte, que parecía que el cielo se abría de verdad sobre sus cabezas.

—¡Mierda! ¡Corre, Ellie! ¡Vamos ya! —le gritó Graham, y Ellie echó a correr. Los pasos del chico sonaban muy cerca de ella, la apremiaban y le daban su conocida sensación de seguridad, pero enseguida apenas podían avanzar. De pronto empezó a caer a mares desde las nubes amarillentas. Pero no era lluvia. Ni siquiera eran gotas. No, ¡eran granizos! Del tamaño de canicas, y golpeaban los brazos y la cabeza de Ellie. Alzó las manos, sin saber bien qué proteger primero.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Aaaaaay!

—Vete a la casa, Ellie. ¡Corre, cierra todas las puertas y ventanas! —Graham se detuvo, y Ellie se volvió hacia él. Apenas podía distinguirlo. Un telón blanco caía del cielo—. ¡Tengo que ayudar a mis padres! —gritó.

Ellie saltaba de un lado a otro e intentaba esquivar aquellas bolitas del cielo, pero la alcanzaban una y otra vez, y dolía a rabiar.

—Si te quedas ahí fuera, te va a pasar algo —le gritó Ellie al muchacho alto. Pero él ya ni esperó, echó a correr, de vuelta al prado.

—¡Graham! ¡Graaaham!

Aparentemente ya no la oía, y sin pensárselo, Ellie también se puso en marcha y siguió a Graham a través de la granizada. Sobre ellos se desató el caos. Varias veces las ráfagas la alcanzaron, le arrancaron el pequeño cuerpo de los pies y la aplastaron con dolor contra el suelo. A lo lejos distinguió la silueta de la señora Flynt. Aún quedaban varias ovejas fuera, que costaba muchísimo atrapar. Entonces relampagueó y tronó con tal estruendo que Ellie se tapó los oídos y se tiró al suelo. Y después todo fue muy deprisa. Se volvió ensordecedor, todos gritaban.

—¡Cuidado! ¡Brenda, ten cuidado!

A lo lejos ardía un árbol. Un rayo debía de haberlo alcanzado.

—¡Mamá! —gritó Graham—. ¿Papá? ¡Ya no veo a mamá!

Ellie intentó distinguir algo en aquel caos. Los animales enloquecían por el prado, corrían despavoridos en todas direcciones.

—¿Brenda? —el padre de Graham llamó a su mujer.

—Estoy aquí, todo está...

Y volvió a estallar. Tanto, que la tierra tembló. Todos los animales se lanzaron a la carrera, a ciegas y en todas direcciones. Por encima del estruendo, Ellie alcanzaba a oír sus pezuñas, sentía la vibración del suelo y trataba de ponerse a un lado, a resguardo tras la valla del prado. Graham y su padre corrían tras algunos animales, les echaban mano, los sujetaban; aun así, varios se escabullían. El

rebaño se empujaba una y otra vez hacia afuera. Lejos de la granja. Del establo. ¡Esos animales necios! El ajetreo era tal, que Ellie apenas sabía adónde mirar primero. Se apretó contra el suelo y se cubrió los ojos para protegerlos del granizo que azotaba. Entre los dedos miró hacia el prado. Y entonces ocurrió...

—¡No! ¡Fuera! ¡Por aquí! ¡Alto! ¡Apartaos! ¡Largo! —La madre de Graham gritaba. Manoteaba, saltaba, intentaba abrirse paso entre la manada enloquecida. Pero la empujaban cada vez más hacia el borde del prado. ¡Cada vez más cerca de los acantilados!

—¡Mamá! ¡Ten cuidado! —Ahora el señor Flynt y Graham corrían hacia ella. Sus cuerpos se desdibujaron ante los ojos de Ellie, se hicieron cada vez más pálidos y pequeños en la distancia. Un trueno profundo y oscuro retumbó sobre la tierra y volvió a espantar a los animales aterrados.

La valla del prado se rompió. ¡Y los animales echaron a correr!

—¡No, oh, Dios mío, no! —oyó Ellie los gritos desesperados de la señora Flynt y sintió al instante que iba a suceder algo horrible. Se notaba por el tipo de gritos. Ya no eran solo de impotencia. ¡Eran de pánico!

Ellie no lo pensó ni un segundo antes de echar a correr y saltar al prado. Unos animales la embistieron, otros la empujaron a un lado. Los árboles se desplomaban. Caían rayos. Truenos retumbaban sobre ellos, y el prado estaba cubierto de granizo. Ellie apenas podía respirar, tan fuerte le aplastaba el viento los pulmones.

Vio a Graham en mitad del prado y corrió hacia él.

—¡Graham! —lo llamó.

No se movía. Se quedaba ahí plantado, como si fuera una figurita con las pilas gastadas.

—¡Graham! —Ellie le agarró del brazo y lo zarandeó—. ¿Qué...?

Y entonces vio al señor Flynt. Estaba arrodillado junto al acantilado. La valla del prado yacía en el barro. Rota. Las ovejas corrían por toda la granja. El señor Flynt golpeaba el suelo. Barro y agua salpicaban bajo sus puños.

—¡Breeeendaaaa! —No lo gritó. No fue un alarido. Fue un aullido desgarrador. Tan intenso que cortó el cuerpo de Ellie como un cuchillo.

—¿Dó... dónde está tu mamá? —le preguntó a Graham con voz trémula—. Si estaba ahí mismo. —Se quedó rígida a su lado, con el brazo extendido hacia los acantilados. Y de pronto el corazón empezó a desbocársele—. Graham, ¿dónde está tu mamá? ¿Graham? ¡Graaaham?

Él no se movió. No la miró. Tenía la cara blanca. Tan terriblemente blanca. ¿Seguía respirando? ¿Qué le pasaba? Ellie lo zarandeó, tiró de él y lo sacudió. Hasta que cayó de rodillas y ella junto a él.

En algún momento ya no supo qué en su cara era de la lluvia, del granizo o de las lágrimas.

Se quedaron allí, de rodillas en el barro, mirando impotentes aquel caos.

Sin palabras. Y, al mismo tiempo, con un estruendo ensordecedor.

Y Ellie se sintió más vacía que nunca en su vida.

Capítulo 14

Al final de la segunda semana de Ellie en Fallbury, el mundo ya se veía muy distinto. Tía Rose había accedido a que Ronny reparara los daños del tejado. Bajo la mirada interesada de Archie, el manitas subió y no perdió ocasión de dedicarle una y otra vez alabanzas a su viejo amigo por haber cubierto el tejado con tanta profesionalidad. Tantas, que el padre de Graham acabó poniéndose rojo y desestimándolo con un gesto incómodo. Probablemente era a él, y solo a él, a quien debían que en Rose Cottage no se hubiera causado un daño mayor.

También entre Ellie y tía Rose el ambiente seguía siendo en general cordial. Sobre la visita al médico, que no estaba en los planes, Rosemary no quería hablar, y rechazó todos los intentos de disculpa de Ellie, alegando cada vez que justo en ese momento estaba demasiado ocupada para una conversación. Al menos ya no ignoraba a Ellie, aunque de perdón todavía no se podía hablar.

La medicación que Rosemary había recibido de la doctora Baxter empezaba poco a poco a hacer efecto. Con cada día que pasaba se la veía un poco más fresca y vital, lo que probablemente también tuviera que ver con el forastero del tejado, al que vigilaba siempre con ojo avizor. Increíble la rapidez con la que de pronto podía subir y bajar las escaleras. Fuera cual fuese la razón de aquel cambio, Ellie se sentía feliz de poder ver cómo su tía abuela florecía. Cada vez con más frecuencia encontraba a Rose en el jardín, donde pellizcaba los arbustos medio secos, podaba aquí y allá e incluso los mimaba con agua. Ahora Ellie podía dejar a su tía sin preocupaciones en Rose Cottage mientras ella, por ejemplo, conducía hasta la ciudad más cercana, Peterhead, para por fin contratar una conexión inalámbrica a internet. Además compró dos preciosas placas de latón con bonitos adornos, que mandó grabar en el acto con las palabras *libre*

y *ocupado*. Encajaban a la perfección en el antiguo letrero metálico del jardín y podrían cambiarse en el futuro según hiciera falta.

Aunque tía Rose se resistía a cualquier forma de tecnología, una tarde Ellie volvió también con un portátil flamante. Para gestionar la futura página web y para reservas y tareas financieras, algo así lo iban a necesitar sí o sí. Quizá hasta pudiera darle a tía Rose un curso intensivo. Si la pillaba en un buen día.

Al final de la tercera semana, el tejado estaba reparado y las paredes se habían secado por completo.

—¡Increíble! —se maravilló tía Rose mientras se deslizaba por la planta de arriba, que de repente ya no olía tan a humedad. Con una solución especial se habían eliminado restos de moho. Todo parecía fresco y limpio.

—Solo nos falta empapelar. Y comprar muebles nuevos —dijo Ellie, apoyándose en la barandilla de la escalera.

—¿Dónde?

—¿En Peterhead, quizá?

Tía Rose frunció el ceño y se puso en jarras. Durante la reforma, Ellie ya le había preguntado un par de veces si iría con ella a la ciudad para mirar algunas cosillas para Rose Cottage, pero su tía siempre se había negado. Por eso, esta vez tampoco albergaba esperanzas y se llevó una sorpresa aún mayor cuando Rosemary se volvió hacia ella y dijo: —¿Será mejor que nos pongamos en marcha, no?

Ellie se irguió al instante. —¿Nosotras?

—Quién sabe qué chirimbolos me traerías si no —murmuró Rosemary mientras seguía acariciando las paredes recién pintadas, y Ellie no pudo evitar una sonrisa divertida.

Planearon su día de compras, que previsiblemente exigiría bastante a ambas, para uno de los días siguientes. Mientras tanto, Ellie le pidió a tía Rose que le enseñara la documentación contable de los últimos años. Es verdad que esa área no estaba entre sus tareas principales en Berlín, pero ya había echado alguna que otra

mano en la contabilidad de su hotel. Le bastaría para hacerse una idea general.

Mientras se devanaba los sesos sobre los papeles, sonó su móvil. Ni siquiera lo oyó, hasta que Rosemary se lo llevó.

—Oh, gracias. Aquí fuera una se olvida de todo este cacharro tecnológico.

—A mí me lo vas a contar —replicó tía Rose, mirando el portátil con escepticismo.

En la pantalla del móvil constaba una llamada perdida y, cuando Ellie abrió el registro, una punzada desagradable le recorrió el cuerpo.

Steven.

Se quedó inmóvil un instante antes de dejar el teléfono a su lado, sobre la mesa. En ese momento, el aparato pitó. Había un nuevo mensaje en el buzón de voz. Ellie cerró los ojos y soltó el aire con tensión.

—¿Qué pasa? —preguntó Rosemary y tomó asiento a su lado en una silla.

—Hay un mensaje en el buzón de voz.

—¿En qué?

—Es un contestador del móvil.

—Modernidades.—Rosemary se levantó y se sirvió un vaso de agua, mientras Ellie seguía mirando la pantalla, que hacía rato había vuelto a quedarse negra.

¿Había pasado algo? ¿Qué otro motivo tendría Steven para llamarla? ¿O había encargado algo y un envío postal le estaba dando problemas? Ellie apretó los labios.

—¿No la vas a escuchar?—gritó Rosemary desde la cocina y dio un sorbo a su vaso.

Ellie tragó y cogió el móvil. No era más que un mensaje de voz grabado. Y aun así, aquello la desconcertó. Steven no pegaba en

aquel lugar. Era una vida completamente distinta, un mundo distinto en el que ella estaba ahora. En las últimas semanas había estado llamativamente callado, ni siquiera había respondido a su mensaje, en el que le contaba que viajaba a Escocia y le pedía que echara el correo que llegara en el buzón de Mira. Había sido casi un alivio, porque podía ser difícil cerrar con el pasado cuando este se te cuela una y otra vez en la rutina. Se llevó el móvil al oído.

—Ellie, soy yo —Steven—, pero eso seguro que ya lo has visto por el número.— Se rió nervioso, y ella casi podía verlo pasarse la mano por el corto pelo oscuro.— Bueno, Ellie, te he llamado porque quería hablar contigo. En las últimas semanas he tenido tiempo para pensar, he podido tomar un poco de distancia del asunto nuestro, porque ya no nos hemos cruzado.

¿No nos hemos cruzado? Más bien quería decir que ya no había tenido la oportunidad de inventarse excusas de pacotilla para verla a todas horas.

—Lo siento, Ellie. De verdad. Todo lo que salió mal entre nosotros. Todo lo que dije o hice, todo lo que te hirió tan profundamente que pusiste ese… bueno, ese punto final. Volvamos a hablar. Por favor. Sobre nosotros. Sobre ti. Sobre mí. No querrás tirar por la borda nuestros años juntos así como así, ¿verdad? Despejemos todos estos malentendidos, ¿sí? Llámame, Ellie. Por favor.

Ellie había dejado de respirar mientras escuchaba sus palabras. ¿Se disculpaba? ¿Después de todos los meses que llevaban separados? ¿Y quería hablar? ¿Despejar malentendidos? ¿Para qué? El corazón le latía desbocado cuando Steven puso fin a su mensaje:

—Nunca he dejado de quererte, Ellie.

Luego el pequeño aparato le pitó al oído, y dejó caer la mano lentamente. No podía ser verdad.

—Te has quedado blanca—dijo Rosemary y quiso ofrecerle un vaso de agua. Ellie dio un salto y se apartó de la frente los mechones sudados. ¿Tenía fiebre o por qué sentía tanto calor?

—Necesito aire fresco—fue lo único que acertó a decir, dejó a la tía Rose con la mirada interrogante y salió de la casa a toda prisa.

¿Por qué no se rendía de una vez Steven? ¿Por qué se torturaba así? ¿Y a ella con él? Nada había cambiado desde que lo dejaron. Nada en sus deseos y expectativas, y nada en los de ella. ¿Por qué no podía enfrentarse a la realidad: a que los sueños que habían compartido antaño se habían hecho añicos y a que hacía ya tiempo que estaban creando los suyos propios y nuevos? Eso era lo que estaban haciendo, ¿o no?

Ellie negó con la cabeza mientras corría por los prados húmedos. Dudaba que Steven se estuviera ocupando de sus propios sueños. Y que aún la quisiera, no se lo había esperado. Tampoco que aquella confesión la desarmara tanto. Ella no odiaba a ese hombre con el que había crecido y con quien antaño había compartido todos sus secretos y deseos. Habían sido una sola cosa. Cómplices. Ellie y Steven, sin más.

Pero no como Ellie y Graham.

El corazón se le tropezó ante aquel pensamiento inesperado. Ella había querido a Steven, y había estado dispuesta a quedarse con él hasta el fin de sus días. Si él se lo hubiera pedido. Si no hubiera sucedido que todo lo que una vez los unió estallara un día como pompas de jabón.

Y luego estaba Graham. Sin la carta de Archie nunca habría vuelto a Fallbury, y ese hombre no se le habría metido en la cabeza como, por ejemplo, lo estaba haciendo en ese mismo instante. ¿Qué habría pasado si nunca hubiera dejado Escocia? ¿En qué se habría convertido su vida? ¿Y su amor por aquel chico desgarbado de rizos castaños y un sinfín de pecas en la nariz?

Ellie se dejó caer sobre la hierba al borde del acantilado y cerró los ojos. Un viento helado le alborotó el pelo y se le coló por la piel, dejando a su paso un rastro de piel de gallina.

—¿Ellie?

Se dio la vuelta de golpe. La tía Rose avanzaba despacio por el prado. Cojeaba solo un poco, pero el sendero irregular evidentemente le estaba pasando factura. Ellie se enjugó a toda prisa las mejillas. El frío en ellas le había hecho tomar conciencia de que estaba llorando. ¿Lágrimas de frustración porque Steven no aflojaba? ¿Lágrimas de una melancólica punzada porque quería cerrar al fin en paz la etapa que había compartido con él —que en su día había disfrutado— y él no la dejaba? ¿O eran lágrimas de recuerdos abrumadores de todos los veranos de su infancia que se abatían sobre Ellie desde que había vuelto a poner un pie en Rose Cottage?

Cuando sintió la mano de la tía Rose en el hombro, soltó el aire que, al parecer, había estado conteniendo. Se puso en pie a toda prisa, se limpió los últimos restos de lágrimas de las mejillas e intentó regalarle a su tía una sonrisa que, sin embargo, se desvaneció antes de cuajar.

—¿Qué te pasa, hija?—La voz de Rosemary era inusualmente cálida y apremiante, y al mismo tiempo tan familiar y reconfortante como Ellie la había guardado en lo más hondo todos aquellos años.

—A veces me gustaría poder vivir como tú aquí fuera, en esta soledad. Así te ahorras más de un drama de la vida.— La mirada de Ellie se perdió en la lejanía, y la tía Rose soltó una risa extraña. Una que Ellie no le había oído jamás. Sonó falsa. Afectada. Y excesivamente exagerada.

—¿Un hombre, eh? —concluyó ella, y Ellie soltó un suspiro—. ¿Graham?

—¿Qué?

—Bueno. Tienes que admitir que la idea se impone. Puede que sea mayor, pero no estoy ciega. Las palabras de Rosemary hicieron que a Ellie se le saltaran de nuevo las lágrimas, y se dio la vuelta. Su tía, sin embargo, ya lo había visto. —Perdona, no quería...

—No, no. No es por Graham.

¿Y entonces por qué me cuesta tanto mantenerlo al margen de todo esto? ¿Por qué me siento tan libre desde que he vuelto a Fallbury? ¿Puedo volver a respirar? ¿Sé, con cada día que pasa, más quién quiero ser y adónde pertenezco?

—O, al menos, no tiene que ver solo con Graham —añadió—. No sé qué es. Salvo ridículo. Sí, es ridículo, y aquí estoy lloriqueando como un bebé. Dejó escapar una risita nerviosa y sorbió por última vez antes de volverse de nuevo hacia su tía abuela. Mientras tanto, tía Rose había avanzado hasta el borde del acantilado. El viento inflaba su vestido desvaído mientras se rodeaba el torso con los brazos.

—Ningún lugar del mundo puede protegerte de que otras personas te hagan daño, Ellie. Ni siquiera uno como este. Tía Rose apretó los labios y mantuvo la mirada fija en el mar. Las olas rompían mar adentro y avanzaban espumosas hacia la costa.

—¿Qué quieres decir con eso, tía Rose?

Por fin, Rosemary volvió a mirarla. —Creo que va siendo hora de enseñarte algo. La tomó del brazo y la llevó, suave pero con decisión, por el prado en dirección a la casa. Nada más entrar en la casa, se dirigió sin vacilar a su dormitorio. Ellie la aguardó en el rellano de la escalera, pensando que solo iba a coger algo y enseguida volvería con ella, pero Rosemary se detuvo a media acción. —¿Vienes?

Ellie alzó la vista, sorprendida. —¿Tengo que...? Señaló con un leve gesto de cabeza la zona de la casa que desde siempre había sido tabú para ella.

—Antes de que cambie de idea —dijo Rosemary en voz baja, y Ellie la siguió con el corazón desbocado. De niña, a veces se había imaginado que al otro lado de la puerta vivían seres fabulosos que tía Rose mantenía ocultos. Una vez, Ellie incluso quiso alimentar a las hadas, los elfos y los gnomos con los restos de sus tartas y empujó las migas por debajo de la puerta. Menudo lío se armó.

Cuando por fin cruzó el umbral y miró por primera vez el reino privado de tía Rose, se sintió francamente decepcionada. Parecía un dormitorio de lo más normal, amueblado con una gran cama de matrimonio anticuada, cubierta con demasiados cojines, dos armarios de roble oscuro de distinto tamaño, un precioso secreter ornamentado que parecía de otra época, gruesas cortinas pesadas en las ventanas y un espejo. Nada del otro mundo. Si no fuera porque era el cuarto de Rosemary Bell. Al fijarse mejor, Ellie vio los marcos. En la mesilla, en la pared sobre la cama, sobre el secreter, dentro de los armarios: marcos de todos los tamaños y formas. Pero no todos tenían fotos.

—¿Puedo? —preguntó en voz baja, antes de internarse más en el dormitorio de Rose. Se le notaba a su tía abuela lo mucho que le costaba aquello. Con cautela, Ellie fue avanzando paso a paso. Cuanto más se acercaba a los marcos, más distinguía su contenido. Algunos mostraban fotos antiguas; otros, papelitos con notas apenas legibles. Ellie apenas los ojeó antes de centrarse en el marco de latón labrado de la mesilla. Estaba sobre un pequeño tapete. Los bordes estaban gastados, como si alguien lo hubiera tenido entre las manos infinidad de veces. Lo levantó con cuidado.

La foto mostraba a una pareja joven. La mujer llevaba un vestido largo y vaporoso. Ondeaba al viento, igual que su pelo, que le ceñía el cuerpo. El hombre a su lado le sujetaba la mano y la miraba ensimismado. Ella tenía los ojos cerrados y parecía ofrecer la nariz al viento; en los labios de él se dibujaba una sonrisa cálida. Detrás de ellos estaba el mar, y alrededor de sus pies descalzos se enroscaban olas mansas. La foto captaba un momento muy privado entre aquellas dos personas. Casi íntimo.

Ellie volvió a bajar el marco. —¿Quién es?

Tía Rose se acercó y se sentó junto a Ellie en la cama, respirando con dificultad. Luego cogió la foto y la contempló en silencio durante un rato. —Esa soy yo —susurró al fin.

—¿Tú? Ellie intentó encontrar en los rasgos de la joven algún parecido con tía Rose, pero no lo consiguió. Quizá porque no miraba

a la cámara. O quizá porque aquella vitalidad, aquella alegría de vivir de la mujer de la foto no se parecía en nada a la Rosemary Bell que Ellie conocía.

—¿Y él quién es? Señaló al hombre junto a la joven Rosemary, que la miraba tan enamorado. En ese mismo instante, a Ellie se le quedó el aire atascado en la garganta, porque de pronto supo quién era aquel hombre.

—Es Angus Bellham —dijo Rose, con la voz tomada.

—¿El Angus al que yo...?

—… utilizaste como cebo, sí. Pero probablemente no tenías ni la menor idea de quién era, ¿verdad?

Avergonzada, Ellie bajó la mirada. —Tía Rose, lo siento muchísimo. No sabía que ese hombre había sido tan importante para ti.

—Sí, sí lo sabías. Las palabras de Rosemary fueron duras y frías, y hicieron que Ellie diera un respingo. —Tenías que saberlo, porque si no, no lo habrías mencionado; y porque, de lo contrario, yo no habría salido de esta casa. Dime, ¿quién te reveló su nombre?

Por un instante, Ellie volvió a sentirse como la niña pequeña que empujaba migas de tarta por debajo de la puerta y se llevaba una bronca por ello. Bajó la mirada, azorada, hacia sus dedos. —Dra. Erin Baxter.

—Ah —dijo tía Rose—. No se me habría ocurrido. Pero ahora que lo dices… Fue una de las pocas que ya estaban aquí por entonces. Las que lo vieron todo.

—¿El qué? ¿Qué fue lo que vio?

Rosemary le devolvió a Ellie el marco de fotos, y esta dejó que su mirada se deslizara de nuevo por la fotografía, que irradiaba tanta complicidad. Como si ella misma estuviera allí, en la playa, junto a aquellas dos personas; así de intensamente podía percibir la dicha. Oír su risa, ver el mar y sentir el viento en la piel.

—Angus Bellham era un jornalero y pescador. Si no iba de bahía en bahía con su pesquero, se buscaba la vida con chapuzas. Era un

hombre increíblemente talentoso. Un artesano de los pies a la cabeza. Amaba trabajar la madera y, cuando no estaba aquí, siempre se le encontraba abajo, en el puerto, donde pasaba horas trasteando con su barco. La pasión por el oficio y el amor por la pesca a menudo se estorbaban. Si hacía una cosa, le faltaba la otra. Era un alma inquieta —tía Rose suspiró—. Pero eso entonces yo aún no lo sabía.

—¿Era huésped?

Una sonrisa tímida asomó a la boca de Rosemary. Luego abrió el marco y sacó la foto de debajo del cristal. Se la tendió a Ellie, que la volteó con el corazón en un puño y leyó la nota del reverso:

– Angus y Rose —

Verano de 1974

Fallbury

—Ese verano empezamos a construir Rose Cottage. Angus fue uno de tantos que pasaron aquí casi un año entero. Aquí arriba. Trabajaban día y noche para insuflarle a la casa ese encanto y esa singularidad que yo siempre había imaginado. Prácticamente vivíamos en aquella obra. Angus, algunos otros obreros y yo también. Unos doce meses después abrí. Fue una época maravillosa. Y todo fue deprisa. Entre él y yo. Una mirada, una sonrisa, y caí rendida. Así era Angus. Tenía el poder de hechizarte, y tú te dejabas de buen grado. Porque casi no había nada más hermoso. Angus sabía contar historias, y sabía cantar. A veces nos sentábamos abajo, en la playa, y tocaba una guitarra vieja. Las notas sonaban torcidas y desafinadas, pero su voz… su voz era suave y cálida. Como si el viento de verano la hubiera llevado con las olas directamente hasta mí y se me hubiera metido en el alma. Nunca volví a escuchar nada más hermoso. Nos enamoramos perdidamente. Más o menos como el mar azota los acantilados en noches de tormenta. Fue vertiginoso, emocionante, embriagador. Todos en el pueblo nos conocían. Angus,

el pescador con unas dotes artesanas fuera de lo común, y yo, Rosemary, la loca jovencita que quería abrir un bed-and-breakfast aquí arriba, en los acantilados. La gente se reía por lo bajo; algunos quizá porque nos envidiaban. Éramos uno, Ellie. Tan unidos que nadie habría pensado que algo pudiera separarnos —tras estas palabras insólitamente francas, tía Rose enmudeció, antes de mirar de reojo a Ellie—. Como Graham y tú —añadió luego, y Ellie se tragó el nudo que tenía en la garganta. No podía negar que la idea ya se le había pasado por la cabeza mientras escuchaba a Rosemary.

Su tía tomó la foto y la volvió a meter en el marco antes de dejarlo de nuevo sobre la mesilla. Rara vez la había visto Ellie tan abierta y tan diáfana como en ese momento.

—Todas estas fotos son de entre 1974 y 1975. Y estos mensajes… —Rosemary fue hasta el secreter y cogió un marco pequeño que contenía una nota con una letra temblorosa—. Estos mensajes son de él. A Angus le encantaba dejarme pequeñas notas. Me las encontraba por todas partes. En mi cama, bajo mis zapatos, en los bolsillos de las chaquetas, incluso fuera, en el parterre. Las escondía y disfrutaba cuando yo las encontraba al cabo del tiempo y sus palabras me envolvían como un abrigo cálido en la tormenta invernal más fría.

Ellie le quitó el marco y trató de descifrar la letra menuda. El tiempo ya había desvaído la tinta, pero aún podía leerse lo que Angus había escrito:

Ámame hasta el final del arcoíris, y te mostraré el camino hacia el sol, A.

—¿Son todos de él? —preguntó Ellie, abrumada, señalando los numerosos marcos llenos de notas.

Tía Rose asintió y sonrió con tanta calidez que el corazón de Ellie dejó de latir un instante. Sabía perfectamente cómo se sentía eso.

—Pero no todas son tan profundas. En algunas solo pone que se va a comprar pan. O que su cesto está lleno de ropa sucia —Rosemary se echó a reír con una libertad como quizá Ellie nunca le había oído. Los recuerdos despertaban a la chica joven que aparecía en las fotos—. No era poeta, Ellie, pero lo que escribía, lo escribía con amor. Por eso he guardado todas sus palabras.

Ellie sonrió ensimismada, porque le parecía preciosa la idea de guardar las palabras de una persona. Y, al mismo tiempo, se entristeció. Al mirar los papeles amarillentos de los marcos y a su tía Rose, comprendía que ni aquellas palabras tan bonitas ni los recuerdos aún más hermosos podían detener el destino. Algo tuvo que pasar, porque Angus no estaba allí. Y tía Rose nunca había dicho una palabra sobre él; en su lugar, lo había encerrado en aquella habitación, como si pudiera detener el tiempo dentro.

—¿Dónde está hoy? ¿Qué ha pasado? —preguntó Ellie con todo el cuidado posible, porque temía traspasar una frontera invisible.

Tía Rose cruzó las manos en el regazo. Guardó silencio. Respiró con dificultad. Luego susurró: —No lo sé.

A Ellie no se le ocurrió nada que decir, nada que pudiera estar a la altura de aquel dolor en la voz de Rosemary. Guardó silencio hasta que su tía encontró fuerzas para seguir hablando.

—Cuando abrí Rose Cottage, él se fue. Ya no había trabajo para él. Al menos eso dijo que era la razón. Pero creo que fue el amor por la libertad. Angus decía siempre que el mundo estaba hecho de tantos lugares, ¿por qué iba a pasar su vida en uno solo? Y de alguna manera podía entenderlo, aunque me rompiera el corazón. Cuando zarpó en septiembre de 1975, me prometió allí abajo, en el puerto, que volvería cada verano con los pescadores para ver cómo estaba. Y yo le creí. Tenía arena en el pelo y los labios ásperos por el viento frío. Pero sus besos eran tan cálidos como la más hermosa lluvia de verano, y yo me perdí en ellos. Cuando desapareció en el horizonte, me sequé las lágrimas y me volqué en el trabajo. La aventura de Rose Cottage me esperaba, y me ilusionaba, aunque eché de menos a Angus a cada segundo. En secreto contaba las horas, sí, casi los

minutos, hasta que en junio los pesqueros asomaban en el horizonte y en el puerto los habitantes los recibían entre grandes alharacas. Yo era una de ellos. Gritaba, aplaudía, cantaba con ellos. Y al final fui la única que volvió del muelle sin un hombre. Rosemary cerró los ojos. —Angus Bellham nunca volvió.— Se enjugó a escondidas una lágrima del rabillo del ojo y se volvió a un lado.

Torpe, Ellie le pasó un brazo por encima y apoyó la cabeza en el hombro huesudo de su tía abuela. —¿Le ha pasado algo?

Entonces Rosemary se echó a reír. Pero no fue una risa libre. Fue afilada como un cuchillo y llena de dolor. —Oh, sí, niña. Le sucedió el amor. Pero no el amor por mí.

—¿A qué te refieres?

—Verano tras verano me sentaba abajo, en el puerto. Le esperaba. Año tras año. Al principio, en primera fila, en el borde del muelle. Era de las más ruidosas. Llamaba y vitoreaba a los barcos de pescadores. Con el tiempo, me perdí entre la multitud. Hasta que, en algún momento, ya solo me quedaba al final de la calle y apenas podía soportar, pero tampoco podía perderme, la llegada de los barcos. La esperanza siempre estuvo ahí, y yo estaba segura de que un día volvería. Hasta que me habló un conocido suyo. Debió de ser ya a mediados de los ochenta, unos diez años después de su partida. Ya no recuerdo el nombre del hombre, pero dijo que me veía esperando. Año tras año. Y que tenía que decirme algo: que Angus había encontrado a una mujer cerca de Edimburgo. Que ahora estaba casado, incluso tenía un hijo pequeño. Que ya nunca volvería conmigo. Desde ese día dejé de esperarlo en el puerto. Pero aquí arriba, sí. En esta habitación. Aquí esperé siempre. La gente de Fallbury se burlaba de mí por lo bajo. Me llamaban la viuda solitaria, aunque él no estaba muerto, pero probablemente yo parecía comportarme como si lo estuviera. Algunos se reían de mí. Los que no le conocían hablaban a mis espaldas diciendo que estaba chiflada. Y empecé a cerrarles la puerta de mi vida. A apartar sus preguntas y a construir este pequeño reino aquí. El único lugar en mi vida que guarda las pruebas de que Angus existió de verdad. Que

no se ha ido del todo. Y que no estoy loca. Nunca dejé entrar a nadie en esta habitación. ¿Por qué, te preguntas? Porque no quería que ni una sola mirada, ni un solo pensamiento, ni una sola palabra pudieran destruir esta ilusión de él y de mí. No quería saber que había elegido conscientemente no estar conmigo. ¡Que se había olvidado de mí! No estaba preparada para preguntas que no podía responder. Lo único que sé hasta hoy es que se fue. Y que encontró un lugar capaz de retenerlo. Que le dio vida y amor. Algo que aquí no encontró. Algo que me dijo que no podría encontrar en ninguna parte. He tardado mucho en entender de qué tenía que ser realmente libre, Ellie. Tía Rose la miró con los ojos anegados en lágrimas. —Tenía que ser libre de mí.

En ese momento se vino abajo. Su cuerpo enclenque se encorvó bajo el peso del dolor, y un torrente de lágrimas contenido durante mucho tiempo afloró a la superficie. Sacudida por los sollozos, se derrumbó en los brazos de Ellie, y ella sujetó con fuerza a su tía, la meció, le acarició la espalda, mientras ya no podía contener sus propias lágrimas.

Cuánto tiempo estuvieron así, Ellie luego no supo decirlo. Pero cuando las lágrimas se agotaron, Rosemary inspiró hondo una vez y se enderezó despacio. Tenía un aspecto tan cansado y exhausto que a Ellie casi se le partió el corazón.

—No lo cometas, ese error, hija —susurró en voz baja, y Ellie no supo a qué se refería. Ante su mirada interrogante, Rosemary prosiguió—: Ser para alguien algo que no eres. Vivir una vida que no te pertenece. No hagas eso, Ellie. En ello solo te pierdes a ti misma.

Ellie tragó saliva. —Pero por Graham yo nunca tendría que…

Rosemary le cogió la mano a Ellie y negó con la cabeza. —Pero por ese alguien que te hizo salir corriendo de casa hace un rato quizá sí, teniendo en cuenta que una sola llamada te hizo sufrir así.— Luego le sonrió a Ellie con aire de abuela. —Pero tienes razón. Por Graham no tendrías que retorcerte. Hay que encontrar a la persona que encaja con uno, Ellie. Cuya alma lleva un pedazo de la propia y que abriga los mismos deseos y sueños. Y cuando la has encontrado, no

debes dejarla marchar jamás. Esta dicha es un regalo. Si no se tiene cuidado, si no se aferra, el viento la toma y se la lleva sin más. Y todo lo que queda es este silencio. Un silencio ruidoso, ensordecedor.

La mirada de Rosemary se oscureció cuando se deslizó por todos los recuerdos de las paredes y de los armarios. Luego se levantó y, respirando con dificultad, se arrastró hasta la puerta. Ellie se quedó sola, sentada en la cama.

Capítulo 15

Querido Steven,

he recibido tu mensaje de buzón de voz y, con esta carta, quiero compartir contigo lo que pienso. Sé que te parecen anticuadas, pero necesito la calma para poder decir por fin lo que hay que decir.

Llevo ya cuatro semanas en Escocia y estoy disfrutando cada momento. Aquí fuera, en las colinas de Fallbury, he conseguido volver a sentirme completa. Algo que en Alemania hacía ya tiempo que no lograba.

Durante mucho tiempo pensé que la principal razón del fracaso de nuestra relación había que buscarla en ti. Sería fácil afirmarlo, pero con el tiempo me he dado cuenta de que los dos hemos contribuido. En algún momento de los últimos años empecé a cerrarme contigo. Tenía dentro una añoranza insaciable. ¿De qué? Con palabras me costaría explicártelo. Es una forma de vivir. Algo que en Berlín no puedo encontrar en ninguna parte. En nadie. Es algo que solo yo puedo darme y que hace muchos años tuve que dejar atrás en Escocia. Se trata de calidez, cobijo, una comprensión silenciosa y la sensación de libertad. Sé que todo eso no va mucho contigo. No es así como piensas ni sientes y, ¿sabes qué, Steven? Está perfectamente bien.

Hemos pasado juntos un tiempo bonito e intenso. Pero nuestros caminos tenían que separarse para que ambos podamos ser fieles a nosotros mismos. Va de quiénes somos de verdad, y eso hay que preservarlo.

Agradezco tu franqueza y sinceridad en tu mensaje, pero no cambia mi decisión. Somos demasiado distintos como para que no tuviera que estar siempre uno de los dos doblándose por el otro. Yo no quiero eso, y sé que, en el fondo de tu corazón, tú tampoco lo

quieres. En algún lugar ahí fuera hay alguien esperándote, alguien que quiera compartir contigo la vida que tanto te gusta, porque a ella le gustará igual que a ti.

Pero yo no soy esa persona.

Lo siento.

Te deseo todo lo mejor.

Con cariño,

Ellie

Sin releer ni siquiera por encima sus palabras, Ellie metió el papel en el sobre y lo cerró. Luego se levantó de la roca en la que había estado sentada, guardó bolígrafo y bloc de notas en el bolso y subió por la calle hacia el supermercado.

Al entrar en la tienda, la joven dependienta Grace, detrás de la caja, levantó la vista. —Ah, ya estás de vuelta—dijo sonriendo y se adelantó hacia Ellie—. ¿Buscas más plantas para el cottage?

Ellie negó con la cabeza, y Grace se inclinó hacia ella para decirle en un susurro, con la mano tapándose la boca—Rosemary Bell ha estado de verdad otra vez aquí abajo, en el pueblo. ¿Cómo lo has conseguido?

Un poco cortada y a la vez divertida por la curiosidad de la dependienta, Ellie esbozó una sonrisa.

—La verdad es que yo misma me lo pregunto a menudo. Pero parece que corre rápido la voz de lo que pasa en Rose Cottage—

—¿Bromeas? Hubo una época en la que Rose Cottage era la carta de presentación de Fallbury. Pero apenas me acuerdo; debe de hacer una eternidad. Pregunta sin miedo a los más mayores, ellos sí que podrían contarte historias.

Ellie se rió.

—Vale, lo haré. Gracias, Grace.

—Cuando quieras. —Entonces le tendió la mano a Ellie.

—Eres Ellie, ¿verdad?

—Difícil guardar aquí fuera algo para una misma. —Sonriendo, Ellie estrechó la mano de Grace.

—Créeme, es lo primero que aprenden quienes huyen de la gran ciudad a la soledad. Aquí, de sola, nada. —Grace se sopló un rizo castaño rojizo para apartárselo de la cara y se puso las manos en las caderas, menudas—. Entonces, Ellie, ¿qué necesitas hoy?

—Un sello para Alemania.

—¿Nada más?

—No, con eso es más que suficiente.

Grace volvió a la caja y, cuando Ellie hubo pagado, se despidió de la joven amable. Empezaba a acostumbrarse otra vez a que todo el mundo la reconociera por la calle. Ya solo unos pocos vecinos la miraban aún de lejos. Ahora más de uno le lanzaba un saludo desde su barco; otros pitaban cuando pasaban con el coche junto a Ellie, y los siguientes hacían repicar con ganas el timbre de la bicicleta. Echaba de menos ese calor humano. Justo eso quería contarle a Steven, pero le habían faltado las palabras para expresar lo que quería decir.

Después de dirigirse al buzón frente al supermercado y echar la carta, Ellie volvió por el camino que pasaba junto al puerto. Aquel día había ido a pie a Fallbury, había dejado volar sus pensamientos, los había recogido de nuevo antes de sentarse en la roca junto al mar y escribir la carta. Era uno de esos pocos días de verano realmente calurosos. Solo la brisa suave estaba fresca, pero no le molestaba. El sol le cosquilleaba con fuerza en los brazos.

Mientras pasaba junto al puerto, absorta en sus cavilaciones, oyó de pronto un silbido a su espalda.

—¡Ellie! ¡Eh, Ellie, espera!

Sobresaltada, se dio la vuelta y vio a Graham saltar de un barco al embarcadero y correr hacia ella. Sus rizos cortos relucían húmedos

al sol y, en lugar de su ropa de granjero de siempre, llevaba pantalones cortos y una camisa que ondeaba abierta sobre el torso desnudo. Ellie se sonrojó al instante y bajó la vista, cohibida.

—Graham, hola… No te había visto.

Él cruzó los brazos sobre el pecho y le dedicó una sonrisa.—No me extraña, llevabas esa mirada soñadora; podía reconocerla incluso desde allí atrás. Ya de pequeña estabas siempre en tu mundo. Podía caer una bomba a tu lado.

—Estás exagerando un pelín —dijo Ellie, divertida—. Qué bien se te quedaron grabadas esas cosas de mí. Con ese pensamiento, notó que aún la asaltaba un calorcito más.

—¿Tienes algo importante que hacer? —preguntó él, y Ellie le lanzó una mirada de sorpresa.

—¿Quieres decir, además de salvar un bed-and-breakfast y, de paso, intentar mantener a raya los cambios de humor de la tía Rose? —dijo con una sonrisa.

No le había contado a nadie la confesión de Rosemary y su inesperada franqueza. Guardaría el secreto de Angus y Rose como si fuera propio. Aquella situación casi íntima entre su tía abuela y ella las había acercado a otro nivel. Rosemary no era mujer de muchas palabras, pero, si conseguías ganarte su confianza, podías establecer con ella un vínculo que iba más allá de cualquier palabra de este mundo.

—Solo he llevado algo al buzón y pensaba volver al cottage andando.

Graham la recorrió de arriba abajo con la mirada y no dejó de sonreír.

—¿Qué… qué pasa?—preguntó ella, riendo y, al mismo tiempo, volviendo a sonrojarse. Notaba su mirada como una caricia suave, y casi se le iba la cabeza.

—¿Te apetece una pequeña excursión? —preguntó él, señalando hacia el puerto.

—¿Dices que ese barco de ahí atrás es tuyo?

Graham asintió y entornó los ojos hacia el sol.—Días como este hay que aprovecharlos, ¿no te parece?

Ellie no tuvo que pensárselo mucho. Salir al mar con Graham era algo con lo que, en secreto, llevaba soñando una eternidad.

—¿Cómo pasó tu sueño de un barco pesquero a ser un velero? —gritó Ellie hacia la cabina, en la que Graham había desaparecido, después de que se hubieran hecho a la mar un trecho y ahora se dejaran mecer suavemente cerca de una cala. El viento era tan flojo que el barco apenas se movía. Ellie dejó que su mirada se deslizara por el mar terso. Jamás había visto el agua en la costa de Fallbury tan tranquila y satisfecha. Pero ella misma también sentía una calma profunda mientras estaba sentada en cubierta y alzaba el rostro al sol.

—Toma. Para que no te me deshidrates. —Graham le tendió una botella de agua fría y se sentó a su lado. Olía a mar, y los rayos del sol le chispeaban en los ojos.—Digamos que esta preciosidad necesitaba un nuevo hogar. Así que he enterrado temporalmente mi sueño del pesquero.

La visión de los hoyuelos en sus mejillas aceleró el pulso de Ellie. Podía sentir la vibración profunda de su voz cálida; lo tenía tan cerca. Desde la noche en la escalera del cottage, cuando habían celebrado las buenas noticias del encargado de las obras, rara vez habían estado solos, y en ese instante Ellie se dio cuenta de cuánto lo había echado de menos. La cercanía de Graham contribuía enormemente a que ese bienestar que sentía desde que había vuelto creciera y prendiera dentro de ella. También las palabras de Rosemary se lo habían hecho ver de nuevo. No quería seguir resistiéndose. Y quizá ya ni siquiera podía.

Cuando Graham se volvió hacia ella y vio la sombra de barba en sus mejillas y en la barbilla, sintió el impulso de deslizar los dedos por su piel, y enseguida bajó la vista al agua, avergonzada.

—¿Qué ha hecho de la pequeña y descarada Ellie Bell una persona tan seria? —preguntó en voz baja, y ella parpadeó mirándole de reojo.

—¿A qué te refieres?

—Pues… —dijo Graham, apoyando la cabeza en los brazos y mirando a lo lejos—, antes eras tú quien traía la ligereza a Fallbury para mí. ¿Por qué no se me va de la cabeza que ahora soy yo quien tiene que devolvértela?

—¿Te parece que he cambiado tanto? —preguntó, sobresaltada, y en los labios de Graham se dibujó una sonrisa suave y ladeada.

—No —respondió muy quedo—. No, en lo más hondo de ti. Solo es más difícil que entonces acceder a esa ligereza.

Aunque sabía a qué se refería, sus palabras la apesadumbraron. Por supuesto, Ellie misma había percibido que la vida adulta había complicado algunas cosas. Ya no era la niña pequeña que se olvidaba constantemente de pensar antes de hablar. Ahora probablemente pensaba demasiado antes de hablar y se guardaba demasiadas palabras.

—Creo que, a veces, me desbordan todos los recuerdos de este lugar. Quiero decir, ya ha pasado la mitad del tiempo. En cuatro semanas me habré ido otra vez, y estoy intentando a la vez poner en orden mi vida, afianzar la relación con mi tía, no decepcionar a mis padres, pensar en mi futuro en Alemania y… —Se calló en seco.

—¿Y? —preguntó Graham, mirándola con tal intensidad que a ella le entró frío y calor a la vez.

—Y averiguar en qué se han convertido la pequeña Ellie y el desgarbado Graham —susurró, y por primera vez le dijo a él lo que le cruzaba la cabeza y el corazón.

—¿Y si en realidad no se han convertido en nada distinto? ¿Y si solo han crecido y el resto sigue siendo igual?

Ellie tuvo la sensación de que Graham se había acercado otro poco. Sorprendida de lo fácil que le resultaba, cerca de él, decir en voz alta lo que tanto la removía, habría apoyado la cabeza en su

hombro. Pensamientos y sensaciones que hasta entonces no había sabido ponerse en palabras se le ordenaban en un todo cuando estaba con él. Era asombroso, un poco inquietante y, al mismo tiempo, indescriptiblemente intenso.

—¿Es siquiera realista?

—¿Te parecía realista el mes pasado que hoy estuviéramos aquí sentados?

Ellie soltó una carcajada. —Eso ni siquiera me parecía realista hace un rato.

—Ya ves.

Graham le guiñó un ojo, se levantó y le tendió la mano. Cuando Ellie dejó que la suya se deslizara en la de él y se dejara alzar, le ardieron las mejillas tanto que estuvo a punto de apartarse enseguida. Graham la sujetó y la atrajo contra sí. Tan cerca, que su aliento cálido le rozó el lóbulo al hablar. Un escalofrío la recorrió.

—Averigüemos en las próximas cuatro semanas qué queda de entonces —susurró; alzó la mano y su índice le rozó la sien a Ellie—. Menos de esto —murmuró mientras le acariciaba la mejilla y le bajaba por el cuello hasta la altura del corazón—. Más de esto.

Ellie tembló al inclinarse un poco hacia atrás para poder mirarlo. Nunca lo había tenido tan cerca. Su mirada recorrió su rostro, sus cejas oscuras, las pestañas largas y su piel áspera, curtida por el viento y el tiempo. ¿Podía oír cómo se le desbocaba el corazón? ¿Lo sentía allí, justo bajo su dedo, que aún reposaba sobre ella?

—Vale —articuló sin aliento, y en las mejillas de Graham danzaron los hoyuelos de los que se había enamorado dieciocho años atrás. Apoyó la frente en la de ella. Olía el sol en su piel.

—Entonces hay una cosa que sí quiero saber ahora —dijo, y la sonrisa se le coló en cada palabra hacia ella.

—¿Qué?

Entonces se separó de ella, y con un movimiento ágil se quitó la camisa, el pantalón corto y los zapatos, y echó a correr hasta el otro

extremo del velero. —Si la pequeña loca Ellie Bell sigue dentro de ti —gritó, y, lanzándose al aire entre júbilos, cayó de un salto al agua.

—¡Graham! —gritó Ellie y echó a correr tras él. Se detuvo en la borda y esperó a que volviera a salir a la superficie.

—¡Graham? ¡No he traído bañador!

Nada. Ni respuesta. La mirada de Ellie vagó, buscando, sobre el agua.

—¿Dónde te has metido?

Quería asustarla. Picarla, como tantas veces había hecho antes. De eso estaba convencida a pies juntillas. Pero, cuando dos minutos después no apareció por ninguna parte, su corazón empezó a desbocarse.

—¿Graham? —volvió a llamar ya con la voz bastante insegura y se desnudó a toda prisa—. Joder, más te vale que esto sea solo una broma pesada. Arrojó la camiseta y la falda a la cubierta y se tiró —solo en ropa interior— al agua. El frescor la envolvió con una intensidad que parecía llevar esperándola una eternidad.

Cuando volvió a la superficie, se apartó el pelo mojado de la cara y miró a su alrededor, frenética. Graham no se veía por ninguna parte. El agua a su alrededor solo se movía por el braceo de ella.

—¡Para ya, por favor! —gritó.

Hasta la orilla no había mucha distancia. ¿Quizá hubiera bancos de arena bajo ellos en los que él se hubiera dado de bruces? Ellie braceó presa del pánico.

—¡Graham! ¡Graaahaam! —gritó, cuando dos manos la agarraron y la hicieron girar en redondo.

—Así que gritar sigues sabiendo igual de alto que antes.

Ella lo miró, indignada. —¡Idiota, me he preocupado!

—Lo siento, solo quería picarte un poco —se disculpó, pero la sonrisa pícara en sus labios le hizo sospechar que no iba muy en serio con su disculpa.

—Ahora vas a ver qué lado oculto has despertado en mí. —Se impulsó hacia atrás en el agua, alzó los pies y pataleó tan salvajemente que una fuente de agua empapó a Graham.

Él sacudió sus rizos mojados bajo el agua salpicaba y rompió a reír a carcajadas. —¡Ah, ya verás!—con unas pocas brazadas poderosas estuvo a su altura. Riéndose, ella intentó alejarse nadando, pero en un santiamén él la alcanzó y le ciñó la cintura con los brazos. Cuando la atrajo hacia sí, ella seguía riendo. Tan despreocupada como hacía mucho. El agua enfriaba su piel ardiente, mientras el sol le quemaba la cara. Sin pensarlo, le rodeó el cuerpo con las piernas.

Una de sus manos descansaba en la parte baja de su espalda; la otra, más arriba, entre sus omóplatos. La sostenía como a un tesoro precioso y la miraba del mismo modo. Su aliento inquieto le resbalaba por las mejillas. El agua chapoteaba alrededor de sus hombros cuando Ellie pasó las manos por su pelo espeso y mojado. Vio cómo la piel de gallina le trepaba por el cuello y sintió la suya propia en los brazos.

—Eres aún más guapa de lo que jamás pude imaginar —susurró Graham, y su mirada se deslizó de su rostro por su pelo alborotado hasta sus hombros.

Ellie sonrió con dulzura. —Y tú has conservado tus pecas. Cada una de ellas, solo más pálidas —suspiró, y le acarició con cuidado el puente de la nariz. Graham cerró los ojos, y el agarre alrededor de su cuerpo se volvió al instante más firme.

—Dios, Ellie… —suspiró, y la apretó tanto contra sí que pudo hundir el rostro en su cabello húmedo. Ellie temblaba como un flan. Cuando Graham se dio cuenta, se apartó de ella con suavidad.

—Tienes frío.

—No, es…

—Ya lo sé —susurró, y le besó con ternura la punta de la nariz. Ellie cerró los ojos y no los abrió de nuevo hasta que los labios de Graham hacía ya rato que habían dejado de tocarla.

Sus labios, su cercanía… Buscó palabras, algo que expresara lo que en ese instante le estaba ocurriendo. Pero solo encontró una mirada intensa y una sonrisa tímida, profundamente conmovida. Era como si el agua la cobijara. Como si la sostuviera, la protegiera. Como si por fin los uniera en ese momento, permitiéndoles una forma de intimidad que en tierra no se concedían.

Pero cuando Graham miró por encima de su hombro, su expresión cambió de repente. Al instante Ellie se dio la vuelta y se asustó. —¡El barco! —exclamó, al comprobar lo lejos que se había alejado ya de ellos. ¿O se habían alejado ellos?

Graham rió un poco ronco. —No te preocupes, no hay ninguna tormenta. Pero no deberíamos esperar más, o sí tendremos que nadar hasta la orilla. Juntos se pusieron en marcha y alcanzaron el velero más rápido de lo que Ellie había temido. Graham subió por la escalerilla de baño antes de ofrecerle la mano. Mientras la sacaba del agua, su mirada cayó sobre el nombre del barco en la proa.

—¿La *Diamond*? ¿Cómo se te ocurrió?

Graham le tendió una toalla grande, que ella se echó sobre los hombros. Entonces él se quedó inmóvil a medio gesto y bajó la vista hacia ella.

—¿Te acuerdas de cuando nos sentábamos allí detrás, junto al agua, y hablábamos de que algún día compraría un barco para poder pasar todo el verano en el mar?

Ellie sonrió con melancolía. —Fue nuestra primera fiesta del puerto. El señor Grisham nos dejó ver los fuegos artificiales desde su pesquero aquella noche.

Graham asintió. —Sí. Los fuegos artificiales que sobre el mar a ti siempre te parecían una alfombra de innumerables diamantes.

Ellie se quedó helada, y su mirada se cruzó con la de Graham. Qué intensamente la miraba. —¿La has bautizado por… por ese recuerdo?

—Por el recuerdo de ti. —La sonrisa que él le regaló antes de dedicarse a la vela llenó a Ellie de un cobijo que había creído no volver a encontrar jamás.

Capítulo 16

Cuando Ellie regresó al atardecer al cottage, su largo pelo rubio seguía húmedo. Se le iba secando en suaves ondas sobre la espalda.

—¿Ellie? —llamó la tía Rose y se asomó un instante por la puerta de su habitación. Tenía las mejillas llamativamente enrojecidas y el pelo alborotado. Ellie fue con ella hacia el fondo y encontró a su tía sentada en el suelo detrás de una caja grande.

—¿Pero qué pasa aquí?

Gimiendo, Rosemary Bell se irguió. Aunque los analgésicos surtían buen efecto, era sobre todo la artrosis lo que en algunos días le daba guerra. Por suerte, los análisis de sangre no habían arrojado ningún otro diagnóstico preocupante.

—¡Más de cuarenta años, Ellen! ¿Puedes creerlo? Llevo más de cuarenta años suspirando por los cuadros de un hombre que no me quiso.

Ellie tragó y echó un vistazo a la caja abierta. Estaba llena de marcos de fotos. —¿Los vas a tirar todos? —preguntó, alarmada, y Rosemary negó con la cabeza.

—No lo creo. Son una parte de mí, todos esos recuerdos. Pero creo que ya va siendo hora de que vuelva a respirar un poco, ¿no te parece? En el sótano estarán bien guardados.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Ellie mientras se lanzaba efusiva al cuello de su tía.

—Uy, ¿pero qué te pasa?—el cuerpo menudo de Rosemary se puso rígido un segundo ante aquella cercanía inusual antes de ablandarse de nuevo y devolver el abrazo de Ellie.

—He hecho hoy más o menos lo mismo.

—¿Y a qué viene eso ahora?

—Le he escrito una carta a Steven, mi exnovio de Berlín. Le he dicho que se acabó y que por fin tiene que soltar, que los dos tenemos que vivir nuestra vida sin retorcernos el uno por el otro. —Apretó el hombro de la tía Rose—. Eso lo he entendido gracias a ti. Gracias a ti y a tu historia con Angus.

Rosemary esbozó una sonrisa triste. —Entonces al menos ha servido para algo. —Le dio a Ellie unas palmaditas de reconocimiento en la espalda. No hacía falta más para entenderse. Siempre había sido así, de una forma inexplicable.

—¿Ellie?

—¿Hm?

—¿Podemos comprar también papel nuevo para mi cuarto? —preguntó Rosemary en voz baja, y Ellie asintió con entusiasmo.

—Claro. ¡Eso es lo de menos!

Y así la ayudó hasta bien entrada la noche a liberar la habitación de recuerdos polvorientos. Era increíble cuántos marcos cabían en un espacio tan pequeño y en cuántos rincones podían esconderse. Al principio Ellie preguntaba aún por cada uno que cogía si Rosemary estaba realmente segura de su decisión, pero al final su tía le pidió que dejara de hacerlo. La duda era lo último que necesitaba en ese momento. Ellie estaba impresionada por la fortaleza que Rosemary Bell mostraba de repente. Nada que ver con su estado de hacía cuatro semanas, y nada, absolutamente nada, podía hacer a Ellie más orgullosa y feliz.

Para rematar su operación de vaciado, Ellie bajó una caja tras otra al húmedo sótano.

—¿Podemos ir mañana a Peterhead? —preguntó Rosemary, cuando todo estuvo guardado y la puerta del sótano volvió a quedar cerrada con llave.

—Deberíamos, y tanto.

—Bien, bien. —La voz de Rosemary sonó de pronto quebradiza—. Me voy a tumbar un momento en el sofá.

Con gesto preocupado, Ellie siguió a su tía, la ayudó a acurrucarse bajo una manta y, antes de poder llevarle un té caliente, Rosemary ya se había quedado dormida. Habían conseguido mucho aquel día. Las dos. Y solo en ese instante, cuando la casa se quedó en silencio, los pensamientos de Ellie volvieron a Graham, a su salida en velero, a las gotas de agua en sus pestañas y al sol en su pelo. Miró por la ventana de la cocina y, a lo lejos, distinguió una luz tenue en la casa de la Flynt-Farm. ¿Estaría Graham también allí mismo, junto a la ventana, mirando hacia ella? Una sonrisa le cruzó el rostro y bajó la mirada. Quizá tuviera razón. Quizá el tiempo no hubiera cambiado nada y solo los hubiera convertido en adultos.

Cerca de Graham se había olvidado de Berlín. Ya no importaba. Solo contaban él y ella, allí fuera, en el agua, sus manos en su espalda y las de ella en su pelo. Pero el reloj corría.

No había llegado a Fallbury para conquistar el corazón de Graham. Y esta vez podía protegerse del desgarro que provocaría su regreso a Alemania. Esta vez no tenía por qué correr hacia su perdición. Era adulta, conocía el futuro. Eso también había cambiado. Pero no hacía nada más fácil. Al contrario.

Ellie suspiró al acercarse a la mesa de la cocina y ver el montón de documentos de contabilidad de Rose Cottage. Había tantas cosas de las que tenía que ocuparse. Cuatro semanas no era mucho tiempo. Las primeras habían volado casi sin darse cuenta.

Decidida, acercó hacia sí las incontables facturas de la luz, liquidaciones de calefacción, cartas del seguro, documentos de reservas, listas de alimentos y demás. Todo estaba totalmente desordenado; ni siquiera cuadraban los años. ¿Había llegado Rosemary a echarles alguna vez un vistazo o simplemente los había tirado a una caja?

Cogió una calculadora e intentó hacer un resumen de los ingresos y de los gastos. Pero cuanto más calculaba, más se preocupaba. A primera vista, los gastos le parecían excesivos. Si bien hacía quince años las habitaciones habían estado completamente ocupadas todo el año, con el tiempo aquello se había vuelto cada vez más raro. ¡La

última confirmación de reserva tenía más de cuatro años! Ellie se recostó, sobresaltada. ¡Cuatro años! La tormenta que había destrozado la planta de arriba había sido apenas el año pasado. ¿Por qué no habían vuelto a entrar reservas? ¿Qué había pasado?

—Tienes esas arrugas ceñudas en la frente que me recuerdan a tu padre —dijo Rosemary una eternidad después, y Ellie dio un respingo—. Estabas tan concentrada en las cuentas que no te has dado cuenta de que la tía Rose se había despertado y había venido a la cocina.

—¿Cómo te encuentras ahora? —preguntó, y dirigió la mirada al reloj. Casi eran las diez. La tía Rose debía de haber dormido al menos dos horas.

—Me siento vieja y hecha polvo —gimió Rosemary y, en ese momento, se dio cuenta de en qué estaba enfrascada Ellie—. ¿Qué es eso?

—La contabilidad de Rose Cottage. Dime, tía Rose, ¿es verdad que no has tenido huéspedes desde hace cuatro años? No he podido encontrar documentos más recientes.

Rosemary enderezó los hombros y se le endureció la expresión. —¿Cuatro años? No sabía ni que hubiera pasado ya tanto tiempo. Se volvió, pero Ellie le cogió la mano.

—Tenemos que hablar de ello, aunque no sea agradable.

Rose dejó escapar un suspiro, se dejó caer en una silla de la cocina y Ellie se esforzó por esbozar una sonrisa tranquilizadora. —Rose Cottage tiene muchísimo potencial. Tenemos que averiguar qué ha provocado que las reservas hayan caído de forma tan drástica.

Rosemary asintió con calma antes de incorporarse, ir hasta una cómoda del salón, abrir el cajón superior y rebuscar hasta sacar otro montón de papeles.

—¿Más facturas?

—No, no. Reseñas.

Ellie la miró, sorprendida, y cogió el montón. No tuvo que buscar mucho. Las primeras quejas aparecieron enseguida y pronto pudieron agruparse en unas pocas categorías.

—Limpieza, oferta de desayunos, conexión con el transporte público, equipamiento de las habitaciones. —Dejó caer los papeles —. Buf. No me gusta decirlo, pero suena casi como si los huéspedes ya no se sintieran a gusto aquí. Y eso corre como la pólvora.

—Ya no puedo ponerme a gatas debajo de las camas y cazar cada mota de polvo. Y no puedo bajar al pueblo para poner huevos frescos sobre la mesa a diario. Si Archie me trae algo, ya me doy por satisfecha. Pero ¿voy a mandarlo cada día? —La tía Rose parecía frustrada, algo que Ellie podía comprender muy bien. Y aunque el ánimo de la que antaño fuera una dueña de bed-and-breakfast de éxito no era el mejor, se presentaba el momento para plantear una pregunta que Ellie llevaba mucho tiempo posponiendo.

—¿Has pensado alguna vez en ceder por completo la gestión del cottage, tía Rose?

—¡Por supuesto! Pero ¿cómo te lo imaginas? ¿Que un extraño viva en mi casa? ¿Que se encargue de mis huéspedes? ¿Adónde voy yo entonces? No, ni hablar. Esta es mi casa y no me voy a ir de aquí.

Ellie empujó el bloc con las notas por la mesa. —¿Ves estos números en rojo? Son deudas. Y como no soy contable, seguro que no es todo. ¿Es que el banco no se ha puesto nunca en contacto contigo?

Rosemary negó con la cabeza. —He dejado de abrir las cartas.

—¡Tía Rose! —exclamó Ellie, horrorizada—. No puedes hacer eso.

—¿Qué es lo que puede pasar?

Ellie se cubrió la cara con las manos. —¿Que qué puede pasar? En el peor de los casos podrían subastar la casa.

En ese momento a Rosemary se le fue toda la sangre de la cara.

—Tienes que traerme ahora mismo cada carta que puedas encontrar, y tengo que llamar al banco.

Rosemary temblaba cuando se incorporó de la silla. Ellie le cogió la mano y se la apretó con suavidad. Los dedos huesudos estaban fríos. —Saldremos de esta de alguna manera. No sabía si de verdad quería tranquilizar a la tía Rose con sus palabras o si más bien intentaba tranquilizarse a sí misma. Porque lo que Rosemary Bell no imaginaba era que la parte de los ahorros de Ellie que había destinado a las reformas ya se había reducido bastante por la inesperada reparación del tejado. Como mucho, tras comprar el papel pintado, y a más tardar después de adquirir muebles nuevos para las habitaciones de huéspedes, tanto el dinero de Ellie como la parte de su padre se habrían agotado. Por mucho que le dieran vueltas, no iba a quedar nada para saldar las deudas.

Capítulo 17

—Casi ocho mil libras. O sea, unos nueve mil euros.

—¿Nueve mil euros? Ellie oyó a su padre jadear al otro lado de la línea. —¿Cómo te imaginas que vamos a hacer eso? Ya has metido un pastón en el B&B. Yo incluso puse algo más. ¿Dónde se ha ido todo ese dinero?

De fondo, su madre empezó a despotricar. Ellie solo alcanzó a entender retazos, pero le pareció oír algo sobre gorrones y casuchas. Y, por supuesto, el dicho favorito de su madre: «Eso ya lo dije desde el principio…»

—Dile a mamá que soy feliz aquí y que deje de ponerse hecha una furia—acertó a decir Ellie, y se frotó la cara un segundo.

Sus palabras solo lograron desatar nuevas andanadas de improperios por parte de Christine Bell. Esta vez iba de la supuesta actitud infantil de Ellie y de que todo el viaje había sido una idea de bombero.

—¿Puedes irte a algún sitio donde ella no pueda oír? —le pidió a su padre—. La constatación de la montaña de deudas que pesaba sobre Rose Cottage le había quebrado a Ellie el ánimo de raíz. Toda la euforia se había esfumado, y estaban de nuevo en el punto de partida.

—Aún tengo algo más de cinco mil euros de la herencia de la abuela—dijo en voz baja, observando el mar.

Estaba en su lugar favorito, bajo los acantilados sobre los que se alzaba Rose Cottage, mientras el mar espumaba y se arremolinaba en torno a sus tobillos. Allí, en la playa pedregosa y sobre las rocas, siempre había podido dar mejor rienda suelta a sus pensamientos y preocupaciones. Por lo general, mirando hacia la inmensidad sin fin encontraba una salida para todo lo que la oprimía. Los problemas

podían parecer tan pequeños cuando una se sentía parte del mar inmenso y de la inconmensurable eternidad. Pero esta vez era distinto.

Esta vez no había solución ahí fuera, por mucho que dejara vagar la vista. Sus propios ahorros eran la última oportunidad de que Rose Cottage tuviera un desenlace medio digno. Pero ni siquiera eso alcanzaría más que para la mitad. ¿Qué iba a hacer con los otros cuatro mil euros? Durante dos noches en vela había estado dándole vueltas a si podía pedir ayuda a su padre, y había llegado a la conclusión de que no le quedaba otra.

—Si metes todos tus ahorros en el cottage, no te va a quedar absolutamente nada para reconstruirte aquí tu propio futuro, ¡Ellie! ¿Qué hay del piso nuevo? También necesitas muebles, seguramente tendrás que hacer reformas. No puedes echarlo todo en esa casa de ahí fuera, ¿me oyes? Stewart estaba inusualmente alterado, lo que hizo que, de inmediato, la madre de Ellie se apoderara del auricular.

—¿Quieres despilfarrar todos tus ahorros en eso? —casi chilló, y Ellie gimió.

—¿Y cómo quieres que lo haga, mamá?

—Tienes que hacer la maleta y volver. Es muy loable que hayas intentado obrar milagros que estaban condenados al fracaso desde el principio. Y ahora ha llegado el momento de que lo reconozcas tú misma, de una vez.

—No puedo tirar la toalla así como así. Hemos logrado muchísimo en estas últimas semanas. Rosemary está mejor, se ha reparado el tejado del cottage, ¡incluso podríamos abrir, mamá!

Ellie oyó cómo su padre volvía a coger el teléfono. Probablemente habían puesto el altavoz y se disputaban quién le decía primero las cosas claras. De su madre, Ellie estaba acostumbrada. Pero ¿de su padre? De él había esperado más comprensión.

—Pequeña, siempre he sido sincero contigo, ¿verdad?

—Papá, por favor.

—No, escúchame. Y lo que voy a decir ahora lo digo con sinceridad y desde lo más hondo: entiendo que tu corazón esté atado a ese lugar. Entiendo que no quieras rendirte y que quieras luchar por él. Pero, Ellie, a Rosemary no le falta mucho para los setenta. Su artrosis no va a curarse. No va a estar más sana ni, desde luego, más ágil. Las valoraciones negativas que me has leído antes tendrían que hacerte reflexionar. Por muy bonita que dejes la casita, no va a cambiar nada. Rose Cottage necesita una nueva dirección. Si no, está perdido, y cada céntimo invertido será tirar el dinero. Lo siento.

A Ellie se le llenaron los ojos de lágrimas. De rabia, de desesperación, pero sobre todo por la certeza de que su padre tenía razón.

—Si renuncio a esto, siento que renuncio a mí misma, papá.

La voz de Ellie se quebró, y oyó los pasos de su padre, lo que probablemente significaba que podían hablar tranquilos un momento. Él la entendería. ¡Tenía que ser así!

—Lo sé, pequeña. Pero ¿qué habrás ganado si no solo se pierde Rose Cottage, sino, sobre todo, tu propia vida, porque ya no te queda nada con lo que empezar aquí tu futuro? No puedes dormir eternamente en el sofá de Mira. Si te conozco…

Ellie sollozó, y ni siquiera le resultó incómodo. No delante de su padre. —¿Nunca te has preguntado qué habría pasado si nos hubiéramos quedado en Escocia?

Al otro lado de la línea se hizo de pronto el silencio. —¿A qué viene eso ahora? —preguntó Stewart al cabo de un rato en voz baja.

—Yo me lo pregunto, papá. Una y otra vez. Desde hace dieciocho años. ¿Qué sería hoy si me hubiera quedado aquí? ¿Dónde estaría? ¿En qué persona me habría convertido?

Stewart Bell soltó una risita. —Nunca habrías dejado que Rose Cottage llegara a endeudarse así. Lo vi aquel verano en que te plantaste por primera vez en ese jardín lleno de flores silvestres. El pelo tan corto como el de un chico, y los ojos enormes, como

canicas, de puro asombro. Me recordó a Rosemary, en sus años mozos, cuando aún no era tan terca y hosca.

Ellie tuvo que morderse la lengua para guardar el secreto de Rosemary, pero las ganas de defender a su tía abuela la dejaban sin aire. —¿Por qué nos fuimos? Quiero decir, lo sé. Por el trabajo de Ma en Berlín. Pero… ¿por qué no volvimos nunca? ¿Por qué tuve que escribirle cartas a escondidas a la tía Rose? ¿Por qué no volvisteis a hablar de ella, Pa? ¿Qué pasó entonces? ¿Y es por eso por lo que ahora no quieres ayudarme?

—Mira, Ellie, eso no es justo —la voz de su padre se alzó—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Entonces dímelo. Explícamelo. Amabas Escocia, amabas Fallbury. Sé que cada verano convencías a Ma para traerme aquí. ¿Crees que nunca oí vuestras conversaciones? ¿Vuestras discusiones sobre ello? ¿Y lo mucho que luchabas por mí? ¿Por qué todo eso, para luego sacarme de aquí y no volver a hablar nunca más de este lugar, como si no hubiera sido más que una fantasía de mis recuerdos anhelantes? —Ellie jadeó—. No sabía que esas palabras apremiantes dormían en mí hasta que ahora han salido en una ola imparable. Preguntas que me acompañan desde la infancia. Incertidumbres que me llevan años descolocando. Si mis padres tenían razón —y Ellie sentía que en parte la tenían—, entonces Rose Cottage estaba perdido de todos modos. Así que ya no había motivo para seguir enterrando el pasado. No ahora. Y tenía derecho a conocer la verdad.

—Yo… no sé qué responderte —dijo su padre en voz baja. Ellie percibió el temblor evidente en su voz y, de nuevo, se le llenaron los ojos de lágrimas. No había querido herirlo. Tampoco quería que pareciera que se ponía en contra de su madre, que siempre había detestado la vida en medio de la nada. ¡Ellie solo quería respuestas! Respuestas que no la harían avanzar, pero que darían un poco de paz a su alma inquieta.

—Da igual —dijo Stewart al fin—. Ninguna explicación del mundo te devolvería los años que faltan en Escocia. Entiendo tu añoranza,

Ellie. También entiendo tu malestar. Pero lo que no entiendo es que ahora parezca que te arruinamos la vida. Christine y yo.

—¡Pa!

—Ya no eres la niña que espera que otros le salven el mundo. Entonces estaba bien. Todo niño lo hace. Pero hoy eres una mujer adulta. Los reproches no te van a ayudar.

Ellie tragó. Rara vez había visto a su padre tan amargo y airado. Pero lo peor era que no parecía realmente enfadado. Parecía herido. Profundamente herido.

—Lo siento —susurró—. No quería…

Él la interrumpió. —Cada uno es dueño de su destino. Hemos ayudado a Rosemary, tú la has ayudado. Ahora le toca a ella aceptar una nueva dirección. Pero ¿quién iba a quedarse con el B ’n’ B con todas esas deudas? A veces hay que enmendar los errores por las malas. Así es la vida.

Ellie se tensó. No así se había imaginado esta conversación. El cambio repentino de su padre la dejó sin palabras.

—Tengo que colgar. Los Riemann vienen luego a cenar y aún tenemos que hacer unas compras —Stewart hizo una pequeña pausa—. Nos haces falta aquí, Ellie.

—También os echo de menos, Pa —respondió en voz baja.

Sin añadir una palabra más, su padre dio por terminada la conversación. Ellie dejó caer la cabeza sobre los brazos y dio rienda suelta a sus lágrimas.

No podía volver al cottage. No después de esa conversación y no con la tormenta de emociones que llevaba dentro. En ese momento, Archie y Graham trabajaban en lo alto de los acantilados, empapelando el cuarto de Rosemary y la planta de huéspedes con los papeles de colores que Ellie y la tía Rose habían conseguido en Peterhead. Casi podía sentir el avance de su trabajo hasta allí abajo, a la orilla del mar. La nueva esperanza. El repunte. Ese poquito de

felicidad. ¿Cómo iba a volver Ellie y destrozarlo todo con una sola mirada?

El viento había arreciado; las olas azotaban con bramidos la roca, que ya quedaba una y otra vez por completo sumergida. Le daba una falsa sensación de libertad y de seguridad. Como si allí abajo no pudiera pasarle nada. Como si nunca tuviera que afrontar la verdad si no daba la vuelta para regresar. Una y otra vez, se le escapaban lágrimas. No se tomó la molestia de secárselas. Solo cuando oyó pasos a su espalda se frotó las mejillas a toda prisa y se dio la vuelta.

—Hola, tú —dijo Graham, que se había quedado a una distancia prudente en la playa, con las manos hundidas en los bolsillos. En sus vaqueros vio manchas de pintura y restos de cola del pintado y el empapelado.

—¿Cómo me has encontrado? —Ellie sorbió, y Graham le tendió un pañuelo que sacó del bolsillo trasero.

—Ya venías aquí antes cuando algo en la vida tambaleaba y buscabas un poco de estabilidad y calma —sonrió con dulzura—. ¿Te corres un poco? —Graham señaló la roca que Ellie había hecho suya, y ella se apartó para que él pudiera sentarse a su lado. Se descalzó y dejó que los pies desnudos se hundieran en el agua fresca, y Ellie apoyó la cabeza en su hombro. Una postura conocida, que unos días antes no se habría atrevido a tomar, pero que ahora le parecía la más natural. Graham la imitó y posó su cabeza contra la suya, la mirada fija en el mar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en voz baja, y Ellie se puso rígida. No llevaba ni cinco minutos a su lado, y ya lo sentía de nuevo. La protección. La sensación de haber llegado a casa. Sentía hogar. En sí misma. En él. Y en ambos, allí sentados, con el viento enredándoles el pelo.

—Eh, tranquila —Graham rodeó con el brazo los hombros de Ellie al notar sus lágrimas silenciosas y la atrajo con suavidad hacia sí. Ella hundió el rostro en su pecho y sollozó quedamente.

—Se acabó, Graham.

—¿Qué se ha acabado? ¿A qué te refieres?

—Rose Cottage. Todo lo que hemos conseguido en las últimas semanas. Cada esperanza. Toda esa euforia. No ha servido de nada. Hemos perdido.— En un solo aliento le contó la montaña de deudas que había destapado y la conversación demoledora con sus padres. Graham escuchó sus palabras con calma y atención, no se apartó ni un milímetro de su lado y le acarició el brazo para tranquilizarla mientras ella dejaba salir al mundo el dolor con su relato.

—Y lo peor—concluyó su monólogo— es que tiene razón. Si no encontramos una nueva dirección para Rose Cottage, todo habrá sido en vano. Rosemary ya no puede con ello.— Ellie se sonó la nariz y se incorporó. —Si tan solo tuviera un poco más de tiempo…—

—¿Qué cambiaría?—preguntó Graham en voz baja. Rara vez había visto tristeza en los ojos de Ellie. Le parecía que desde siempre se había propuesto hacerla sonreír. Desde el primer momento, cuando se escondió en el heno y ella lo descubrió. Hasta ese día nada había cambiado. Pero ahora también sus ojos brillaban húmedos. Intentó parpadear para disimularlo, evitó su mirada, pero ella lo vio igualmente.

—Si tuviera más tiempo, podría asumir la dirección de Rose Cottage. Hasta que encontremos a alguien que acepte ser el sucesor oficial de la tía Rose. Podría formar a esa persona, y la tía Rose podría ir acostumbrándose poco a poco a ella.— Ellie tragó saliva. La excitación le cosquilleó por los brazos. Cuando miró a Graham, se le cortó la respiración.

—¿Por qué no lo intentas?—preguntó en voz baja, y su mirada se deslizó de sus ojos a su nariz y sus labios.

—Yo… tendría que preguntarle a mi jefe. Hasta cuándo puede seguir concediéndome la excedencia. Quiero decir, alguien tiene que asumir mi trabajo en Alemania, tiene que poder planificar la asignación de personal…— Ellie tembló cuando Graham le cogió la mano y se la llevó lentamente al pecho. Allí la rodeó con ambas

manos, le calentó los dedos fríos y aceleró su corazón en golpes intensos y rápidos.

—Si eso es lo que de verdad quieres… Dirigir Rose Cottage, quedarte aquí…— No terminó de hablar. Dejó que la frase iniciada se desvaneciera en el aire, y a Ellie le recorrió un escalofrío.

—… mientras ayude a la tía Rose—susurró, y añadió en silencio: *Y a mí.*

Graham asintió suavemente.

—Llámale.

—¿Ahora mismo?

—Claro.

—Vale… Sí, vale. Espera.

Sacó de nuevo el móvil del bolsillo del pantalón, buscó el número de su jefe y llamó. Graham le sostuvo la otra mano mientras ella, tensa, mordisqueaba su labio inferior, hasta que descolgaron. Ellie resumió lo más brevemente posible la situación a su jefe e intentó ocultar el temblor de su voz, pero no lo consiguió.

—Lo entiendo—dijo él—. De verdad que lo entiendo, señora Bell. La familia va siempre primero. Pero créame, estamos hasta arriba de trabajo. Es temporada alta.—

Ellie asintió. —Lo sé. No pediría este aplazamiento si no fuera realmente importante.—

—¿En qué plazo había pensado?—

Ellie apretó el móvil contra el pecho y se volvió hacia Graham. —¿Cuánto tiempo?— susurró, desvalida, y Graham se encogió de hombros.

—¿Otras ocho semanas? ¿Basta con eso? ¿O diez? ¿Doce? ¿Cuánto dura una formación así?—

A Ellie se le vino abajo el ánimo. Nada de esto estaba bien pensado.

Se llevó de nuevo el móvil a la oreja y se giró, dándole la espalda a Graham. —Por desgracia no lo sé. Quizá basten otros dos meses. Quizá tarde más.—

El jefe de Ellie soltó un suspiro. —Ya vamos apurados, señora Bell. Usted es una de mis mejores empleadas, ya lo sabe. Solo por eso le concedo esta excedencia. Pero tendré que contratar a un sustituto. Contando con el tiempo de formación de la nueva compañera o del nuevo compañero, no tiene sentido una contratación de menos de tres o cuatro meses. Ni siquiera con un contrato temporal. Así que probablemente tendría que concederle la excedencia hasta finales de año, para darnos a mí, a usted y a la nueva persona un cierto margen de planificación.—

¿Hasta finales de año? Eso eran otros cuatro meses. Para el tiempo en Escocia, sería estupendo. Pero durante el mismo tiempo Ellie tampoco ganaría dinero y tendría que vivir de sus ahorros. Y necesitaba hasta el último céntimo para saldar las deudas. Vaya dilema. Ellie miró a Graham, que la observaba con atención.

—¿Qué pasa?— articuló sin voz con los labios.

Los pensamientos de Ellie echaban humo. Sus padres la pondrían de vuelta y media, pero probablemente ya estaban en ello. ¿Y qué gastos tenía realmente en Fallbury, aparte de la comida? Rosemary y ella apenas necesitaban nada. Se trataba sobre todo de gastos corrientes. A cambio obtendría cuatro meses más para encontrar a un sucesor para Rose Cottage. Cuatro meses más en Fallbury.

Cuatro meses con Graham…

Ellie inspiró hondo. —Vale—dijo al móvil—. Hasta finales de año.—

Graham dio tal respingo que Ellie temió que del susto se cayera del peñasco. Cuando le agarró del brazo, vio cómo su pecho subía y bajaba, agitado.

—Le enviaré la documentación correspondiente, señora Bell.—

—Muchas gracias, de verdad. No sé cómo agradecérselo.—

El jefe de Ellie soltó una carcajada. —Hágame solo el favor de no llamarme cada cuatro semanas con estas malas noticias.—

—Lo prometo.— La sonrisa le dolía en las mejillas a Ellie.

—Pero si cambia algo en sus planes, infórmeme aun así lo antes posible, ¿de acuerdo?—

—Por supuesto. ¡Muchas gracias!—

Con la mano temblorosa, bajó el móvil. Graham negó con la cabeza, incrédulo. —¿Te quedas hasta finales de año?

—Creo que sí...

Ellie se echó a reír cuando Graham saltó de la roca y tiró de ella tras de sí. —¿Adónde corremos? —gritó, jadeando, mientras se dirigían hacia la escalera de madera de los acantilados.

—Tu tía va a bailar polca encima de la mesa —gritó Graham.

—Si llegamos a ese punto, me voy a preocupar en serio por ella.

De pronto se detuvo junto a la pared de roca y se volvió hacia ella. Su mano le peinó el cabello, que el viento le azotaba, y la sonrisa se le borró de los labios. Pero sus ojos brillaban. Resplandecían, cálidos y acogedores. Más hermosos que en sus sueños.

Cuando le rodeó las caderas con un brazo, ella se estremeció. Graham la atrajo con suavidad hacia sí, su rostro tan cerca del de ella que la punta de su nariz rozó la suya.

—Graham... —susurró con voz ronca, y él apoyó la frente en la de ella.

—Ellie... mi pequeña Ellie Bell. Su mirada se posó en sus labios, y a Ellie el corazón le latía en la garganta. Despacio, muy despacio, Graham se inclinó hacia ella y ella cerró los ojos. Contuvo el aliento. Oyó el viento sobre el mar y las olas azotando hacia tierra. Sintió el cuerpo trémulo de Graham entre sus brazos, su latido contra su pecho y su aliento agitado en su piel. Estaba tan cerca de ella. Tan increíblemente cerca...

—¡Graaaaaham!

La voz de Archie Flynt retumbó desde lo alto del acantilado hacia ellos. Ellie y Graham dieron un brinco y se separaron como si hubieran hecho algo prohibido.

—Estamos aquí abajo, papá —le gritó a su padre, empujó con suavidad a Ellie hacia la escalera de madera y subieron uno detrás del otro.

Archie los recibió con gesto preocupado, pero al descubrir a Ellie sonrió, aliviado. —Ay, gracias a Dios. Rose ya me ha echado una bronca de mil demonios porque habíais desaparecido los dos. Me he sentido como si hubiera vuelto veinte años atrás, cuando estas cosas pasaban cada semana. Al menos en verano. Soltó una risita y Ellie miró a Graham de reojo, azorada; él se puso visiblemente rojo.

—Solo teníamos que... aclarar una cosilla. Graham se aclaró la garganta y Archie sonrió con picardía.

—Aclarar. Entiendo.

Graham puso los ojos en blanco y a Ellie se le escapó la risa. Cruzó despacio el prado de vuelta al cottage, seguida por los dos hombres. El corazón aún le corría. Por aquel día de locos que la había catapultado de un torbellino de emociones a otro. Cuando llegó a Rose Cottage, tía Rose estaba en la cocina cortando una tarta de manzana recién hecha.

—Madre mía, ahí estáis. Observó a Ellie, pensativa. —¿Todo en orden, niña?

Ellie respiraba deprisa. Demasiado deprisa. —Creo que sí —consiguió decir con cierto esfuerzo, y Rosemary frunció las cejas, escéptica.

—¿Qué está pasando aquí? Se inclinó hacia Archie y Graham, que habían entrado en la casa, pero el padre de Graham solo se encogió de hombros sin saber qué decir.

—Esta mañana he arreglado un par de cosas, tía Rose.

—¿Cosas buenas?

—Creo que sí. ¿De verdad no se le ocurría nada más que decir?

—Suelta la lengua —apremió Archie; se acercó a la encimera y dio un bocado al pastel de la tía Rose, que acto seguido le dio un manotazo con el guante del horno.

—Voy a hacerme cargo de Rose Cottage. Como nueva directora. De momento. Ellie contuvo el aliento, y Rosemary dejó caer el cuchillo.

—Tú... ¿te quedas en Fallbury?

Ellie negó con la cabeza antes de asentir, volvió a negarla y luego rompió en una risa entrecortada. —Sí y no. De momento me quedo aquí; buscaremos juntos a una nueva responsable, la iremos formando con calma, y cuando te hayas acostumbrado a todo esto, yo volveré a... Ellie se quedó en suspenso.

—... a casa, continuó Rosemary, y Ellie miró hacia Graham.

Asintió con timidez. Berlín era su hogar. Desde hacía ya muchos años. Y, sin embargo, de pronto le pareció que no era lo correcto.

—¿Y las deudas? —preguntó tía Rose con cautela.

—Una parte puedo pagarla. Para el resto pediré un préstamo al banco. Tenemos que ver cómo evoluciona esto. Pero no podemos librarnos de buscar un relevo. Si queremos que Rose Cottage vuelva a cobrar vida, alguien tiene que ocuparse de la casa y de los huéspedes, alguien que pueda con ello. Cuando lo encontremos, yo regresaré.

Rosemary bajó la mirada, y Archie le rodeó los hombros a la menuda mujer. —Vamos, vamos, Rosemary, esta casa tiene que volver a llenarse de vida; los dos lo sabemos. Nosotros seremos como el buen vino, pero los huesos envejecen igual, ¿verdad? Se echó a reír, y una tímida sonrisa asomó a los labios de la tía Rose. Tener a Archie de vecino era de verdad una bendición para la tía Rose. Nadie sabía tratarla como él. Y era una de las pocas personas a las que ella dejaba entrar en su corazón.

—Deberíamos volver al trabajo. ¡Ahora más que nunca! —gritó Archie; cogió un trozo de pastel e indicó a Graham que le siguiera arriba. Ellie se recostó sonriente contra la encimera cuando Graham, de pronto, se dio la vuelta, volvió hasta ella, le rodeó con los brazos y la estrechó contra sí. —Bienvenida, vecina nueva —susurró.

—Es solo una solución temporal —murmuró ella, mientras aspiraba con anhelo su olor.

—Sí. Claro que sí, Ellie —dijo Graham con suavidad, y se separó de ella con una sonrisa que le derritió el corazón a Ellie. Todo en ella sonreía con él. Con aquel hombre y con todas las posibilidades que habían surgido aquel día. En ese momento, Ellie no podía imaginarse volver a dejar atrás Fallbury jamás. Era como si acabara de regresar a casa tras un largo viaje. Por fin había llegado. A sí misma.

Capítulo 18

– Fallbury, 19 años antes –

La Flynt-Farm era un lugar extraño con solo dos habitantes. Siempre faltaba alguien. Ya nadie llamaba desde la ventana redonda de la parte trasera de la casa para decir que la comida estaba lista. Y en la casa hacía más frío, a pesar del sol. ¡A pesar del verano!

El primer año tras la muerte de la madre de Graham, Ellie tenía auténtico miedo de volver a Fallbury. Su madre faltaba en todas partes —arriba en la granja, en su cottage o abajo en Fallbury—; la pérdida se notaba constantemente. Y, por supuesto, todos se habían enterado del accidente. De Brenda Flynt, que había caído por los acantilados durante una tormenta espantosa. Todo el mundo conocía a alguien que había estado ya allí arriba, junto a esos acantilados. Todos sabían lo rápido que podías precipitarte al vacío. Y muchos se alegraban en secreto, un poquito, de que no les hubiera pasado a ellos. Pero eso, claro, no lo decían.

Ellie no había estado en el funeral de la madre de Graham. Ya había regresado a Potterton cuando tuvo lugar, y le parecía mal y errado no poder estar con Graham en aquel momento. Quería cuidarle, aunque él seguramente consideraría ridícula esa idea. Pero Ellie creía que todo el mundo —da igual lo grande, pequeño, viejo o joven que fuera— necesitaba a veces a alguien que lo protegiera. No para que no hiciera tonterías, sino para que no se sintiera perdido.

Ellie había tenido antes un gato que fue atropellado por un coche delante de su casa en Potterton. No se podía comparar, claro está, con la muerte de la madre de Graham, pero por eso sabía un poco cómo era perder a alguien a quien querías mucho. Duele

horriblemente, y da exactamente igual cuánto tiempo llevaras conociéndole. Lo único que cuenta es lo importante que era para ti. A Ellie su gato le importaba muchísimo. Era tan cálido y mimoso, tan pequeño y suave. Después del colegio jugaba con aquel trasto, y por la noche, en la cama, se dejaba calentar por el animal. Cuando el gato desapareció de repente, Ellie se puso tristísima, porque junto a aquel ovillo de pelo siempre se había sentido tan a gusto. Y a Graham debía de pasarle algo parecido, solo que mucho peor. El simple pensamiento de que Ellie pudiera perder a su propia madre o a su padre la hacía llorar. Apenas podía imaginar algo peor.

Un verano después del accidente, Graham casi no hablaba ya de su madre. Todos parecían haberse resignado a lo ocurrido y a que no tenía vuelta atrás. O por lo menos lo fingían. A Graham nunca le había gustado que Ellie le viera triste o pensativo, y se le daba bien disimularlo. Sin embargo, ella le calaba cada vez más. Así que, si alguna vez le sorprendía con la mirada perdida en la lejanía o callado de repente, se esforzaba por animarle. Como él había hecho siempre con ella, y a menudo lo conseguía.

Con el tiempo, Ellie también se acostumbró a que en la Flynt-Farm ahora reinara una calma extraña, mientras notaba que la sonrisa volvía poco a poco al rostro de Graham. Quizá no surgía con la misma facilidad de antes, pero estaba ahí. Aun así, ese verano muchas cosas eran distintas. A Ellie le sorprendía lo mucho que había cambiado Graham. Esa aparatosa ortodoncia llena de alambres había desaparecido de su boca. Sus rizos parecían aún más abundantes, más indómitos, y se había vuelto altísimo y musculoso. ¡Tenía un aspecto de lo más masculino! Aunque Ellie ya tenía doce años, a veces se sentía junto a él como una niña mucho más pequeña. Esa sensación solo la conocía de su primer verano aquí con tía Rose. Era raro que de repente hubiera vuelto.

—Eso se debe a que Graham ya se ha convertido en un hombre joven. Pero tú todavía eres una niñita—, dijo tía Rose, cuando una mañana treparon juntas a los manzanos y recogían la fruta madura.

—Pero siempre he sido solo tres años menor. Ni más ni menos. ¿Por qué ahora parece muchísimo, si antes no era así?

Tía Rose se inclinó entre las ramas hacia Ellie y le susurró: —Son las hormonas, hija.

—¿Hormonas?—, preguntó Ellie, escandalizada. ¡Sonaba peligrosísimo!

—Están en tu cuerpo y se encargan de que te hagas mayor. En Graham ya están ahí. Porque es mayor. Las tuyas llegarán pronto. Ya verás: les vas a volver la cabeza a los chicos.

A Ellie se le pusieron los mofletes rojos solo de pensarlo y prefirió volver a concentrarse en las manzanas.

Aquel día, y también los siguientes, no vio a Graham en absoluto. Por culpa de sus hormonas. Eso ya lo sabía. Ahora hacía cosas de hombres. Pero por las noches, cuando los animales ya estaban atendidos, aún se acercaba con bastante frecuencia a su ventana a hurtadillas. Tía Rose ya no permitía que se quedara a dormir con ella, vete tú a saber por qué. Antes nunca había sido un problema. A veces ella había dormido con Graham en el pajar, bajo las estrellas, y otras noches él había dormido en su cuarto. No en su cama, que era demasiado pequeña, sino en el suelo. Y hablaban hasta bien entrada la noche, se contaban chistes o historias, hasta quedarse dormidos. Quien se dormía primero tenía que comprarle un helado al otro al día siguiente. La mayoría de las veces le tocaba a Graham. Pero Ellie también hacía a menudo un poco de trampa y se mantenía despierta pellizcándose los dedos gordos de los pies, porque le encantaba observar cómo dormía Graham a la luz de la luna. Entonces tenía un aspecto tan apacible. Y porque un helado de parte de Graham también significaba que ella recibía una ración extra de nata con virutas de chocolate. ¡Por eso merecía mucho la pena trasnochar!

Cuando ahora venía por las noches, se sentaba en el montón de leña bajo su ventana, ese que antes usaba para trepar y poder mirar dentro. Hoy ya no lo necesitaba para eso. Ellie, aquellas noches, se sentaba con la espalda apoyada en la pared. Entonces era como si él estuviera dentro con ella o ella fuera con él, y se sentaran espalda

con espalda, como hacían a veces abajo, en la playa, o tumbados en la hierba de las colinas.

—¿Vienes mañana conmigo a la fiesta del puerto? —preguntó Ellie una de esas noches con temeridad—. Ni siquiera sabía por qué esa pregunta la ponía tan nerviosa. ¡Si llevaban años yendo juntos a la fiesta del puerto! Pero ese año, de repente, sentía que tenía que preguntarlo.

—No lo sé —dijo Graham. Ellie no podía verle la cara, pero su voz no sonó como si estuviera sonriendo y quisiera tomarla el pelo.

—¿Por qué no?

—Unos amigos ya me han preguntado.

—Siempre nos hemos encontrado allí con tus amigos. —Algo le dolió de pronto en el pecho a Ellie.

—Lo sé. —No añadió ninguna explicación más, así que ella volvió a reunir todo su valor.

—¿No quieres que vaya contigo?

—¡Ellie! Claro que quiero que vengas. Pero quizá los otros no, y no puedo decidir por ellos. ¿Lo entiendes?

En parte lo entendía.

Y en parte no.

Pero no le dijo nada de eso a Graham; se cruzó de brazos sobre el pecho y se puso a hacer morros. Le daban ganas de llorar, pero eso sí que sería infantil, así que se tragó las lágrimas y respiró hondo, entrando y saliendo el aire despacio.

—¿Estás bien? —preguntó Graham entonces, girándose para mirar hacia dentro por la ventana.

—Solo estoy un poco mareada.

—¿Has picoteado demasiada tarta de manzana, eh?

—Puede.

—Duerme un poco. Mañana te encontrarás mejor. —Se puso en pie y le hizo un gesto de despedida con la mano—. Hasta luego,

Pequeña.

Hacía años que Graham no la llamaba Pequeña.

Y hacía años que Ellie tampoco se sentía así.

Cuando él se fue, acabó llorando.

A media tarde del día siguiente se sentó en los peldaños frente al cottage y observó cómo el señor Flynt intentaba enseñarle a Graham a conducir. No parecía que estuviera yendo precisamente bien. El coche daba tumbos, pegaba tirones y se calaba todo el rato. Subían y bajaban la calle y, siempre que conducía el señor Flynt, iban volando. Conducía Graham y les habría adelantado hasta un caracol. Ellie no pudo evitar una sonrisa y deseó que Graham la viera.

Cuando el señor Grisham salió del cottage detrás de ella, la miró con un gesto interrogante.

—Esta mañana ya te habías sentado aquí.

—Llevan practicando horas —respondió, señalando el coche a trompicones.

—Me da que deberían seguir unas cuantas horas más. ¿Cuántos años tiene ahora el chico?

—Quince. Casi dieciséis. —Ellie frunció el ceño—. Demasiado joven, ¿no? —preguntó, esperanzada.

—Para conducir por la calle, desde luego—dijo el señor Grisham sentándose a su lado y Ellie se apartó un poco para dejarle sitio—. ¿Venís esta noche a la fiesta del puerto?

—No lo sé. —Se encogió de hombros.

—¿No lo sabes? ¿Te vas a perder voluntariamente los fuegos artificiales y el bretzel caliente?

Ellie masculló algo ininteligible.

—No seas tan cabezota, Ellen. No te pega —gritó Tante Rose, que estaba recortando los rosales y le lanzó una mirada bastante severa.

—¿Me vas a decir qué te tiene tan cabezota? —preguntó el señor Grisham, inclinándose tanto hacia Ellie que podría habérselo susurrado al oído. Por un momento, ella se planteó de verdad hacerlo, pero luego negó con la cabeza.

—Está cabezota porque Graham se está haciendo mayor —dijo Tante Rose, sin más. Bien alto. Tan alto que Graham también podría haberlo oído si no acabara de calar otra vez el coche y no se hubiera quedado atascado al final de la calle.

—¡Tante Rose! —exclamó Ellie, dando un brinco, indignada.

—Es infantil ponerse a hacer pucheros por eso. ¿Se supone que yo también tengo que hacerlo porque la pareja joven de Inglaterra ha cancelado la reserva? Solo los niños pequeños hacen pucheros. Si algo no te gusta, aprietas el culo y tiras para adelante.

Ellie pisoteó el suelo furiosa, dio media vuelta y echó a correr hacia la casa. Antes, cuando se ponía cabezota y montaba escenas así, Graham siempre iba detrás de ella. Ahora, encima, era culpa suya. ¡Por sus malditas hormonas!

Aquel verano había sido de verdad el verano más estúpido que Ellie había pasado jamás en Fallbury. Ni siquiera fueron juntos a la fiesta del puerto. ¡Ni eso!

Se dejó caer en la cama y cruzó los brazos bajo la cabeza. No quería ponerse a llorar otra vez. Simplemente le salía. Cuando llamaron a la puerta, deseó que fuese Graham. Pero solo era el señor Grisham, que asomó la cabeza a su cuarto con gesto de gran preocupación.

—No es tan fácil, ¿eh?

—Qué va —murmuró, sorbiéndose los mocos.

Por un momento, el hombre en la puerta se quedó muy callado. Ella estuvo a punto de darse la vuelta para ver si se había ido, cuando de pronto preguntó: —¿Me ayudas a estibar las cajas nuevas y las redes en el barco? Me están esperando ahí abajo en el puerto. Como no vaya pronto, seguro que se buscan un nuevo dueño.

Y como Ellie estaba harta de pasarse el día sola sentada sin hacer nada, se fue con el señor Grisham. Caminaron uno al lado del otro, bajando por las colinas de un verde jugoso hacia Fallbury. Los prados estaban tan altos que a Ellie la hierba casi le llegaba a la cintura. Siempre que a comienzos del verano llegaba al Rose Cottage, los prados estaban intactos, porque nadie tomaba el camino por las colinas hasta el pueblo. A los pocos días de estar allí, se dejaba ver un sendero estrecho.

—Creo que Graham no lo hace con mala intención —dijo el señor Grisham, cuando aún no habían subido ni la primera colina.

—¿No?

Él negó con la cabeza. —Es así de simple. Es el curso de la naturaleza, ¿sabes? Ya verás: en dos o tres años tú también serás una mujer joven.

—Pero yo quiero ser una mujer ahora. Para que a Graham vuelva a apetecerle estar conmigo.

El señor Grisham sonrió, pero no de forma burlona. —Te gusta, ¿eh? El joven Flynt.

—Es mi mejor amigo —dijo Ellie, y de pronto le ardía la garganta. Como si allí hubiera un nudo gordo que se le había olvidado tragar.

—Pero entonces deberías alegrarte por él, que ahora tiene tantas cosas emocionantes que hacer. Lo he visto con los animales. ¡Será un gran granjero!

—Oh, sí que me alegro por él. Graham y su padre son los mejores granjeros que hay. Pero ahora siempre queda con amigos que casi nunca conozco y que no me quieren con ellos porque soy demasiado pequeña.

El señor Grisham suspiró. —Ya, me lo imagino.

—Y esa tonta de Isla también está a veces. Siempre bate así las pestañas. Queda de verdad ridículo.

Entonces el viejo pescador que iba junto a Ellie se echó a reír tan alto que ella se llevó un buen susto. —¿Qué? ¿Qué pasa?

—Vamos, casi se diría que estás un poco enamorada de tu Graham.

—¿Enamorada? —Ellie se paró y se puso las manos en las caderas —. ¡Ni de broma estoy enamorada de él!

—¿No?

—¡No!

—Pero estás celosa. —Sonrió y le cogió la mano a Ellie para tirar de ella y que siguieran.

—Solo un poquito.

—Ya lo ves. Enamorada, al fin y al cabo.

Se lo pensó un momento. —¿Siempre se está celoso cuando se está enamorado?

—Creo que sí. Mi mujer suele ponerse celosa cuando paso todo el verano con tu tía Rose. Pero no se lo vayas a contar. —Le guiñó un ojo a Ellie.

—No lo haré. —Se mordió el labio inferior—. ¿Y en qué se nota… que estás enamorado?

Entonces el señor Grisham se detuvo y dejó que su mirada se perdiera en el cielo, como si fuera a pescar la respuesta del caos salvaje de nubes claras y oscuras. —Buena pregunta. No sabría describirlo con exactitud. Pero creo que te das cuenta porque siempre quieres estar con esa persona. Y cuando estás separada de ella, la echas de menos y piensas muchísimo en ella. Os reís juntos, y a veces también lloráis juntos. Pero cerca de él te sientes siempre bien. —Parpadeó mirando hacia Ellie—. A ver, ¿te suena de algo?

¿Le sonaba aquello?

El señor Grisham acababa de contar exactamente lo que ella llevaba años viviendo con Graham. ¡Y estaba horrorizada por lo que de pronto parecía significar!

—Ellie, ¿estás bien? Te has quedado un poco pálida.

—¡Lo siento! —gritó, dándose la vuelta en redondo—. ¡He olvidado algo en el cottage!

Y entonces echó a correr, colina arriba y de vuelta al cottage, tan rápido como la llevaban las piernas. Ellie oyó el coche traqueteante y ruidoso en la carretera y se obligó a no mirar.

—¡Tía Rose! —gritó, excitada, al tropezar por el jardín—. ¡Tía Rose! —Irrumpió en el cottage justo cuando su tía subía la escalera con dos huéspedes nuevos.

—¿Ellen? ¿Todo en orden, niña?

Ellie sabía que en realidad no debía hablar si había visitas. Y además era un momento de lo más inoportuno, pero le salió sin más: —¡Tante Rose, estoy enamorada de Graham!

Silencio.

Tante Rose alzó las cejas e hizo un gesto raro, mientras las dos mujeres que esperaban en la escalera le dedicaban a Ellie una sonrisa extraña. De esas con las que se sonríe a un niño pequeño que se ha caído y se pone a llorar, porque una sabe que en nada dejará de doler. Fue una sonrisa así.

Tante Rose carraspeó y se disculpó con las mujeres por la irrupción de Ellie. —Ahora hablamos—, le siseó. Luego siguió subiendo, y Ellie se quedó en la cocina. Todo su cuerpo le hormigueaba. Era como si las hormigas del jardín hubieran encontrado un camino hasta su estómago. No se movió ni un milímetro hasta que Tante Rose volvió a bajar. En realidad esperaba una bronca, pero, de algún modo, no llegó.

—¿Y de dónde te viene de pronto esa brillante revelación?—La empujó hacia el salón, donde sentó a la chica en el sofá y ella misma se acomodó en el sillón de al lado. ¡Y Ellie no podía estarse quieta!

—¿Es verdad? ¿Estoy enamorada de Graham?

Tante Rose soltó una risita. —Eso lo tienes que saber tú.

—El señor Grisham dice…

—Ya me lo podía imaginar—, la interrumpió, negando con una sonrisa.— ¿Te gusta estar con Graham?

—Sí, claro.

—¿Ves? Lo demás da igual.

—¿Pero no hay diferencia? Lo de estar enamorada, digo. Si ahora va a cambiar todo, ¡no quiero!— Ellie respiraba con agitación.

—Claro que hay diferencia entre que alguien sea solo un buen amigo o que estés enamorada de él. Pero, en el fondo, no cambia nada, ¿no? Mira, Ellie: si a partir de hoy te llamara Irene, seguirías siendo Ellie. El nombre nuevo no cambiaría quién eres ni lo mucho que nos queremos, ¿verdad? Pues con Graham, contigo y vuestra amistad pasa lo mismo. Solo porque ahora lo llames de otra manera, sigue siendo lo mismo. Como antes.

Eso tranquilizó a Ellie y respiró hondo. —Gracias a Dios.

Tante Rose se sentó a su lado en el sofá y le rodeó los hombros con un brazo. —No se lo digas, ¿vale?

—¿Por qué no?

Apretó los labios un instante antes de decir: —Porque puede que Graham te conteste algo que te haga daño. Y creo que, en el fondo, él no querría eso.

Ellie no entendió del todo lo que Tante Rose quería decirle, pero prefirió no preguntar más. Todo le daba vueltas en la cabeza.

Aquella noche no bajó a la fiesta del puerto. Se sentó en la cama y observó los fuegos artificiales sobre la bahía; pensó en la lluvia dorada y en cómo, años atrás, había bailado con Graham por las calles entre la multitud. Mientras las chispas incandescentes caían al mar —como estrellas que se precipitaban del cielo—, Ellie veía delante a Graham y a sus nuevos amigos. Seguro que ahora bailaba con ellos y se lo estaba pasando en grande. Quizá hasta compartían una bretzel.

Y ahí estaba otra vez.

Ese extraño dolor en el pecho y ese pellizco en el estómago. Y Ellie pensó en las palabras del señor Grisham: que estar enamorado significa no poder dejar de pensar en alguien, querer estar con esa persona y echarla de menos.

Cuando se echó la manta por encima de la cabeza, aún retumbaba el horizonte, y apretó los ojos con tanta fuerza como si así pudiera dejar fuera el mundo y todo lo que había en él.

A la mañana siguiente, a Ellie la despertaron unos cálidos rayos de sol centelleantes que dibujaban formas graciosas en la pared de su habitación y le cosquilleaban las mejillas. Se frotó los ojos, bostezó, se estiró y se deslizó fuera de la cama. Entonces reparó en la ventana entreabierta. Había una bolsita encajada. ¡La noche anterior no estaba allí!

Curiosa, Ellie la atrajo hacia dentro y la desenvolvió. Dentro había una bretzel. Frío y duro. ¡Pero allí estaba!

Como antes, cuando aún no la dejaban ir a la fiesta del puerto. Sonriendo, apretó la bolsa contra sí y cerró los ojos.

Graham se había acordado de ella. Y seguro que hasta la había echado un poco de menos.

Quizá también estaba un poco enamorado de ella.

Solo un poquitín.

Capítulo 19

Hey, Graham, he venido para…

No, sonaba demasiado de colegas.

Querido Graham, quería…

¿Querido? Ellie hizo una mueca.

Graham, el tiempo me ha demostrado…

Como si supiera lo que el tiempo le había demostrado.

Furiosa, Ellie dio un zapatazo y se pasó varias veces la mano por el pelo. Al mirarse en el espejo, se dio cuenta de lo repuesta que estaba ya. Aunque había tenido tanto estrés con el cottage y con Tante Rose, se sentía mucho más sana y viva de lo que se había sentido en todos los años en Berlín. Sonrió a su propio reflejo hasta que recordó lo que estaba intentando ensayar.

—¿Ellie? ¿Todo bien? Llevas ya un buen rato ahí dentro. Tante Rose llamó a la puerta del baño, y Ellie fingió rápido que aún se estaba lavando las manos antes de salir.

—Todo bien. Sonrió.

—¿De verdad? ¿Con quién estabas hablando? Rosemary intentó ponerse de puntillas para mirar por detrás de Ellie al cuarto de baño, pero perdió el equilibrio y le lanzó una mirada hosca. ¡Como si Ellie fuera a esconder a alguien en el retrete!

—Solo… estaba leyendo algo. En el móvil.

—Hm. Rose frunció el ceño. —Me voy a la cama. ¿Cierras la puerta, por favor?

—En realidad quería pasar un momento a ver a Graham.

Rosemary asintió y le hizo un gesto con la mano, como si no esperara otra cosa. —Entonces cierra por fuera.

Ellie le dio un beso en la mejilla antes de coger la chaqueta y salir de la casa. De camino a la Flynt-Farm, iba repasando una y otra vez las palabras que quería decir. Sentía la necesidad de explicarle a Graham por qué al principio había sido tan reservada con él. Era ella la que seguía aferrada al pasado, la que aún sentía el dolor de entonces como si acabara de clavársele en el corazón. Y era también ella la que luchaba con todas aquellas palabras no dichas.

Las palabras no dichas…

Ellie se quedó inmóvil. Al parecer, no era solo su problema. A los dos se les daba bien andarse por las ramas. Ninguno había hablado aún de entonces. De lo que les ocurrió por aquel entonces. De cómo, al lado del otro, maduraron; de cómo de la amistad brotó un amor tierno… y de cómo se les rompió el corazón cuando todo terminó. Al menos el corazón de Ellie se rompió entonces. Volver a Fallbury había despertado muchos recuerdos preciosos, pero también un buen puñado de dolorosos. Con cada día que pasaba, se sentía más cerca de Graham. Le faltaba el aire de tanto que se volcaba en tenerlo a su lado y en sentir cómo los viejos sentimientos volvían a cobrar vida. No se había perdido, no había pasado. Cuando Graham propuso en el barco averiguar en qué se habían convertido realmente los dos tras tantos años de silencio, a Ellie le dieron ganas de gritar que ella sí lo sabía. Lo sentía cada mañana al salir del cottage y mirar de inmediato hacia la Flynt-Farm con la esperanza de alcanzar a ver a Graham antes de que se pusiera en camino hacia los pastos. No se dormía ni una noche sin pensar en su pelo abundante y en sus hoyuelos profundos. Y nunca despertaba sin esperar poder escuchar de nuevo su risa cálida.

Que se hubiera pospuesto su viaje de vuelta a Alemania no hacía menos tensa la situación con sus padres. Ellie les había comunicado su decisión de asumir provisionalmente la dirección del cottage solo por SMS. No había habido una reacción real. Odiaba tener que elegir entre Escocia y Alemania, entre Fallbury y Berlín y, sobre todo, entre

sus padres y Graham y Tante Rose. Tampoco en esto había cambiado nada con los años.

En los ojos de Graham, sin embargo, Ellie había podido leer la pura felicidad por su decisión espontánea, y eso mismo sentía ella. Les daba más tiempo. ¿Pero para qué?

¿Qué pasaría si ahora lo dejaran en manos del destino? Si no lucharan contra aquellos sentimientos que antaño fueron tan frágiles y ahora se dejaran arrasar por ellos sin miramientos. Ellie se iría de todos modos. Sí, algún día volvería a Alemania y, cuanto más disfrutara hasta entonces de la cercanía de Graham, peor sería aquella nueva despedida.

¿Y si no hubiera despedida? ¿Y si de verdad me quedara? ¿Esta vez para siempre?

Ellie se detuvo, y su mirada vagó inquieta por la noche.

—¿Ellie? ¿Qué haces ahí fuera a estas horas?

—¿Graham? Ellie se dio la vuelta de golpe. —Oh. Hey. Solo quería… yo quería…

Graham salió del granero y fue directo hacia ella.

—¿Qué querías?

Sonrió con picardía, y ella olvidó por completo dónde estaba.

¿Cómo podía un hombre que pasaba el día entre animales y suciedad, a la intemperie hiciera el tiempo que hiciera, estar tan insultantemente guapo?

—Venía a verte. ¿Tienes un momento? ¿O… quizá dos?

—Para ti, incluso tres. Guiñó un ojo, y Ellie oyó su propio corazón latiéndole en los oídos. —¿Quieres pasar dentro? Señaló la casa de la granja, cuya cocina-comedor estaba iluminada por una luz suave. Seguro que su padre ya había encendido el fuego. Las noches aquí fuera eran frescas, incluso en verano.

—Quizá es mejor que andemos un poco —propuso ella, y Graham asintió. Caminaron en silencio, codo con codo, por la granja. Pasaron junto a los pastos y los campos, cercados y praderas.

—¿Entonces? —preguntó al cabo de un rato y se echó a reír—. ¿Querías que guardáramos silencio un rato?

Ellie sonrió, incómoda. Luego inspiró hondo, y algo que ni siquiera había pensado decir se le escapó: —¡Lo siento!

Graham se detuvo y frunció el ceño. Su expresión se volvió seria, pero siguió siendo dulce y suave. —¿Y por qué lo sientes?

—Porque las primeras semanas aquí te estuve rechazando una y otra vez.

Pareció haber esperado otra cosa, porque soltó el aire, aliviado, y negó con la cabeza, sonriente. —No me pegues esos sustos. Por eso no tienes que disculparte. Dieciocho años no se borran de un plumazo, ¿verdad?

—Es… es tan difícil. No hablamos de ello. De nosotros. De entonces. De… lo nuestro. Ellie manoteó en el aire, como si allí fuera a encontrar las palabras adecuadas.

Graham guardó silencio, pero asintió.

—Me sobrepasa por completo todo lo que me ha pasado desde que he vuelto y desde que… Bueno, ya sabes.

—¿Desde que me has visto? —preguntó con cautela, nada arrogante.

—¡Sí! Ellie soltó el aire contenido. Ahora que él lo había dicho, ella no tenía que hacerlo. —De repente han vuelto todos esos recuerdos. Mi primer verano. La prueba de valor en los acantilados. Nuestra primera fiesta del puerto juntos. Tu aparato…

Él rió quedo. —¿Te acuerdas de mi aparato?

—Me acuerdo de todo, Graham.

Bajó la mirada. —¿Y? ¿Son recuerdos bonitos?

—¿Lo son para ti?

Entonces la miró y le tomó la mano. El corazón de Ellie dio volteretas cuando sintió el calor de su piel. Esa cercanía familiar, que

se le había vuelto tan extraña y que en las últimas semanas la había acogido como si hubiera estado esperando a que Ellie regresara.

—Los veranos en los que estabas aquí fueron los más bonitos de mi infancia. Me pasaba todo el año esperando el momento de estar allí arriba, junto a la carretera, en julio, aguardando la furgoneta de tu padre.

—Hasta que un día dejaste de estar allí —susurró Ellie, y se quedó mirando sus pies, con los que rastrillaba el suelo, insegura. No había venido a reprocharle nada. Había pasado tanto tiempo… Y si alguien le echara en cara situaciones de su infancia, a ella tampoco le haría mucha gracia. A Graham tampoco. En cambio, parecía dolido.

—Lo siento. No quería…

—Sí. Sí que querías. Y tienes todo el derecho. Ven, siéntate aquí a mi lado. Señaló una hilera de árboles caídos, que debían de haber sucumbido a un temporal de antaño. Se sentó en el primer tronco y dio unas palmadas a su lado. Desde allí podían oír el mar. Por desgracia, estaba demasiado oscuro para distinguirlo a lo lejos. Bajo los acantilados no les esperaba más que una oscuridad honda e impenetrable, esa inmensidad de nada que ya de niña le erizaba la piel a Ellie. Solo el suave rumor de las olas la calmaba. Y la cercanía de Graham, porque estaba tan pegado a ella que su hombro rozaba el suyo. De su cuerpo emanaba calor. Un calor agradable que la envolvía.

—Nunca hablamos de ello, pero quizá deberíamos haberlo hecho —empezó.

—Éramos demasiado jóvenes. Yo lo era. Tú no, pero yo sí.

—Ellie, era un adolescente. No tenía ni idea de lo que era el amor.

—Yo sí lo sabía —soltó ella, evitando mirarlo—. Desde el día en que entendí cómo se siente, supe que lo sentía por ti. Aunque era tan joven.

Le temblaba el cuerpo, pero no era el frío lo que la sacudía con brusquedad.

—Eso también lo sabía, pero no sabía cómo llevarlo —confesó Graham—. Tú… tú venías aquí siendo una niña pequeña. Eras como una hermana para mí. Pero en algún momento… Se interrumpió, y Ellie alzó la vista. La luz de la luna hacía brillar sus ojos, y su corazón estuvo a punto de estallar.

—¿Y entonces?

—En algún momento fue mucho más. Pero creo que no lo entendí hasta que de verdad te fuiste.

Su sinceridad conmovió a Ellie y, al mismo tiempo, la hirió profundamente. Durante todos esos años se había acordado de los veranos en Fallbury, los veranos en los que había conocido el amor. El amor por un chico que la había protegido como un tesoro. Y se había convencido de que Graham también la había querido. A su manera, ingenua y propia. Y seguramente así fue. Pero no como ella había esperado. Para él seguía siendo la pequeña Ellie. Hasta que se marchó.

—Ya no dices nada —observó Graham en voz baja.

Ellie negó con la cabeza para deshacerse de los pensamientos que hacían latir su corazón dolorosamente contra el pecho.

—Solo pensaba que entonces tú sentías lo mismo y que, de algún modo, nos habíamos desencontrado. Porque éramos tontos, torpes y absurdamente jóvenes.

—Ellie —Graham puso su mano sobre la de ella, notó su temblor y llevó sus dedos a sus labios suaves. El beso cálido le hormigueó en la piel—. Una parte de mí tuvo que saberlo. Siempre. Cada verano un poco más. Pero yo era un chico ingenuo. Apenas sabía lo que la vida me depararía. ¿Cómo iba a entender algo como el amor?

Ellie alzó la vista hacia él. La ligereza había desaparecido de su mirada. En su lugar encontró dolor y una súplica de que lo entendiera.

—Tres años de diferencia son mucho cuando se es tan joven, ¿verdad?

Graham asintió despacio. —Solo tenía esas pocas semanas al año para comprender lo que de verdad significaba para mí la niña que veía desde lejos. El resto del tiempo tenía que apañármelas solo aquí. También tenía esta vida sin ti, Ellie. Crecí, acumulé experiencias, cometí errores. Todo eso contigo y sin ti. Y llegó un momento en que esos dos mundos chocaron. Nunca quise hacerte daño con ello.

Ellie sintió cómo las lágrimas le subían por la garganta. Se avergonzó de ello, pero no pudo detener el escozor. —Cada año esperaba que doliese menos. Que volviera a ser lo bastante mayor y ya no demasiado pequeña. Que dejara de ser tan insignificante. Para ti.

Graham cerró los ojos, y el dolor gritó en cada uno de sus gestos. —Ven aquí —susurró con voz ronca y la atrajo hacia sí. Ellie se acurrucó contra su pecho cálido y musculoso, y Graham apoyó la barbilla en su cabello mientras su mano le acariciaba el hombro con cariño.

—Si hubiera sabido que te ibas para siempre…

Ellie notó cómo se tensaba, y una lágrima le resbaló del rabillo del ojo y cayó desde la punta de su nariz.

—No habría cambiado nada. Por entonces, entre nosotros ya había cambiado demasiadas cosas. Cuando me fui, ya no éramos Graham y Ellie como yo los recordaba. Éramos Graham y Ellie como siempre había temido.

Graham la apartó suavemente, puso un dedo bajo su barbilla y se la alzó con ternura. —¿De dónde salen esos pensamientos?

—Nunca te pusiste en contacto conmigo. No me escribiste. No me llamaste. Me fui y lo aceptaste sin más.

Graham negó con vehemencia. —¿Cómo puedes decir eso? El dolor que antes se había colado en sus palabras seguía ahí. Ahora, sin embargo, su voz sonaba más dura, más cortante. ¿Lo había herido? Ellie respiró de forma agitada y se pasó las mangas de la chaqueta por las mejillas mojadas.

—No tienes ni idea —prosiguió—. No sabes nada de cómo me rompí por dentro aquel día en que mi padre se plantó delante de mí y me preguntó si te habías topado conmigo. Negué con la cabeza y ya estaba a punto de salir disparado hacia el cottage cuando me detuvo, y esa mirada no la olvidaré jamás. Mi mundo se vino abajo cuando me dijo que te habías ido y que no ibas a volver. No podía creérmelo. Hice sonar el timbre de tu tía en el cottage, recorrí todos nuestros sitios, pasé noches enteras sentado en silencio bajo tu ventana y miré esto una y otra vez. Sacó la cartera del bolsillo y desdobló una foto. Por las líneas de los pliegues estaba ya gastada, el color, desvaído; pero mostraba a una niña de pelo corto a lomos de un chico de cara llena de pecas. El padre de Graham la había tomado con la cámara de Ellie, en su primer verano en Fallbury, y ella se la había regalado después.

La mano de Ellie seguía temblando. —Pensé que te había dejado de importar —acertó a decir.

—Y yo pensé que te había dejado de importar yo. Te fuiste sin despedirte. Sin una sola palabra. Después de todos esos años, de todo ese tiempo. Después de todo lo que habíamos vivido juntos.

—Éramos todavía unos críos —sollozó Ellie.

—No aquel día en que te fuiste. Tú tenías casi catorce, yo casi diecisiete. Ellie, ya no éramos niños.

El corazón de Ellie ardía como un fuego encendido. Hirviente, desbocado. Era como si quisiera abrirse paso a la fuerza fuera de su pecho. Le robaba el aire y la anegaba en recuerdos. Recuerdos de la época más hermosa de su vida.

Y de uno de los peores momentos de hace dieciocho años.

—Tengo que contarte algo —susurró, y alzó la vista hacia Graham con los ojos húmedos. A él le tembló la barbilla; volvió a pasarle el brazo por los hombros y la atrajo con suavidad. Ellie cerró los ojos antes de regresar a aquel verano que había cambiado toda su vida…

Capítulo 20

– Fallbury, dieciocho años antes –

AQUEL verano fue distinto a cualquier otro, aunque a primera vista todo transcurriera como siempre. Pero Ellie ya no era la misma. Y Graham tampoco.

Fue el verano en que por primera vez no parecía una niña pequeña que pasaba las vacaciones en casa de su tía abuela. Fue el verano en que su sola presencia dejó sin palabras a Graham. En pocas semanas cumpliría catorce años. Y se había jurado decirle por fin a Graham lo que sentía por él. Aquel gran y pesado secreto que, sin embargo, la hacía sentir ligera como una pluma, lo llevaba ya mucho tiempo a solas. Y aun así, Ellie estaba segura de que, en realidad, ya no era ningún secreto. Sus padres lo sabían con toda seguridad. Y el padre de Graham, probablemente, también. Pero nadie lo decía. Ese verano, Ellie decidió que por fin lo haría. Solo quería decirlo una vez, poner sus sentimientos en palabras y mirarle a los ojos a Graham. Solo una vez.

Las vacaciones estaban casi terminadas. Lo que quedaba era una última noche en Fallbury. Una noche que lo cambiaría todo. Después, nada volvería a ser como antes. Ellie lo sabía. Pero también sabía que merecía la pena.

Ese verano Graham ya no la trataba como a una niña. Tampoco la miraba como si lo fuera. Sus miradas seguían siendo suaves y cariñosas, pero se habían vuelto un punto más cortadas. Cuando sonreía, sonreía todo en él, y también todo en ella. Antes se reía sin más. A ella le encantaba aquella risita burbujeante que la perseguía hasta en sus sueños, hasta Potterton. Ahora era una risa profunda,

cálida. Familiar y tranquilizadora. De cobijo. Todo en Graham desprendía cobijo. No había nadie en este mundo tan familiar para ella como aquel joven de rizos castaños indómitos. Sí, los años lo habían convertido en un hombre. En el próximo invierno cumpliría diecisiete años. Pero en su mirada aún se veía el rastro de la ligereza infantil. Eso lo hacía tierno. Suave. E increíblemente cálido.

Cuando ahora le cogía la mano a Ellie, lo hacía con un punto más de ternura, ya no tan pícaro y descarado como cinco años atrás. Era más serio y más dulce a la vez. Su pulgar le acariciaba cada vez el dorso de la mano, y entonces todo en Ellie hormigueaba; la ponía nerviosa, la hacía mirar tímida al suelo en lugar de a sus bonitos ojos. Su cercanía le resultaba incómoda y agradable a la vez. Incómoda, porque de pronto la descolocaba. Y agradable, porque no había otra persona en el mundo con la que pudiera sentirse insegura y segura al mismo tiempo.

Cuando al día siguiente volviera a Potterton, Graham sabría lo que ella sentía por él. Se lo había jurado. Y ella por fin sabría lo que él sentía por ella. Si de verdad la pequeña Ellie había desaparecido de sus recuerdos.

Aquel atardecer había fiesta de las velas en Fallbury. Con motivo de un terrible naufragio ocurrido veinte años atrás, mar adentro, en el que muchos pescadores de Fallbury perdieron la vida, el pueblo, año tras año, se sumergía en un mar de velas. Una leyenda decía que la luz de las velas podía guiar el camino de las almas de los muertos. La idea le parecía bonita a Ellie, aunque un poco inquietante.

Para esa noche había llevado a Fallbury dos vestidos que le gustaban especialmente. Uno amarillo, con grandes flores naranjas, y otro rojo, con pequeños lunares blancos. Ambos eran entallados en el cuerpo y caían hacia abajo en una línea A suelta. Pero eran cortos; a Ellie solo le llegaban a la mitad del muslo. Su madre, con toda seguridad, le habría prohibido ponerse cualquiera de aquellos vestidos. Ellie los había comprado con su paga solo para esa fiesta, y

Christine Bell la había reprendido de lo lindo cuando la sorprendió delante del espejo con uno puesto.

—¡Eres demasiado joven para ponerte eso! —exclamó, de brazos cruzados en el quicio de la puerta.

—¿Es que no te gusta?

—Es un vestido bonito, pero te hace parecer mayor.

Más bien quería decir demasiado adulta. Y Ellie entendía muy bien lo que su madre quería decir con eso. En especial el vestido rojo no podía ocultar que estaba justo en ese momento de convertirse en una mujer joven. Pero no por eso le quedaba mal ni resultaba inadecuado. A su madre no le gustaba que Graham la mirase así, con aquella mirada especial. No le hacía gracia que Ellie pasara tanto tiempo con un chico mayor, y además sin su vigilancia. En este punto tampoco se fiaba de la tía Rose. En una conversación entre ambas que Ellie había alcanzado a oír, su madre se mostraba preocupada por que Graham pudiera ejercer una mala influencia sobre ella. Pero Graham nunca haría nada que fuese malo para Ellie. Le sentaba bien. Muy bien. Y su madre, en el fondo, lo sabía. Quizá eso tampoco le gustaba.

Aquella noche especial en Fallbury, Ellie se decidió por el vestido rojo. Si a su madre no le gustaba, a Graham le encantaría. Al pensarlo, no pudo evitar sonreír, y pasó casi dos horas en su habitación: se vistió, se puso rulos en el pelo largo e intentó maquillarse. Muy suave. Como le había enseñado su amiga. Cuando al final se miró en el espejo, tragó saliva.

Sí, la pequeña Ellie Bell, con el pelo corto y los pantalones sucios, hacía mucho que había desaparecido. También a la tía Rose se le abrieron mucho los ojos al verla así. —Madre mía, Ellen, estás increíblemente guapa.

Ellie dio una vuelta sobre sí misma delante de ella. —¿Te parece que me queda bien?

—No es que te quede bien: es que está hecho para ti.

—¿De verdad no quieres venir? —le preguntó Ellie a su tía con cautela. A la tía Rose no le gustaban ese tipo de preguntas, y Ellie, en el fondo, ya sabía la respuesta.

—Aún tengo cosas que hacer. Hay que cambiar las sábanas. Y el fregadero me está esperando. Ya sabes cómo es.

Ellie asintió sonriendo, aunque ambas sabían que Tante Rose acababa de mentir. Por qué nunca la acompañaba a Fallbury, Ellie no lo sabía. Pero esas pequeñas mentiras parecían importantes para ella. No quería que Ellie notara lo incómodo que le resultaba que le hicieran esas preguntas. Y Ellie no quería que Tante Rose se sintiera incómoda por su culpa. Así que se prestaba a seguirles el juego.

—¿El padre de Graham te baja al pueblo? —se aseguró Tante Rose una vez más, cuando Ellie ya estaba en la puerta de casa.

—Sí. Graham ha ayudado con el montaje. Me veo con él allí.

—Pásalo bien, Ellie. Que tengas una buena noche. —Tante Rose sonrió con dulzura, y por un momento Ellie creyó ver un destello en sus ojos. Como si supiera lo que significaba esa noche. Para Ellie y para Graham.

Ellie no había vuelto a hablar con Tante Rose de lo que sentía por Graham. De algunas cosas no hacía falta estar hablando todo el tiempo. Seguían vivas igualmente, porque se percibían entre todas las palabras no dichas.

El señor Flynt ya la esperaba junto al coche. Era la primera vez que, tras la muerte de su mujer, volvía a uno de los festejos del pueblo. Graham decía que desde que su madre había muerto, su padre se había vuelto más callado. Reía menos y hablaba en voz más baja. Como si se hubiese llevado algo de él cuando cayó por los acantilados.

—¡Oh, Ellie! —exclamó ahora, al verla salir de la casa—. ¿Dónde se ha metido aquella niña traviesa que siempre corría por mi casa?

Ellie sonrió y notó cómo se le encendían las mejillas. —Creo que está creciendo.

—De eso puedes estar segura. Estás guapísima. — El señor Flynt la abrazó brevemente y le besó el cabello con cariño paternal. Eso siempre le había gustado.

Durante el trayecto a Fallbury se sintió por primera vez casi como una mujer. Solo esa sensación la ponía nerviosa, le hacía cosquillas bajo la piel. Aún más lo hacía pensar en qué diría Graham al verla así. Recordó su mirada a principios de verano, cuando había saltado del coche con shorts y aquel top de tirantes violeta corto y había echado a correr hacia él. Entonces la había visto de verdad por primera vez. A la nueva Ellie. A la Ellie más adulta. A la que podía volver a pasar más tiempo con él. La que ya no era tan infantil, o al menos lo intentaba. Y esa mirada era justo la que Ellie quería volver a ver a toda costa.

Nada más llegar, el señor Flynt se juntó con unos viejos marineros en el puerto, que bebían cerveza y se contaban historias. Ellie, en cambio, se puso a buscar a Graham. Si no estaba en los puestos de comida, solo podía estar sentado en el muelle o de pie cerca del escenario. Amaba la música igual que ella, pero desde su primera fiesta del puerto juntos Ellie no había vuelto a conseguir sacarlo a bailar. Una pena, la verdad. Le encantaría saber cómo bailaba hoy.

Nerviosa, dejó que la mirada se deslizara por la multitud. Las farolas grandes las habían apagado, y por todas partes había velas grandes y pequeñas que creaban un ambiente fascinante. Tenían que ser miles de lucecitas. A Ellie la invadió un calor de pura expectación.

¿Cómo sería decirle a Graham que estaba enamorada de él? ¿Y cómo reaccionaría él? ¿Y si no la correspondía? ¿Y si decía algo que le hiciera daño? ¿Y si lo cambiaba todo entre ellos? Ellie le había dado muchas vueltas, pero al final siempre regresaba al mismo punto: ya solo quería decírselo. A Graham siempre le había contado todo. Sus sentimientos eran el mayor y probablemente casi el único secreto que había guardado para sí frente a él. Y no había nada más importante que él mereciera saber.

Por fin habían vuelto a acercarse. Graham trabajaba mucho en la granja, pero cuando tenía libre estaba con ella. Iban a nadar o se tumbaban en la playa bajo las estrellas. En algún momento de los últimos años él había aprendido a tocar la guitarra. A menudo se la llevaba cuando por la noche se sentaban en las rocas frente al mar. Entonces ya no escuchaban solo el rumor de las olas, sino también las melodías suaves que Graham tocaba. Ellie podría escucharlo eternamente. Y le encantaba callar con él. Cerca de él el silencio siempre era ligero y amable. Como si los envolviera como un abrigo cálido. Cualquiera podía hablar, pero no cualquiera sabía guardar silencio de una forma agradable.

Mientras Ellie caminaba ahora entre las velas y buscaba en la multitud aquella cabeza oscura y rizada, vio a Victor sentado con una chica desconocida en una mesa. Él le hizo señas, muy animado, y ella se acercó. En todo el verano aún no se habían visto.

—¿Ellie? Casi no te he reconocido. —Victor la abrazó a modo de saludo. Aunque nunca habían sido muy cercanos, en los últimos años la cosa había mejorado. Pero Victor, a día de hoy, seguía sin ser un amigo.

—Estás guapísima —añadió—, y Ellie se lo agradeció con una sonrisa tímida. Ojalá Graham dijera lo mismo.

—¿Has visto a Graham? —le preguntó a Victor, que asintió de inmediato y señaló hacia el faro.

Todo el camino hasta la torre estaba iluminado con velas. Parecía mágico. La gente caminaba con cuidado entre ellas, admiraba el juego de luces, reía y bebía. Algunos hasta bailaban.

Ellie pasó en silencio junto a ellos. El corazón le latía en la garganta. Hoy se lo iba a decir. ¡Tenía que hacerlo! No quería esperar otro año. Cuanto más se acercaba al faro, más gente había. La gente se apiñaba alrededor de la torre. Algunos se sentaban en el suelo entre las velas y dejaban las piernas colgando sobre el mar. En el murmullo uniforme de las voces, Ellie oyó de pronto algo que le llamó la atención.

—¡Deja eso! ¡Eh! Me vas a hacer tirar la cerveza. —Unas risitas fuertes siguieron a esas palabras.

—Oh, sobre tu bonito vestido. Anda, imagínate, entonces tendrías que quitártelo para ponerlo a secar.

Una risa profunda, gutural.

Ellie se quedó helada.

Con cuidado, se abrió paso entre la gente. Buscó el lugar de donde venían las voces y lo encontró enseguida. A la sombra de la torre había dos figuras. En la oscuridad Ellie solo veía sus siluetas. Hasta que la chica, entre risitas, tropezó hacia la luz y el chico, riendo, le agarró la mano. Un cabello rojo brilló a la luz de las velas.

—Isla —susurró—. Al poco, vio a Graham, que le agarró con seguridad la cadera a Isla y la volvió a atraer hacia sí. Ambos sostenían una botella de cerveza. Graham hundió la cara en el cuello de Isla, se quedó en medio de su melena abundante, y ella cerró los ojos—. Hueles increíblemente bien —dijo. La chica se apretó contra él con un suspiro.

Ellie retrocedió dando traspiés.

¡No podía ser! ¡No! No Isla. Aquí no. ¡Hoy no!

—¡Fíjate por dónde vas! —rezongó un señor mayor cuando chocó contra él.

Todo le daba vueltas en la cabeza. A su espalda oyó la risa. Las risitas. Cristalinas y afiladas como cuchillos. Le cortaban los pulmones, el corazón. Le atravesaban todo el cuerpo y la desgarraban. Ellie echó a correr de vuelta al puerto, tan rápido como le dieron los pies. Las luces de las velas se le emborronaron ante los ojos. Le ardían las mejillas. No miró ni a la izquierda ni a la derecha; corrió calle abajo. Cada vez más y más, mientras el agujero en su pecho gritaba de dolor. ¿O era ella? Jamás había sentido algo así.

¿Cómo había podido ser tan tonta?

¿Por qué no se había dado cuenta de lo que pasaba? Que era a Isla a quien él quería, no a ella. No a la pequeña Ellie Bell.

Ellie salió corriendo del pueblo. Cruzó prados y colinas. Hasta que, sin aliento, llegó al jardín del cottage y se dejó caer al suelo. Solo allí, en aquel entorno familiar que tantos años le había dado seguridad y refugio, se permitió desahogarse. Sollozando, se tumbó en medio de la hierba alta. Los rosales a izquierda y derecha. El letrero de hojalata chirriaba con el viento. El corazón de Ellie latía tan salvaje que amenazaba con reventarle el pecho. Ojalá pasara. Quizá la arrancaría de allí. Lejos de este lugar. Lejos de Fallbury y de Rose Cottage. Lejos de Isla y de su maldito pelo rojo. Lejos de Graham y de sus hoyuelos. Lejos de este dolor.

Cuando empezó a llover, Ellie seguía allí. Bajo las nubes densas y las ramas espinosas. No se movía. El pelo se le pegaba a las mejillas, y el vestido rojo estaba manchado de barro.

Graham y Ellie.

Ellie y Graham.

Todo era una mentira.

Cuando Graham se hizo mayor, ella lo perdió.

Daba igual que ahora ella también estuviera creciendo. Daba igual lo que sentía por él. Porque no valía nada. ¡Para él no valía nada! Él tenía su vida, su granja, a Isla y esta vida aquí fuera, en la libertad sin límites. Ellie solo tenía unas pocas semanas de verano. Solo esas pocas semanas en las que podían pertenecer el uno al otro.

Nunca sería suficiente. Diera igual la edad, lo guapa o lo adulta que fuera. Unas semanas no bastaban. ¿Cómo había podido creer que sí?

Exhausta, se incorporó como pudo. Le ardían los ojos. Tenía la nariz tapada y la garganta reseca. La cabeza le martilleaba. Pero nada —absolutamente nada— dolía tanto como lo que sentía en el corazón.

Isla y Graham.

Cualquier chica a su lado le habría dolido. Pero Isla Kennedy no era cualquier chica. Isla Kennedy era la chica a la que Ellie habría dejado despeñarse por los acantilados antes que salvarla.

Isla Kennedy era alguien que la odiaba.

Y justo a esa chica podía amarla Graham.

¿Qué decía eso de cuánto le importaba ella en realidad?

—¿Ellie? —llamaron con suavidad a la puerta de su cuarto—. ¿Ellie? ¿Estás despierta?

Ellie parpadeó y se estiró. Le dolía todo el cuerpo.

¿Por qué no estaba en la cama?

Estaba sentada bajo la ventana, en el suelo. Seguía llevando el vestido sucio. Tenía el pelo revuelto, enredado. Arañazos sangrantes le surcaban las piernas.

—Niña, tú… —Tía Rose abrió la puerta y se quedó en silencio. Luego corrió hacia Ellie y la levantó del suelo—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? ¡Habla conmigo! ¿Alguien te ha hecho daño? Rosemary la sacudió, pero Ellie se limitó a mirarla. El sol brillaba. Se colaba entre las cortinas. Era como si ese sol no tuviera derecho a brillar.

—Graham quiere a Isla —susurró. Al principio pensó que volvería a llorar. Pero los ojos se le quedaron secos; solo el nudo en la garganta era enorme y asfixiante. Probablemente se le quedaría atascado allí el resto de su vida.

—¿Isla Kennedy? —preguntó tía Rose, alzando las cejas con escepticismo.

Ellie asintió.

—¿La pelirroja estirada?

—Mmm.

Luego no dijo nada más y simplemente atrajo a Ellie a sus brazos. Tía Rose era una persona tan cálida. No a la manera en que lo era la madre de Ellie. O su padre. No, tía Rose rara vez la abrazaba. Cuando lo hacía, Ellie hasta dudaba de si le gustaba. Su tía abuela nunca parecía sentirse del todo cómoda con ese tipo de cercanía.

Pero aquel día apretó a Ellie contra sí. Tan fuerte que casi dolía, aunque a la vez se sentía bien, y Ellie cerró los ojos.

Solo después de un buen rato se separó de ella tía Rose.

—Tenemos que limpiarte y ponerte algo decente. Tus padres me van a cantar las cuarenta si te devuelvo así.

A Ellie le daba igual estar sucia o limpia. De pronto todo le daba igual. Tía Rose la bañó aquella mañana, y Ellie no sabía cuándo había sido la última vez en su vida que alguien la había bañado. Debía de hacer una eternidad. Tía Rose le lavó el pelo y enjuagó todas las huellas de la noche anterior de la cara y del cuerpo de Ellie. Lo que quedó fueron los arañazos sangrantes de las piernas y los brazos. Pero no eran ni la mitad de profundos que aquello que Ellie sentía en su corazón.

—Quizá deberías volver a hablar con él, pequeña. Tante Rose lo dijo con mucha cautela y en voz baja, mientras por la mañana ayudaba a Ellie a hacer la maleta—. Un año es mucho tiempo, ¿sabes?

Por suerte es mucho tiempo, pensó Ellie y se limitó a negar con la cabeza. No iba a hablar con Graham de ninguna manera. Y menos ahora, con la pinta con la que estaba. Su compasión podía guardársela. Lástima por la pobre Ellie, enamorada por primera vez. ¡Bah! ¡Jamás! Quizá hablase con él el año que viene. El próximo verano. Cuando todo fuera un poco más fácil. Pero sabía que no iba a ser más fácil, y no tenía ni idea de cómo podría volver a mirarle a la cara sin ver aquella imagen por delante. Él e Isla. En el faro. Su rostro hundido en su pelo. Sus manos en sus caderas.

¿Cómo podía querer justo a ella?

Ellie volvió a luchar contra las lágrimas cuando oyó el coche de sus padres detenerse frente al cottage.

—Diles que fue una noche larga en la fiesta, ¿vale? Tante Rose le posó una mano en la mejilla. Su mirada era cálida y maternal—. Algún día volverás a respirar. Te lo prometo.

Ellie tragó saliva. Luego, Tante Rose salió fuera mientras Ellie cerraba la maleta y se secaba los ojos.

Sus padres la saludaron efusivamente. Por supuesto, su madre se fijó enseguida en que estaba pálida y con los ojos enrojecidos. Ellie echó mano de la mentira piadosa de Tante Rose, la adornó con los pocos detalles de la fiesta de las velas que le habían quedado, además de Graham e Isla, y cortó de raíz su preocupación.

—Cariño, no tenemos mucho tiempo. ¿Llevas ya tu maleta al coche? Tenemos que hablar un momento con Rosemary. El padre de Ellie le acarició suavemente la espalda. Su mirada estaba sombría aquel día. No tan sombría como la de Ellie. Pero mucho más oscura que de costumbre.

Salió fuera. El cielo estaba de un azul radiante. Hacía un calor veraniego, y las abejas revoloteaban entre los rosales. Su mirada se fue hacia la Flynt-Farm. No veía a nadie y no sabía si reír o llorar por ello. Cuando, unos minutos después, ninguno de sus padres había aparecido, Ellie volvió al cottage y se sentó en los peldaños.

—¡Queréis quitármela! La voz indignada de Tante Rose le llegó a Ellie hasta fuera. Ella dio un respingo y se giró. Su mirada se quedó clavada en la puerta de entrada.

—He recibido esta oferta de trabajo de un día para otro. ¿Qué se supone que hagamos? En las últimas semanas lo hemos preparado todo en Potterton. A Ellie no le va a faltar de nada, no te preocupes por eso —oyó decir a su madre. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué estaba preparado? ¿Y qué oferta era esa? Ellie saltó en pie y se precipitó dentro del cottage.

—¿Qué pasa? Su corazón latía desbocado. La mirada de su madre iba y venía entre Ellie y Rose. Luego carraspeó, pero nadie habló—. ¿Qué oferta de trabajo? ¿De qué hablabais?

—Cielito, puedo entrar a trabajar en una empresa de renombre en Berlín, ¿no es estupendo? Su madre dio palmas y la miró expectante.

—¿Berlín?, acertó a decir Ellie.

Al fondo, Tante Rose aferró el respaldo de una silla, se apoyó en él y se presionó una mano contra el pecho. Ellie nunca la había visto tan pálida.

—¿Te acuerdas? ¿De nuestras vacaciones en Alemania? Berlín te gustó.

El padre de Ellie guardó silencio, mientras su madre le tomaba las manos a Ellie.

Se soltó de un tirón—. ¿Qué se supone que significa?

—Stew —siseó su madre, y su padre carraspeó.

—Pequeña —se inclinó hacia ella—, nos vamos a mudar. Mañana mismo. En Berlín hay un colegio excelente y...

—¡No! —gritó Ellie y retrocedió—. No quiero irme a Alemania. Yo… ¿no puedo quedarme aquí? Con Tante Rose. ¡Por favor!

El padre de Ellie se pasó la mano por la cara. Parecía tan cansado como si no hubiera dormido en noches.

—¿Cómo te imaginas eso, Ellie? Te echaría muchísimo de menos. La sonrisa de su madre parecía rígida.

—¿Y mis veranos en Fallbury? Sigo viniendo aquí cada verano, ¿verdad? La voz de Ellie se quebró, y su padre se dio la vuelta.

—Ya encontraremos alguna solución, le aseguró su madre, pero entonces intervino Tante Rose.

—¡No le mintáis! ¡Os la lleváis! ¡Para siempre! ¡Los dos! —jadeó—. Todo esto es culpa tuya, Christine. Desde el principio quisiste sacar a Stewart de Escocia. Sabía que llegaría este día. ¡Lo he sabido todo el tiempo!

Ellie no había visto nunca a su tía tan alterada. El pánico le oprimió la garganta—. ¿Es verdad? —logró articular entrecortadamente—. ¿No volveré nunca aquí?

Su madre le cogió del brazo—. Al principio será seguramente un poco difícil. Pero encontraremos un buen término medio.

—¿Un término medio? La voz de Ellie se le fue a gallo—. ¡Pa! —gritó desesperada. Pero su padre guardó silencio, bajó la cabeza y evitó su mirada.

—¡No! —gritó—. ¡Tante Rose! Cuando Ellie se arrojó a los brazos de su tía abuela, Rose le acarició la espalda con suavidad. Ellie podía oír lo pesado que era su aliento.

—Stewart, no seas tonto. Esta niña pertenece aquí fuera, en el campo. Lo lleva en la sangre. Lo sabes tan bien como yo.

—Es nuestra hija, Rosemary. La madre de Ellie clavó en Tante Rose una mirada ferocísima, y Ellie ya no entendía nada. Las lágrimas brotaron sin freno.

¿Nunca más Fallbury? ¿Nunca más el mar? ¿Nunca más los acantilados?

¿Y nunca más Graham?

El corazón de Ellie se detuvo un instante. —Graham —susurró sin aliento, y Tante Rose la atrajo hacia sí.

—Corre —le susurró al oído—. ¡Díselo! ¡Corre!

Y Ellie salió disparada de la casa. La cabeza le zumbaba, la sangre le latía en los oídos. La adrenalina bombeaba por su cuerpo mientras corría hacia la Flynt-Farm. La noche anterior, el dolor, todo quedó olvidado. Incluso las imágenes en su cabeza. Ahora solo importaba el momento. Ese último momento. ¡Tenía que decírselo!

—¡Graham! —gritó Ellie mientras cruzaba el patio—. ¡Graham, ¿dónde estás?

Tropezando, entró por la puerta principal sin llamar. Pero la casa de la granja estaba vacía. En la encimera de la cocina había dos tazas de café.

—¡Graham! Ellie recorrió toda la casa, salió de nuevo al patio y entró en el granero. Jadeante, trepó al pajar en el que había pasado tantas noches. —¿Estás aquí, Graham?

Pero él no estaba. Nada indicaba que hubiese estado allí en absoluto.

Volvió a echar a correr hacia los pastos. —¡Grahaaaaam! A lo lejos vio una figura. Impulsada por una chispa de esperanza, corrió aún más deprisa. Tropezó. Cayó. Se abrió la rodilla y volvió a ponerse en pie.

Pero solo era el señor Flynt, que se le acercaba, alterado. —Ellie, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—Yo… yo tengo que… —tartamudeó, pero se quedó sin aire.

—Tranquila, pequeña —la calmó Archie Flynt, y Ellie tragó saliva mientras el cuerpo se le agarrotaba.

—Tengo que irme a Berlín. Mañana mismo. Yo… no voy a volver. ¿Dó… dónde está Graham? —Temblaba.

—¿Cómo que no vas a volver?

Ellie sollozó. —Nos mudamos, nos vamos de Escocia. ¿Dónde está? ¿Dónde está Graham?

—Ha salido temprano. No sé adónde quería ir. —El padre de Graham buscó en vano las palabras adecuadas, y a sus espaldas sonó de pronto el chirrido de unos frenos.

—¡Ellen! —gritó la madre de Ellie por la ventanilla—. Vamos, cielo. Aún nos queda mucho por hacer. De verdad tenemos que irnos.

Las lágrimas le corrían por las mejillas a Ellie, y el padre de Graham la estrechó, le rodeó con los brazos y hundió el rostro en su pelo.

—Eres una chica estupenda, Ellie. Sigue siendo como eres, ¿vale? Y da señales de vida, ¿me lo prometes?

Ellie ya no podía hablar. Asintió. O lo intentó, al menos. El cuerpo se le puso rígido.

—¡Ellen, venga, por favor!

Por última vez apretó la mano del padre de Graham, luego corrió hasta el coche de sus padres y se lanzó al asiento trasero.

—No lo he encontrado. ¡Tenemos que buscar a Graham, por favor! —suplicó.

—Puedes llamarlo tranquilamente y explicárselo todo, ¿sí? —dijo su madre.

—¡No! Por favor. Tengo que hablar con él.

Su padre se volvió hacia ella. —¿Dónde podría estar, pequeña?

—No lo sé —sollozó Ellie, y ya le daba absolutamente igual estar comportándose como una niña pequeña.

—Stewart, no la refuerces en esto. En dos horas el camión de mudanza estará en la puerta. Tenemos que volver a Potterton. —Luego se giró hacia Ellie, atrás—. Sé que ahora duele, cariño. Pero algún día será mejor, ¿vale? Encontrarás amigos nuevos. —Su mirada estaba tan llena de incomprensión que Ellie guardó silencio. No intentó convencer a su madre de que probablemente no iba a mejorar jamás. Que dolía condenadamente. Y que en ninguna parte del mundo la esperaba alguien como Graham.

Al pasar frente a Rose Cottage, Tante Rose estaba en los escalones de la casa. Ellie bajó la ventanilla y se inclinó hacia fuera. —¡Tante Rose! —gritó—. ¡No me olvides, Tante Rose!

Su tía no dijo una palabra. Apretó los labios con fuerza. Ni siquiera saludó con la mano. Era tan irreal. Todo aquello no podía estar pasando de verdad. Tenía que volver el verano siguiente, sin más. ¡Llevaba siendo así años!

Al girar hacia la Cliffside Road, la mirada de Ellie se deslizó, anhelante, por los prados y las colinas. Solo había pasado aquí unas pocas semanas al año y, aun así, aquel lugar era un hogar. Más que cualquier otro en el mundo.

Al limpiarse los ojos, vio a lo lejos a un hombre en las colinas. Alto. Casi un poco desgarbado. De pelo rizado y espeso. Entonces se volvió, y su rostro quedó orientado hacia el coche. A Ellie se le cayó el alma a los pies. Incluso a esa distancia lo reconoció. La sonrisa. Los hoyuelos.

—¡Papá! ¡Para! ¡Papá!

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Su padre clavó los frenos, y todos se fueron hacia delante en los asientos. Ellie se desabrochó el cinturón—.

¡Graham! ¡Allí detrás está Graham! —gritó, señalando a lo lejos. Justo cuando iba a abrir la puerta y saltar fuera, otra figura se alzó junto a Graham entre la hierba que les llegaba a la cadera. Ellie reconoció el cabello rojo fuego, y dentro de ella se hizo añicos el último resto de esperanza. Se quedó a medio gesto, sintió de nuevo cómo el dolor y la desesperación la arrollaban y volvió a meterse en el coche.

Nadie le preguntó nada, y ella no dijo nada. Simplemente se fueron. Una última vez por la Cliffside Road. Una última vez, lejos de Fallbury. Lejos de Graham. Por última vez.

Para siempre.

Capítulo 21

Graham sostenía el vaso de whisky en la mano y miraba a Ellie en silencio. Su mirada vagaba, inquieta, por su rostro.

Ya se había hecho muy tarde. Casi sin darse cuenta, mientras Ellie contaba lo de la Flynt-Farm, habían bajado hasta el pueblo, habían tomado el camino entre las colinas verdes y la hierba alta. El mismo por el que Ellie había subido corriendo, entre lágrimas, entonces.

Mientras hablaba, Graham la había escuchado en silencio. De vez en cuando, ella lo miraba de reojo, buscando una reacción a sus palabras. Tenía el ceño fruncido y la mirada baja.

El camino los llevó al *Lighthouse Inn*, el pub justo frente al embarcadero y al faro, al que Ellie asociaba tantas memorias dolorosas. No se le escapó cómo Graham se había girado hacia él justo antes de entrar.

Ahora, cuando terminó de hablar, se tragó por última vez los recuerdos pesados y sostuvo la mirada de Graham. En algún momento él negó con la cabeza. Al principio muy despacio, luego con más firmeza. Con un suspiro, se echó hacia atrás.

—Ojalá me lo hubieras contado enseguida. No aquella noche en la fiesta de las velas, sino mucho antes. En el momento en que lo sentiste de verdad por primera vez. Lo tuyo y lo mío. Si siempre nos lo contábamos todo…

Ellie guardó silencio y se mordió el labio inferior. Le ardían en el pecho unas lágrimas. Lágrimas de recuerdo y lágrimas por los años perdidos.

—Y no tendrías que haberte esfumado así, Ellie. No deberías haberlo hecho. Yo…

Ellie alzó la vista. —Y tú no tendrías que haberte enrollado con Isla. ¡Me odiaba!—

Graham dio un respingo. Por un instante se limitó a mirarla. Ellie creyó distinguir un destello de decepción en su mirada. ¿O era rabia? ¿Tristeza? No saber interpretarlo la removió aún más.

—Será mejor que lo dejemos—, murmuró de pronto Graham y apuró el vaso de whisky.

A Ellie se le encogió el estómago. —¿Dejarlo?— susurró con voz trémula.

—De hurgar en el pasado. Quiero decir, ¿qué cambia? Éramos jóvenes, inexpertos, ingenuos. Es una locura estar hoy aferrándonos a las decisiones de entonces.

Ellie tragó saliva. —No debería habértelo contado—, susurró más para sí que para él.

Graham negó con vehemencia. —¡No! No, no me refería a eso. Me alegro de que por fin me lo hayas dicho. Y fui un maldito idiota por no entenderlo entonces. Porque estaba ciego, porque hice caso a la gente equivocada. Pero, Ellie… no cambia nada. Nada de todo eso cambia que estuviste fuera dieciocho años, que nuestras vidas siguieron adelante y que todos estos años he vuelto una y otra vez a pensar en ti.

Una lágrima le resbaló por la mejilla, y Graham le acarició con ternura la piel húmeda con el pulgar.

—Si de verdad queremos averiguar qué queda hoy de lo de entonces, tenemos que cerrar con las cosas que ya no podemos cambiar.

Ellie asintió con cautela. —¿No lo sabemos ya?—, exhaló, y en los labios de Graham asomó esa sonrisa tan familiar. Un hoyuelo se le marcó en la mejilla derecha. El corazón de Ellie se derritió ante el torbellino de sentimientos que llevaba dentro.

—Puede ser.—Llevó la mano de ella a la boca y besó con ternura el dorso. Ellie contuvo el aliento.

—Hoy podemos hacerlo mejor—, dijo Graham en voz baja. La música del pub podría haberle tapado con facilidad, pero Ellie estaba

tan centrada en él y en sus palabras, en su gesto y en su expresión, que no percibía nada más.

De pronto, Graham alzó la vista. Se volvió hacia el escenario y abrió mucho los ojos. Era noche de karaoke en el pub. Antes, Ellie y él se habían sentado fuera, sobre los barriles del puerto, y habían escuchado los penosos intentos de canto de los parroquianos; se habían partido de risa y se habían jurado que algún día lo harían mejor. Cuando Graham se levantó entonces, a Ellie se le cortó la respiración.

—¿Qué piensas hacer?

Le guiñó un ojo un instante y, acto seguido, ya había desaparecido entre la multitud. Ellie se inclinó desde el reservado en el que habían buscado y encontrado un poco de calma y distancia del bullicio del pub, pero ahora quería ver qué estaba pasando allí, en el escenario.

No tuvo que buscar mucho para dar con Graham. Apareció en medio del escenario, se cogió una guitarra, les susurró algo al resto de músicos y ajustó el micrófono a su altura. El cosquilleo nervioso en el estómago de Ellie se convirtió poco a poco en el emblema de cada instante que pasaba a su lado. Sin embargo, no se acostumbraba. Aun así, aquella sensación cálida y reconfortante que le atravesaba el cuerpo la dejaba sin aliento. Salió despacio de la hornacina y avanzó hacia delante con los demás clientes. Cuando Graham la vio, se le iluminaron los ojos.

—Este tema es para la chica que trae el verano a Fallbury. Sonrió, bajó la mirada un instante y volvió a empezar—. Para mi chica.

La gente vitoreó y alzó los brazos. Las mejillas de Ellie ardieron. Graham no era un desconocido entre los parroquianos del pub, y ahora coreaban su nombre. En un pueblo pequeño como Fallbury, todos se conocían. Y a un Graham Flynt era imposible pasarlo por alto.

Insegura, Ellie pasó el peso de un pie a otro. Cuando sonaron los primeros acordes de la canción que no había vuelto a escuchar en años, un escalofrío le recorrió la espalda. La pista de

acompañamiento sonaba baja de fondo, y Graham se acompañaba a la guitarra, mientras *My Girl* de The Temptations sonaba entre el público. A Ellie le latía el corazón en la garganta y acabó cubriéndose la cara con ambas manos.

Llevaba esta canción, cada una de sus notas, grabada a fuego dentro. Custodiada como un tesoro. Como si hubiera sido ayer, recordó el día en que pudo ir por primera vez con Graham a la fiesta del puerto y él la subió a su espalda. Había cantado. Reído y bailado. Entonces no había dado a sus palabras ni a las letras la importancia que les daba hoy. Ahora sabía lo que cantaba y sabía lo que quería expresar con ello.

Ellie lo observó mientras cantaba cada palabra con una intensidad indescriptible en su voz suave. Entonces lo había gritado a la noche; ahora casi se parecía a un relato. Como si por un instante dejara que el mundo participara de su historia compartida. Todo el cuerpo de Ellie empezó a hormiguearle. El latido se le aceleró tanto que temió que la gente a su alrededor pudiera oírlo por encima de la música. La voz de Graham era cálida. Increíblemente cálida.

I've got sunshine on a cloudy day
When it's cold outside I've got the month of May
Well, I guess you'd say
What can make me feel this way?
My girl …

La multitud empezó a bailar. Las parejas se encontraron, se cogieron de las manos, giraron en círculo, aplaudieron al ritmo y vitorearon a Graham.

El rostro de Ellie ardía. Se balanceaba con la música, apenas podía estarse quieta y contenía a duras penas las emociones abrumadoras en su pecho. Tenía la garganta en llamas, y la sonrisa en la cara le dolía en las mejillas.

Cuando Graham cantó: —*I've got so much honey the bees envy me*—, soltó una carcajada. ¿Podía ser de verdad? ¿De veras estaba en aquel lugar? ¿Con él? ¿De vuelta en esa vida que creía perdida? ¿La que siempre había echado de menos?

La pura felicidad le estalló dentro. Una ligereza la llevó por cada una de las palabras que Graham cantó, por la melodía, por aquellos momentos. Justo después de un solo de guitarra, Graham bajó despacio del escenario. Mientras bajaba, volvió a cantar y fue directo hacia Ellie. Los clientes del pub le abrieron paso y, con los ojos brillantes, lanzaron miradas curiosas a Ellie. A los pocos pasos llegó hasta ella, le dio su guitarra a un hombre a su lado y le cogió la mano. La pista siguió sonando mientras Graham hacía girar a Ellie una vez. Tan rápido que, acto seguido, cayó directamente en sus brazos. Riéndose, se apretó contra él.

—¡Súbete, cariño!

—¿Qué? Ellie echó la cabeza hacia atrás, divertida, y la multitud prorrumpió en gritos.

—¡Vamos, súbete!

Y antes siquiera de que pudiera reaccionar, Graham la alzó de un tirón y la subió a su espalda. Ahora gritaba a pleno pulmón la última estrofa del tema, y sus palabras resonaron por el pub, más altas que la multitud que aplaudía y cantaba a su alrededor. Ellie le rodeó las caderas con las piernas y el cuello con los brazos. Se sintió como la niña de entonces, cuando no se preocupaba por el mañana. Cuando reía y vivía. Y amaba. A su manera, tan inexperta como vibrante.

—Estás loco —le dijo, entre risas, al oído de Graham.

—Cierto. —Sonrió. Sus rizos castaños se pegaban a su frente sudorosa—. Loco por ti.

Cuando la canción llegaba a su fin, Graham la dejó resbalar despacio desde su espalda hasta el suelo. Ella se quedó frente a él, y él le puso las manos en las caderas para atraerla con suavidad contra sí. Ellie cerró los ojos cuando él y la gente a su alrededor cantaron por última vez —*My girl …*—.

Después, los parroquianos del pub enloquecieron. Ellie notó el alcohol corriéndole por el cuerpo. Se le nubló la cabeza y no sabía si era por Graham, por la canción o por aquella atmósfera abrumadora. Quizá era un poco de todo.

Graham se detuvo en seco y la miró. Con esa mirada que la hacía callar y gritar por dentro a la vez. En sus labios se dibujaba la sonrisa más dulce y más traviesa que ella le había visto nunca. Los hoyuelos de sus mejillas hicieron que Ellie también se riera. Estaba tan guapo.

Por un momento sintió que el mundo se detenía. Solo para ella y para él. El aire entre ambos estaba electrizado, y Ellie habría jurado que notaba el chasquido en su cuerpo. Cuando Graham se acercó más y más, contuvo el aliento. Quiso decir algo, lo que fuera. Graham debió notarlo, porque posó un dedo índice sobre sus labios. Negó con suavidad, ahogando cualquier palabra, y Ellie asintió despacio. Tenía el rostro tan cerca que el calor de su piel le ardía en las mejillas. Apenas podía sostenerle la mirada. Ahí estaba —ese hombre por el que quería serlo todo, podía serlo todo y lo era todo —. Y él era exactamente lo que ella anhelaba.

Ellie apoyó la frente en la de Graham.

Sintió su piel sudorosa. Olió el whiskey en su aliento y el aftershave en su cuello. Dulzón y áspero a la vez. Casi familiar. El punto en que sus rostros se tocaban parecía arder. A Ellie le costaba respirar, y por las respiraciones pesadas de Graham notó que a él le pasaba lo mismo. No la perdió de vista ni un segundo. Su mirada era un lazo invisible que los mantenía unidos. Para siempre. Ellie deseó que la Tierra dejara de girar. Que todo se quedara para siempre como en ese instante. Tan mágico y cosquilleante. Tan chispeante y excitante. Como un fuego artificial, aquella tormenta de cercanía y confianza indecibles estalló. Aunque todo era nuevo, no se sentía así. Era un regreso a casa.

Muy despacio, Ellie se separó de Graham y dio un paso atrás. Quería mirarlo. Sus ojos hermosos y cálidos. Sus rizos suaves y abundantes. Los hoyuelos y la sonrisa pícara que la volvía loca.

Graham no rehusó su mirada. La atrajo de nuevo hacia sí, como si temiera tener que soltarla alguna vez. Su mano derecha rozó con suavidad la mejilla de Ellie, y ella hundió el rostro en su palma.

—Ellie… —susurró con voz ronca.

—Shhh —respondió ella en voz baja, atrapada en aquel momento maravilloso.

Y entonces ocurrió aquello con lo que hasta ahora solo se había atrevido a soñar. Los labios de Graham. Se posaron sobre los suyos con cuidado, casi con timidez. Como si se conocieran de nuevo en ese instante. Como si tuvieran que probar hasta dónde podían llegar. Para no precipitar nada y no romper ese lazo frágil.

Sentir a Graham de ese modo era nuevo y excitante y, aun así, infinitamente familiar. Se puso de puntillas para acercarse un poco a él. Tan suave y cuidadoso como había empezado el beso, así de apasionado e intenso se volvió ahora. Tan ansioso, como si tuviera que recuperar todos los años perdidos.

Cuando Ellie volvió a abrir los ojos, la frente de Graham estaba otra vez pegada a la suya. Sudaba. El corazón se le desbocaba y temblaba. Tambaleándose, se aferró a Graham. En sus labios estaba esa sonrisa de la que se había enamorado una y otra vez entonces.

Solo en ese momento se dio cuenta de que seguían en mitad de la pista de baile, y a su alrededor la multitud rugía. Riéndose, Ellie hundió el rostro en el pecho de Graham y él la condujo de vuelta a su rincón, pero solo para coger sus cosas. Necesitaban aire fresco con urgencia.

Mientras el viento frío y húmedo les golpeaba a la salida del pub, caminaron, con el corazón desbocado, por las calles desiertas de Fallbury. Las estrellas justo sobre sus cabezas. Tan mágicas como la sensación que los unía.

Ellie no fue capaz de articular palabra, porque ninguna hacía justicia a lo que acababa de sentir en el pub. A veces miraba a Graham de reojo, y él siempre sonreía. La felicidad se posaba en sus labios.

Ella también la saboreaba en los suyos.

Capítulo 22

A LA mañana siguiente, Ellie se sentó con dolor de cabeza a la mesa de la cocina y removió distraída su café. Apenas había conciliado el sueño aquella noche, aunque no se sentía en absoluto cansada. Graham la había acompañado hasta la puerta de casa. Apenas podían apartar la mirada el uno del otro y, cuando él cruzó hacia la Flynt-Farm, Ellie se quedó a escondidas tras la ventana de la cocina y siguió con la vista cada uno de sus pasos. Sus dedos buscaron con cautela sus labios, donde aún podía sentir el cosquilleo del beso.

Esa mañana, sus pensamientos volvían una y otra vez a la noche anterior. ¿Y ahora?

Nada había cambiado. En unas semanas, cuando el cottage estuviera de nuevo en pie, volvería a Alemania. Pero ni esa inquietud ni la certeza de una nueva separación habían logrado impedir que se abandonara sin reservas a lo que sentía por aquel hombre extraordinario. Quizá porque ni siquiera podía pensar en despedidas. Porque no quería. Porque, en el fondo, sabía a dónde pertenecía…

Ellie miró de reojo su móvil, que yacía junto a la taza de café sobre la mesa. Pensó en sus padres y en lo resignados y sorprendentemente contenidos que se habían mostrado al enterarse de que se quedaría en Escocia hasta finales de año. Desde entonces no había vuelto a saber de ellos, y la bronca por teléfono aún la llevaba metida en el cuerpo. Si siquiera se planteaba volver del todo a Escocia, les rompería el corazón. Había prometido que volvería. Solo por eso su madre la había dejado marchar medio tranquila. Ellie no necesitaba su aprobación, pero eran sus padres. Su familia. Todo lo que le había quedado entonces, cuando en Alemania se había sentido tan pequeña y perdida. El nuevo comienzo en aquel país tan ajeno los había unido como familia. Por mucho que hubieran dejado atrás en Escocia.

Por otro lado… ¿y ella? ¿Y sus deseos? ¿Sus sueños? ¿No sería que Ellie nunca había llegado a encajar de verdad en Alemania porque, sencillamente, no pertenecía a ese lugar? ¿Era posible que todo tuviera que haber sido así? La carta de Archie, el viaje de vuelta, ese choque arrebatado con Graham y todas aquellas ansias que creía perdidas.

—No sabía que el café fuera tan divertido —dijo tía Rose, sacando a Ellie de sus pensamientos.

—¿Mm?

Rosemary se sentó a su lado. —Anda, si le estás sonriendo al café.

Ellie notó cómo se le encendían las mejillas y negó con la cabeza. —Oh.

—No hace falta que me lo digas. Se te nota a leguas. —Una sonrisa pícara se dibujó en los labios de tía Rose, y Ellie la miró aliviada. ¿Cómo iba a poner en palabras, ni por asomo, todo lo que estaba ocurriendo dentro de ella? Desde que Rosemary le hablara de Angus Bellham, Ellie se sentía más unida que nunca a su tía abuela. Con más motivo deseó de pronto que la propia tía Rose tuviera otra vez un motivo para sonreírle al café con ese aire soñador, como acababa de hacer ella. Había olvidado lo hermoso que era dejarse llevar por ese cosquilleo en el estómago.

—Más de una vez me he preguntado qué habría sido de vosotros dos —dijo tía Rose ahora en voz más baja, y Ellie le sirvió un café—. El joven Flynt es buena gente.

Ellie asintió. —Lo es de verdad. —Suspiró—. ¿Tía Rose?

—¿Sí?

—¿Es una tontería por mi parte? Perderme otra vez en esos sueños sobre él y sobre mí, como entonces, cuando tenía trece años y apenas sabía lo que significaba el amor?

La mirada de Rosemary se fue hacia la ventana. Un rayo de sol le resbaló por los ojos, despiertos. —Créeme, niña, nunca se tiene la edad suficiente para comprender el amor. Hace contigo lo que quiere.

Ellie tomó la mano delicada de su tía y la apretó con suavidad. Guardó silencio y se tragó las palabras que le ardían en los labios. Las preocupaciones y la incertidumbre. La esperanza que brotaba y el anhelo. Sin embargo, no tenía que decir nada de eso. Rosemary parecía comprenderlo igual.

—¿Has pensado alguna vez en no volver?— Ella evitó mirar a Ellie; en su lugar, su mirada se quedó soñadora en las telarañas frente a la ventana y en los rayos de sol que se abrían paso entre los rosales.

Ellie tragó saliva. No estaba preparada para una pregunta tan directa. —No lo sé—.

—Creo que sí lo sabes—. Rosemary se volvió hacia ella, y una sonrisa triste asomó en su mirada.

Ellie negó con la cabeza. —No puedo…—

—¿Sabes? Siempre hay motivos por los que algo no funciona. Pero a veces basta con uno solo que lo haga posible. Si es lo bastante fuerte, lo demás da igual.

Ellie dejó escapar el aire, bien audible. —Mi madre no me lo perdonaría jamás. Ya sabes lo que opina de esta vida de aquí—.

Rosemary le dio unas palmaditas en el dorso de la mano. —¿Y tú? ¿Podrías perdonarte algún día no haber escuchado a tu corazón?—

Ellie se mordisqueó el labio y bajó la mirada.

Apuraron el café sin añadir nada a aquellas últimas palabras. Y no hacía falta.

Por la tarde, Ellie estaba con el portátil bajo los manzanos cuando el móvil vibró en el bolsillo del pantalón. En cuanto consiguió sacarlo, reconoció el nombre de Steven en la pantalla y cerró los ojos con un suspiro. Durante un instante sopesó la idea de rechazar la llamada, pero entonces probablemente no dejaría nunca de intentar ponerse en contacto con ella. Pero tenía que hacerlo. ¡De una vez por todas! Steven se lo merecía tanto como ella misma.

Decidida, se recostó contra el tronco del árbol. —Steven—, se limitó a saludarlo, preparándose por dentro para todo lo que pudiera venir.

—Ellie—, dijo él, y se hizo una pausa—. Ha llegado tu carta—, prosiguió—. ¿Podemos hablar de ello?

—¿De qué? Todo lo que tenía que decirte te lo he escrito. Tienes que parar, Steven. Tuvimos nuestra oportunidad y no la aprovechamos. Por favor, date cuenta de una vez de lo diferentes que somos—. Ellie arrancó un poco de hierba y la dejó caer al suelo, absorta.

—Pero eso no tiene por qué significar que no podamos estar juntos—, replicó Steven. Su voz era ahora una octava más alta, como siempre que se alteraba—. Cometí un error al dejarte marchar. ¡Pero todo el mundo comete errores en la vida, por Dios!—, se quejó, y Ellie cerró los ojos. Una bronca con él era lo último que quería ahora.

—Fue decisión mía, y no habrías podido detenerme. Ni entonces ni, mucho menos, ahora—.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Por qué ahora menos que nunca? Vas a volver, ¿verdad?

—Steven…—

—¿En serio, Ellie? ¿Quieres quedarte en ese páramo de ahí fuera?

—Aún no sé qué haré, pero para mí no es ningún páramo y nunca lo ha sido. ¡Es mi hogar! Siempre lo ha sido—.

Ellie casi podía verlo dejándose caer de hombros, y ahora solo se oía su respiración acelerada al otro lado del teléfono.

—¿Steven?—, preguntó al cabo de un rato, y él soltó el aire, tenso.

—Podría montar mi propio despacho. Podríamos irnos al campo—, dijo en voz baja.

—¿Y tus metas? ¿Tus sueños?

—¿Es que no pueden ser las dos cosas?—, preguntó.

—Nuestros sueños son demasiado distintos—, dijo Ellie.

Como él no dijo nada, lo hizo ella: —Ninguno de los dos sería feliz en una relación así. Siempre habría alguien que tendría que renunciar por el otro. Y no deseo eso ni para ti ni para mí. Y sé que tú tampoco lo deseas—.

No mencionó a Graham porque, como se dio cuenta en ese instante, no había influido en su decisión de llevar una vida sin Steven. Tampoco tenía nada que ver con su regreso a Escocia. Ellie había decidido solo por ella, por primera vez en su vida. Se trataba de ella—de la Ellie que siempre había querido ser, en una vida que siempre había anhelado.

—¿Entonces, de verdad se ha acabado? —preguntó Steven ahora —. Por mucho que hiciera, ¿ya no tendríamos ninguna oportunidad?

—No. Ni si estuviera en Alemania ni si me quedara aquí. Nunca más.

Steven soltó un suspiro. —Lo entiendo… —dijo, y por primera vez Ellie tuvo la sensación de que era verdad. Un alivio se extendió por ella, porque su voz sonaba conciliadora, su tono, en paz. Era un buen tipo y se merecía a alguien que no tuviera que retorcerse para encajar con él.

—Te deseo lo mejor, Steven. Y, por favor, aférrate a tus sueños y metas. No los abandones.

—Gracias. Igualmente, que te vaya muy bien. Espero que seas feliz. Dondequiera que sea. En ese momento oyó pasos a su espalda y vio a Graham acercarse a ella en silencio.

—Hace tiempo que lo soy —susurró al auricular y sonrió cuando Graham le acarició suavemente la mejilla a modo de saludo, para dejarse caer enseguida a su lado sobre la hierba.

—Cuídate, Ellie —se despidió Steven.

—Bye. —Ellie dejó caer el móvil y le echó una mirada a Graham.

—¿Todo bien? —preguntó con aquella voz cálida y grave que la volvía loca.

—Sí —dijo con sinceridad mientras guardaba el móvil.

—Es… o sea, quiero decir… Está todo bien entre nosotros, ¿verdad? —balbuceó Graham, inusualmente inseguro.

Ellie sonrió con picardía y apoyó la cabeza en su hombro. —Mucho más que bien —susurró, y sintió sus labios posarse sobre su cabello. Cerró los ojos un instante y disfrutó de aquel momento íntimo. Como si fuera lo más normal. Como si nunca se hubieran tratado de otra manera. Le gustaba esa sensación especial de que algo familiar resultara tan excitante y cosquilleante. Pero cuando su mirada se deslizó sobre el portátil abierto, recordó lo que en realidad había pensado hacer antes de que sonara el móvil y la sacara de sus pensamientos. Ahora que por fin funcionaba internet, tenían que avanzar con la presencia en línea de Rose Cottage. Como Ellie, entre todo su torbellino de emociones, no había encontrado el momento de pedirle a Graham que configurara la web, lo había intentado ella misma. A estas alturas había varios proveedores que, con unos pocos clics, permitían armar una página que parecía extraordinariamente profesional. Ellie ya había hecho algunas fotos del jardín y de la entrada del cottage y las había incluido en la página. Las habitaciones seguirían en cuanto Graham y Archie hubieran montado los muebles nuevos. Graham se quedó bastante sorprendido.

—Para empezar, esto tiene muy buena pinta.

—¿Crees que podemos dejarlo así? ¿Esto atrae a la gente?

Él asintió. —A mí me atraería. Quizá podrías añadir una subpágina sobre Fallbury. Seguro que a los futuros huéspedes les interesa dónde pueden comer y qué pueden hacer aquí en su tiempo libre —Graham parpadeó y se inclinó hacia su oído—. Karaoke en el pub, por ejemplo —añadió en un susurro. Un beso leve, tan suave como una ráfaga, le rozó el cuello. Ellie se estremeció.

—Te divierte, ¿verdad? —preguntó, sonriente, mientras intentaba mantener a raya los latidos desbocados de su corazón.

—Me divierte muchísimo —confirmó Graham y atrajo hacia sí a Ellie, que dejó resbalar el portátil de su regazo y se dejó llevar por Graham. Juntos se hundieron en la hierba, y Graham rodeó la cintura de Ellie con los brazos. Ella se sentó sobre él y lo contempló. Qué hermoso era. Las pecas claras de su nariz parecían sonreírle. Ella se dejó caer sobre él y posó besos suaves en cada una de ellas; siempre había querido hacerlo. ¿Para qué estaban, si no, las pecas, si no era para besarlas? Graham cerró los ojos. Despacio lo besó desde la punta de la nariz, bajando por la mejilla, hasta que sus labios se encontraron con los de él. Graham enredó la mano en su melena suelta y la apretó contra sí.

—Dios, te quiero, pequeña Ellie Bell —se le escapó de los labios, y Ellie contuvo el aliento. Parecía que a su alrededor todo quedaba en silencio. El rumor del mar en los acantilados se apagó. El viento enmudeció en las copas de los árboles sobre sus cabezas. Y las abejas zumbonas se retiraron, quedas, a todas las flores silvestres del prado.

Poco a poco, ella se incorporó. Graham la imitó, y su mano grande y cálida le apartó del rostro los mechones sueltos.

¿Había entendido bien sus palabras? Esas tres palabras que ni en sueños habría imaginado oír de su boca. Graham parecía percibir el torbellino de pensamientos que le revoloteaban por dentro. Le deslizó un dedo bajo el mentón y se lo alzó con suavidad. —Te quiero —desde aquel día en que plantaste los puñitos en jarras y registraste con recelo los montones de heno —repitió con voz firme, sin apartar la mirada de ella.

La voz de Ellie tembló. —Yo también te quiero, Graham. Se le echó a los brazos y él la rodeó. Tiritando, le oyó inspirar el perfume de su pelo.

—Ojalá no tuviera que volver a irme —susurró. Por fin decía la verdad. Esas palabras le ardían en el alma desde la primera vez que, tras tantos años, había vuelto a mirarle a los ojos. Graham la apartó con suavidad, la besó con ternura y sonrió.

—Entonces no te vayas.

Una risita torpe se le escapó a Ellie. Graham apretó los labios y bajó la vista al suelo.

—Eh. —Ahora le tocó a Ellie buscarle la mirada y sostenerla—. Disfrutemos del aquí y ahora.

—¿Y si a mí no me basta? —susurró él, y a ella le pareció percibir un temblor en su voz.

Tenía que encontrar una solución. O cortaba de raíz lo que acababa de empezar entre los dos, rompiéndole el corazón a él y el suyo propio, o lo aceptaba y tomaba una decisión. Ya no era la niñita de entonces. Esta vez nadie la obligaba a marcharse.

¿O sí?

Graham, que había interpretado bien su mirada y el agobio que contenía, se esforzó por esbozar una sonrisa esperanzadora. Con cuidado, le besó la frente. —Está bien —murmuró.

Nada estaba bien. Y esta vez era culpa suya, no de él. Sí, esta vez Ellie no podía endosarle la responsabilidad a nadie más. Si volvía a Alemania y enterraba para siempre el amor por Graham, sería una decisión que habría tomado ella sola. ¿Cómo iba a pasar un solo día sin él en aquel otro país, sabiendo siempre lo que había perdido?

Graham cogió el portátil. —Ven, te ayudo a rematar esto.

Ellie se tragó la desesperación. Por el momento le resultaba fácil dejarse caer en su amor. Solo no debía pensar en el mañana, lo cual era difícil, dado que se pasaba el tiempo trabajando para ese mañana…

Por la tarde, Ellie estaba sentada en el salón con su lista de tareas en el regazo, tachando los puntos ya cumplidos, mientras Rosemary fregaba los platos. En los próximos días, Graham iba a encargarse de que Rose Cottage volviera a aparecer en las páginas de hoteles y pensiones de referencia de Escocia.

Arriba se oyeron golpes. Los hombres de los Flynt estaban montando los muebles nuevos. Rosemary alzó la vista hacia el piso

de arriba, parpadeando. —Será mejor que suba a echar un vistazo —comentó, y Ellie sonrió con sorna. A su tía abuela le costaba horrores dejar el timón en manos de otros; ni siquiera Graham y Archie eran la excepción. Cuando tomó conciencia de lo que acababa de pensar, la sonrisa de Ellie se apagó. Aun así, necesitaban una nueva dirección para el cottage. No había vuelta de hoja.

—Oh, tía Rose, espera. Ven un momento conmigo, ¿sí?

Rosemary arrastró los pies hasta el salón y se dejó caer en su butaca. Con una ojeada a la lista de Ellie, asintió con aprobación.

—Tiene buena pinta —dijo, y Ellie le dio la razón—. Aun así, estás poniendo una cara como si el mundo estuviera a punto de acabarse.

Ellie dejó los papeles a un lado y se acercó en el sofá a su tía.

—Tenemos que empezar a buscar a alguien que, llegado el momento, lleve el cottage.

Rosemary apretó los labios y negó con la cabeza. —Si ya te lo he dicho, Ellen. No quiero a un extraño en casa que al final me acabe echando de mis propias cuatro paredes.

Ellie soltó un suspiro. —Lo sé. Pero todo esto —hizo un gesto amplio— habrá sido en vano si pasamos por alto ese punto. Ya no puedes con todo, tía Rose. Necesitas a alguien que te ayude. Podéis llevarlo entre los dos. Nadie dice que tengas que ceder todas las tareas. Lo que puedas hacer, lo sigues haciendo. Es tu cottage.

Tía Rose soltó una risa desdeñosa. —Ni tú misma te lo crees.

—Te he prometido que encontraremos a alguien que te guste y con quien te sientas a gusto. Y me quedaré hasta que eso pase. No me voy antes, ¿de acuerdo? A Ellie le entraban dudas de poder cumplir esa promesa. Si Tía Rose no quería hacer algo por nada del mundo, empeñarse era poco menos que inútil. Pero, al fin y al cabo, Rosemary también se había negado a ir al médico y ahora disfrutaba de un claro alivio del dolor gracias a las pastillas que le habían recetado. Y tampoco había querido a un manitas en casa, y, sin embargo, se había echado a llorar de emoción cuando este, al final,

solo trajo buenas noticias sobre Rose Cottage. A veces solo había que darle un pequeño empujón en la dirección correcta…

—¡No te molestes! Rosemary se puso en pie de golpe y, de pronto, soltó un grito tan desgarrador que a Ellie se le heló la sangre.

—¿Qué? ¿Qué te pasa? —preguntó, echando a correr hacia su tía, que se sujetaba al sillón, encorvada.

—La espalda —gimió Rosemary.

—¿Puedes moverte?

Tía Rose negó con la cabeza y volvió a dejarse caer en el sillón, no sin soltar nuevos quejidos de dolor.

—¡Espera aquí!

Ellie subió la escalera a toda prisa y entró en las habitaciones de invitados, donde Archie estaba instalando unos armarios altos y Graham montaba una cama.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó él con su sonrisa pícara.

—Guárdate esos hoyuelos para luego —dijo Ellie, sin aliento—. Tía Rose se ha hecho daño. Se ha levantado y, de repente, ya no podía moverse.

Archie frunció el ceño, preocupado, y bajó de la escalera. —Llamo a la doctora Baxter —decidió al instante, mientras Ellie y Graham bajaban y atendían a Tía Rose con una manta y una taza de té.

La médica regordeta aparcó media hora después delante del cottage y entró en la casa sin llamar, con su maletín. Al ver a Rosemary, se le dibujó una sonrisa de comprensión en los labios.

—Querida mía, ¿un movimiento brusco de más, eh? A veces una se siente como una cervatilla, pero es engañoso. Venga, deje que la examine.

Ellie, Graham y Archie se retiraron mientras examinaban a Rosemary. Esperaron impacientes delante del cottage y, cuando media hora después la doctora Baxter salió hacia ellos con una sonrisa, el alivio fue inmediato.

—Un nervio pinzado —explicó la médica—. Doloroso, pero no es el fin del mundo. Le he puesto una inyección; en unos días estará mejor. En los casos más graves, a veces tarda también unas pocas semanas.

—¿Semanas? Ellie se tapó la cara con las manos. Justo lo que les faltaba. Una Rosemary atenazada por el dolor y el fin de cualquier esperanza de que pudiera echar una mano en el cottage a corto plazo. Un frente tras otro.

Cuando la doctora Baxter se fue, los Flynt se retiraron de nuevo a la planta de invitados, y Ellie se fue al salón con Rosemary, que, envuelta en una manta gruesa y con los pies en alto, estaba sentada en su sillón.

Con cuidado, Ellie le cogió la mano a su tía. —¿Ya te está haciendo efecto la medicación?

—Hm —murmuró Rose, fuera lo que fuera que eso significase.

—Tía Rose, si esto pasa cuando yo no esté y tú te quedas aquí sola con los huéspedes, entonces…

—No digas nada más, Ellen —pidió con voz apagada—. Publica una oferta o lo que sea que tengas que hacer.

Capítulo 23

Una semana buena más tarde, Ellie, Graham, Archie y Rosemary estaban sentados alrededor de la gran mesa del comedor. Los muebles de las habitaciones de invitados ya estaban montados. También el cuarto de Rosemary, tras la mano de pintura sobre el papel nuevo, volvía a estar completamente amueblado. Y el nervio pinzado solo le daba guerra cuando hacía algún movimiento descuidado. Aun así, se movía con cuidado por la casa, evitaba subir la escalera y no participaba en ninguna tarea de renovación.

—¿Qué nos falta ahora? —preguntó Archie, repasando con la mirada la lista de Ellie.

—Arriba ya lo tenemos prácticamente listo. A lo mejor deberíamos pensar en añadir un pequeño rincón de juegos en la zona común y hacernos con una cuna. Eso ampliaría un poco la clientela. Necesitamos con urgencia a cualquier huésped que quiera venir. Ahora mismo no estamos preparados para niños.

Graham asintió. —Creo que todavía tenemos mi vieja cuna con barrotes en el desván.

—Si sigue en buen estado, ¿por qué no? —convino Ellie.

Rosemary estaba callada aquella tarde. Ellie sabía por qué. Después de pinzarse el nervio, Ellie, con ayuda de Graham, había colgado a la mañana siguiente folletos en Fallbury para dar a conocer la oferta de trabajo. Una búsqueda por Internet probablemente habría sido más eficaz, pero el compromiso de Rosemary era encontrar a alguien que viviera cerca y, a ser posible, que ella conociera. Eso les había traído al menos, en pocos días, a tres interesados que querían presentarse. No era gran cosa, y Ellie dudaba que fueran a aparecer muchos más. Pero era un comienzo. Con un poco de suerte.

—Tengo otra cosa para vosotros —dijo Archie, sacando una llave del bolsillo del pantalón. Se la empujó a Ellie por la mesa hacia delante.

—¿Qué es? —preguntó ella. Por supuesto había reconocido la llave del coche, pero no captaba la relación.

—¿Te acuerdas de la vieja pick-up que quería poner a punto mientras te ofrecía la otra para el pueblo? —preguntó el padre de Graham, y Ellie asintió.

—Solo no lo conseguí. Tuve ayuda del pueblo. Ahora parece nueva. O eso podría decirse.

—Vale… —dijo Ellie, extrañada, sin entender todavía qué significaba aquello.

—Graham, tráelo —le pidió a su hijo, que en seguida desapareció por la puerta principal con una sonrisa. Al poco se reunieron todos junto a la verja del jardín cuando Graham llegó desde la Flynt-Farm. Ellie no daba crédito. Tanto en la puerta del conductor como en la del acompañante lucía un enorme anuncio del pintoresco Rose Cottage sobre los acantilados, incluida la dirección web y el número de teléfono.

—Esto es una pasada —exclamó Ellie, entusiasmada—. ¿Cómo se os ha ocurrido?

—Fue idea de Graham —dijo Archie, asintiendo a su hijo, que mientras tanto había bajado del coche.

—Los huéspedes se han quejado de la falta de infraestructuras. La red de autobuses no podemos cambiarla. Pero quien sepa conducir podrá coger este de ahora en adelante —le dio una palmada al capó del viejo coche—. Y, de paso, también hace un poco de publicidad.

—¿Nos regaláis el coche? —preguntó Rosemary, incrédula, y Archie asintió.

—Tomadlo como un regalo de inauguración.

Ellie le echó los brazos al cuello al padre de Graham. —Gracias. Sin vosotros, nada de esto habría sido posible. Sois fantásticos.

Archie le dio un beso en la mejilla. —Tú eres fantástica. Nos has devuelto tanto desde que volviste. El coche viejo es lo mínimo.

Por la mirada vidriosa y las mejillas enrojecidas de Rosemary, Ellie pudo ver lo que significaba para su tía el gesto de sus vecinos. Fue abrazando, uno tras otro, a los dos hombres, y los sostuvo más tiempo del necesario y también más de lo habitual. Solo eso ya lo decía todo.

—A propósito de la inauguración: ¿cuándo será? —preguntó Archie, mientras los cuatro volvían a entrar.

No era nada fácil de responder. Por un lado, les venía bien hasta el último céntimo; por otro, un concepto a medias no le servía a nadie. No podían permitirse más críticas negativas. Y el tema de las deudas seguía sin resolverse. Necesitaban un préstamo. Pero ¿quién les concedía un préstamo sin una prueba de ingresos? En fin, Ellie quería al menos intentar hablar con el banco. Quizá hubiera una solución.

Para entonces era ya principios de septiembre. Según su plan de viaje original, Ellie ya habría vuelto a Alemania. En ocho semanas jamás habrían logrado todo aquello.

—En principio, no hay nada en contra de empezar a recibir a los primeros huéspedes ya. Las habitaciones están listas, la web está en marcha. Yo puedo ocuparme de la limpieza y del aprovisionamiento. Ahora también tenemos coche. Pero a la larga hace falta un buen concepto. Un reparto de tareas. Como mínimo necesitamos a alguien que se ocupe de la contabilidad. ¡Desde el principio! Y no nos vendría mal publicidad; si no, nadie tendrá ni idea de que aquí fuera volvemos a estar en marcha.

—Eh, Graham, ¿no fue ese Larry Piercen de Peterhead al colegio contigo? El que presenta siempre el matinal en la radio.

A Graham se le abrieron los ojos. —Cierto, ahora tiene esa pequeña emisora regional. Seguro que allí podemos anunciar Rose Cottage. Llamo mañana mismo.

Ellie y Rose asintieron a la vez.

—Os escribo un buen texto. Los precios antiguos los dejamos tal cual, me parecen bien. Incluyo también la lista de precios —dijo Ellie y se apuntó otra tarea en su lista para la noche.

Ya solo quedaban detalles. De no ser por las entrevistas de trabajo pendientes y el problema de las deudas. Esas dos incógnitas podían hacer que, al final, todo su proyecto se desvaneciera.

Cuando amaneció el día de las entrevistas, Ellie llevaba a sus espaldas una noche en vela. Mientras estaba en la cocina preparando aperitivos y bebidas para los candidatos, Rosemary estaba sentada en el sillón con un libro entre las manos. Había estado callada en los últimos días. Pero aquella mañana, a la que Ellie le tenía auténtico pavor, el ánimo de Rosemary contra todo pronóstico había mejorado de pronto de forma notable. Ya en bata había horneado una tarta de manzana cuando Ellie salió de su habitación. Tras un desayuno copioso y un poco de jardinería, que le había devuelto el color a las mejillas, se sentaba ahora en el salón y tarareaba en voz baja mientras leía. Ellie lanzaba una y otra vez miradas interrogantes a su tía abuela. ¿Por qué estaba Rosemary de tan buen humor de repente, justo hoy que se trataba del asunto que más quebraderos de cabeza le daba? ¿Había cambiado de pronto de opinión?

—Ellen, tu aparato este ha pitado —dijo de pronto, y Ellie cerró de golpe la puerta del frigorífico.

—¿Qué dices?

—Este aparato ha pitado. Rosemary asintió en dirección al portátil, y Ellie se lavó las manos antes de ir hacia el sofá.

Al abrir el portátil, encontró un correo en el buzón que solo unos días antes había creado para futuros huéspedes del cottage.

—Qué raro —murmuró, abrió el correo y se le quedó la boca abierta.

—¿Has visto un fantasma? —preguntó Rosemary, bajó el libro y miró a Ellie por encima de sus gafas de lectura.

—El... el correo es de mi padre.

Entonces tía Rose se quitó las gafas y frunció el ceño. —¿Y qué quiere?

—No estoy segura —susurró Ellie, aunque tenía negro sobre blanco delante lo que su padre quería. Solo tenía que darle otro repaso para entender de verdad lo que decía.

—Quieren venir. Él y mamá. Y... Mira también —Ellie alzó la vista.

—¿Cómo que quieren venir? —Ahora Rosemary se inclinó hacia ella en su sillón.

—Es una reserva de habitaciones. Dos habitaciones. Para un matrimonio y una mujer con un niño. Para cinco días. —Apenas le salían las palabras de la boca, de tan irreal como le parecía su significado.

—¿Y para cuándo?

—¡Ya… ya pasado mañana! El corazón de Ellie dio un vuelco. —Y, como nota, pone que me abstenga de hacer consultas telefónicas.

Sacudió la cabeza y cogió automáticamente su móvil. Cuando marcó el número de su padre, sonó tres veces y luego le rechazaron la llamada. Con su madre, lo mismo. Y con Mira no consiguió ni comunicarse.

A Ellie se le hizo un nudo en el estómago. No solo que sus padres, de repente, quisieran aparecer en Fallbury. Eso, por sí solo, habría bastado para desbaratarla por completo, pero ¿por qué venía también Mira? ¿Y a qué venía tanto secretismo?

—Pues parece que vamos a tener a nuestros primeros huéspedes —dijo y soltó el aire con ruido—. En dos días.

El susto en los ojos de Rosemary era más o menos el mismo que acababa de recorrerle a Ellie los huesos como un rayo. Pero, justo en ese momento, un coche se detuvo delante del cottage y ella cerró el portátil de golpe.

—¡Ya está aquí el primer candidato! —exclamó, emocionada, y corrió a la cocina, ordenó por última vez los aperitivos de la mesa y

luego enderezó la espalda.

—¿Has hecho esto alguna vez? ¿Una entrevista así? —preguntó Rosemary y se levantó del sillón con cuidado.

—Hay bastantes cosas que no había hecho antes y, aun así, de momento va bastante bien. Ellie le guiñó un ojo a su tía, espantó de la cabeza las mil preguntas sobre la reserva de sus padres y se puso su sonrisa más radiante. ¡Ahora sí que se trataba de verdad del futuro de Rose Cottage!

La primera candidata fue la señora Hershley, una mujer mayor del mismo corazón de Fallbury.

—¿Tiene ya experiencia tratando con huéspedes? ¿Atención a los huéspedes? ¿Servicio?

—¡Oh, sí! La ancianita asintió con entusiasmo y sorbió de su taza de té, después de que hubieran mantenido un breve intercambio para romper el hielo. —Tengo parientes en Londres. Vienen a visitarme con regularidad.

De reojo, Ellie vio a la tía Rose negar con la cabeza. Pero no estaba dispuesta a rendirse sin plantar batalla. —¿Y se maneja con la contabilidad?

La señora Hershley se lo pensó un instante. —¿Contabilidad? ¿Qué era eso otra vez? Espere, seguro que en nada me acuerdo… En ese momento, también Ellie se dio por vencida. Por muy mona que fuera aquella mujer con sus rizos grises y sus gafas de pasta gruesas, por muy simpática que pareciera, no traía buenas condiciones para Rose Cottage. Solo su edad ya era un criterio de exclusión. Cualquiera podía volverse incapaz para trabajar de la noche a la mañana, sí, pero que una persona mayor pronto no anduviera bien o se le acabaran las fuerzas para arrimar el hombro en la casa era bastante más probable. Ese modo de pensar y decidir no le gustaba nada a Ellie, y no era de extrañar que en Alemania nunca hubiera tenido interés en trabajar en el área de personal.

El candidato número dos era el polo opuesto a la señora Hershley. Un hombre joven y extrovertido, apenas mayor que la propia Ellie,

se sentó frente a ella con un rígido traje de raya diplomática y zapatos de charol relucientes. Llevaba el pelo cargado de gomina, y Ellie dudó que pudiera quitarse aquello alguna vez sin dejar rastro.

—Verá, mi abuelo es hotelero en Glasgow. Ya de niño me entusiasmaba su trabajo; me encantaban la organización, el trato con los huéspedes… sí, toda la atmósfera de un hotel. Hasta el olor. Se abanicó con la mano, y Ellie se preguntó para sus adentros a qué olería el cottage. Disimuladamente, olfateó un segundo, pero no notó nada.

—Rose Cottage es un bed-and-breakfast pequeño y familiar —advirtió por si acaso, pues temía que el joven el señor Thompson ya no lo tuviera presente.

—Oh, no pasa nada. Hizo un gesto despreocupado con la mano. —Eso lo cambiamos en unas semanas. Ya he visto la parcela y los prados detrás de la casa. Hay espacio de sobra para un anexo de tamaño acorde.

—¿Un anexo? La voz de la tía Rose se le quebró, y se levantó tan bruscamente que Ellie, de inmediato, temió por el nervio pinzado. La empujó con suavidad de nuevo contra los cojines.

—Seguro que está bromeando —intentó tranquilizarla, pero el señor Thompson negó con la cabeza.

—En absoluto. ¿Sabe lo que pagaría la gente por esas vistas desde los acantilados al mar? Esto es una mina de oro. Una joya. Ya lo estoy viendo: la zona de entrada se convertirá en un vestíbulo suntuoso. La cocina y las zonas de estar, así como las habitaciones, las trasladamos al anexo de la casa…

—El señor Thompson —le interrumpió Ellie y se puso en pie—. Lo sentimos, pero creo que así no vamos a llegar a un acuerdo. Rose Cottage debe conservar su encanto. Su ampliación no tendrá cabida aquí.

—Entonces es usted bastante tonta.

Ellie abrió los ojos, sobresaltada. —¿Cómo dice?

—¡Lárguese! —siseó Rosemary entre dientes. Su voz era tranquila, pero tan firme y amenazante que hasta Ellie se estremeció por un instante.

Cuando el joven pijo dejó el cottage sin despedirse, Ellie suspiró.

—Queda una candidata fuera. —Espió por entre las cortinas, y Rosemary la imitó.

—Es Helen. —Negó con la cabeza.

—¿Helen?

—No la quiero aquí dentro.

—¿Quién es Helen?

Rosemary se quedó mirando sus manos entrelazadas en el regazo. —Su familia era amiga de Angus. Los McCloud son muy conocidos en Fallbury. Se diría que una familia grande, con innumerables hijos. Angus adoraba a los niños. Jugaba a menudo con ellos. También le gustaba pasar tiempo cerca de ellos. Cuando lo veía con esos niños, no deseaba nada más que verlo así con los nuestros, pero nunca ocurrió. Y no quiero a esa mujer aquí, que me recuerde cada día lo que he perdido. —Tía Rose se enjugó los ojos con un pañuelo. Ellie había esperado que, tras despejar su habitación, el dolor también hubiese cedido un poco. Pero, al parecer, en todos esos años de soledad ese dolor se le había grabado a fuego en el corazón.

Ellie empezaba a desesperarse. Entendía a su tía; sentía su impotencia. Y, aun así, veía el cottage, el estallido de todos sus sueños compartidos y el fin de una era si no daban una oportunidad a todo el mundo. Puede que Helen fuera, durante mucho tiempo, su última oportunidad.

—Tenemos que intentarlo… —dijo, y tomó la mano de Rosemary.

—Ellen, no. Por favor, no. Entonces, mejor el chiflado de la reforma.

—¿Cómo? —Ellie retrocedió, horrorizada.

—No soporto a esa mujer. No la soporto aquí dentro. Esto es lo que me queda. Solo esto.

Y en ese momento Ellie comprendió el verdadero motivo por el que su tía abuela evitaba a la gente de Fallbury. Desde su conversación franca acerca de Angus, había pensado que Rosemary tenía miedo de que siguieran burlándose de ella. O que aún no había perdonado a quienes lo hicieron entonces. Ellie creía que sufriría si cuchicheaban a sus espaldas. Sobre la vieja gruñona de los acantilados. Pero, en realidad, llevaba años evitando el pueblo y a sus habitantes porque estaba atrapado en el tiempo y cargado de demasiados recuerdos. Era más fácil apartar algo de una cuando no tenía que verlo. Qué bien conocía Ellie eso en carne propia.

Dejó caer los hombros. —De acuerdo.

Así que eso era todo. No habría relevo para Rose Cottage. La mirada de Ellie se deslizó por su tía, antaño tan fuerte. Ahora estaba sentada a su lado, pequeña y frágil, hecha un ovillo de pena. Rosemary sabía lo que eso significaba para el cottage. Todos lo sabían. Pero, por muy amable que pudiera ser esa Helen McCloud, Ellie jamás podría volver a Alemania con la conciencia tranquila y dejar a Rosemary aquí con ella. Había tardado muchos años en decidir guardar los cuadros de Angus y liberarse de sus recuerdos. Poco a poco volvía a florecer. Había recuperado su vida. ¿Con qué derecho iba Ellie a quitársela?

Con un suspiro, Ellie salió fuera y le explicó a Helen que ya se habían decidido por otra persona. La mentira le salió de los labios con más facilidad de la que había imaginado.

Rose Cottage florecía a su espalda. Rara vez la pequeña y pintoresca casa había tenido a tanta gente pendiente de ella, que la cuidara y la mimara. Se había convertido en el hogar de todos. Era un refugio, un lugar al que huir y un sitio que siempre guardaba un sueño nuevo en cuanto el viejo se venía abajo.

Mientras Helen se perdía por el jardincito delantero, Ellie, sin embargo, fue consciente por fin de que lo habían perdido todo.

Capítulo 24

Es no les dejó a ninguno mucho tiempo para pensar en lo que de verdad traería el futuro. Puede que encontraran un sucesor mientras Ellie aún se encontraba en Fallbury. Y si no… al menos lo habrían intentado todo.

El día de la llegada de sus padres, Ellie corría nerviosa y alterada por toda la casa con un plumero. Aspiró cada esquina y recoveco al menos tres veces, aireó el cottage, sacudió las camas y regó todas las plantas que pudo encontrar. Y había unas cuantas. Tras las entrevistas fallidas, Ellie y Rosemary habían vuelto a reunir fuerzas, habían acondicionado un rincón de juegos para niños y habían llenado cada habitación con flores frescas. Ellie había revisado otra vez todas las listas, cálculos y planes por escrito; quería asegurarse de que los precios eran correctos, de que el cottage estaba listado como bed-and-breakfast en varias páginas de Internet, y también quería ponerse al día de la situación financiera. Aún no había conseguido hablar con el banco. Y quizá pudiera convencer a su padre durante su visita de asumir la montaña de deudas. Si veía cuánto se había volcado y cuánto había luchado por el pequeño bed-and-breakfast…

El estómago de Ellie se encogió cuando distinguió a lo lejos el viejo taxi de Lou y supo que ya no había escapatoria. Ver a su madre y a su padre de nuevo en Rose Cottage le había parecido imposible después de aquella marcha precipitada. A eso se sumaban los años de silencio. Estos pensamientos no calmaban precisamente la excitación de Ellie, y sin embargo dieron paso a una alegría pura cuando salió de la casa y vio a sus padres, a Mira y al pequeño Ben bajar del taxi.

—Tía Rose, ¡ya están aquí! —gritó por encima del hombro y oyó los pasos pesados de su tía abuela. Ellie se arregló la ropa una vez

más y se ató el pelo.

—No es la policía, niña. Son tus padres.

Si Rosemary supiera… Además, tras las desalentadoras conclusiones de los últimos días, les venía de perlas otro subidón.

En realidad, Ellie había querido salir de la casa con toda la calma del mundo para saludar a su familia, pero en cuanto abrió la puerta, bajó de un salto los pocos escalones de la entrada y echó a correr por el jardín. Mira fue la primera en verla y acudió enseguida a su encuentro. Las amigas se echaron a los brazos la una de la otra y Ellie cubrió la carita del pequeño Ben con un sinfín de besos. —¡Qué bien que estéis aquí!—

—Madre mía, cariño, ¡estás fantástica! —dijo Mira, y Ellie enrojeció al instante. En ese momento se dio cuenta de cuánto había echado de menos a su amiga. Y no solo a ella. Cuando su mirada se cruzó con la de su padre, a Ellie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Paps —susurró con la voz ahogada, y su padre abrió los brazos para que Ellie pudiera lanzarse a ellos, como había hecho incontables veces en su vida.

—Pequeña —dijo en voz baja y la alzó con alegría—. Mira tiene razón: estás guapísima. —Le pasó la mano por el pelo alborotado y rebelde y sonrió—. Como antes. Llena de vida.

Ellie tragó saliva y se volvió hacia su madre, que había observado la escena con una expresión inusualmente conmovida. Con un pañuelo se secó las mejillas y al poco tiró de Ellie hacia sí.

—Te he echado tanto de menos.

—Yo a ti también, mamá. —Ellie se soltó de su abrazo y miró los rostros excitados de sus seres queridos—. Os he echado a todos de menos. Qué bien que estéis aquí. Vamos. Venga, tía Rose os espera dentro.

Ellie fue delante y, al abrir la puerta principal de Rose Cottage, exclamó: —Bienvenidos a Rose Cottage, les deseamos una estancia agradable.—

Sonriendo, observó cómo Mira y sus padres entraban en la casa y la miraban todo con curiosidad. Todos hablaban excitados a la vez. El pequeño Ben se hizo enseguida con el plumero que Ellie había olvidado en la silla y salió disparado por la casa directo a los brazos de la tía Rose.

—Vaya, ¿y tú quién eres?

Mira presentó educadamente a su hijo y a sí misma antes de que Stewart y Christine Bell se acercaran a Rosemary. Ellie contuvo el aliento. El saludo fue rígido y distante, aunque no tan frío como había temido. Ellie se juró que por fin tenía que averiguar qué había pasado realmente entonces.

Como si de verdad acabaran de llegar los primeros huéspedes de verdad, Ellie los condujo a todos a la planta de invitados, les enseñó el cuarto de baño, la sala de estar y los dormitorios. Su padre apenas podía creer todo lo que había pasado allí arriba en las últimas semanas. Al parecer, aún recordaba bien los primeros informes de Ellie. Una y otra vez, sus manos acariciaban las paredes, los papeles pintados y los muebles nuevos. Igual que había hecho tía Rose hacía un tiempo. El olor a moho hacía ya mucho que se había disipado del piso superior y había dejado paso, gracias a los muebles y la decoración, a un estilo joven, moderno y, aun así, campestre.

—¡Incluso tenéis un rincón de juegos! —exclamó Mira, entusiasmada, y dejó en el suelo a Ben, que se lanzó en seguida a por la caja de juguetes. Mientras tía Rose le echaba un ojo, Ellie llevó a los demás a sus habitaciones. Aún olía a pintura fresca y a papel nuevo.

—Muy elegante, Ellie. Me encantan esas flores tan preciosas. —Su madre asintió con aprobación. Y el hecho de que además se fijara enseguida en lo bien que estaba todo combinado en cuanto a colores llenó a Ellie de un pequeño orgullo. Sabía que su madre daba importancia a esas cosas.

Su padre, en cambio, puso a prueba a conciencia las camas y los armarios, examinó las juntas de las ventanas y el tejado, en la

medida de lo posible desde donde estaba. —Está bien —murmuró simplemente, y sonrió.

—El servicio de desayunos está disponible todos los días de siete a diez. Normalmente el desayuno se hace abajo, en la mesa grande del comedor, pero, si lo desean, también podemos llevarlo a las habitaciones. La comida o la cena no están incluidas en el precio. En las habitaciones todos los huéspedes encontrarán una selección de folletos con posibles excursiones. Si la gente no es autónoma para desplazarse, tenemos una pick-up que se puede utilizar para ello. Y para los amantes de los animales, nuestros vecinos ofrecen visitas guiadas a la granja. —Ellie sonrió satisfecha. Eso se le había ocurrido a Graham en el último segundo y probablemente resultaría atractivo sobre todo para los urbanitas. Hasta Mira asintió con aprobación.

—¿Hay una estancia mínima de reserva? —preguntó el padre de Ellie y se sentó en la cama.

—No. Aquí son bienvenidos todos los huéspedes, tanto si están de paso como si necesitan un descanso más largo.

—¿Y cómo se os puede contactar? —Stewart Bell echó un vistazo alrededor y, de repente, se le puso su mirada de negocios. Siempre la tenía cuando se ocupaba de asuntos en los que no quería que lo molestaran.

Le entregó algunos de los folletos que las viejas impresoras de la pequeña imprenta de Fallbury habían escupido con tal estruendo que Ellie había temido que las máquinas fueran a saltar por los aires en cualquier momento. Aun así, el resultado merecía la pena. —Además, estamos en varios portales de Internet con listados de bed-and-breakfasts en Escocia.

—Muy bien. Eso me gusta. —Su padre le guiñó un ojo, y Ellie soltó el aire aliviada. Por primera vez desde que su familia había llegado. Aun así, seguía habiendo un ambiente extraño. Las palabras no dichas entre Rosemary y sus padres, la discusión de la última llamada y las preguntas abiertas sobre Rose Cottage flotaban en el aire entre ellos de forma inconfundible.

—Déjalo ya, Stew. —La madre de Ellie le acarició el brazo—. Hace tanto que no vemos a Ellie. Lo del trabajo puede esperar, ¿verdad?

Ellie no esperaba oír un tono tan conciliador de su madre en ese lugar. Por eso la conmovió aún más. Quizá era simplemente la tensión que se le iba aflojando, pero, con cada segundo que pasaba, Ellie notaba cómo las emociones estaban a punto de desbordarla. Había sido mucho, en estas últimas semanas. El cottage, tía Rose, Graham…

Como si Mira le hubiera leído el pensamiento a Ellie, sonrió con picardía. —¿Dónde está? Ese tal Graham.

Ellie parpadeó hacia su madre y tragó, tensa.

—¿El Graham de entonces? —preguntó enseguida Christine Bell, y Ellie asintió. Si había esperado ahora una mirada de reproche o un comentario mordaz, se quedó defraudada. Su madre sonrió para sus adentros y guardó silencio.

A Ellie le zumbaba la cabeza. ¿Qué estaba pasando allí, en realidad?

—¿Y bien? —insistió de nuevo Mira.

—Más tarde —se limitó a susurrar Ellie.

No se le escapó la mirada divertida de su padre.

Tras la alegría del reencuentro, el cansancio se apoderó pronto de los huéspedes. Llevaban el largo viaje en el cuerpo y, sobre todo, Ben estaba tan llorón que Mira se retiró a su habitación con él ya a primera hora de la tarde.

Rosemary se sentó en silencio en el salón y se puso a leer, mientras Ellie repasaba con sus padres la documentación de contabilidad. En las últimas semanas, había ordenado con cuidado los papeles y las cartas, los había archivado en condiciones y había tramitado todo lo posible. Todo lo que seguía pendiente solo podía saldarlo con el dinero de su padre o con un crédito. En ninguno de los dos confiaba demasiado.

—A ver, ahora en serio, ¿qué se supone que es todo esto? —soltó de pronto, y cerró de golpe la carpeta.

—¿El qué? —preguntó su padre y dio un sorbo a su vaso de cerveza.

Su madre se levantó sin más, en vez de responder. —Tengo que hacer unas cosas —murmuró, y Ellie siguió con mirada curiosa cómo iba al salón y se sentaba en el sofá, junto a Rosemary. En seguida se le aceleró el pulso.

—Eso también tengo que hacerlo —dijo Stewart, y entonces Ellie ya no entendía absolutamente nada. Mientras Rosemary y su madre cogían sus chaquetas y salían como si fuera lo más normal del mundo, Ellie se quedó boquiabierta.

—Papá, ¿qué está pasando aquí?

—Déjame resumirlo así: hemos tenido un par de conversaciones importantes. Todos.

—¿Quién? ¿Cuándo? ¿Sobre qué? —Ellie negó con la cabeza, desconcertada.

—Tu madre, Rosemary, yo...

—¿Cómo? Quiero decir...

Stewart se echó a reír. —Esa curiosidad, desde luego, no la has heredado de mí.

Ellie masculló algo para sí. Empezaba a sentirse realmente tonta. Y como nadie parecía dispuesto a ponerla al corriente, apretó los labios y se fue al fregadero para ponerse con los platos y dejar la vajilla lista para el desayuno. Cuando al cabo de un rato su madre volvió y se cruzó con su padre en la puerta, Ellie se encogió de hombros y decidió dejar de darle vueltas.

Esa noche no llegó a enterarse de qué estaba ocurriendo realmente en la pequeña casita pintoresca de los acantilados. Y dormir, ni hablar. Demasiadas preguntas, demasiada incertidumbre, demasiados secretos la mantenían despierta, y observaba los dibujos que la luz de la luna, al pasar entre las ramas, proyectaba en el

techo de su cuarto. Cuando llamaron con cuidado a su ventana, se sobresaltó. Lo primero que reconoció a la luz de la luna fueron los rizos oscuros.

—Graham?

—¿Te visita alguien más por aquí del que yo no me haya enterado? —susurró, y Ellie soltó una risita. Abrió la ventana y Graham se inclinó de inmediato hacia dentro para darle un beso tierno.

—Toma. Son del supermercado, pero ya me han sacado de más de una crisis. Le tendió un bretzel, aún calentito, recién salido del horno.

—Qué mono eres —dijo Ellie, y mientras Graham se sentaba con la espalda contra la pared, sobre el montón de leña, Ellie tomó asiento en su cama.

—Lo peor es que ni siquiera es una crisis. Aquí pasa algo entre mis padres y la tía Rose; solo que no tengo ni idea de qué. Mi madre incluso se ha ido a pasear con ella hace un rato.

Graham giró la cabeza en seco. —¿Y la ha traído de una pieza?

Ellie se echó a reír. Le sentaba de maravilla hablar con él. Con él, todo parecía fácil. Incluso lo inescrutable.

—Increíble, ¿eh? —murmuró mientras masticaba el bretzel—. ¿Por qué no entras? —preguntó luego, y Graham, inusualmente cortado, bajó la mirada antes de darse la vuelta de nuevo.

—Si tus padres me pillan en tu cama, mañana el que no estará de una pieza seré yo.

Ellie sonrió de medio lado. Puede que tuviera razón.

—¿Vienes mañana a cenar aquí? Creo que les encantaría volver a verte. Al menos mi amiga Mira está muy, muy intrigada.

Graham se puso en pie y apoyó los brazos en el marco de la ventana. —¿Y tú quieres?

Ellie se arrastró por la cama hasta él y le colocó las manos en las mejillas. —Más que nada en el mundo.

—Vale —susurró, con los ojos chispeantes. Ella lo besó con ansia antes de que pusiera rumbo de vuelta a la granja.

Aquella sensación cálida y reconfortante en su corazón por fin la dejó dormirse.

Capítulo 25

—No me habría imaginado que fuese tan guapo. Mira se apartó el pelo de la cara y miró a Ellie con intensidad. Estaban sentadas en las rocas junto al mar y observaban a Ben, que jugaba en la arena, lanzaba piedrecitas y buscaba conchas.

Por la mañana se había puesto adrede el despertador para agasajar a sus huéspedes con un desayuno de primera. Su padre no perdió la ocasión de hacer que le presentaran las distintas opciones de desayuno. Poco a poco, Ellie empezó a sentirse de verdad como una mujer de negocios, aunque, aquí y allá, tenía que improvisar una y otra vez. La tarea de llevar el cottage era demasiado nueva para ella, y ponía demasiada pasión en cada una de sus acciones como para cumplirlas de forma mecánica.

Para su sorpresa, Rosemary la dejó hacer. Ellie había contado con que se involucraría más y la corregiría a menudo. Su mirada se posaba con curiosidad en Ellie, pero era suave y protectora, nunca aleccionadora ni crítica.

Después del desayuno, sus padres querían hacer una visita a Fallbury, mientras Mira y Ben bajaban con Ellie a la playa. Allí se toparon un momento con Graham, que no dejó pasar la oportunidad de darle a Ellie un beso en la mejilla y de regalarle a Mira su sonrisa más bonita. Ellie no podía culparla por ponerse a suspirar. Él era sencillamente increíble.

—Háblame de él —pidió Mira entonces.

—¿Qué te gustaría saber?—

—Lo que te hace. Lo que te pasa por dentro cuando está. A ver, te conozco. No me tomes por tonta, Ellie. Te baila el corazón la samba cuando está cerca. Hace un rato apenas has respirado.—

A Ellie se le encendieron las mejillas. Mira la conocía condenadamente bien. Así que Ellie empezó a contarle a su amiga, en versión resumida, las etapas más importantes y los recuerdos de su infancia. Mira se encogió, subió las piernas al pecho y las rodeó con los brazos. No dejó de sonreírle a Ellie mientras escuchaba sus palabras; era como si Ellie le estuviera leyendo un cuento de hadas. Y, en parte, a ella misma también se lo parecía. Cuando Ellie llegó en su relato a la noche en que Graham cantó para ella en el pub y luego la besó en medio de la muchedumbre vociferante, ella misma oyó cómo se quedaba sin aliento.

Mira casi no se tenía. —Es increíblemente romántico. Y hacéis una pareja tan bonita.—

Ellie sonrió cohibida. Graham y ella, una pareja. Qué irreal seguía sonando. Y qué precioso a la vez.

—Aquí estás distinta —dijo Mira de pronto.

—¿De verdad? —preguntó Ellie, curiosa.

—Sí. Eres libre. Y fuerte. Siempre has sido una mujer estupenda, pero aquí estás fantástica. Mírate. ¡Y el cottage, ya ni te cuento! Tanto empeño y determinación. ¡Tanto valor, Ellie! Me parece fascinante. En Alemania te tiras semanas dándole vueltas a cada decisión. ¿Y aquí? Simplemente haces las cosas y escuchas a tu corazón. Cuando se le deslizó una lágrima, soltó una risita a modo de disculpa. —Joder, desde que tengo a este pequeñajo, con estas cosas siempre me echo a llorar.—

Ellie rodeó con los brazos a su amiga. —Eres la mejor.—

—Y tú más. De verdad te he echado de menos.—

Ellie se separó un poco de Mira. —¿Qué tal te fue con tu padre, por cierto?—

Su amiga sonrió maliciosa. —Creo que quería hacerse el duro. Ya conoces su postura sobre los hijos fuera del matrimonio, y encima estoy criando a Ben yo sola. Pero tenía un as en la manga.— Mira se volvió hacia su hijo. —Bennie, di *Opa.*

Torpemente, pero dulcísimo, el pequeño repitió la palabra, y sus ojos brillaron de orgullo cuando Mira, entre risas, se puso a aplaudir.

—Es tan mono —dijo Ellie, completamente embelesada, y Mira asintió.

—Así reaccionó también mi padre. A partir de entonces, fueron uña y carne.—

Ellie cogió la mano de Mira y la apretó con suavidad. —Qué bien. Entonces, ¿os veréis más a menudo ahora?—

—Quiere venir a Berlín por Navidad.—

De nuevo Ellie estrechó a su amiga entre los brazos. —A veces sí que merece la pena darle una segunda oportunidad al pasado, ¿no? —

Con un guiño alegre, Mira asintió. —Visto así, estas últimas semanas nos han merecido la pena a las dos, ¿verdad?—

Ellie bajó la mirada con una sonrisa, pero el corazón le daba volteretas.

A primera hora de la tarde seguían en la playa y jugaban con Ben, cuando a lo lejos se acercaron dos siluetas.

—¿Ma? ¿Pa? —gritó Ellie, incrédula, y los dos la saludaron con la mano—. ¿Habéis venido andando todo el camino?—

Exhausta, Christine Bell se dejó caer sobre las rocas. —¿Sabías lo precioso que es el camino desde el pueblo hasta aquí?—

Ellie sonrió con picardía. —Yo sí, ¿pero tú?—

Su madre sonrió en silencio, y al mismo tiempo Mira cogió a su hijo en brazos. —Voy a llevar al peque a la cama. Ya va siendo hora de la siesta.—

—Luego vamos —dijo Stewart, y Mira lanzó a Ellie una mirada significativa. Fuera lo que fuese lo que él tuviera que decirle.—

El padre de Ellie se sentó junto a su madre en la roca, y Ellie eligió otra más pequeña enfrente. El viento había arreciado y las olas

bramaban hacia el interior con más fuerza que por la mañana.

Cuando un silencio incómodo se apoderó de ellos, Ellie decidió romperlo con valentía. —Siento haberos decepcionado si lo he hecho.—

Christine Bell alzó la vista. —¿Cómo?—

—Bueno. Porque he venido aquí y todo se ha desbaratado. Los gastos imprevistos. El intento fallido de encontrar una nueva dirección. Mi prórroga improvisada. Aún no habéis dicho nada al respecto.—

—Pero no porque estemos decepcionados, pequeña —dijo entonces su padre, y le cogió la mano a Ellie.—

—¿Entonces qué es? ¿Por qué estáis aquí de repente? ¿Qué significan todos estos secretos?—

Ellie vio cómo sus padres se miraban, y luego su padre le hizo un gesto a su madre para que hablara. Era una imagen inusual. Normalmente era su madre quien llevaba las riendas.

—Queríamos aclarar las cosas con Rosemary. Ya tocaba desde hace tiempo —dijo por fin, y Ellie asintió.—

—¿Pero por qué ahora? ¿Por qué no entonces?—

Christine cambió de roca y se sentó junto a Ellie. —Porque entonces estaba convencida de que hacía lo correcto. Sacarte de aquí, llevarte a Alemania, darte esa formación y la vida que allí tienes.—

Ellie tragó saliva. —¿Y ahora ya no estás convencida?—

Su madre dejó que la mirada se perdiera en el agua y respiró hondo. —Desde mi punto de vista, fue lo correcto. Tal y como yo veo el mundo, como lo entiendo y como vivo la vida. Pero desde tu punto de vista... —Miró a Ellie y luego la atrajo hacia sí—. Fue un error. Te negué algo que quizá te habría hecho muy feliz. Pensé que yo sabía mejor lo que te convenía. De verdad estaba convencida.—

El nudo en la garganta de Ellie se hizo enorme. Le costaba controlarlo.

—Cuando conocí a tu padre, por entonces solo quería quedarme unos meses aquí. Luego me quedé embarazada enseguida, y Stewart acababa de abrir su consulta de médico de familia... Así que accedí a quedarme de momento. De meses pasaron a años, y tenía una morriña terrible, Ellie. Maldecía esta tierra, maldecía esta soledad y, al final, también maldije a la tía Rose, porque vi que ella podía darte algo a lo que yo no llegaba. Siempre has sido mucho más como tu padre y la tía Rose. Menos como yo. —Cuando la madre de Ellie alzó la vista, tenía las mejillas mojadas—. Me dolió tanto que me llenó de rabia.—

—¿Estabas celosa de la tía Rose? —preguntó Ellie con voz temblorosa.—

—Con esta vida aquí fuera, tocó algo en ti a lo que yo nunca tuve acceso. Sí, Ellie. Tenía unos celos horribles. Y toda esa insatisfacción primero la volqué en la tía Rose, luego en tu padre y, más tarde, en ti cuando te saqué de aquí. A ti y a tu padre.—

Entonces Stewart se acercó también y pasó un brazo por los hombros de Ellie y otro por los de Christine.

—Podría haberme defendido —dijo simplemente.

—Callaste por amor a mí. Miraste cómo destrozaba tus sueños y los de nuestra hija. En realidad no había merecido tu amor.

—¡Christine! —gritó el padre de Ellie y atrajo a su mujer, que lloraba, a sus brazos.

También Ellie luchaba contra las lágrimas. Nunca había visto a su madre tan vulnerable. Aquella franqueza e inesperada honestidad le golpeó de lleno en el corazón. Quiso dejarles un momento a solas, se apartó, intentó seguir manteniendo a raya sus pensamientos y sentimientos. Pero de pronto ya no pudo contenerse. —Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué ahora todo es distinto?

—Porque has regresado aquí y, de alguna manera, la historia se ha repetido. Estabas tan feliz, Ellie. Tan llena de impulso. Volver a Fallbury te hizo florecer. Habías dejado atrás una época difícil en Alemania. Pero aquí… aquí de pronto volviste a ser la niña de

entonces. Creo que todos intentamos conservar a ese niño interior, pero a muy pocos les sale.

Christine se sonó la nariz antes de coger la mano de Ellie. —Te habría perdido si no hubiera apartado por fin mi propia insatisfacción.

—Pero voy a volver —susurró Ellie, y las palabras le salieron de los labios tan pesadas y ásperas que ella misma se asustó.

—Aunque lo hicieras, nunca volverías del todo —respondió su madre entre sollozos. Ellie entendió sus palabras, pero luchaba con su significado. Parpadeó mirando hacia su padre. A la persona a la que se parecía tanto. Que en las últimas semanas había oscilado entre comprensión, ira y rechazo como Ellie jamás le había visto.

—¿Por qué no volviste nunca más a Escocia, papá?

Ellie se había hecho esa pregunta tantas veces, había pensado en qué podía haber pasado tan grave entre Rosemary y su padre como para que él no quisiera regresar jamás a su tierra. Rose había querido a Stewart. La madre de Ellie tenía razón: a todos ellos los unía ese ansia de libertad, de vitalidad, de despreocupación que solo se siente en un lugar como Fallbury. La tía Rose jamás habría dicho ni hecho nada que pudiera herir al padre de Ellie. Él era de los pocos en quien confiaba. Quien la entendía. Más allá de las palabras.

Ellie observó cómo sus padres intercambiaban de nuevo una mirada elocuente antes de que su padre agachara la cabeza y soltara un suspiro.

—Sabía que Rosemary intentaría atraerme a su bando en cuanto se enterara de que íbamos a sacarte de Escocia. Y sabía que tenía que hacer algo para que pudiera dejarnos marchar. Para que pudiera dejarte marchar a ti, Ellie.

Ellie frunció el ceño. ¿De qué demonios estaba hablando?

—¿Sabes lo de Angus Bellham? —preguntó entonces su padre, y Ellie dio un respingo.

—¿Tú también lo sabes? —preguntó sin aliento.

Asintió. —Cuando el cottage abrió, pasé aquí mis veranos. En tu cuarto. En el cuartito. Y oía a la gente hablar. Vi a Rosemary esperando en el puerto. La oí llorar por las noches. Me enteré de todo aquello.

Ellie tragó saliva. —Eso no lo sabía.

—Porque le prometí no contárselo a nadie jamás.

Ellie alzó la vista. —Rompiste tu promesa —concluyó, y Stewart asintió.

—Se lo conté a Christine. El día en que comprendí que tenía que conseguir que te dejara marchar. Si no lo hubiera hecho, te habrías puesto de su parte y nuestra pequeña familia se habría roto. Tenía que elegir, y os elegí a vosotras.

La madre de Ellie le cogió la mano. —Aquel último día le dije que iba a convertirte en la misma mujer tozuda y avinagrada que es ella. Y que no sería de extrañar que Angus Bellham la hubiera dejado plantada. Si te quería, debía dejarte marchar y procurar que no volvieras nunca. Debía darte así la vida que Angus le negó cuando se fue sin más. Christine bajó la mirada, culpable. —Así pudo dejarte marchar.

Ellie negó con la cabeza, atónita ante las confesiones de sus padres, la impotencia de su tía y su propio dolor, que se extendía por su corazón. —No deberíais haber hecho eso —susurró, y Stewart asintió.

—No fue culpa de tu padre. Lo hizo por mí. Yo no debería haberlo puesto en esa situación.

Los hombros de la madre de Ellie temblaban.

A Ellie le daba vueltas todo. —¿Habéis... habéis hablado con ella de eso? ¿Anoche? —balbuceó, y su padre asintió.

—Los dos le hemos pedido perdón. No recupera los años ni borra las palabras. Pero ya tocaba. Desde hace mucho.

—¿Os ha perdonado? —Ellie casi temía la respuesta. Conocía a tía Rose, sabía lo graves que eran para ella los quebrantamientos de la

confianza.

—Eso ya lo había hecho mucho antes de que viniésemos. Por ti. —Christine apretó los hombros de su hija y apoyó la cabeza contra la de Ellie.

—¿Qué significa eso? —preguntó, insegura, mirando de uno a otro de sus padres.

—En realidad queríamos decírtelo esta noche, cuando estén los demás. Pero quizá ahora sea un buen momento.

El padre de Ellie asintió a su madre, que se agachó hacia su bolso y sacó de él un sobre. Aún no se lo entregó a Ellie, sino que lo posó sobre sus muslos.

—Hace cosa de semana y media nos llamó por la noche.

A Ellie se le cortó la respiración. —¿Os ha... llamado? ¿La tía Rose?

Stewart Bell asintió. —A nosotros también se nos cayó el alma a los pies; al principio pensamos que te había pasado algo. Pero era por el Cottage, por la montaña de deudas y por ti.

—Rosemary se ha encargado de poner esto en marcha para ti. —Ahora Christine le tendió el sobre a su hija.

Las manos de Ellie temblaban al abrirlo. De un vistazo comprendió de qué se trataba. Eran los papeles de Rose Cottage.

—Rosemary fue con Archie a un notario; ha puesto Rose Cottage a tu nombre. Siempre que lo quieras. Solo tienes que firmar.

Ellie se quedó de piedra. —¿Qué? Eso... quiero decir...

Su padre se echó a reír. —Con eso no contabas, ¿eh?

—Pero ¿cómo voy a... quiero decir, ¿cómo podría... Y las deudas...? —Ellie miró a sus padres, desorientada. ¿Estaba sucediendo de verdad o estaba soñando?

—Por eso estamos aquí —dijo su padre, tomándole la mano—. Si este es tu sueño, estamos convencidos de que debes aceptarlo tal como es. Incluidas las deudas que quedan.

—Pero ¿con qué voy a pagarlas? Aunque el Cottage empiece bien, llevará un tiempo. ¿Con qué vamos a mantenerlo mientras tanto? ¿Y si el banco no accede? ¿Si perdemos la casa? —La voz de Ellie se le desbocó.

—No la vais a perder —la tranquilizó su madre—. Tu padre ha hablado por teléfono con el banco de Peterhead. Os conceden un préstamo. Y Stew asumirá la condición de avalista.

—Es decir —prosiguió Stewart—, que si todo sale mal y no puedes pagar las cuotas, yo doy la cara y te ayudo.

Ellie no se lo podía creer. Se llevó las manos a la cara, incrédula. —¿Rose Cottage es mío?

—Si firmas. —Christine se echó a reír.

—Pero... nunca quisisteis que me quedara aquí. ¿Y mi trabajo en Alemania?

Stewart se acercó a su hija y le pasó un brazo por los hombros. —Puedes dejar tu trabajo. Muchísima gente en el mundo lo hace cada día. —Le guiñó un ojo mientras su madre se unía a ellos.

—Y en cuanto a tu vida en Escocia —empezó Christine—. Dejarte marchar me duele horrores. Pero saber lo que te quitaría solo por tenerte conmigo me dolería aún más. Ahora ya eres adulta, Ellie. Te mereces la vida que anhelas. Todos nos la merecemos. —Una sonrisa cálida y protectora se dibujó en sus labios antes de que las lágrimas le corrieran por las mejillas.

Ellie rodeó a sus padres con los brazos. —¡Vendréis a visitarme! ¡Todas las veces que podáis! —exclamó, emocionada.

—Ya te arrepentirás de haberlo dicho tan alto —replicó su padre, riendo.

—Y... y os prometo que no os voy a decepcionar. Que pondré el Cottage en marcha. Que volveremos a convertirlo en ese pequeño bed-and-breakfast ejemplar que fue en su día.

—Nunca nos decepcionarías. Pero sí, damos por hecho que aquí vas a despegar de verdad. Christine

se secó las mejillas mientras Ellie empezaba a dar saltos por la playa.

—¡Rose Cottage es mío, Rose Cottage es mío! —gritó.

—¡Elliiiie! —le gritaron desde los acantilados. Aquella voz la habría reconocido en la más absoluta oscuridad y con los ojos vendados.

Alzó la vista hacia Graham y el corazón le dio un brinco. Cuando su mirada se desvió hacia sus padres, ambos asintieron con suavidad. —Parece que alguien más te pertenece, ¿eh? —dijo su madre. Y sonrieron. De un modo tan familiar y cálido que Ellie habría podido gritar de felicidad. Se echó en brazos de sus padres y los apretó contra sí.

—Os quiero tanto, tantísimo. ¡Gracias, gracias, gracias!

—Esto lo has sacado tú adelante. Te mereces un poco de ayuda. Con todo mi cariño, pequeña —le susurró su padre al oído. Luego Ellie se separó de ellos, echó a correr por la pedregosa playa hacia la escalera de madera y subió hasta Graham, que la recibió con los ojos brillantes.

—Graham… Yo… La casita y nosotros y… —balbuceó, jadeando, con las manos apoyadas en los muslos.

Graham sonreía de oreja a oreja. —¿Me estás diciendo que te han traspasado Rose Cottage, que solo te falta firmar los papeles y que tu padre avala el préstamo?

Ellie lo miró sin palabra, intentando recomponerse. —¿Lo sabes?

Graham se rascó la cabeza, cortado. —Bueno, lo sabemos todos.

—¿Todos? —dijo, plantando las manos en las caderas.

—Venga ya, alguien tenía que darle una coartada a tu tía para que pudiera arreglarlo todo ante notario.

Ellie no daba crédito. —Tía Rose —susurró—. ¿Dónde está?

Graham sonrió. —Está sentada en el jardín, detrás de la casa.

—Nos… nos hablamos luego —gritó, cuando ya había echado a correr—. No te vayas, ¿vale?

—¡Graciosa! Llevo dieciocho años sin irme a ninguna parte. ¡Ahora menos que nunca! —le gritó Graham mientras Ellie más tropezaba que corría por la hierba para llegar volando a la casita.

—Tía Rose —llamó, incapaz de esperar—. ¡Tía Rose!

Encontró a su tía abuela cerca de los manzanos, con una sonrisa suave y cómplice en los labios. —Te lo han contado, ¿eh?

Ellie se dejó caer a su lado en el viejo banco. —¿Es verdad? ¿Quieres que sea mío?

Rosemary le cogió la mano a Ellie. —Si no, ¿habría permitido esas estúpidas entrevistas?

A Ellie se le escapó la risa. —Por eso estabas de tan buen humor aquel día. Sabías que daba igual quién llamara a la puerta.

—Bueno, Helen me desconcertó. Pero, en el fondo, podría haber estado allí el mismísimo Dios: no habría podido dar por bueno a nadie. Porque ya no era decisión mía.

A Ellie se le llenaron los ojos de lágrimas. Tenía el corazón en la garganta y le temblaba todo el cuerpo.

—Rose Cottage jamás encontrará a nadie que lo quiera como lo quiero yo —dijo Rosemary en voz baja—. Pero si hay alguien que siente algo parecido por la casita, eres tú, Ellie. Si no hubiera visto cómo floreces aquí fuera, cómo luchas en cuerpo y alma por la casa, nunca se me habría ocurrido. No, en realidad lo supe en el mismo momento en que te plantaste delante de mí con los ojos relucientes mientras tu mirada se paseaba por el jardín salvaje. Es tu hogar tanto como el mío. No podría dejarlo en mejores manos que en las tuyas.

Ellie rodeó con los brazos a su tía abuela, que no se puso rígida ante su cercanía y le devolvió el abrazo.

—Estoy otra vez en casa —susurró entre lágrimas, y Rosemary la apretó contra sí con un gesto de asentimiento.

Aquella noche, Ellie yacía junto a Graham en el pajar. Él había dejado a su lado dos tazas de cacao demasiado dulce, y, acurrucados bajo la gran colcha de patchwork de su madre, se arrimaron el uno al otro. Por el agujero del tejado podían contemplar el cielo nocturno, despejado y lleno de estrellas.

—Sigo pensando que estoy soñando —susurró ella, y Graham le posó un beso en el cuello.

—Eso pienso desde que me crucé contigo.

Ellie sonrió y se volvió hacia él. Su rostro estaba tan cerca del de ella que su aliento le cosquilleaba la piel.

—Quizá todo tenía que ser así. Exactamente así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Graham. La luz de la luna se reflejaba en su mirada.

—Nuestra amistad de entonces. La manera en que, gracias a ti, entendí qué es el amor. Mi mudanza a Alemania. Todos los años después. Y también que ahora haya vuelto, que con vuestra ayuda haya podido sacar adelante de nuevo Rose Cottage y, de paso, a mí misma.

Graham se lo pensó un momento antes de asentir despacio. —Tienes razón. Por entonces no estábamos ni de lejos preparados para todo esto.

—No, no lo estábamos. Éramos tan jóvenes. ¿Qué sabíamos de la vida? ¿Del amor? ¿De lo que nos aguardaría en el mundo? Ellie sonrió con dulzura y le acarició la mejilla a Graham. Él se acurrucó en su mano.

—Por eso ahora lo sé aún mejor —susurró—. Sé que no hay lugar en el mundo en el que preferiría estar que aquí fuera. Contigo. El resto de mi vida.

Ellie se inclinó hacia él y lo besó en los labios suaves. Con anhelo, su mano se deslizó por su abundante cabello y bajó por su cuello hasta quedarse sobre su pecho. Sintió el latido rápido de su corazón bajo la palma.

—Cuando me fui de aquí, no era más que una chica con el corazón roto. Pero cuando regresé, era una mujer llena de sueños. Y si he entendido algo, es que los sueños pueden hacerse realidad si los sueñas el tiempo suficiente. Aquí, contigo, con tía Rose y en Rose Cottage me he encontrado a mí misma. Solo aquí soy quien siempre quise ser.

Graham tomó la mano de Ellie y la envolvió con un agarre tierno y firme. Apenas podía disimular el brillo húmedo de sus ojos.

—Te quiero tanto —dijo con voz ronca, y Graham la atrajo hacia sí. Hundió el rostro en su pelo e inspiró audiblemente su olor.

—¿Ellie?

—¿Hm?

Se separó de ella. —¿No te parece que tu cuartito en el cottage se nos queda muy pequeño?

Ella se incorporó riendo. —¿Para los dos?

La mirada de Graham la sostuvo. Tan intensa y cercana como siempre había hecho. —Si es, es del todo —dijo simplemente, y Ellie sonrió, cohibida. —No quiero pasar ni un segundo más sin ti, pequeña y loca Ellie Bell —susurró, y posó sus labios sobre los de ella. Entre sus besos murmuró—: Entra a vivir conmigo.

—¿A la casa de la granja?

Graham asintió, y el corazón de Ellie dio un brinco.

—¿Cuándo? Sonriendo, le cubrió la cara de besos, y él cogió la manta.

—Tendrá que esperar hasta mañana; ahora tenemos otra cosa que hacer. De un tirón, echó el pesado tejido sobre sus cabezas, y Ellie se acurrucó, a salvo en la oscuridad, contra la piel ardiente de Graham. Mientras se le ofrecía y sentía la caricia suave de sus labios ásperos, no pudo evitar sonreír.

Sí, era muy posible que entre hombres y mujeres todo fuera complicado. Pero, en su caso, precisamente eso la había llevado a cumplir sus sueños más secretos.

Y ahora, besa a ese hombre maravilloso para el que quieres serlo todo y puedes serlo todo, todo eso que, en lo más hondo de tu corazón, siempre has sido.

– Fin –

Una pequeña petición para terminar…

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@hannaholmgren.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.